



El Sub. D.^{tor} Escoto

LAV.M.M.^{re} de Iesu

En Amberes Por Henrico y Cornelio Verdussen. Año 1696

Por la Venerable Madre Sor María de Jesús de Ágreda

-----~~(Con licencia eclesiástica)~~-----



LIBRO SEXTO DE ESTA HISTORIA Y CUARTO DE LA SEGUNDA PARTE

(LIBRO VI)

CONTIENE LAS BODAS DE CANA DE GALILEA; CÓMO ACOMPAÑÓ MARÍA SANTÍSIMA AL REDENTOR DEL MUNDO EN LA PREDICACIÓN; LA HUMILDAD QUE MOSTRABA LA DIVINA REINA EN LOS MILAGROS QUE HACÍA SU HIJO SANTÍSIMO; SU TRANSFIGURACIÓN; LA ENTRADA DE SU MAJESTAD EN JERUSALÉN; SU PASIÓN Y MUERTE; EL TRIUNFO QUE ALCANZÓ EN LA CRUZ DE LUCIFER Y SUS SECUACES; LA SANTÍSIMA RESURRECCIÓN DEL SALVADOR Y SU ADMIRABLE ASCENSIÓN A LOS CIELOS.

CAPÍTULO 1

Comienza Cristo nuestro Salvador a manifestarse con el primer milagro que hizo en las bodas de Caná a petición de su Madre santísima.

1033. El Evangelista San Juan, que al fin del capítulo 1 refiere la vocación de Natanael, que fue el quinto discípulo de Cristo, comienza el segundo capítulo de la Historia evangélica, diciendo (Jn 1, 1-2): *Y el día tercero se hicieron unas bodas en Cana de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. Y también fue llamado Jesús y sus discípulos a las bodas.* De donde parece que la divina Señora estaba en Caná antes que fuese llamado su Hijo santísimo a estas bodas. Y para concordar esto con lo que dejo dicho en el capítulo pasado y entender qué día fue éste, hice algunas preguntas por orden de la obediencia. A las cuales me fue respondido que, no obstante las opiniones diferentes de los expositores, la Historia de la Reina y del Evangelio se conforman y que el suceso fue en esta forma: Cristo nuestro Señor con sus cinco Apóstoles o discípulos en entrando en Galilea fue derecho a Nazaret predicando y enseñando; en este viaje tardó algunos días aunque no muchos, pero fueron más de tres. Llegando a Nazaret bautizó a su beatísima Madre, como queda dicho (Cf. supra n. 1030), y luego con sus discípulos salió a predicar a unos lugares vecinos. En el ínterin fue la divina Señora a Caná, convidada a las bodas que dice el Evangelista, porque eran de unos deudos suyos en cuarto grado por la línea de Santa Ana. Y estando la gran Reina en Caná tuvieron los novios noticia de la venida del Salvador del mundo y que tenía ya discípulos, y por disposición de su Madre santísima y del mismo Señor, que ocultamente lo disponía para sus altos fines, fue llamado y convidado a las bodas con sus discípulos.

1034. El día tercero, que dice el Evangelista se hicieron estas bodas, fue el tercero de la semana de los hebreos; y aunque no lo dice expresamente, tampoco dice que fue el tercero después de la vocación de los discípulos o entrada en Galilea, y si hablara de esto, lo dijera; pero moralmente era imposible que estas bodas sucediesen el tercero día después de la vocación de los discípulos, ni de la entrada en Galilea, porque Caná está en los confines del tribu de Zabulón hacia la parte de Fenicia y setentrional, donde estaba el tribu de Aser, respecto de Judea, y dista mucho desde todos los términos de Judea y Galilea por donde entró el Salvador del linaje humano; y si al día tercero fueron las bodas, no quedaban más de dos días para llegar de Judea a Caná, que hay tres jornadas, y también estaría cerca de Caná primero que le convidasen, y para esto era necesario más tiempo. Y a más de todo esto, para pasar de Judea a Caná de Galilea estaba primero Nazaret, porque Caná está más adelante hacia el mar Mediterráneo y vecina del tribu de Aser, como he dicho, y el Salvador del mundo primero fuera a visitar a su Madre santísima, que no ignorando su venida, como es cierto que la sabía, le aguardara sin salir de ella al tiempo que se acercaba. Y si el Evangelista no dijo esta venida, ni el bautismo de la divina Señora, no fue porque no sucedió, sino porque sólo dijo él y los demás lo que pertenecía a su intento. Y también confiesa el mismo San Juan Evangelista que se dejaron de saber muchos milagros que hizo nuestro divino Maestro (Jn 20, 30), porque no fue necesario escribirlos todos. Y con este orden queda

entendido el Evangelio y confirmada con él esta Historia en el lugar citado.

1035. Estando la Reina del mundo en Caná, fue convidado su Hijo santísimo con los discípulos que tenía a las bodas, y su dignación, que lo ordenaba todo, aceptó el convite. Y fue luego a él para santificar el matrimonio y acreditarle y dar principio a la confirmación de su doctrina con el milagro que sucedió, declarándose por autor de él; porque dándose ya por maestro en admitir discípulos, era necesario confirmarlos en su vocación y autorizar su doctrina, para que la creyesen y admitiesen. Y por esta razón, aunque Su Divina Majestad había hecho otras maravillas ocultamente, pero no se había declarado ni señalado por autor de ellas en público como hasta aquella ocasión, que por eso llamó el Evangelista (Jn 2, 11) a este milagro *Principio de las señales que hizo Jesús en Caná de Galilea*; y el mismo Señor dijo a su Madre santísima que hasta entonces no había llegado su hora (Jn 2, 4). Y sucedió esta maravilla el mismo día que se cumplió un año del bautismo de Cristo nuestro Salvador y correspondió a la adoración de los Santos Reyes, como lo tiene la Santa Iglesia Romana, que celebra en un día estos tres misterios a seis de enero; y la edad de Cristo nuestro Señor era cumplidos treinta años y entrado en treinta y uno los trece días que hay de su natividad santísima a la epifanía.

1036. Entró el Maestro de la vida en la casa de las bodas y saludó a los moradores, diciendo: La paz del Señor y la luz sea con vosotros; como verdaderamente estaba, asistiendo Su Majestad con ellos. Y luego hizo una exhortación de vida eterna al novio, enseñándole las condiciones de su estado, para ser perfecto y santo en él, y lo mismo hizo la Reina del cielo con la esposa, a quien con razones dulcísimas y eficaces la amonestó de sus obligaciones; y entrambos cumplieron perfectamente con ellas en el estado que dichosamente recibieron con asistencia de los Reyes del cielo y tierra. Y no puedo detenerme a declarar que este novio no era San Juan Evangelista; basta saber que, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.1018), venía ya con el Salvador por discípulo; y en esta ocasión no pretendió el Señor disolver el matrimonio, sino que vino a las bodas para autorizarlas y acreditarlas y hacer Santo y Sacramento al Matrimonio, y no era consiguiente a este intento disolverle luego, ni el Evangelista tuvo jamás intento de ser casado. Antes bien, nuestro Salvador, habiendo exhortado a los desposados, hizo luego una ferviente oración y petición al Eterno Padre, suplicándole que en la nueva ley de gracia echase su bendición sobre la propagación humana y desde entonces diese virtud al matrimonio para santificar a los que en la Santa Iglesia lo recibiesen y fuese uno de sus Sacramentos.

1037. La beatísima Virgen conocía la voluntad y oración que su Hijo santísimo hacía y le acompañó en ella, cooperando a esta obra como a las demás que hacía en beneficio del linaje humano; y como tenía por su cuenta el retorno que los hombres no daban por estos beneficios, hizo un cántico de alabanza y loores al Señor, convidando a los Santos Ángeles que la acompañasen en él, y así lo hicieron, aunque sólo era manifiesto al mismo Señor y Salvador nuestro, que se recreaba en la sabiduría y obras de su purísima Madre, como ella en las del mismo Hijo. En lo demás hablaban y conversaban con los que concurrían a las bodas, pero con la sabiduría y peso de razones dignas de tales personas y ordenándolas a ilustrar los corazones de todos los circunstantes. La prudentísima Señora hablaba muy pocas palabras y sólo cuando era preguntada o muy forzoso, porque siempre oía y atendía a las del Señor y a sus obras, para guardarlas y conferirles en su castísimo corazón. Raro ejemplo de prudencia, de recato y modestia fueron las obras, palabras y todo el proceder de esta gran Reina en el discurso de su vida; y en esta ocasión no sólo para las religiosas, pero en especial a las mujeres del siglo, si pudieran tenerle presente en tales actos como el de las bodas, para que en él aprendieran a callar, a moderarse y componer el interior y medir las acciones exteriores sin liviandad y soltura; pues nunca es tan necesaria la templanza como cuando es mayor el peligro y siempre en las mujeres es mayor gala, hermosura y bizarría el silencio, detenimiento y encogimiento, con que se cierra la entrada a muchos vicios y se coronan las virtudes de la mujer casta y honesta.

1038. En la mesa comieron el Señor y su Madre santísima de algunos regalos de los que servían, pero con suma templanza y disimulación de su abstinencia. Y aunque a solas no comían de estos manjares, como antes he dicho (Cf. supra n. 898), pero los Maestros de la perfección, que no querían reprobar la vida común de los hombres, sino perfeccionarla con sus obras, acomodábanse a todos sin extremos ni singularidad pública, en lo que por otra parte no era reprehensible y se podía hacer con perfección. Y como el Señor lo enseñó por ejemplo, lo dejó también por doctrina a sus apóstoles y discípulos, ordenándoles que comiesen de lo que les fuese dado cuando iban a predicar (Mt 10, 10; Lc 10, 8) y no se hiciesen singulares, como imperfectos y poco sabios en el camino de la virtud y porque el verdadero pobre y humilde no ha de elegir manjares. Sucedió que faltó vino en la mesa, por dispensación divina, para dar ocasión al milagro, y la piadosa Reina dijo al Salvador: *Señor, el vino ha faltado en este convite*. Respondióla Su Majestad: *Mujer, ¿qué me toca a mi y a ti? Aún no es llegada mi hora (Jn 2, 3-4)*. Esta respuesta de Cristo no fue de reprensión, sino de misterio; porque la prudentísima Reina y Madre no pidió el milagro casualmente, antes bien con luz divina conoció que era tiempo oportuno de manifestarse el poder divino de su Hijo santísimo y no pudo tener ignorancia de esto la que estaba llena de sabiduría y ciencia de las obras de la redención y del orden que en ellas había de guardar nuestro Salvador, a qué tiempos y en qué ocasiones las había de ejecutar. Y también es de advertir que Su Divina Majestad no pronunció estas palabras con semblante de reprender, sino con magnificencia y serenidad apacible. Y aunque no llamó a la Virgen madre sino mujer, era porque, como arriba dije (Cf. supra n. 960), no la trataba entonces con tanta dulzura de palabras.

1039. El misterio de la respuesta de Cristo nuestro Señor fue confirmar a los discípulos en la fe de la divinidad y comenzar a manifestarla a todos, mostrándose Dios verdadero e independiente de su Madre en el ser divino y potestad

de hacer milagros. Y por esta causa tampoco la llamó madre, callando este nombre, y llamándola mujer, diciendo: ¿Qué te toca o qué tenemos que ver tú y yo en esto? Que fue decir: la potestad de hacer milagros no la recibí yo de ti, aunque me diste la naturaleza humana en que los he de obrar, porque sólo a mi divinidad toca el hacerlos y para ella no es llegada mi hora. Y en esta palabra dio a entender que la determinación de las maravillas no era de su Madre santísima, sino de la voluntad de Dios, no obstante que la prudentísima Señora lo pedía en tiempo oportuno y conveniente; pero junto con esto quiso el Señor se entendiese que había en él otra voluntad más que la humana, y que aquella era divina y superior a la de su Madre y que no estaba subordinada a ella, mas antes la de la Madre estaba sujeta a la que tenía como verdadero Dios. Y en consecuencia de esto, al mismo tiempo infundió Su Majestad en el interior de sus discípulos nueva luz con que conocieron la unión hipostática de las dos naturalezas en la persona de Cristo, y que la humana la había recibido de su Madre y la divina por la generación eterna de su Padre.

1040. Conoció la gran Señora todo este sacramento, y con severidad apacible dijo a los criados que servían a la mesa: *Haced lo que mi Hijo ordenare (Jn 2, 5)*. En las cuales palabras, a más de la sabiduría que suponen de la voluntad de Cristo que conocía la prudentísima Madre, habló como maestra de todo el linaje humano, enseñando a los mortales, que para remediar todas nuestras necesidades y miserias es necesario y suficiente de nuestra parte hacer todo lo que manda el Señor y los que están en su lugar. Tal doctrina no pudo salir menos que de tal Madre y Abogada que, deseosa de nuestro bien y como quien conocía la causa que suspende o impide el poder divino para que no haga muchas y muy grandes maravillas, quiso proponernos y enseñarnos el remedio de nuestras menguas y desdichas, encaminándonos a la ejecución de la voluntad del Altísimo, en que consiste todo nuestro bien. Mandó el Redentor del mundo a los ministros de las mesas que llenasen de agua sus hidrias o tinajillas, que según las ceremonias de los hebreos tenían para estos ministerios. Y habiéndolas llenado todas, mandó el mismo Señor que sacasen de ellas el vino en que las convirtió y lo llevasen al architriclino, que era el principal en la mesa y hacía cabecera en ella, y era uno de los sacerdotes de la ley. Y como gustase del milagroso vino, admirado llamó al novio y le dijo: Cualquiera hombre cuerdo pone primero el mejor vino para los convidados y cuando están ya satisfechos pone lo peor, pero tú lo has hecho al revés, que guardaste lo más generoso para lo último de la comida.

1041. No sabía el architriclino entonces el milagro, cuando gustó el vino, porque estaba en la cabecera de la mesa y Cristo nuestro Maestro con su Madre santísima y discípulos en los lugares inferiores y de abajo, enseñando con la obra lo que después había de enseñar con la doctrina (Lc 14, 8-10), que en los convites no echamos el ojo al mejor lugar, sino que por nuestra voluntad elijamos el ínfimo. Pero luego se publicó la maravilla de haber convertido nuestro Salvador el agua en vino y *se manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos*, como dice el Evangelista (Jn 2, 11), porque de nuevo creyeron y se confirmaron más en la fe. Y no solos creyeron ellos, pero otros muchos de los que estuvieron presentes creyeron que era el verdadero Mesías y le siguieron, acompañándole hasta la ciudad de Cafarnaúm (Mt 4, 13), a donde con su Madre y discípulos dice el Evangelista que fue Su Majestad desde Caná, y allí dice San Mateo que comenzó a predicar, declarándose ya por maestro de los hombres. Y lo que dice San Juan, que con esta señal o milagro manifestó el Señor su gloria, no es negar que hizo otros primero en oculto, sino suponerlo, y que en este milagro manifestó su gloria que no había manifestado antes en otros, porque no quiso ser conocido por autor de ellos, que no era tiempo oportuno ni el determinado por la Sabiduría divina. Y es cierto que en Egipto hizo muchos y admirables, cual fue la ruina de los templos y sus ídolos, como dije en su lugar (Cf. supra n. 643, 646, 665). En todas estas maravillas hacía María santísima actos de insigne virtud en alabanza del Altísimo y hacimiento de gracias de que su santo nombre se fuese manifestando. Y acudía al consuelo de los nuevos creyentes y al servicio de su Hijo santísimo y todo lo llenaba con su incomparable sabiduría y oficiosa caridad. Ejercitábala fervorosísima, clamando al Eterno Padre y suplicándole dispusiese los ánimos y corazones de los hombres para que las palabras y luz del Verbo humanado los iluminase y desterrase de ellos las tinieblas de su ignorancia.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1042. Hija mía, olvido y descuido es sin disculpa el que tienen generalmente los hijos de la Iglesia en no procurar todos y cada uno de ellos que se dilate y manifieste la gloria de su Dios por todas las criaturas racionales, dando a conocer su nombre santo. Y esta negligencia es más culpable después que el Verbo eterno encarnó en mis entrañas, enseñó al mundo y le redimió para este fin. Por eso fundó Su Majestad la Santa Iglesia y le enriqueció de bienes y tesoros espirituales, de ministros y también de otros bienes temporales; que todo esto no sólo ha de servir para conservar la misma Iglesia con los hijos que tiene, sino también para amplificarla y traer otros de nuevo a la regeneración de la fe católica. Todos deben ayudar a esto, para que se logre más el fruto de la muerte de su Reparador. Unos pueden hacerlo con oraciones y peticiones, con fervorosos deseos de la dilatación del santo nombre de Dios, otros con limosnas y otros con diligencias y exhortaciones y otros con su trabajo y solicitud. Pero si en esta remisión y negligencia son menos culpables los ignorantes y pobres y acaso no hay quien se lo ponga en la memoria, son muy reprehensibles los ricos y poderosos y mucho más los ministros de la Iglesia y sus prelados, a quien toca esta obligación más de lleno, y olvidados de tan terrible cargo como les espera, muchos convierten la verdadera gloria de Cristo en gloria suya propia y vana. Gastan el patrimonio de la sangre del Redentor en obras y fines que no son dignos de ser nombrados, y por cuenta suya perecen infinitas almas que con los medios oportunos pudieran venir a la Santa Iglesia, o a lo menos ellos tuvieran este merecimiento y el Señor la gloria de tener tan fieles ministros en su Iglesia. Y el mismo cargo se les hará a los príncipes y señores poderosos del mundo, que recibieron de la mano de Dios honra, hacienda y otros bienes temporales para convertirlos en gloria de Su Majestad, y ninguna cosa menos advierten que esta obligación.

1043. De todos estos daños quiero que te duelas y que trabajes cuanto alcanzaren tus fuerzas, para que sea manifestada la gloria del Altísimo y conocido de todas las naciones y que de las piedras resuciten hijos de Abrahán (Mt 3, 9). Y para traerlas al suave yugo del Evangelio, pídele que envíe obreros (Lc 10, 2) y ministros idóneos a su Iglesia, que es grande y mucha la mies y pocos los fieles trabajadores y celosos de granjearla. Sea para ti ejemplar vivo lo que te he manifestado de mi solicitud y maternal amor, con que trabajaba con mi Hijo y Señor en granjearle las almas y conservarlas en su doctrina y séquito, y nunca en el secreto de tu pecho se apague la llama de esta caridad y celo. Y también quiero que mi silencio y modestia, que has conocido tuve en las bodas, sea arancel inviolable para ti y tus religiosas, con que medir siempre las acciones exteriores, el recato, moderación y pocas palabras, en especial cuando estéis en presencia de hombres, porque estas virtudes son las galas que componen y asean a la esposa de Cristo, para que halle gracia en sus divinos ojos.

CAPITULO 2

Acompaña María santísima a nuestro Salvador en la predicación, trabaja mucho en esto y cuida de las mujeres que le seguían y en todo procede con suma perfección.

1044. No fuera lejos del intento de esta Historia, cuando en ella pretendiera escribir los milagros y heroicas obras de Cristo nuestro Redentor y Maestro, porque casi en todas concurrió y tuvo alguna parte su beatísima y santísima Madre. Mas no puedo intentar negocio tan arduo y sobre las fuerzas y capacidad humana, pues el Evangelista San Juan, después de haber escrito tantas maravillas de su Maestro divino, dice en el fin de su Evangelio que otras muchas hizo Jesús, las cuales, si se escribieran en singular, no podían caber los libros en todo el mundo (Jn 21, 25). Y si le pareció tan imposible al Evangelista, ¿qué puede presumir una mujer ignorante y más inútil que el polvo de la tierra? Lo que fue necesario y conveniente, lo superabundante y suficiente para fundar y conservar la Iglesia, lo escribieron todos cuatro evangelistas y no es necesario repetirlo en esta Historia, aunque para tejerla y no dejar en silencio tantas obras de la gran Reina que ellos no escribieron será forzoso tocar algunas particulares; que tenerlas escritas y en memoria juzgo será de consuelo y utilidad para mi aprovechamiento. Y lo demás que no escribieron los evangelistas en los evangelios, ni yo tengo orden para escribirlo, se reserva para la vista beatífica, donde con especial gozo de los santos les será manifiesto en el Señor, y allí le alabarán por tan magníficas obras eternamente.

1045. Desde Caná de Galilea tomó Cristo Redentor nuestro el camino para Cafarnaum, ciudad grande y poblada cerca del mar de Tiberías, donde estuvo algunos días, como dice el Evangelista San Juan (Jn 2, 12), aunque no muchos, porque llegándose el tiempo de la Pascua se fue acercando a Jerusalén, para celebrarla a los catorce de la luna de marzo. Acompañóle desde entonces su Madre santísima, despedida por entonces de su casa de Nazaret, para seguirle en su predicación, como lo hizo siempre hasta la cruz; salvo en algunas ocasiones que por pocos días se apartaban, como cuando el Señor se fue al Tabor, o para acudir a otras conversiones particulares como a la samaritana, o porque la divina Señora se quedaba con algunas personas acabando de informarlas y catequizarlas, pero luego volvía a la compañía de su Hijo y Maestro, siguiendo al Sol de Justicia hasta el ocaso de su muerte. En estas peregrinaciones caminaba a pie la Reina del cielo, como su Hijo santísimo. Y si el mismo Señor se fatigó en los caminos como consta del evangelio (Jn 4, 6), ¿qué trabajo sería el de la purísima Señora y qué fatigas padecería en tantas jornadas y en todos tiempos sin diferencia? Con este rigor trató la Madre de misericordia su delicadísimo cuerpo. Y fue tanto lo que en solo esto trabajó por nosotros, que jamás podrán satisfacer esta obligación todos los mortales. Algunas veces llegó a sentir tantos dolores y quebrantos, disponiéndolo así el Señor, que era necesario aliviarla milagrosamente, como lo hacía Su Majestad, otras la mandaba descansar en algún lugar por algunos días, otras veces la aligeraba el cuerpo de manera que pudiera moverse sin dificultad tanto como si volara.

1046. Tenía la divina Maestra en su corazón escrita toda la doctrina y Ley Evangélica, como arriba está declarado (Cf. supra n. 714, 776), y con ser esto así, era tan solícita y atenta en oír la predicación y doctrina de su Hijo santísimo como si fuera nueva discípula, y tenía ordenado a sus Ángeles Santos que la ayudasen especialmente y si fuese menester la avisasen, para que no faltase jamás de la predicación del divino Maestro, salvo cuando estaba ausente. Y siempre que predicaba o enseñaba Su Majestad, le oía la gran Señora puesta de rodillas, dándole sola ella la reverencia y culto que se debía a la persona y a la doctrina, según sus fuerzas alcanzaban. Y porque siempre conocía, como he dicho en otros lugares (Cf. supra n. 481, 990, 1014), las operaciones del alma santísima de su Hijo, y que al mismo tiempo que predicaba estaba orando al Padre interiormente, para que la semilla de su santa doctrina cayese en corazones buenos y diese fruto de vida eterna, hacía la piadosísima Madre esta misma oración y peticiones por los oyentes de su divino Maestro y les daba las mismas bendiciones con ardentísima caridad y lágrimas. Y con su profunda reverencia y atención movía y enseñaba a todos el aprecio que debían hacer de la enseñanza y palabras del Salvador del mundo. Conoció asimismo todos los interiores de los que asistían a la predicación de su Hijo santísimo y el estado de gracia o pecado, de vicios o virtudes que tenían. Y la variedad de estos objetos ocultos a la capacidad humana causaban en la divina Madre diferentes y admirables efectos y todos de altísima caridad y otras virtudes, porque se inflamaba en el celo de la honra del Señor y de que el fruto de su Redención y obras no se perdiese en las almas, y el peligroso daño de ellas mismas en el pecado la movía a pedir su remedio con incomparable fervor. Sentía íntimo y lastimoso dolor de que Dios no fuese conocido, adorado y servido de todas sus criaturas, y este dolor era igual al conocimiento de las razones que para esto había y ella alcanzaba sobre todo entendimiento humano. De las almas que no admitían la gracia y virtud divina, se dolía con amargura inexplicable, porque solía llorar sangre en este

sentimiento. Y en lo que padeció nuestra gran Reina en estas obras y cuidado excedió sin comparación a las penas que padecieron todos los mártires del mundo.

1047. A todos los discípulos que seguían al Señor y Su Majestad recibía para este ministerio, los trataba con incomparable sabiduría y prudencia, y a los que fueron señalados para apóstoles tenía en mayor veneración y aprecio, pero de todos cuidaba como Madre y a todos acudía como poderosa Reina, procurándoles para la vida corporal la comida y otras cosas necesarias. Y algunas veces ordenaba a los Ángeles, cuando no había otro modo de buscarla, que para ellos y algunas mujeres de que cuidaba la trajesen de comer; pero de estas maravillas no daba más noticia de la que era necesaria para confirmarlos en la piedad y fe del Señor. Para ayudarles y adelantarlos en la vida espiritual, trabajó la gran Señora más de lo que se puede comprender, no sólo con las oraciones continuas y peticiones fervorosas que siempre hacía por ellos, pero con el ejemplo, consejo y advertencias que les daba los alimentó y crió como prudentísima Madre y Maestra. Y disponiéndolo así el Señor, cuando se hallaban los apóstoles y discípulos con alguna duda —que tuvieron muchas a los principios— o sentían alguna oculta tentación, luego acudían a la gran Señora para ser enseñados y aliviados de aquella incomparable luz y caridad que en ella resplandecía; y con la dulzura de sus palabras eran dignamente recreados y consolados, con su sabiduría quedaban enseñados y doctos, con su humildad rendidos, con su modestia compuestos, y todos los bienes juntos hallaron en aquella oficina del Espíritu Santo y sus dones. Y por todos estos beneficios, por la vocación de los discípulos, por la conversión de cualquiera alma, por la perseverancia de los justos y por cualquiera obra de virtud y gracia, daba el retorno y era para la divina Señora día festivo y hacía nuevos cánticos por ello.

1048. Seguían también a Cristo nuestro Redentor en su predicación algunas mujeres desde Galilea, como lo dicen los evangelistas. San Mateo, san Marcos y san Lucas dicen (Mt 17, 55; Mc 15, 40; Lc 8, 2) que le acompañaban y servían algunas que había curado del demonio y de otras enfermedades; porque el Maestro de la vida a ningún sexo excluyó de su secuela, imitación y doctrina, y así le fueron asistiendo y sirviendo algunas mujeres desde el principio de la predicación, disponiéndolo su divina sabiduría, entre otros fines, para que su Madre santísima tuviese compañía con ellas por la mayor decencia. De estas mujeres santas y piadosas tenía cuidado especial nuestra Reina y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas a los sermones de su Hijo santísimo. Y aunque para enseñarlas el camino de la vida eterna estaba ella tan ilustrada de la sabiduría y doctrina del Evangelio, con todo eso, disimulando en parte su gran secreto, se valía siempre de lo que todos habían oído a su Hijo santísimo y con esto daba principio a las exhortaciones y pláticas que hacía a estas mujeres y a otras muchas que en diferentes lugares iban a ella después o antes de oír al Salvador del mundo. Y aunque no todas la seguían, pero la divina Madre las dejaba capaces de la fe y misterios que era necesario informarlas. Y fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo y al camino de la salud eterna y perfección del Evangelio; aunque en ellos no se habla de esto más que suponiendo seguían algunas a Cristo nuestro Señor, porque no era necesario para el intento de los evangelistas escribir estas particularidades. Hizo la poderosa Señora entre estas mujeres admirables obras, y no sólo las informaba en la fe y virtudes por palabras, sino que con ejemplo las enseñaba a usar y ejercitar la piedad visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos, curando por sus manos propias a los llagados, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados. En las cuales obras, si todas se hubieran de referir, era necesario gastar mucha parte de esta Historia o añadirla.

1049. Tampoco están escritos en la historia del Evangelio, ni en otras eclesiásticas, los innumerables y grandiosos milagros que hizo la gran Reina en el tiempo de la predicación de Cristo nuestro Señor, porque sólo escribieron de los que hizo el mismo Señor en cuanto convenía para la fe de la Iglesia, y era necesario que estuviese ya fundada y confirmada en ella primero que se manifestasen las grandezas particulares de su Madre santísima. Pero, según lo que se me ha dado a entender, es cierto que no sólo hizo muchas conversiones milagrosas, pero que resucitó muertos, curó ciegos y dio salud a muchos. Y esto fue conveniente por muchas razones: lo uno, porque fue como coadjutora de la mayor obra a que vino el Verbo del Eterno Padre a tomar carne al mundo, que fue la predicación y redención, y por ella abrió los tesoros de su omnipotencia y bondad infinita, manifestándola por el Verbo humanado y por su digna Madre; lo otro, porque en estas maravillas fue gloria de entrambos que la misma Madre fuese semejante al Hijo y llegase ella al colmo de todas las gracias y merecimientos correspondientes a su dignidad y premio, y porque con este modo de obrar acreditase a su Hijo santísimo y su doctrina, y así la ayudase en su ministerio con mayor alteza, eficacia y excelencia. Y el estar ocultas estas maravillas de María santísima fue disposición del mismo Señor y petición de la prudentísima Madre; y así las hacía con tanta disimulación y sabiduría, que de todo se le diese la gloria al Redentor, en cuyo nombre y virtud eran hechas. Y este modo guardaba también en enseñar a las almas: porque no predicaba en público ni en los puestos y lugares determinados para los que lo hacían por oficio, como maestros y ministros de la palabra divina, porque este oficio no ignoraba la gran Señora que no era para las mujeres (1 Cor 14, 34), pero en pláticas y conversaciones privadas hacía estas obras con celestial sabiduría, eficacia y prudencia. Y por este modo y sus oraciones hizo más conversiones que todos los predicadores del mundo han hecho.

1050. Esto se entenderá mejor sabiendo que, a más de la virtud divina que tenían sus palabras, sabía y conocía los naturales, las condiciones, inclinaciones y costumbres de todos, el tiempo, disposición y ocasión más oportuna para reducirlos al camino de la luz, y a esto se juntaban sus oraciones, peticiones y la dulzura de sus prudentísimas razones. Y gobernados todos estos dones por aquella caridad ardentísima con que deseaba reducir a todas las almas al camino de la salud y llevarlas al Señor, era consiguiente que la obra de tales instrumentos fuese grandiosa y rescatase infinitas almas y las ilustrase y moviese; porque nada pedía al Señor que se le negase, y ninguna obra hacía vacía y sin el lleno

de santidad que pedía, y siendo ésta de la redención la principal, sin duda cooperó a ella más de lo que en la vida mortal podemos conocer. En todas estas obras procedía la divina Señora con rara mansedumbre, como una paloma sencillísima, y con extremada paciencia y sufrimiento, sobrellevando las imperfecciones y rudeza de los nuevos fieles y alumbrando sus ignorancias, porque era multitud grande los que acudían a ella en determinándose a la fe del Redentor. Siempre guardaba la serenidad de su magnificencia de gran Reina, pero junto con ella era tan suave y humilde, que sola Su Alteza pudo juntar estas perfecciones en sumo grado, a imitación del mismo Señor. Y entrambos trataban a todos con tanta humanidad y llaneza de perfectísima caridad, que a nadie se le pudo admitir excusa de no ser enseñado de tales maestros. Hablaban, conversaban y comían con los discípulos y mujeres que les seguían, con la medida y peso que convenía para que nadie se extrañase, ni pensase que el Señor no era hombre verdadero, hijo natural de María santísima, y por esto admitía el Señor otros convites con tanta afabilidad, como consta de los evangelios santos.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1051. Hija mía, verdad es que yo trabajé más de lo que piensan y conocen los mortales en acompañar y seguir a mi Hijo santísimo hasta la cruz, y después no fueron menores mis cuidados, como entenderás para escribir la tercera parte de mi vida. Pero entre las molestias de mis trabajos era de incomparable gozo para mi espíritu ver que el Verbo humanado iba obrando la salvación de los hombres y abriendo el libro cerrado con siete sellos (Ap 5, 1) de los misterios ocultos de su divinidad y humanidad santísima; y no me debe menos el linaje humano por lo que me alegraba del bien de cada uno, que por el cuidado con que se le procuraba, porque todo nacía de un mismo amor. En éste quiero que me imites, como frecuentemente te amonesto. Y aunque no oyes con el cuerpo la doctrina de mi Hijo santísimo, ni su voz y predicación, también puedes imitarme en la reverencia con que yo le oía, pues él mismo es el que te habla al corazón y una misma es la verdad y enseñanza; y así te ordeno que cuando reconoces esta luz y voz de tu Esposo y Pastor, te arrodilles con reverencia para atender a ella y con hacimiento de gracias le adora y escribe sus palabras en tu pecho; y si estuvieres en lugar público, donde no puedas hacer esta humillación exterior, harásla con el afecto. Y en todo le obedece como si te hallaras presente a su predicación, pues así como el oír la entonces con el cuerpo sin obrarla no te hiciera dichosa, ahora lo serás si obras lo que oyes en el espíritu, aunque no sea con los oídos exteriores. Grande es tu obligación, porque es grande contigo la liberalísima piedad y misericordia del Altísimo y la mía. No seas tarda de corazón, ni te halles pobre entre tantas riquezas de la divina luz.

1052. Y no sólo a la voz interior del Señor has de oír con reverencia, sino también a sus ministros, sacerdotes y predicadores, cuyas voces son los ecos de la del altísimo Dios y los arcaduces por donde se encamina la doctrina sana de vida, derivada de la fuente perenne de la verdad divina. En ellos habla Dios y resuena la voz de su divina ley; óyelos con tanta reverencia, que jamás halles defecto en ellos ni los juzgues; para ti todos han de ser sabios y elocuentes y en cada uno has de oír a Cristo mi Hijo y mi Señor. Y con esto estarás advertida para no caer en la osadía loca de los mundanos, que con vanidad y soberbia muy reprehensible y odiosa en los ojos de Dios desprecian a sus ministros y predicadores, porque no les hablan a satisfacción de su depravado gusto. Como no van a oír la verdad divina, sólo juzgan de los términos y del estilo, como si la palabra de Dios no fuera sencilla y eficaz, sin tanto adorno y compostura de razones, ajustadas al oído enfermo de los que asisten a ella. No tengas en poco este aviso, y atiende a todos cuantos te diere en esta Historia, que como Maestra quiero informarte en lo poco y en lo mucho, en lo grande y en lo pequeño, porque el obrar en todo con perfección siempre es cosa grande. Asimismo te advierto que para los pobres y ricos que te hablan seas igual, sin diferencia ni acepción de personas, que ésta es otra falta común entre los hijos de Adán, y mi Hijo santísimo y yo la condenamos y reprobamos, mostrándonos a todos igualmente afables y más con los más despreciados, afligidos y necesitados. La humana sabiduría atiende a las personas, no al ser de las almas ni a sus virtudes, sino a la ostentación mundana, pero la prudencia del cielo mira a la imagen de Dios en todos. Tampoco debes extrañar de que tus hermanos y prójimos entiendan de ti que padeces los defectos de la naturaleza, que son pena del primer pecado, como las enfermedades, cansancio, hambre y otras pensiones. Tal vez el ocultar estos defectos es hipocresía o poca humildad, y los amigos de Dios sólo han de temer el pecado y desear morir por no cometerle; todos los otros defectos no manchan la conciencia, ni es necesario ocultarlos.

CAPITULO 3

La humildad de María santísima en los milagros que obraba Cristo nuestro Salvador y la que enseñó a los apóstoles, para los que ellos habían de obrar en la virtud divina, y otras advertencias.

1053. El principal argumento de toda la Historia de María santísima, si con atención se considera, es una demostración clarísima de la humildad de esta gran Reina y Señora de los humildes; virtud tan inefable en ella, que ni puede ser dignamente alabada, ni con proporción encarecida, porque ni de los hombres ni de los ángeles fue suficientemente comprendida en su impenetrable profundidad. Pero así como en todas las confecciones y medicinas saludables entra la suavidad y dulzura del azúcar y a todas les da su punto, acomodándose a ellas aunque sean más diferentes, así en todas las virtudes de María santísima y en sus obras entra la humildad, levantándolas de punto y acomodándolas al gusto del altísimo Señor y de los hombres, de suerte que por la humildad la miró Su Majestad y la eligió, y por ella misma todas las naciones la llaman bienaventurada (Lc 1, 48). No perdió la prudentísima Señora un punto, ni ocasión, ni tiempo ni lugar en toda su vida, que dejase perder sin obrar las virtudes que podía, pero mayor maravilla fue que no hiciese obra de virtud sin que entrase en ella su rara humildad. Esta virtud la levantó sobre todo lo que no fue el mismo Dios; pero

así como en humildad venció María santísima a todas las criaturas, también por ella venció en su modo al mismo Dios, para hallar tanta gracia en sus ojos (Eclo 3, 20-21) que ninguna gracia le negó el Señor para sí ni para otros, si ella la pidiese. Venció la humildísima Señora a todas las criaturas en humildad, porque en su casa, como queda dicho en la primera parte (Cf. supra p. I n. 400, 473; p. II 419, 900; p. III n. 560ss), venció a su madre Santa Ana y sus domésticos para que la dejasen ser humilde; en el templo, a todas las doncellas y compañeras; en el matrimonio, a San José; en los ministerios humildes, a los Ángeles; en las alabanzas, a los Apóstoles y Evangelistas para que las ocultasen; al Padre y al Espíritu Santo los venció con la humildad para que le ordenasen; y a su Hijo santísimo, para que la tratase de suerte que no diese motivo a ser alabada de los hombres con sus milagros y doctrina.

1054. Este linaje de humildad tan generosa de que ahora trato fue sola para la humildísima entre los humildes, porque ni los demás hijos de Adán ni los mismos ángeles pueden llegar a ella por la circunstancia de las personas, cuando por otras causas no desfalleciéramos tanto en esta virtud. Entenderemos esta verdad, advirtiendo que en los demás mortales con la mordedura de la antigua serpiente quedó tan entrañado el veneno de la soberbia, que para echarle fuera ordenó la divina sabiduría que sirviese de medicina el efecto del mismo pecado, para que el conocimiento de los propios defectos, y tan propios de cada uno, nos dieran a conocer nuestra bajeza, que no conocimos en el ser que tuvimos. Claro está que aunque tenemos alma espiritual, pero en este orden tiene el inferior grado, como Dios tiene el supremo y la naturaleza angélica el medio, y por la parte del cuerpo no sólo somos del ínfimo elemento, que es tierra, pero de lo inmundo de ella, que es el barro. Y todo esto no fue ocioso en la sabiduría y poder divino, sino con acuerdo grande, para que el barro tomase su lugar y siempre se reputase para el ínfimo asiento y estuviese en él, aunque se viese más aliñado y adornado de gracias, porque estaban en vaso frágil de barro y polvo. Pero todos perdimos el juicio y desatinamos en esta virtud y humildad tan legítima del ser del hombre, y para restituirmos a otra es necesario que experimentemos, en el fomes y sus pasiones y en nuestras desconcertadas acciones, que somos viles y contentibles. Y aun no basta experimentarlo cada día, para que nos vuelva el seso y confesemos que es inicua perversidad apeteer honra y excelencia humana, quien por naturaleza es polvo y barro y por sus obras indigno aun de tan bajo y terreno ser.

1055. Sola María santísima, sin haberle tocado la culpa de Adán ni sus efectos peligrosos y feos, conoció el arte de la mayor humildad y la llevó a su punto, y sólo porque conoció el ser de la criatura se humilló más que todos los hijos de Adán, conociendo ellos sobre el ser terreno sus pecados propios. Los demás, si fueron humildes, fueron primero humillados, y por la humillación entraron como compelidos en la humildad, y han de confesar con Santo Rey David (Sal 118, 67, 71): *Antes que me humillara deliniqué*; y en otro verso: *Bueno fue, Señor, para mí que me humillaste para venir a conocer tus justificaciones*. Pero la Madre de la humildad no entró en ella por la humillación, y antes fue humilde que humillada, y nunca humillada con culpas ni pasiones, sino siempre generosamente humilde. Y si los ángeles no entran en cuenta con los hombres, porque son de superior jerarquía y naturaleza, sin pasiones ni culpas, con todo eso no pudieron estos soberanos espíritus alcanzar la humildad de María santísima, aunque también se humillaron ante su Criador por ser hechuras suyas. Pero lo que tuvo María santísima de ser terreno y humano, eso le fue motivo para aventajarse a los ángeles por esa parte, que no les pudo mover tanto a ellos su propio ser espiritual para abatirse tanto como esta divina Señora. Y sobre esto se añade la dignidad de ser Madre de Dios y Señora de todas las criaturas y de los mismos ángeles, que ninguno de ellos pudo reconocer en sí dignidad ni excelencia que levantase tanto de punto la virtud de la humildad, como se hallaba en nuestra divina Maestra.

1056. En esta excelencia fue singular y única; que siendo Madre del mismo Dios y Reina de todo lo criado, no ignorando esta verdad, ni los dones de gracia que para ser digna Madre había recibido, ni las maravillas que por ellos obraba, y que todos los tesoros del cielo depositaba el Señor en sus manos y a su disposición, con todo eso, ni por madre, ni por inocente, ni por poderosa y favorecida, ni por sus obras milagrosas, ni por las de su Hijo santísimo, se levantó jamás su corazón del lugar más ínfimo entre todas las criaturas. ¡Oh rara humildad! ¡Oh fidelidad nunca vista entre los mortales! ¡Oh sabiduría que ni los ángeles pudieron alcanzar entre sí mismos! ¿Quién hay que siendo conocido de todos por el mayor, se desconozca él solo y repunte por el más pequeño? ¿Quién supo esconder de sí mismo lo que todos publican de él? ¿Quién para sí fue contentible, siendo para todos admirable? ¿Quién entre la suma excelencia y alteza no perdió de vista la bajeza y convidado con el lugar supremo eligió el ínfimo, y esto no por necesidad ni tristeza, no con impaciencia y forzada, sino con todo corazón, verdad y fidelidad? ¡Oh hijos de Adán, qué tardos y qué torpes somos en esta ciencia divina! ¡Cómo es necesario que nos oculte muchas veces el Señor nuestros bienes propios, o que con ellos nos cargue algún lastre o contrapeso, para que no demos al través con todos sus beneficios y no meditemos ocultamente alguna rapiña de la gloria que se le debe como autor de todo! Entendamos, pues, cuán bastarda es nuestra humildad y cuán peligrosa, aunque alguna vez la tengamos, pues el Señor —digámoslo así a nuestro modo— ha menester tanto tiento y cuidado en fiarnos algún beneficio o virtud, por la delicadeza de nuestra humildad, y pocas veces nos fia sus dones sin que en ellos eche alguna sisa nuestra ignorancia, a lo menos de complacencia y liviana alegría.

1057. Admiración fue para los ángeles de María santísima, en los milagros de Cristo nuestro Señor, ver el proceder y humildad que en ellos tenía la gran Señora, porque no estaban acostumbrados a ver en los hijos de Adán, ni aun entre sí mismos, aquel modo de abatimiento entre tanta excelencia y obras tan gloriosas; ni se admiraban tanto los divinos espíritus de las maravillas del Salvador, porque ya habían conocido y experimentado en ellas su omnipotencia, como de la fidelidad incomparable con que la beatísima Señora reducía todas aquellas obras en gloria del mismo Dios, reputándose a sí misma por tan indigna como si fuera beneficio suyo no dejarlas de hacer su Hijo santísimo por estar ella en el mundo. Y este género de humildad caía sobre ser ella el instrumento que casi en todas las obras milagrosas

movía con sus peticiones al Salvador actualmente para que las hiciese; a más de que, como en otras partes he dicho (Cf. supra n. 788), si María santísima no interviniera entre los hombres y Cristo, no llegara el mundo a tener la doctrina del Evangelio ni mereciera recibirla.

1058. Eran los milagros y obras de Cristo nuestro Señor tan nuevas en el mundo, que no podía dejar de resultar para su Madre santísima gran gloria y estimación, porque no sólo era conocida de los discípulos y apóstoles, sino que los nuevos fieles acudían casi todos a ella, confesándola por Madre del verdadero Mesías, y dábanle muchos parabienes de las maravillas que hacía su Hijo santísimo. Y todos estos sucesos eran un nuevo crisol de su humildad, porque se pegaba con el polvo y se deshacía en su estimación sobre todo pensamiento criado. Y no se quedaba en este abatimiento tarda y desagradecida, porque junto con humillarse por todas las obras admirables de Cristo daba dignas gracias al Eterno Padre por cada una de ellas y llenaba el vacío de la ingratitud humana. Y con la oculta correspondencia que su alma purísima tenía con la del mismo Salvador, le prevenía para que divirtiese la gloria que los oyentes de su divina palabra la daban a ella, como sucedió en algunas ocasiones de las que cuentan los evangelistas. La una, cuando dio salud al endemoniado mudo, y porque los judíos lo atribuyeron al mismo demonio, despertó el Señor aquella mujer fiel que a voces dijo: *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que te dieron leche (Lc 11, 27)*. Oyendo estas razones la humilde y advertida Madre, pidió en su interior a Cristo nuestro Señor que divirtiese de ella aquella alabanza, y condescendió Su Majestad con ella de tal manera, que la alabó más por otro modo entonces oculto, porque dijo el Señor: *Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan (Lc 11, 28; Mt 12, 50)*. Y con estas palabras deshizo la honra que a María purísima le daban por Madre y se la dio por santa, enseñando a los oyentes de camino lo esencial de la virtud común a todos, en que su Madre era singular y admirable, aunque por entonces no lo entendieron.

1059. El otro suceso fue, cuando refiere San Lucas que estando predicando nuestro Salvador le dijeron que venían a Él su Madre y hermanos y no podían llegar a donde estaba por la multitud de la gente; y la prudentísima Virgen, previniendo algún aplauso de los que la conocían por Madre del Salvador, pidió a Su Majestad lo divirtiese, como lo hizo respondiendo: *Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre, oyen su palabra y la cumplen (Lc 8, 21)*. Y en estas razones tampoco excluyó el Señor a su Madre de la honra que merecía por su santidad, antes bien la comprendió más que a todos; pero dióselo de suerte que no fuese celebrada entre los circunstantes, y ella consiguiese su deseo de que sólo el Señor fuese conocido y alabado por sus obras. En estos sucesos advierto que los digo como diferentes, porque así lo he entendido, y que fueron en diferentes lugares y ocasiones, como lo refiere San Lucas en los capítulos 8 y 11. Y porque San Mateo en el capítulo 12 refiere el mismo milagro de la cura del endemoniado mudo y luego dice que avisaron al Salvador que su Madre estaba fuera con sus hermanos y le querían hablar y lo demás que acabo de referir, por esto algunos expositores sagrados han juzgado que todo lo dicho en estos dos sucesos fue junto y sola una vez. Pero habiéndolo yo preguntado de nuevo por orden de la obediencia, me fue respondido que fueron casos diferentes los que cuenta San Lucas en diversas ocasiones, como se puede colegir de lo demás que contienen los dos capítulos del Evangelista antes de las palabras referidas; porque después del milagro del endemoniado refiere San Lucas (Lc 11, 27) el suceso de la mujer que dijo: *Beatus venter*; etcétera. Y el otro suceso refiere en el capítulo 8, después que predicó el Señor la parábola de la semilla, y el uno y otro suceso fue inmediato a lo que acababa de referir.

1060. Para que mejor se entienda que no discordan los evangelistas, y la razón por qué fue la Reina santísima a buscar a su Hijo en las ocasiones que dicen, advierto que para dos fines iba de ordinario la divina Madre a donde predicaba Cristo nuestro Salvador y Maestro. El uno por oírle, como arriba dije (Cf. supra n. 1046); el otro, porque era necesario pedirle algún beneficio para las almas, por la conversión de algunas y salud de los enfermos y necesitados; porque estas causas y el remedio de ellas las tomaba por su cuenta la piadosísima Señora, como sucedió en las bodas de Caná. Y para estos y otros fines bien ordenados iba a buscarle, o avisada de los Santos Ángeles o movida por la luz interior, y ésta fue la razón de ir a donde estaba Su Majestad en las ocasiones que refieren los Evangelistas. Y como no sucedía esto sola una vez sino muchas, y el concurso de la gente que seguía la predicación del Salvador era tan grande, por esto sucedió que las dos veces que refieren los Evangelistas, y otras que no dicen, fuese avisado de que su Madre y hermanos le buscaban, y en estas dos ocasiones respondió las palabras que dicen San Mateo y San Lucas. Y no es maravilla que en diferentes partes y lugares repitiese las mismas, como lo hizo de aquella sentencia: *Todo aquel que se ensalzare será humillado; y el que se humillare será ensalzado*; que la dijo el Señor una vez en la parábola del publicano y fariseo y otra en la de los convidados a las bodas, como lo refiere San Lucas en los capítulos 14 y 18 (Lc 14, 11; 18, 14), y aun San Mateo (Mt 23, 12) lo cuenta en otra ocasión.

1061. Y no sólo fue humilde para sí María santísima, sino que fue gran maestra de los apóstoles y discípulos en esta virtud, porque era necesario que se fundasen y arraigasen en ella para los dones que habían de recibir y las maravillas que con ellos habían de obrar, no sólo adelante en la fundación de la Iglesia, sino también desde luego en su predicación. Los sagrados evangelistas dicen que nuestro celestial Maestro envió delante de sí primero a los apóstoles (Mt 10, 5; Lc 9, 2) y después a los setenta y dos discípulos (Lc 10, 1), y les dio potestad de hacer milagros expeliendo demonios y curando enfermos. Y la gran Maestra de los humildes les advirtió y exhortó con ejemplo y palabras de vida cómo se habían de gobernar en obrar estas maravillas. Y con su enseñanza y peticiones se les infundió a los apóstoles nuevo espíritu de profunda humildad y sabiduría para conocer con más claridad cómo aquellos milagros los hacían en virtud del Señor y que a su poder y bondad sola se le debía toda la gloria de aquellas obras, porque ellos eran unos puros instrumentos; y como al pincel no se le debe la gloria de la pintura, ni a la espada de la victoria, y todo se le

atribuye al pintor y al capitán o soldado que lo mueve o gobierna, así la honra y alabanza de las maravillas que harían, toda la habían de remitir a su Señor y Maestro, de quien todo bien se deriva. Y es de advertir que nada de esta doctrina se halla en los evangelios que les dijese el Señor a los apóstoles antes que fuesen a la predicación, porque esto lo hizo la divina Maestra. Y con todo eso, cuando volvieron los discípulos a la presencia de Cristo nuestro Señor y muy alegres le dijeron que en su nombre se les habían sujetado los demonios (Lc 10, 17), entonces el Señor les advirtió que les había dado aquella potestad, pero que no se holgasen por aquellas obras, sino porque sus nombres estaban escritos en el cielo. Tan delicada como esto es nuestra humildad, que aun en los mismos discípulos del Señor tuvo necesidad de tantos magisterios y preservativos.

1062. Para fundar después la Santa Iglesia, fue más importante esta ciencia de la humildad que Cristo nuestro Maestro y su Madre santísima enseñaron a los Apóstoles, por las maravillas que obraron en virtud del mismo Señor, en confirmación de la fe y predicación del Evangelio; porque los gentiles, acostumbrados a dar ciegamente divinidad a cualquiera cosa grande y nueva, viendo los milagros que los Apóstoles hacían, los quisieron adorar por dioses, como sucedió a San Pablo y San Bernabé en Licaonia, por ver curado un tullido desde su nacimiento (Act 14, 9), y a San Pablo le llamaban Mercurio y a San Bernabé Júpiter. Y después en la isla de Malta, porque San Pablo no murió de la picadura de una víbora como sucedía a todos los que estas serpientes mordían, le llamaron Dios (Act 28, 6). Todos estos misterios y razones prevenía María santísima con la plenitud de su ciencia, y como coadjutora de su Hijo santísimo concurría en la obra de Su Majestad y de la fundación de la Ley de Gracia. En el tiempo de la predicación, que fue tres años, subió Cristo nuestro Señor a celebrar la Pascua a Jerusalén tres veces, y siempre le acompañó su beatísima Madre y se halló presente cuando a la primera ocasión sacó del templo con el azote a los que vendían ovejas, palomas y bueyes en aquella casa de Dios. En estas obras y en las demás que hizo el Salvador ofreciéndose al Padre en aquella ciudad y lugares donde había de padecer, en todas le siguió y acompañó la gran Señora, con admirables afectos de encumbrado amor y acciones de virtudes heroicas, según y como le tocaba, sin perder alguna, y dando a todas la plenitud de perfección que cada una pedía en su orden y ejercitando principalmente la caridad ardentísima que tenía derivada del ser de Dios, que, como estaba en Su Majestad y Dios en ella, era caridad del mismo Señor la que ardía en su pecho y la encaminaba a solicitar el bien de los prójimos con todas sus fuerzas y conato.

Doctrina que me dio la misma Reina del cielo.

1063. Hija mía, toda su maldad y astucia estrenó la antigua serpiente en borrar del corazón humano la ciencia de la humildad, que como semilla santa sembró en él la clemencia de su Hacedor, y en su lugar derramó este enemigo la impía cizaña de la soberbia. Para arrancar ésta y restituirse el alma al bien perdido de la humildad, es necesario que consienta y quiera ser humillada de otras criaturas y que pida al Señor con incesantes deseos y verdadero corazón esta virtud y los medios para conseguirla. Muy contadas son las almas que se aplican a esta sabiduría y alcanzan la humildad con perfección, porque requiere un vencimiento lleno y total de toda la criatura, a que llegan muy pocos, aun de los que profesan la virtud; porque este contagio ha penetrado tanto las potencias humanas, que casi en todas las obras se refunde, y apenas hay alguna en los hombres que no salga con algún sabor de soberbia, como la rosa con espinas y el grano con la arista. Por esta razón hace el Altísimo tanto aprecio de los verdaderos humildes, y aquellos que alcanzan por entero el triunfo de la soberbia los levanta y coloca con los príncipes de su pueblo y los tiene por hijos regalados y los exime en cierto modo de la jurisdicción del demonio, ni él se les atreve tanto, porque teme a los humildes y sus victorias le atormentan más que las llamas del fuego que padece.

1064. El tesoro inestimable de esta virtud deseo yo, carísima, que llegues a poseer con plenitud y que entregues al Muy Alto todo tu corazón dócil y blando, para que como cera fácil imprima sin resistencia en él la imagen de mis operaciones humildes. Y habiéndote manifestado tan ocultos secretos de este sacramento, es grande la deuda que tienes de corresponder a mi voluntad y no perder punto ni ocasión que te puedas humillar y adelantar en esta virtud que dejes de hacerlo, como conoces que yo lo hice, siendo Madre del mismo Dios y en todo llena de pureza y gracia, y con mayores dones me humillé más, porque en mi estimación excedían más a mis merecimientos y crecían mis obligaciones. Todos los demás hijos de Adán sois concebidos en pecado y ninguno hay que por sí mismo no peque. Y si nadie puede negar esta verdad de su naturaleza infecta, ¿qué razón hay para que no se humille a Dios y a los hombres? El abatirse hasta la tierra y ponerse en el último lugar después del polvo, no es grande humildad para quien ha pecado, porque siempre tiene más honra de la que merece, y el humilde verdadero ha de bajar a menos lugar del que le toca. Si todas las criaturas le desprecian y aborrecen o le ofenden, si se reputa por digno del infierno, todo esto será justicia más que humildad, porque todo es darle su merecido. Pero la profunda humildad extiéndese a desear mayor humillación de la que le corresponde de justicia al humilde. Y por esto es verdad que ninguno de los mortales puede llegar al género de humildad que yo tuve, como lo has entendido y escrito, pero el Altísimo se da por servido y obligado de que se humillen en lo que pueden y deben de justicia.

1065. Veán ahora los pecadores soberbios su fealdad y entiendan son monstruos del infierno en imitar a Lucifer en la soberbia. Porque este vicio le halló hermoso y con grandes dones de gracia y naturaleza, y aunque se desvaneció de los bienes recibidos, pero en efecto los poseía y los tenía como por suyos; mas el hombre, que es barro, y sobre eso ha pecado y está lleno de fealdad y abominaciones, monstruo es si se quiere engreír y desvanecer, y por este desatino excede al mismo demonio, porque ni tiene la naturaleza tan noble, ni la gracia y hermosura que tenía Lucifer. Y este enemigo y sus secuaces desprecian y hacen burla de los hombres que con tan bajas condiciones se ensoberbecen, porque conocen su locura y delirio contentible y vano. Atiende, pues, hija, a este desengaño y humíllate más que la

tierra, sin mostrar más sentimiento que ella cuando el Señor por sí o por las criaturas te humilla. De ninguna te juzgues agraviada ni te des por ofendida; y si aborreces la ficción y mentira, advierte que la mayor es apeteer honra y lugar alto el que por cualquiera pecado, aunque sea leve, merece estar debajo de todo lo visible y más ínfimo del mundo. No atribuyas a las criaturas lo que Dios hace para humillarte a ti y a ellas con aflicciones y tribulaciones, porque esto es quejarse de los instrumentos, y es orden de la divina misericordia afligir con castigos, para reducir a los hombres a su humillación. Y así lo hace hoy Su Majestad con los trabajos que padecen estos reinos, si acabasen de conocerlo. Humíllate en la divina presencia por ti y por todos tus hermanos para aplacar su enojo, como si tú sola fueras culpada y como si no hubieras satisfecho, pues en la vida nadie puede saber si lo ha hecho, y procura aplacarle como si tú sola le hubieras ofendido. Y en los dones y favores que has recibido y recibieres muéstrate agradecida, como quien menos merece y tanto debe, y con este estímulo humíllate más que todos y trabaja sin cesar para que en parte satisfagas a la divina piedad, que tan liberal se ha mostrado contigo.

CAPITULO 4

Con los milagros y obras de Cristo y con los de San Juan Bautista se turba y equivoca el demonio, Herodes prende y degüella a San Juan Bautista y lo que sucedió en su muerte.

1066. Prosiguiendo el Redentor del mundo en su predicación y maravillas, salió de Jerusalén por la tierra de Judea, donde se detuvo algún tiempo bautizando —como dice el Evangelista San Juan en el capítulo 3 (Jn 3, 22), aunque luego en el 4 (Jn 4, 2) declara bautizaba por mano de sus discípulos--- y al mismo tiempo estaba su precursor San Juan bautista bautizando también en Enón, ribera del Río Jordán cerca de la ciudad de Salín. **Y no era uno mismo el bautismo, porque el Precursor bautizaba en sola agua y con el bautismo de penitencia, pero nuestro Salvador daba su bautismo propio, que era la justificación y eficaz perdón de los pecados, como ahora lo hace el mismo bautismo, infundiendo la gracia con las virtudes (e imprimiendo carácter Sacramental del Bautismo).** Y a más de esta oculta eficacia y efectos del bautismo de Cristo, se juntaba la eficacia de sus palabras y predicación y la grandeza de los milagros con que todo lo confirmaba. Y por esto concurren a él más discípulos y seguidores que al Bautista, cumpliéndose lo que el mismo santo dijo, que convenía creciese Cristo y que él fuese menguado (Jn 3, 30). Al bautismo (Sacramental) de Cristo nuestro Señor asistía de ordinario su Madre santísima, conociendo los efectos divinos que causaba en las almas aquella nueva regeneración, y como si ella los recibiera por medio del Sacramento, los agradecía y daba el retorno a su Autor con cánticos de alabanza y grandes actos de las virtudes; con que en todas estas maravillas granjeaba incomparables y nuevos merecimientos.

1067. Cuando la disposición divina dio lugar a que se levantasen Lucifer y sus ministros de la ruina que padecían con el triunfo de Cristo nuestro Redentor en el desierto, volvió este dragón a reconocer las obras de la humanidad santísima, y dio lugar su Providencia divina para que, quedando siempre oculto a este enemigo el principal misterio, conociese algo de lo que convenía para ser del todo vencido en su misma malicia. Conoció el grande fruto de la predicación, milagros y bautismo de Cristo Señor nuestro y que por este medio innumerables almas se apartarían de su jurisdicción, saliendo de pecado y reformando sus vidas. Y también conoció, en su modo, lo mismo en la predicación de San Juan Bautista y de su bautismo (de penitencia), aunque siempre ignoraba la oculta diferencia de los maestros y sus bautismos; pero del suceso conjeturó la perdición de su imperio, si pasaban adelante las obras de los nuevos predicadores Cristo nuestro bien y San Juan Bautista. Y con esta novedad se halló turbado y confuso Lucifer, porque se reconocía con flacas fuerzas para resistir al poder del cielo, que sentía contra sí por medio de aquellos nuevos hombres y doctrina. Turbado, pues, en su misma soberbia con estos recelos, juntó de nuevo otro conciliábulo con los demás príncipes de sus tinieblas y les dijo: Grandes novedades son éstas que hallamos en el mundo estos años, y cada día van creciendo, y con ellas también mis recelos de que ya ha venido a él el Verbo divino, como lo tiene prometido, y aunque he rodeado todo el orbe, no acabo de conocerle. Pero estos dos hombres nuevos, que predicán y me quitan cada día tantas almas, me ponen en sospechoso cuidado; y al uno nunca le he podido vencer en el desierto y el otro nos venció y oprimió a todos cuando estuvo en él y nos ha dejado cobardes y quebrantados; y si pasan adelante con lo que han comenzado, todos nuestros triunfos se volverán en confusión. No pueden ser entrambos Mesías, ni tampoco entiendo si lo es alguno de ellos; pero el sacar tantas almas de pecado es negocio tan arduo, que ninguno lo ha hecho como ellos hasta ahora, y supone nueva virtud, que nos importa investigar y saber de dónde nace, y que acabemos con estos dos hombres. Y para todo me seguid y ayudadme con vuestras fuerzas y poder, astucia y sagacidad, y porque sin esto se vendrán a postrar nuestros intentos.

1068. Con este razonamiento determinaron aquellos ministros de maldad perseguir de nuevo a Cristo Salvador nuestro y a su gran precursor San Juan Bautista; pero como no alcanzaban los misterios escondidos en la Sabiduría increada, aunque daban muchos arbitrios y sacaban grandes consecuencias, todas eran disparatadas y sin firmeza, porque estaban alucinados y confusos de ver por una parte tantas maravillas y por otra tan desiguales señales de las que ellos habían concebido de la venida del Verbo humanado. Y para que se entendiese más la malicia que él llevaba y todos sus aliados se hiciesen capaces de los intentos de su príncipe Lucifer, que eran de inquirir y descubrir lo que ignoraba, sintiendo quebranto sin saber por dónde venía, hacía juntas de demonios, para que manifestasen lo que habían visto y entendido, y les ofrecía grandes premios de imperios en su república de maldad. Y para que se enredase más la malicia de estos infernales ministros en su confusa indignación, permitió el Maestro de la vida que tuviesen mayor noticia de la santidad del Bautista. Y aunque no hacía los milagros que Cristo nuestro Redentor, pero las señales de su santidad eran grandiosas y en las virtudes exteriores era muy admirable. Y también le ocultó Su Majestad

algunas extraordinarias maravillas de las suyas al Dragón, y en lo que él llegaba a conocer hallaba gran similitud entre Cristo y Juan, con que se vino a equivocar, sin determinar sus sospechas a quién de los dos daría el oficio y dignidad de Mesías. Entrambos —decía— son grandes santos y profetas; la vida del uno es común, pero extraordinaria y peregrina; el otro hace muchos milagros, la doctrina es casi una misma; entrambos no pueden ser Mesías, pero, sean lo que fueren, yo los reconozco por grandes enemigos míos y santos y los he de perseguir hasta acabar con ellos.

1069. Comenzaron estos recelos en el demonio desde que vio a San Juan Bautista en el desierto con tan prodigioso y nuevo orden de vida desde su niñez, y le pareció era aquella virtud más que de puro hombre. Y por otra parte conoció también algunas obras y virtudes de la vida de Cristo nuestro Señor no menos admirables y las confería el Dragón unas con otras. Pero como el Señor vivía con el modo más ordinario entre los hombres, siempre Lucifer investigaba cuanto podía quién sería San Juan Bautista. Y con este deseo incitó a los judíos y fariseos de Jerusalén, para que enviasen por embajadores a los sacerdotes y levitas que preguntasen al Bautista quién era (Jn 1, 19), si era Cristo, como ellos pensaban con sugestión del enemigo. Y dejase entender que fue muy vehemente, pues pudieron entender que el Bautista, siendo del tribu de Leví, notoriamente no podía ser Mesías, que conforme a las Escrituras había de ser del tribu de Judá, y ellos eran sabios en la ley que no ignoraban estas verdades. Pero el demonio los turbó y obligó a que hiciesen aquella pregunta con doblada malicia del mismo Lucifer, porque su intento era que respondiese si lo era; y si no lo era, que se desvaneciese con la estimación en que estaba acerca del pueblo que lo pensaba y se complaciese vanamente en ella, o usurpase en todo o en parte la honra que le ofrecían. Y con esta malicia estuvo Lucifer muy atento a la respuesta de San Juan Bautista.

1070. Pero el santo Precursor respondió con admirable sabiduría, confesando la verdad de tal manera, que con ella dejase vencido al enemigo y más confuso que antes. Respondió que no era Cristo. Y replicándole si era Elías; porque los judíos eran tan torpes, que no sabían discernir entre la primera y segunda venida del Mesías, y como de Elías estaba escrito había de venir antes, por esto le preguntaron si era Elías; respondió, que no era él, sino que era la voz que clamaba en el desierto, como lo dijo Isaías, para que enderezasen los caminos del Señor (Jn 1, 20-23). Todas las instancias que hicieron estos embajadores se las administró el enemigo, porque le parecía que si San Juan Bautista era justo diría la verdad, y si no, descubriría claramente quién era; pero cuando oyó que era voz quedó turbado, ignorando y sospechando si quería decir que era el Verbo Eterno. Y crecióle la duda, advirtiéndole en que San Juan Bautista no había querido manifestar a los judíos con claridad quién era. Y con esto engendró sospecha de que llamarse voz había sido disimulación, porque si dijera que era palabra de Dios, manifestaba que era el Verbo y por ocultarlo no se había llamado palabra sino voz; tan deslumbrado como esto andaba Lucifer en el misterio de la Encarnación. Y cuando pensó que los judíos quedaban ilusos y engañados, lo quedó él mucho más con toda su depravada teología.

1071. Con aquel engaño se enfureció más contra el Bautista; pero acordándose cuán mal había salido de las batallas que con el Señor tuvo a solas y que tampoco a San Juan Bautista le había derribado en culpa de alguna gravedad, determinó hacerle guerra por otro camino. Hallóle muy oportuno, porque el Bautista Santo reprendía a Herodes por el torpísimo adulterio que públicamente cometía con Herodías, mujer de Filipo, su mismo hermano, a quien se la había quitado, como dicen los Evangelistas (Mt 14, 3; Mc 6, 17; Lc 3, 19). Conocía Herodes la santidad y razón de San Juan Bautista y le tenía respeto y temor y le oía de buena gana, pero esto, que obraba en el mal rey la fuerza de la razón y luz, pervertía la execrable y desmedida ira de aquella torpísima Herodías y su hija, parecida y semejante en costumbres a su madre. Estaba la adúltera arrebatada de su pasión y sensualidad y con esto bien dispuesta para ser instrumento del demonio en cualquiera maldad. Incitó al rey para que degollase al Bautista, instigándola primero a ella el mismo enemigo para que lo negociase por diferentes medios. Y habiendo echado preso al que era voz del mismo Dios y el mayor entre los nacidos, llegó el día que celebraba Herodes el cumplimiento de sus infelices años con un convite y sarao que hizo a los magistrados y caballeros de Galilea, donde era rey. Y como en la fiesta introdujese la deshonesta Herodías a su hija para que bailase delante los convidados, hízolo a satisfacción del ciego rey y adúltero, con que se obligó y le ofreció a la saltatriz que pidiese cuanto deseaba, que todo se lo daría, aunque pidiese la mitad de su reino. Ella, gobernada por su madre y entrambas por la astucia de la serpiente, pidió más que el reino y que muchos reinos, que fue la cabeza del Bautista, y que luego se la diesen en un plato; y así lo mandó el rey por habérselo jurado y haberse sujetado a una deshonesto y vil mujer que le gobernase en sus acciones. Por ignominia afrentosa juzgan los hombres que les llamen mujer, porque les priva este nombre de la superioridad y nobleza que tiene el ser varones; pero mayor mengua es ser menos que mujeres dejándose mandar y gobernar de sus antojos, porque menos es y más inferior el que obedece y mayor es quien le manda. Y con todo eso hay muchos que cometen esta vileza sin reputarla por mengua, siendo tanto mayor y más indigna cuanto es más vil y execrable una mujer deshonesto, porque perdida esta virtud nada le queda que no sea muy despreciable y aborrecible en los ojos de Dios y de los hombres.

1072. Estando preso el Bautista a instancia de Herodías, fue muy favorecido de nuestro Salvador y de su divina Madre por medio de los Santos Ángeles, con quien la gran Señora le envió a visitar muchas veces, y algunas le envió de comer mandándoles se lo preparasen y llevasen; y el Señor de la gracia le hizo grandes beneficios interiores. Pero el demonio, que quería acabar con San Juan Bautista, no dejaba sosegar el corazón de Herodías hasta verle muerto y aprovechábase de la ocasión del sarao. Puso en el ánimo del rey Herodes aquella estulta promesa y juramento que hizo a la hija de Herodías, y así le cegó más, para que impiamente juzgase por mengua y descrédito no cumplir el inicuo juramento con que había confirmado la promesa; y así mandó quitar la cabeza al precursor San Juan Bautista, como consta del Evangelio (Mc 6, 27). Al mismo tiempo la Princesa del mundo conoció en el interior de su Hijo santísimo,

por el modo que solía, que se llegaba la hora de morir el Bautista por la verdad que había predicado. Postróse la purísima Madre a los pies de Cristo nuestro Señor y con lágrimas le pidió asistiese en aquella hora a su siervo y precursor Juan y le amparase y consolase, para que fuese más preciosa en sus ojos la muerte, que por su gloria y en defensa de la verdad había de padecer.

1073. Respondióle el Salvador con agrado de su petición y dijo quería cumplirla con toda plenitud y mandó a la beatísima Madre le siguiese. Y luego por la divina virtud Cristo nuestro Redentor y María santísima fueron movidos milagrosa e invisiblemente y entraron en la cárcel, donde estaba el Bautista amarrado con cadenas y maltratado con muchas llagas; porque la impiísima adúltera, deseando acabarle, había mandado a unos criados —que fueron seis en tres ocasiones— le azotasen y maltratasen, como de hecho lo hicieron por complacer a su ama. Y por este medio pretendió aquella tigre quitar la vida al Bautista antes que sucediera la fiesta y convite, donde lo mandó Herodes. Y el demonio incitó a los crueles ministros, para que con grande ira le maltratasen de obra y de palabra, con grandes contumelias y blasfemias contra su persona y doctrina que predicaba, porque eran hombres perversísimos, como criados y privados de tan infeliz mujer, adúltera y escandalosa. Pero con la presencia corporal de Cristo y de su Madre santísima se llenó de luz aquel lugar de la cárcel donde estaba el Bautista y todo quedó santificado, asistiendo con los Reyes del cielo gran multitud de ángeles, cuando los palacios del adúltero Herodes eran habitación de inmundos demonios y más culpados ministros que cuantos estaban encarcelados por la justicia.

1074. Vio el Santo Precursor al Redentor del mundo y a su santísima Madre con gran refulgencia y muchos coros de Ángeles que les acompañaban, y al punto se le soltaron las cadenas con que estaba preso y sus llagas y heridas fueron sanas y lleno de incomparable júbilo postróse en tierra con profunda humildad y admirable devoción. Pidió la bendición al Verbo encarnado y a su Madre santísima, diéronsele y estuvieron algún rato en divinos coloquios con su siervo y amigo, que no me detengo en referirlos, sólo diré lo que movió más mis tibios afectos. Dijo el Señor al Bautista con amigable semblante y humanidad: Juan, siervo mío, ¿cómo os adelantáis a vuestro Maestro en ser primero azotado, preso y afligido y en ofrecer la vida y padecer muerte por la gloria de mi Padre, antes que yo padezca? Mucho van caminando vuestros deseos, pues gozáis tan presto el premio en padecer tribulaciones, y tales como yo las tengo prevenidas para mi humanidad; pero en esto remunera mi Eterno Padre el celo con que habéis hecho el oficio de precursor mío. Cúmplanse vuestras ansias afectuosas y entregad el cuello al cuchillo, que yo lo quiero así y que llevéis mi bendición y bienaventuranza de padecer y morir por mi nombre. Yo ofrezco vuestra muerte a mi Padre, con lo que se dilata la mía.

1075. Con la virtud y suavidad de estas razones fue penetrado el corazón del Bautista y prevenido de tanta dulzura del amor divino, que en algún espacio no pudo pronunciar palabra; pero, confortándole la divina gracia, pudo con abundancia de lágrimas responder a su Señor y Maestro, agradeciéndole aquel inefable e incomparable beneficio entre los demás grandes que de su liberal mano tenía recibidos, y con suspiros de lo íntimo del alma dijo: Eterno bien y Señor mío, no pude yo merecer penas y tribulaciones que fuesen dignas de tal favor y consuelo, como gozar de vuestra real presencia y de vuestra digna Madre y mi Señora; indigno soy de este nuevo beneficio. Para que más quede engrandecida vuestra misericordia sin medida, dadme, Señor, licencia para que muera antes que Vos, porque Vuestro Santo Nombre sea más conocido, y recibid el deseo de que fuera por Él más penosa y dilatada la muerte que he de padecer. Triunfen de mi vida Herodes y los pecados y el mismo infierno, que yo la entrego por Vos, amado mío, con alegría; recibidla, Dios mío, en agradable sacrificio. Y Vos, Madre de mi Salvador y Señora mía, convertid a vuestro siervo los ojos clementísimos de vuestra dulcísima piedad y tenedme siempre en vuestra gracia como Madre y causa de todo nuestro bien. Toda mi vida abracé el desprecio de la vanidad, amé a la cruz que ha de santificar mi Redentor y deseo sembrar con lágrimas, pero nunca pude merecer esta alegría, que en mis tormentos ha hecho dulce el padecer, mis prisiones suaves y la misma muerte apetecible y más amable que la vida.

1076. Entre estas y otras razones que dijo el Bautista, entraron en la cárcel tres criados de Herodes con un verdugo, que sin dilación hizo prevenirlo todo la implacable ira de aquella tan cruel como adúltera mujer; y ejecutando el impío mandato de Herodes, rindió su cuello el santísimo Precursor, y el verdugo le degolló y cortó la cabeza. Al mismo tiempo que se iba a ejecutar el golpe, el Sumo Sacerdote Cristo, que asistía al sacrificio, recibió en sus brazos al cuerpo del mayor de los nacidos y su Madre santísima recibió en sus manos la cabeza, ofreciendo entrambos al Eterno Padre la nueva hostia en la sagrada ara de sus divinas manos. Dio lugar a todo esto, no sólo el estar allí los Sumos Reyes invisibles para los circunstantes, sino una pendencia que trabaron los criados de Herodes sobre cuál de ellos había de lisonjear a la infame saltatriz y a su impiísima madre llevándoles la cabeza de San Juan Bautista. Y en esta competencia se embarazaron tanto, que sin atender de dónde, cogió uno la cabeza de manos de la Reina del cielo, y los demás le siguieron a entregarla en un plato a la hija de Herodías. A la santísima alma del Bautista envió Cristo nuestro Redentor al limbo (de los Padres) con gran multitud de Ángeles que la llevaron, y con su llegada se renovó la alegría de los Santos Padres que allí estaban. Y los Reyes del Cielo se volvieron al lugar donde estaban antes que fueran a visitar a San Juan Bautista. De la santidad y excelencias de este gran Precursor está mucho escrito en la Santa Iglesia, y aunque faltan otras cosas que decir, y yo he entendido algo, no puedo detenerme en escribirlo, por no divertirme de mi intento ni alargar más esta divina Historia. Y sólo digo que recibió el feliz y dichoso Precursor muy grandes favores de Cristo nuestro Señor y su santísima Madre, por todo el discurso de su vida, en su nacimiento dichoso y en el desierto, en la predicación y santa muerte; con ninguna nación hizo la diestra divina tal.

1077. Hija mía, mucho has ceñido los misterios de este capítulo, pero en ellos se encierra grande enseñanza para ti y para todos los hijos de la luz, como lo has entendido. Escríbela en tu corazón y atiende mucho a la distancia que había entre la santidad y pureza del Bautista, pobre, desnudo, afligido, perseguido y encarcelado, y la fealdad abominable de Herodes, rey poderoso, rico, regalado, servido y entregado a delicias y torpezas. Todos eran de una misma naturaleza humana, pero diferentes en condiciones, por haber usado mal o bien de su libertad, de la voluntad y de las cosas visibles. A Juan nuestro siervo llevaron la penitencia, pobreza, humildad, desprecio, tribulaciones y celo de la gloria de mi Hijo santísimo a morir en sus manos y en las mías, que fue un singular beneficio sobre todo humano encarecimiento. **A Herodes, por el contrario, el fausto, soberbia, vanidad, tiranías y torpezas le llevaron a morir infelizmente por medio de un ministro del Señor, para ser castigado con penas eternas.** Esto mismo has de pensar que sucede ahora y siempre en el mundo, aunque los hombres ni lo advierten ni lo temen. Y así unos aman y otros temen la vanidad y potencia de la gloria del mundo, y no consideran su fin y que se desvanece más que la sombra y es corruptible más que el heno.

1078. Tampoco atienden los hombres al principal fin y al profundo que los derriban los vicios, aun en la vida presente, pues aunque el demonio no les puede quitar la libertad, ni tiene jurisdicción inmediata contra la voluntad y sobre ella, pero, entregándosela con tan repetidos y graves pecados, llega a cobrar sobre ella tanto dominio que la hace como instrumento sujeto, para usar de él en cuantas maldades le propone. Y con tener tantos y tan lamentables ejemplos, no acaban los hombres de conocer este formidable peligro y a donde pueden llegar por justos juicios del Señor, como llegó Herodes, mereciéndolo sus pecados, y lo mismo sucedió a su adúltera. Para llevar las almas a este abismo de maldad, encamina Lucifer a los mortales por la vanidad, por la soberbia, por la gloria del mundo y sus deleites torpes, y sólo esto les propone y representa por grande y apetecible. Y los ignorantes hijos de perdición sueltan las riendas de la razón para seguir sus inclinaciones y torpezas de la carne y ser esclavos de su mortal enemigo. Hija mía, el camino de la humildad y desprecio, del abatimiento y aflicciones es el que enseñó Cristo mi Hijo santísimo, y yo con él. Este es camino real de la vida, y el que anduvimos primero nosotros y nos constituimos por especiales maestros y protectores de los afligidos y trabajados. Y cuando nos llaman en sus necesidades les asistimos por un modo maravilloso y con especiales favores, y de este amparo y beneficio se privan los seguidores del mundo y de sus vanas delectaciones que aborrecen el camino de la cruz. Para él fuiste llamada y convidada y eres traída con la suavidad de mi amor y doctrina. Sígueme y trabaja para imitarme, pues hallaste el tesoro escondido y la margarita preciosa, por cuya posesión debes privarte de todo lo terreno y de tu misma voluntad, en cuanto fuere contraria a la del altísimo Señor y mío.

CAPITULO 5

Los favores que recibieron los [Santos] Apóstoles de Cristo nuestro Redentor por la devoción con su Madre santísima, y por no tenerla [el Apóstol] Judas Iscariotes caminó a su perdición.

1079. Milagro de milagros de la Omnipotencia divina y maravilla de maravillas era el proceder de la prudentísima María Señora nuestra con el Sagrado Colegio de los Sagrados Apóstoles y discípulos de Cristo nuestro Señor y su Hijo santísimo. Y aunque esta rara sabiduría es indecible, pero si intentara manifestar todo lo que de ella se me ha dado a entender, fuera necesario escribir un gran volumen de solo este argumento. Diré algo en este capítulo y en todo lo restante que falta, como se fuere ofreciendo, y todo será muy poco; de aquí se podrá colegir lo suficiente para nuestra enseñanza. A todos los discípulos que recibía el Señor en su divina escuela, les infundía en el corazón especial devoción y reverencia con su Madre santísima, como convenía, habiéndola de ver y tratar tan familiarmente en su compañía. Pero aunque esta semilla santa de la divina luz era común a todos, no era igual en cada uno con el otro, porque, según la dispensación del Señor y las condiciones de los sujetos y los ministerios y oficios a que los destinaba, distribuía Su Majestad estos dones. Y después, con el trato y conversación dulcísima y admirable de la gran Reina y Señora, fueron creciendo en su reverencial amor y veneración, porque a todos los hablaba, amaba, consolaba, acudía, enseñaba y remediaba en todas sus necesidades, sin que jamás de su presencia y pláticas saliesen sin plenitud de alegría interior, de gozo y consuelo mayor del que su mismo deseo le pedía. Pero el fruto bueno o mejor de estos beneficios era conforme a la disposición del corazón donde se recibía esta semilla del cielo.

1080. Salían todos llenos de admiración y formaban conceptos altísimos de esta gran Señora, de su prudencia y sabiduría, santidad, pureza y grandiosa majestad, junta con una suavidad tan apacible y humilde, que ninguno hallaba términos para explicarla. Y el Altísimo también lo disponía así, porque, como dije arriba, libro V, capítulo 28, no era tiempo de que se manifestase al mundo esta arca mística del Nuevo Testamento. Y como el que mucho desea hablar y no puede manifestar su concepto, le reconcentra más en su corazón, así los Sagrados Apóstoles, violentados dulcemente del silencio propio, reducían sus fervores en mayor amor de María santísima y en alabanza oculta de su Hacedor. Y como la gran Señora en el depósito de su incomparable ciencia conocía los naturales de cada uno, su gracia, su estado y ministerio a que estaba diputado, en correspondencia de esta inteligencia procedía con ellos en sus peticiones al Señor y en la enseñanza y palabras y en los favores que convenían a cada uno según su vocación. Y este modo de proceder y obrar en pura criatura, tan medido al gusto del Señor, fue en los Santos Ángeles de nueva y grande admiración; y por la oculta providencia hacía el Todopoderoso que los mismos Apóstoles correspondiesen también a los beneficios y favores que por su Madre recibían. Y todo esto hacía una divina armonía oculta a los hombres y sólo a los celestiales espíritus patente.

1081. En estos favores y sacramentos fueron señalados San Pedro y San Juan: el primero, porque había de ser vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia militante, y por esta excelencia prevenida del Señor amaba su Madre santísima a San Pedro y le reverenciaba con especial respeto; y al segundo, porque había de quedar en lugar del mismo Señor por Hijo suyo y para compañía y asistencia de la purísima Señora en la tierra. De manera que estos dos Apóstoles, en cuyo gobierno y custodia se habían de repartir la Iglesia mística, María santísima, y la militante de los fieles, fueron singularmente favorecidos de esta gran Reina del mundo; pero como San Juan Evangelista era elegido para servirla y llegar a la dignidad de hijo suyo adoptivo y singular, recibió el Santo particulares dones en orden al obsequio de María santísima y desde luego se señaló en él. Y aunque todos los Apóstoles en esta devoción excedieron a nuestra capacidad y concepto, el Evangelista Juan alcanzó más de los ocultos misterios de esta Ciudad Mística del Señor y recibió por ella tanta luz de la divinidad, que excedió en esto a todos los Apóstoles, como lo testifica su Evangelio; porque toda aquella sabiduría se le concedió por medio de la Reina del cielo, y la excelencia que tuvo este evangelista entre todos los apóstoles de llamarse el Amado de Jesús (Jn 21, 20), la alcanzó por el amor que él tuvo a su Madre santísima, y por la misma razón fue también correspondido de la divina Señora, que por excelencia fue el discípulo amado de Jesús y de María.

1082. Tenía el Santo Evangelista algunas virtudes, a más de la castidad y virginal pureza, que para la Reina de todas eran de mayor agrado, y entre ellas una sinceridad columbina —como de sus escritos se conoce— y una humildad y mansedumbre pacífica, que le hacía más apacible y tratable; y a todos los pacíficos y humildes de corazón llamaba la divina Madre retratos de su Hijo santísimo. Y por estas condiciones señaladas entre todos los Apóstoles se le inclinó más la Reina y él estuvo más dispuesto para que se imprimiese en su corazón reverencial amor y afecto de servirla. Y desde la primera vocación, como arriba dije (Cf. supra n. 1028), comenzó San Juan Evangelista a señalarse entre todos en la veneración de María santísima y a obedecerla con reverencia de humildísimo esclavo. Asistíala con más continuación que todos y, cuanto era posible, procuraba estar en su presencia y aliviarla de algunos trabajos corporales que la Señora del mundo hacía por sus manos. Y alguna vez le sucedió al dichoso Apóstol ocuparse en estas obras humildes, compitiendo en ellas con porfía santa con los Ángeles de la misma Reina; y a los unos y otros los vencía ella y las hacía por sí misma, porque en esta virtud siempre triunfó de todos, sin que nadie la pudiese vencer ni igualar en el menor acto. Era también muy diligente el amado discípulo en dar cuenta a gran Señora de todas las obras y maravillas del Salvador, cuando ella no estaba presente, y de los nuevos discípulos y convertidos a su doctrina. Siempre estaba atento y estudioso para conocer en lo que más la serviría y daría gusto, y como lo entendía así lo ejecutaba todo.

1083. Señalóse también San Juan Bautista en la reverencia con que trataba de palabra a María santísima, porque en presencia siempre la llamaba Señora o mi Señora, y en ausencia la nombraba Madre de nuestro Maestro Jesús; y después de la Ascensión del mismo Señor la llamó el primero Madre de Dios y del Redentor del mundo, y en presencia, Madre y Señora. Dábale también otros títulos: Restauradora del pecado, Señora de las gentes; y en particular fue San Juan Evangelista el primero que la llamó María de Jesús, como se nombró muchas veces en la primitiva Iglesia; y le dio este nombre porque conoció que en su alma santísima de nuestra gran Señora hacían dulcísima consonancia estas palabras cuando las oía. Y en la mía deseo alabar con júbilo al Señor, porque, sin poderlo merecer, me llamó a la luz de la Santa Iglesia y fe y a la vocación de la religión que profeso debajo de este mismo nombre. Conocían los demás apóstoles y discípulos la gracia que San Juan Evangelista tenía con María santísima y muchas veces le pedían a él que fuese intercesor con Su Majestad en algunas cosas que le querían proponer o pedir; y la suavidad del Santo Apóstol intervenía por sus ruegos como quien conocía tanto de la piedad amorosa de la dulcísima Madre. Otras cosas sobre este intento diré adelante, en especial en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 590), y se pudiera hacer una larga historia sólo de los favores y beneficios que San Juan Evangelista recibió de la Reina y Señora del mundo.

1084. Después de los dos Apóstoles San Pedro y San Juan Evangelista, fue muy amado de la Madre santísima el Apóstol Santiago, hermano del Evangelista, y recibió este Apóstol admirables favores de mano de la gran Señora, como de algunos veremos en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 325, 352, 384, 399). Y también San Andrés fue de los carísimos de la Reina, porque conocía que este Gran Apóstol había de ser especial devoto de la pasión y cruz de su Maestro y había de morir a imitación suya en ella. Y aunque no me detengo en los demás Apóstoles, pero a unos por unas virtudes y a otros por otras, y a todos por su Hijo santísimo, los amaba y respetaba con rara prudencia, caridad y humildad. En este orden entraba también la Magdalena, a quien miró nuestra Reina con amoroso afecto, por el amor que tenía ella a su Hijo santísimo y porque conoció que el corazón de esta eminente penitente era muy idóneo para que la diestra del Todopoderoso se magnificase en ella. Tratóla María santísima muy familiarmente entre las demás mujeres y la dio luz de altísimos misterios, con que la enamoró más de su Maestro y de la misma Señora. Consultó la Santa con nuestra Reina los deseos de retirarse a la soledad para vacar al Señor en continua penitencia y contemplación, y la dulcísima Maestra le dio una grandiosa instrucción de la vida que en el yermo guardó después la Santa, y fue a él con su beneplácito y bendición, y allí la visitó por su persona una vez, y muchas por medio de los Ángeles que la enviaba para animarla y consolarla en aquel horror de la soledad. Las otras mujeres que seguían al Maestro de la vida fueron también muy favorecidas de su Madre santísima; y a ellas y a todos los discípulos hizo incomparables beneficios, y todos fueron intensamente devotos y aficionados de esta gran Señora y Madre de la gracia, porque todos y todas la hallaron con abundancia en ella y por ella, como en su oficina y depósito, donde la tenía Dios para todo el linaje humano. Y no me alargo más en esto; porque a más de no ser necesario, por la noticia que hay en la Santa Iglesia, era menester mucho tiempo para esta materia.

1085. Sólo del mal apóstol Judas Iscariotes diré algo de lo que tengo luz, porque lo pide esta Historia y de ella hay menor noticia, y será de alguna enseñanza para los pecadores y de escarmiento para los obstinados y aviso para los poco devotos de María santísima; si hay alguno que lo sea poco con una criatura tan amable, que el mismo Dios con amor infinito la amó sin tasa ni medida, los Ángeles con todas sus fuerzas espirituales, los Apóstoles y Santos con íntimo y cordial afecto y todas las criaturas deben amarla con contenciosa porfía y todo será menos de lo que debe ser amada. Este infeliz apóstol comenzó a errar este camino real de llegar al amor divino y a sus dones. Y la inteligencia que de ello se me ha dado para escribirlo con lo demás, es como se sigue.

1086. [Vino Judas Iscariotes a la escuela de Cristo nuestro Maestro, movido de la fuerza de su doctrina en lo exterior y en lo interior del buen espíritu que movía a otros.](#) Y traído con estos auxilios pidió al Salvador le admitiese entre sus discípulos, y el Señor le recibió con entrañas de amoroso padre, que a ninguno desecha si con verdad le buscan. Recibió Judas Iscariotes en los principios otros mayores favores de la divina diestra, con que se adelantó a algunos de los demás discípulos, y fue señalado por uno de los Doce Apóstoles; porque el Señor le amaba según la presente justicia, conforme al estado de su alma y obras santas que hacía como los demás. La Madre de la Gracia y de Misericordia le miró también con ella por entonces, aunque desde luego conoció con su ciencia infusa la traición que alevosamente había de cometer en el fin de su apostolado. Pero no por esto le negó su intercesión y caridad maternal, [antes con mayor celo y atención tomó la divina Señora por su cuenta justificar en cuanto le era posible la causa de su Hijo santísimo con este infeliz apóstol](#), para que su maldad no tuviese achaque ni disculpa aparente ni humana cuando la intentase. Y conociendo que aquel natural no se vencería con rigor, antes llegaría más presto a su obstinación, cuidaba la prudentísima Señora que nada le faltase a Judas Iscariotes de lo necesario y conveniente, y con mayores demostraciones de caricia y suavidad le acudía, le hablaba y trataba entre todos. Y esto fue de manera que llegando alguna vez los discípulos a tener entre sí sus emulaciones sobre quién había de ser más privado de la Reina purísima —como también con el Hijo lo dice el evangelio (Lc 22, 24)— nunca Judas Iscariotes pudo tener estos recelos ni achaques, porque siempre esta Señora le favoreció mucho en los principios y él se mostró tal vez agradecido a estos beneficios.

1087. Pero como el natural le ayudaba poco a Judas Iscariotes, y entre los discípulos y apóstoles había algunas faltas de hombres no del todo confirmados en la perfección, ni por entonces en la gracia, comenzó el imprudente discípulo a pagarse de sí mismo más de lo que debía y a tropezar en los defectos de sus hermanos, notándolos más que a los propios. Y admitido este primer engaño sin reparo ni enmienda, fue creciendo tanto la viga en sus propios ojos, cuanto con más indiscreta presunción miraba las pajuelas en los ajenos y murmuraba de ellas, pretendiendo enmendar en sus hermanos, con más presunción que celo, las faltas más leves y cometiéndolas él mucho mayores. Y entre los demás apóstoles notó y juzgó a San Juan Evangelista por entremetido con su Maestro y con su Madre santísima, aunque él era tan favorecido de entrambos. Con todo eso, hasta aquí no pasaban los desórdenes de Judas Iscariotes más que a culpas veniales, sin haber perdido la gracia justificante; pero éstas eran de mala condición y muy voluntarias, porque a la primera, que fue de alguna vana complacencia, le dio entrada muy libre, y ésta llamó luego a la segunda, de alguna envidia, y de aquí resultó la tercera, que fue calumniar en sí mismo y juzgar con poca caridad las obras que sus hermanos hacían, y tras éstas se abrió puerta para otras mayores; porque luego se le entibió el fervor de la devoción, se le resfrió la caridad con Dios y con los prójimos y se le fue remitiendo y extinguiendo la luz del interior, y ya miraba a los apóstoles y a la santísima Madre con algún hastío y poco gusto de su trato y obras santísimas.

1088. Todo este desconcierto de Judas Iscariotes iba conociendo la prudentísima Señora; y procurando su remedio y curarle en salud [espiritual], antes que se entregase a la muerte del pecado, le hablaba y amonestaba como a hijo carísimo, con extremada suavidad y fuerza de razones. Y aunque alguna vez sosegaba aquella tormenta que se comenzaba a levantar en el inquieto corazón de Judas Iscariotes, pero no perseveraba en su tranquilidad y luego se desazonaba y turbaba de nuevo. Y dando más entrada al demonio, llegó a enfurecerse contra la mansísima paloma, y con hipocresía afectada intentaba ocultar sus culpas o negarlas y darles otras salidas, como si pudiera engañar a sus divinos maestros o recelarles el secreto de su pecho. Perdió con esto la reverencia interior a la Madre de Misericordia, despreciando sus amonestaciones y dándole en rostro aquella dulzura de sus palabras y documentos. Con este ingrato atrevimiento perdió la gracia, y el Señor se indignó gravemente y mereciéndolo sus desmesurados desacatos le dejó en manos de su consejo (Eclo 15, 14), porque él mismo, desviándose de la gracia e intercesión de María santísima, cerró las puertas de la misericordia y de su remedio. Y de este aborrecimiento, que admitió con la dulcísima Madre, pasó luego a indignarse con su Maestro y aborrecerle, descontentándose de su doctrina y juzgando por muy pesada la vida de los Apóstoles y su comunicación.

1089. Con todo esto no le desamparó luego la divina Providencia y siempre le enviaba auxilios interiores a su corazón, aunque éstos eran más comunes y ordinarios de los que antes recibía, pero suficientes si quisiera obrar con ellos. Y a más de éstos se juntaban las exhortaciones dulcísimas de la clementísima Señora, para que se redujese y humillase a pedir perdón a su divino Maestro y Dios verdadero; y le ofreció de parte del mismo Señor la misericordia y de la suya que le acompañaría y rogaría por él y haría la misma Señora penitencia por sus pecados con obras penales, y sólo quería de él que se doliese de ellos y se enmendase. A todos estos partidos se le ofreció la Madre de la gracia, para remediar en sus principios la caída de Judas Iscariotes, como quien conocía que no era el mayor mal el caer, sino no levantarse y perseverar en el pecado. No podía negar el soberbio discípulo a su conciencia el testimonio que le daba de su mal estado, pero comenzando a endurecerse temió la confusión que le podía adquirir gloria y cayó en la que le

aumentó su pecado. Y con esta soberbia no admitió los consejos saludables de la Madre de Cristo, antes negó su daño, protestando con palabras fingidas que amaba a su Maestro y a los demás y que no tenía en esto de qué enmendarse.

1090. Admirable ejemplo de caridad y paciencia fue el que nos dejaron Cristo Salvador nuestro y su Madre santísima en el proceder que tuvieron con Judas Iscariotes después de su caída en pecado, porque de tal manera lo toleraron en su compañía, que jamás le mostraron el semblante airado ni mudado, ni dejaron de tratarle con la misma suavidad y agrado que a los demás. **Y ésta fue la causa de ocultárseles tanto a los Santos Apóstoles el mal interior de Judas Iscariotes, no obstante que su Ordinaria conversación y trato daba grandes indicios de su mala conciencia y espíritu;** porque no es fácil ni casi posible violentar siempre las inclinaciones para ocultarlas y disimularlas, y en las cosas que no son muy deliberadas siempre obramos conforme al natural y costumbres, y entonces por lo menos las damos a conocer a quien nos trata mucho. Esto mismo sucedía con Judas Iscariotes en el apostolado. Pero como todos conocían la afabilidad y amor con que le trataban Cristo nuestro Redentor y su Madre santísima, sin hacer mudanza en esto, desmentían sus sospechas y los malos indicios que él les daba de su caída. Por esta misma razón se hallaron todos atajados y dudosos cuando en la última cena legal les dijo el Señor que uno de ellos le había de entregar, y cada uno preguntaba de sí si era él mismo. Y porque San Juan Evangelista, con la mayor familiaridad, llegó a tener alguna luz de las maldades de Judas Iscariotes y vivía en esto con más recelos, por esto se lo declaró el mismo Señor, aunque con señas, como consta del Evangelio (Jn 13, 26); pero hasta entonces nunca Su Majestad dio indicio de lo que en Judas Iscariotes pasaba. Y en María santísima es más admirable esta paciencia, por la parte de ser Madre y pura criatura, y que estaba mirando ya de cerca la traición que aquel desleal discípulo había de cometer contra su Hijo santísimo, a quien amaba como Madre y no como sierva.

1091. ¡Oh ignorancia!, ¡oh estulticia nuestra! ¡Qué diferentemente procedemos los hijos de los hombres, si alguna pequeña injuria recibimos mereciendo tantas! ¡Qué pesadamente sufrimos las flaquezas ajenas, queriendo que todos toleren las nuestras! ¡Qué dificultoso se nos hace el perdonar una ofensa, pidiendo cada día y cada hora que nos perdone el Señor las nuestras! ¡Qué prontos y qué crueles somos en publicar las culpas de nuestros hermanos y qué resentidos y airados de que alguno hable de las nuestras! A nadie medimos con la medida que queremos ser medidos y no queremos ser juzgados con el juicio que hacemos de los otros (Lc 6, 37-38). Todo esto es perversidad y tinieblas y aliento de la boca del Dragón infernal, que quiere oponerse a la excelentísima virtud de la caridad y desconcertar el orden de la razón humana y divina; y porque Dios es caridad y el que la ejercita perfectamente está en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16), Lucifer es ira y venganza y el que la ejecuta está en él y él le gobierna en todos los vicios que se oponen al bien del prójimo. Confieso que la hermosura de la virtud de la caridad me ha llevado siempre todos mis deseos de tenerla por amiga, pero también veo, en el claro espejo de estas maravillas de caridad con el ingratisimo apóstol, que jamás he llegado al principio de esta nobilísima virtud.

1092. Y porque no me reprenda el Señor de haber callado, añadiré a lo dicho otra causa que tuvo Judas Iscariotes en su ruina. Desde que fue creciendo el número de los apóstoles y discípulos, determinó luego Su Majestad que alguno de ellos se encargase de recibir las limosnas y dispensarlas como síndico o mayordomo para las necesidades comunes y pagar los tributos, y sin señalar Cristo nuestro Señor ninguno se lo propuso a todos. Al punto le apeteció y codició Judas Iscariotes, temiéndole todos y huyendo de este oficio en su interior. Y para alcanzarle el codicioso discípulo, se humilló a pedir a San Juan Evangelista lo tratase con la Reina santísima, para que ella lo concertase con el mismo Señor. Pidiólo San Juan Evangelista como lo deseaba Judas Iscariotes, pero la prudentísima Madre, como conocía que la petición no era justa ni conveniente, sino de ambicioso y codicioso afecto, no quiso proponerla al divino Maestro. Hizo la misma diligencia Judas Iscariotes por medio de San Pedro y otros Apóstoles para que lo pidiesen y tampoco se le lograba, porque la clemencia del Altísimo quería impedirlo o justificar su causa cuando lo permitiese. Con esta resistencia el corazón de Judas Iscariotes, poseído ya de la avaricia, en lugar de sosegar y entibiarse en ella, se encendió más en la llama que infelizmente le abrasaba, instigándole Satanás con pensamientos ambiciosos y feos, aun para cualquier persona de otro estado. Y si en los demás fueran indecentes y culpables el admitirlos, mucho más en Judas Iscariotes, que era discípulo en la escuela de mayor perfección y a la vista de la luz del Sol de Justicia Cristo y de la luna María. Ni en el día de la abundancia y de la gracia pudo dejar de conocer el delito de admitir tales sugerencias cuando el sol de su divino Maestro le iluminaba, ni en la noche de la tentación, pues en ella la luna de María le influía lo que le convenía para librarse del veneno de la serpiente. Pero como huía de la luz y se entregaba a las tinieblas, corría tras el precipicio y se arrojó a pedir él mismo a María santísima el ministerio que pretendía, perdiendo el miedo y disimulando su codicia con color de virtud. Llegóse a ella y la dijo que la petición de Pedro y Juan, sus hermanos, que en su nombre le habían propuesto, era con deseo de servirla a ella y a su Hijo con toda diligencia, porque no todos acudían a esto con el cuidado que era justo; que le suplicaba lo alcanzase de su Maestro.

1093. La gran Señora del mundo con gran mansedumbre le respondió: Considera bien, carísimo, lo que pides y examina si es recta la intención con que lo deseas, y advierte si te conviene apetecer lo que todos tus hermanos los discípulos temen y no lo admitirán si no son compelidos de la obediencia de su Maestro y Señor. El te ama más que tú a ti mismo y sabe sin engaño lo que te conviene; déjate a su santísima voluntad y muda de intento y procura atesorar la humildad y pobreza. Levántate de donde has caído, que yo te daré la mano, y mi Hijo usará contigo de su amorosa misericordia.— ¿A quién no rindieran estas dulcísimas palabras y fuertes razones, oídas de tan divina y amable criatura como María santísima? Pero no se ablandó ni movió aquel corazón fiero y diamantino, antes se indignó interiormente y se dio por ofendido de la divina Señora, que le ofrecía el remedio de su mortal dolencia; porque un ímpetu

desenfrenado de ambición y codicia en la concupiscible luego irrita a la irascible contra quien le impide y los sanos consejos reputa por agravios. Pero la mansísima y amable paloma disimuló con Judas Iscariotes, no hablándole más entonces, por su obstinación.

1094. Despedido de María santísima, no sosegaba Judas Iscariotes en su avaricia, y desnudándose del pudor y vergüenza natural, y aun de la fe interior, se resolvió en acudir él mismo a Cristo su divino Maestro y Salvador. Y vestida su furia con piel de oveja, como fino pretendiente, llegó a Su Majestad y le dijo: Maestro, yo deseo hacer vuestra voluntad y serviros con ser despensero y depositario de las limosnas que recibimos, y acudiré con ellas a los pobres, cumpliendo con vuestra doctrina de hacer con los prójimos lo mismo que con nosotros queremos se haga, y procuraré dispensar con orden y razón y a vuestra voluntad, mejor que hasta ahora se hacía.— Estas y otras razones dijo el fingido hipócrita a su Dios y Maestro, cometiendo enormes pecados y muchos de una vez; porque, en primer lugar, mentía y tenía otra intención segunda y oculta; a más de esto, se fingía lo que no era, como ambicioso de la honra que no merecía, no queriendo parecer lo que era, ni ser lo que deseaba parecer; murmuró también de sus hermanos, desacreditándolos y alabándose a sí mismo, que todas son jornadas muy trilladas de los ambiciosos. Pero, lo que más es de ponderar, perdió la fe infusa que tenía, pretendiendo engañar a Cristo su celestial Maestro con la fingida hipocresía que mostró en lo de afuera. Porque si creyera entonces con firmeza que Cristo era Dios verdaderamente como verdadero hombre, no pudiera hacer juicio de que le había de engañar, pues como Dios conociera lo más oculto de su corazón (Jn 6, 65), que le era patente; y no sólo como Dios con su ciencia infinita, pero como hombre con la ciencia infusa y beatífica, advirtiera y creyera lo podía conocer, como de hecho lo conocía, desistiera de su doloso intento. **Todo esto descreyó Judas Iscariotes, y a los demás pecados añadió el de la herejía.**

1095. Cumplióse en este desleal discípulo a la letra lo que dijo (1 Tim 6, 9-10) después el Apóstol: *Que los que desean ser ricos vienen a caer en la tentación, y se enredan en los lazos del demonio y en deseos inútiles y vanos, que arrojan a los hombres a la perdición y eterna muerte; porque la codicia es raíz de todos los males, y muchos por irse tras ella erraron en la fe y se introdujeron en muchos dolores.* Todo esto sucedió al avariento y pérfido apóstol, cuya codicia fue tanto más vil y reprehensible, cuanto era más vivo y admirable el ejemplo de la alta pobreza que tenía presente en Cristo nuestro Señor y su Madre santísima y todo el apostolado, donde sólo había algunas moderadas limosnas. Pero imaginó el mal discípulo que, con los grandes milagros de su Maestro y con los muchos que le seguían y se le allegaban, crecerían las limosnas y ofrendas en que pudiese meter las manos. Y como no lo conseguía conforme sus deseos, se atormentaba con ellos mismos, como lo manifestó en la ocasión que la Magdalena gastó los preciosos aromas para ungir al Salvador, donde la codicia de cogerlos le hizo tasador de su precio y dijo que valían más de trescientos reales y que se les quitaban a los pobres, a quien se podían repartir. Y esto decía porque le dolía mucho no haberlos cogido para sí, que de los pobres no tenía cuidado, antes se indignaba mucho con la Madre de misericordia, porque daba tantas limosnas, y con el mismo Señor, porque no admitía y recibía más para entregarse de ello, y con los apóstoles y discípulos, porque no pedían, y con todos estaba enfadado y se mostraba ofendido. Y algunos meses antes de la muerte del Salvador se comenzó a desviar muchos ratos de los demás apóstoles, alejándose de ellos y del Señor, porque le atormentaba su compañía y sólo venía a coger las limosnas que podía. Y en estas salidas le puso el demonio en el corazón que acabase del todo con su Maestro y le entregase a los judíos, como sucedió.

1096. Pero volvamos a la respuesta que le dio el Maestro de la vida, cuando le pidió Judas Iscariotes el oficio de despensero, para que en este suceso se manifieste cuán ocultos y formidables son los juicios del Altísimo. Deseaba el Salvador del mundo desviarle del peligro que conocía en su petición y que en ella buscaba este codicioso apóstol su final perdición. Y para que no se llamase a engaño, le respondió y dijo Su Majestad: *¿Sabes, oh Judas, lo que deseas y pides? No seas tan cruel contra ti mismo, que tú busques y solicites el veneno y las armas con que te puedes causar la muerte.*—Replicó Judas: Yo, Maestro, deseo serviros, empleando mis fuerzas en beneficio de vuestra congregación y por este camino lo haré mejor que por otro alguno, como lo ofrezco sin falta.—Con esta porfía de Judas Iscariotes en buscar y amar el peligro, justificó Dios su causa para dejarle entrar y perecer en él. Porque resistió a la luz y se endureció contra ella, y mostrándole el agua y el fuego (Eclo 15, 17), la vida y la muerte, extendió la mano y eligió su perdición, quedando justificada la justicia y engrandecida la misericordia del Altísimo, que tantas veces se le fue a convidar y entrar por las puertas de su corazón, de donde le arrojó y admitió al demonio. Otras cosas diré más adelante (Cf. infra n. 1110, 1133, 1199, 1205, 1226), de las infelices maldades de Judas Iscariotes, para escarmiento de los mortales, por no alargar más este capítulo y porque pertenecen a otro lugar de la Historia donde sucedieron. ¿Quién de los hombres sujetos a pecar no temerá con gran pavor, viendo otro de su misma naturaleza, que en la escuela de Cristo y de su santísima Madre, criado a los pechos de su doctrina y milagros, en tan breve tiempo pasase del estado de apóstol santo, justo, y que hacía los mismos milagros y maravillas que los demás, a otro estado de demonio, y que de sencilla oveja se convirtiese en lobo carnicero y sangriento? Por pecados veniales comenzó Judas Iscariotes y de ellos pasó a los gravísimos y más horrendos. Entregóse al demonio, que ya tenía sospechas de que Cristo nuestro Señor era Dios, y la ira que tenía contra él descargó en este infeliz discípulo separado de la pequeña grey. Pero si ahora es el mismo y mayor el furor de Lucifer, después que a su pesar conoció a Cristo por verdadero Dios y Redentor, ¿qué puede esperar el alma que se entrega a tan inhumano y cruel enemigo, tan ansioso y vehemente para nuestra condenación eterna?

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1097. Hija mía, todo lo que has escrito en este capítulo es un aviso de los más importantes para todos los que viven en

carne mortal y con peligro de perder el bien eterno, porque en solicitar la intercesión de mis ruegos y clemencia y en temer con discreción los juicios del Altísimo, se reduce el eficaz medio de la salvación y adelantarse en el premio. Y quiero que de nuevo entiendas cómo, entre los secretos divinos que mi Hijo santísimo reveló a su amado y mío San Juan Evangelista en la noche de la cena, fue uno de que este amor le había adquirido por el que me tenía y que Judas Iscariotes había caído por haber despreciado la piedad que yo mostré con él. Y entonces entendió el Evangelista grandes sacramentos de los que la divina diestra me comunicó y obró conmigo, y en lo que me había de ejercitar en la pasión, trabajar y padecer, y le mandó el Señor que tuviese especial cuidado de mí. Carísima, la pureza del alma que de ti quiero ha de ser más que de ángel, y si te dispones para alcanzarla conseguirás también el ser mi hija carísima como San Juan Evangelista y esposa muy amada y regalada de mi Hijo y Señor. Este ejemplo y la ruina de Judas Iscariotes te servirán siempre de estímulo y de escarmiento, para que solicites mi amor y agradezcas el que sin merecerlo te manifiesto.

1098. Y quiero también que entiendas otro secreto ignorado del mundo, que uno de los pecados más feos y aborrecidos del Señor es que sean poco estimados los justos y amigos de la Iglesia y en especial yo que fui escogida para Madre suya y remedio universal de todos. Y si el no amar a los enemigos y despreciarlos es tan odioso al Señor y a los santos del cielo, ¿cómo sufrirá que se haga esto con sus amigos carísimos, donde tiene puestos sus mismos ojos y amor? Este consejo monta mucho más de lo que puedes conocer en la vida mortal y **es una de las señales de reprobación aborrecer a los justos**. Guárdate de este peligro y no juzgues a nadie, y menos a los que te reprenden y enseñan; no te dejes inclinar a cosa terrena, y menos a los oficios de gobierno, donde lo sensible y humano arrastra a los que sólo atienden á ello, turba el juicio y oscurece la razón; a nadie envidies la honra ni otras cosas aparentes, ni apetezcas ni pidas al Señor otra cosa más que su amor y amistad santa, porque la criatura está llena de inclinaciones muy ciegas y, si no las detiene, suele desear y pedir lo que ha de ser su perdición, y alguna vez se lo concede el Señor por castigo de aquellos y otros pecados y por sus ocultos juicios, como sucedió a Judas Iscariotes, y en estos bienes temporales que tanto codician reciben el premio de alguna buena obra si la hicieron. Y en esto entenderás el engaño de muchos amadores del mundo, que se juzgan por dichosos y afortunados cuando todo lo que desean lo consiguen a satisfacción de sus terrenas inclinaciones. Esta es su mayor infelicidad, porque no les queda que recibir del premio eterno, como a los justos que despreciaron el mundo y en él muchas veces les suceden adversidades, y el Señor tal vez les niega sus deseos en cosas temporales, para excusarlos y apartarlos de peligro. Y porque no caigas tú en él, te amonesto y mando que jamás te inclines ni apetezcas cosa humana: aparta tu voluntad de todo, consévala libre y señora, líbrala del cautiverio y esclavitud que se le sigue a su peso e inclinación, no quieras más de lo que fuere voluntad del Altísimo, que Su Majestad tiene cuidado de los que se dejan a su Divina Providencia.

CAPITULO 6

Transfigúrase Cristo nuestro Señor en el Tabor; en presencia de su Madre santísima; suben de Galilea a Jerusalén, para acercarse a la pasión; lo que sucedió en Betania con la unción de la Magdalena.

1099. Corrían ya más de dos años y medio de la predicación y maravillas de nuestro Redentor y Maestro Jesús, y se iba acercando el tiempo destinado por la eterna sabiduría para volverse al Padre por medio de su pasión y muerte y con ella dejar satisfecha la divina justicia y redimido el linaje humano. Y porque todas sus obras eran ordenadas a nuestra salvación y enseñanza, llenas de divina sabiduría, determinó Su Majestad prevenir algunos de sus Apóstoles para el escándalo que con su muerte habían de padecer (Mt 26, 31) y manifestárseles primero glorioso en el cuerpo pasible que habían de ver después azotado y crucificado, para que primero le viesen transfigurado con la gloria que desfigurado con las penas. Y esta promesa había hecho poco antes en presencia de todos, aunque no para todos sino para algunos, como lo refiere el Evangelista San Mateo (Mt 16, 21; 17, 1ss). Para esto eligió un monte alto, que fue el Tabor, en medio de Galilea y dos leguas de Nazaret hacia el Oriente, y subiendo a lo más alto de él con los tres Apóstoles Pedro, Jacobo y Juan su hermano, se transfiguró en su presencia, como lo cuentan los tres Evangelistas San Mateo (Mt 17, 1ss), San Marcos (Mc 9, 2-7) y San Lucas (Lc 9, 28-36); también se hallaron presentes a la transfiguración de Cristo nuestro Señor los dos profetas San Moisés y San Elías, hablando con Jesús de su pasión. Y estando transfigurado vino una voz del cielo en nombre del Eterno Padre, que dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agrado; a él debéis oír* (Mt 17, 5).

1100. No dicen los Evangelistas que se hallase María santísima a la maravilla de la Transfiguración, ni tampoco lo niegan, porque esto no pertenecía a su intento, ni convenía en los Evangelios manifestar el oculto milagro con que se hizo; pero la inteligencia que se me ha dado para escribir esta Historia es que la divina Señora, al mismo tiempo que algunos Ángeles fueron a traer el alma de San Moisés [día 4 de septiembre: In monte Nebo, terrae Moab, sancti Moisés, legislatoris et Prophetae] y a San Elías [día 20 de julio: In monte Carmelo sancti Eliae Prophetae] de donde estaban, fue llevada por mano de sus Santos Ángeles al monte Tabor, para que viese transfigurado a su Hijo santísimo, como sin duda le vio; y aunque no fue necesario confortar en la fe a la Madre santísima como a los Apóstoles, porque en ella estaba confirmada e invencible, pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la Transfiguración, y en su Madre santísima había otras razones particulares para no celebrar Cristo nuestro Redentor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los Apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la Redención, y lo había de ser hasta la cruz; y convenía confortarla con este favor para los tormentos que su alma santísima había de padecer, y que habiendo de quedar por Maestra de la Iglesia Santa fuese testigo de este misterio y no le ocultase su Hijo santísimo lo que tan fácilmente le podía manifestar, pues le hacía patentes todas las

operaciones de su alma santísima. Y no era el amor del Hijo para la divina Madre de condición que le negase este favor, cuando ninguno dejó de hacer con ella de los que manifestaban amarla con ternísimo afecto, y para la gran Reina era de excelencia y dignidad. Y por estas razones, y otras muchas que no es necesario referir ahora, se me ha dado a entender que María santísima asistió a la Transfiguración de su Hijo santísimo y Redentor nuestro.

1101. Y no sólo vio transfigurada y gloriosa la humanidad de Cristo nuestro Señor, pero el tiempo que dura este misterio vio María santísima la divinidad intuitivamente y con claridad, porque el beneficio con ella no había de ser como con los Apóstoles, sino con mayor abundancia y plenitud. Y en la misma visión de la gloria del cuerpo, que a todos fue manifiesta, hubo gran diferencia entre la divina Señora y los Apóstoles; no sólo porque ellos al principio, cuando se retiró Cristo nuestro Señor a orar, estuvieron dormidos y somnolientos, como dice San Lucas Lc 9, 32), sino también porque con la voz del cielo fueron oprimidos de gran temor y cayeron los Apóstoles sobre sus caras en tierra, hasta que el mismo Señor les habló y levantó, como lo cuenta san Mateo (Mt 17, 6); pero la divina Madre estuvo a todo inmóvil, porque, a más de estar acostumbrada a tantos y tan grandes beneficios, estaba entonces llena de nuevas cualidades, iluminación y fortaleza para ver la divinidad, y así pudo mirar de hito en hito la gloria del cuerpo transfigurado, sin padecer el temor y defecto que los Apóstoles en la parte sensitiva. Otras veces había visto la beatísima Madre al cuerpo de su Hijo santísimo transfigurado, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 695, 851); pero en esta ocasión con nuevas circunstancias y de mayor admiración y con inteligencias y favores más particulares, y así lo fueron también los efectos que causó en su alma purísima esta visión, de que salió toda renovada, inflamada y deificada. Y mientras vivió en carne mortal, nunca perdió las especies de esta visión, que tocaba a la humanidad gloriosa de Cristo nuestro Señor; y aunque le sirvió de gran consuelo en la ausencia de su Hijo, mientras no se le renovó su imagen gloriosa con otros beneficios que en la tercera parte veremos, pero también fue causa de que sintiese más las afrentas de su pasión, habiéndole visto Señor de la gloria, como se le representaba.

1102. Los efectos que causó en su alma santísima esta visión de todo Cristo glorioso no se pueden explicar con ninguna ponderación humana; y no sólo ver con tanta refulgencia aquella sustancia que había tomado el Verbo de su misma sangre y traído en su virginal vientre y alimentado a sus pechos, pero el oír la voz del Padre que le reconocía por Hijo, al que también lo era suyo y natural, y que le daba por Maestro a los hombres; todos estos misterios penetraba y ponderaba agradecida y alababa dignamente la prudentísima Madre al Todopoderoso, e hizo nuevos cánticos con sus Ángeles, celebrando aquel día tan festivo para su alma y para la humanidad de su Hijo santísimo. No me detengo en declarar otras cosas de este misterio y en qué consistió la Transfiguración del cuerpo sagrado de Jesús; basta saber que su cara resplandeció como el sol y sus vestiduras estuvieron más blancas que la nieve (Mt 17, 2), y esta gloria resultó en el cuerpo de la que siempre tenía el Salvador en su alma divinizada y gloriosa; porque el milagro que se hizo en la encarnación, suspendiendo los efectos gloriosos que de ella habían de resultar en el cuerpo permanentemente, cesó ahora de paso en la transfiguración y participó el cuerpo purísimo de aquella gloria del alma, y éste fue el resplandor y claridad que vieron los que asistían a ella, y luego se volvió a continuar el mismo milagro, suspendiéndose los efectos del alma gloriosa; y como ella estaba siempre beatificada, fue también maravilla que el cuerpo recibiese de paso lo que por orden común había de ser perpetuo en él como en el alma.

1103. Celebrada la Transfiguración, fue restituida la beatísima Madre a su casa de Nazaret, y su Hijo santísimo bajó del monte y luego vino a donde ella estaba, para despedirse de su patria y tomar el camino para Jerusalén, donde había de padecer en la primera Pascua, que sería para Su Majestad la última. Y pasados no muchos días, salió de Nazaret acompañado de su Madre santísima, de los Apóstoles y discípulos que tenía y otras santas mujeres, discurriendo y caminando por medio de Galilea y Samaría, hasta llegar a Judea y Jerusalén. Y escribe esta jornada el Evangelista San Lucas, diciendo que el Señor afirmó su cara para ir a Jerusalén (Lc 9, 51), porque esta partida fue con alegre semblante y fervoroso deseo de llegar a padecer y con voluntad propia y eficaz de ofrecerse por el linaje humano, porque Él mismo lo quería, y así no había de volver más a Galilea, donde tantas maravillas había obrado. Con esta determinación al salir de Nazaret confesó al Eterno Padre y le dio gracias en cuanto hombre, porque en aquella casa y lugar había recibido la forma y ser humano, que por el remedio de los hombres ofrecía a la pasión y muerte que iba a recibir. Y entre otras razones que dijo Cristo Redentor nuestro en aquella oración, que yo no puedo explicar con las mías, fueron éstas:

1104. Eterno Padre mío, por cumplir vuestra obediencia voy con alegría y buena voluntad a satisfacer vuestra justicia y padecer hasta morir y reconciliar con Vos a todos los hijos de Adán, pagando la deuda de sus pecados y abriéndoles las puertas del cielo que con ellos están cerradas. Voy a buscar los que se perdieron aborreciéndome y se han de reparar con la fuerza de mi amor. Voy a buscar y congregar los derramados de la casa de Jacob, a levantar los caídos, enriquecer a los pobres y refrigerar los sedientos, derribar los soberbios y ensalzar a los humildes. Quiero vencer al infierno y engrandecer el triunfo de Vuestra gloria contra Lucifer y los vicios que sembró en el mundo. Quiero enarbolar el estandarte de la cruz, debajo del cual han de militar todas las virtudes y cuantos la siguieren. Quiero saciar mi corazón sediento de los oprobios y afrentas que son en vuestros ojos tan estimables. Quiero humillarme hasta recibir la muerte por mano de mis enemigos, para que nuestros amigos y escogidos sean honrados y consolados en sus tribulaciones y sean ensalzados con eminentes y copiosos premios cuando a ejemplo mío se humillaren a padecerlas. Oh cruz deseada, ¿cuándo me recibirás en tus brazos? Oh dulces oprobios y afrentas dolorosas, ¿cuándo me llevaréis a la muerte para dejarla vencida en mi carne que en todo fue inculpable? Dolores, afrentas e ignominias, azotes, espinas, pasión, muerte, venid, venid a mí que os busco; dejad hallaros luego de quien os ama y conoce vuestro valor. Si el mundo os aborreció, yo os codicio. Si él con ignorancia os desprecia, yo, que soy la

verdad y sabiduría, os procuro porque os amo. Venid, pues, a mí, que si como hombre os recibiere, como Dios verdadero os daré la honra que os quitó el pecado y quien le hizo. Venid a mí, y no frustréis mis deseos, que si soy todopoderoso y por eso no llegáis, licencia os doy para que en mi humanidad empleéis todas vuestras fuerzas. No seréis de mí arrojados ni aborrecidos, como lo sois de los mortales. Destiérrese ya el engaño y fascinación mentirosa de los hijos de Adán, que sirven a la vanidad y mentira, juzgando por infelices a los pobres afligidos y afrentados del mundo; que si vieren al que es su verdadero Dios, su Criador y Maestro y Padre, padecer oprobios afrentosos, azotes, ignominias, tormentos y muerte de cruz y desnudez, ya cesará el error y tendrán por honra seguir a su mismo Dios crucificado.

1105. Estas son algunas razones de las que se me ha dado inteligencia formaba en su corazón el Maestro de la vida nuestro Salvador, y el efecto y obras manifestaron lo que no alcanzan mis palabras para acreditar los trabajos de la pasión, muerte y cruz, con los afectos de amor que las buscó y padeció. Pero todavía los hijos de la tierra somos de corazón pesado y no dejamos la vanidad. Estando pendiente a nuestros ojos la misma vida y verdad, siempre nos arrastra la soberbia, nos ofende la humildad y arrebatada lo deleitable y juzgamos aborrecible lo penoso. ¡Oh error lamentable! ¡Trabajar mucho por no trabajar un poco, fatigarse demasiado por no admitir una pequeña molestia, resolverse estultamente a padecer una ignominia y confusión eterna por no sufrir una muy leve, y aun por no carecer de una honra vana y aparente! ¿Quién dirá, si tiene sano juicio, que esto es amarse a sí mismo? Pues ¿no le puede ofender más su mortal enemigo, con lo que le aborrece, que él con lo que obra en desagrado de Dios? Por enemigo tenemos al que nos lisonjea y regala, si debajo de esto nos arma la traición, y loco sería el que sabiéndolo se entregase en ella por aquel breve regalo y deleite. Si esta es verdad, como lo es, ¿qué diremos del juicio de los mortales seguidores del mundo? ¿Quién se le ha bebido?, ¿quién les embaraza el uso de la razón? ¡Oh cuán grande es el número de los necios!

1106. Sola María santísima, como imagen viva de su Unigénito entre los hijos de Adán, se ajustó con su voluntad y vida, sin disonar un ápice de todas sus obras y doctrina. Ella fue la prudentísima, la científica y llena de sabiduría, que pudo recompensar las menguas de nuestra ignorancia o estulticia y granjearnos la luz de la verdad en medio de nuestras pesadas tinieblas. Sucedió en la ocasión de que voy hablando, que la divina Señora en el espejo del alma santísima de su Hijo vio todos los actos y afectos interiores que obraba, y como aquel era el magisterio de sus acciones, conformándose con él hizo juntamente oración al Eterno Padre y en su interior decía:

Dios altísimo y Padre de las misericordias, confieso tu ser infinito e inmutable; te alabo y glorifico eternamente, porque en este lugar, después de haberme criado, tu dignación engrandeció el poder de tu brazo, levantándome a ser Madre de tu Unigénito con la plenitud de tu espíritu y antiguas misericordias, que conmigo, tu humilde esclava, magnificaste, y porque después, sin merecerlo yo, tu Unigénito, y mío en la humanidad que recibió de mi sustancia, se dignó de tenerme en su compañía tan deseable por treinta y tres años, que la he gozado con las influencias de su gracia y magisterio de su doctrina, que ha iluminado el corazón de tu sierva. Hoy, Señor y Padre eterno, desamparo mi patria y acompaño a mi Hijo y mi Maestro por tu divino beneplácito, para asistirle al sacrificio que de su vida y ser humano se ha de ofrecer por el linaje humano. No hay dolor que se iguale a mi dolor (Lam 1, 12), pues he de ver al Cordero que quita los pecados del mundo entregado a los sangrientos lobos, al que es imagen viva y figura de tu sustancia, al que es engendrado *ab aeterno* en igualdad con ella y lo será por todas las eternidades, al que yo di el ser humano en mis entrañas, entregado a los oprobios y muerte de cruz y borrada con la fealdad de los tormentos la hermosura de su rostro, que es la lumbre de mis ojos y alegría de los ángeles. ¡Oh si fuera posible que recibiera yo las penas y dolores que le esperan y me entregara a la muerte para guardar su vida! Recibe, Padre altísimo, el sacrificio que con mi Amado te ofrece mi doloroso afecto, para que se haga tu santísima voluntad y beneplácito. ¡Oh qué apresurados corren los días y las horas para que llegue la noche de mi dolor y amargura! Día será dichoso para el linaje humano, pero noche de aflicción para mi corazón tan contrastado con la ausencia del sol que le ilustra. ¡Oh hijos de Adán, engañados y olvidados de vosotros mismos! Despertad ya de tan pesado sueño y conoced el peso de vuestras culpas, en el efecto que hicieron en vuestro mismo Dios y Criador. Miradle en mi deliquio, dolor y amargura. Acabad ya de ponderar los daños de la culpa.

1107. No puedo yo manifestar dignamente todas las obras y conceptos que la gran Señora del mundo hizo en esta despedida última de Nazaret, las peticiones y oraciones al Eterno Padre, los coloquios dulcísimos y dolorosos que tuvo con su Hijo santísimo, la grandeza de su amargura y los méritos incomparables que adquirió; porque entre el amor santo y natural de madre verdadera, con que deseaba la vida de Jesús y excusarle los tormentos que había de padecer, y en la conformidad que tenía con la voluntad suya y del Eterno Padre, era traspasado su corazón de dolor y del cuchillo penetrante que le profetizó San Simeón [día 8 de octubre: *Natális beáti Simeónis senis, qui in Evangélio Dóminum Jesum, praesentátum in Templo, suis in ulnis accepisse ac de illo prophetásse légitur*] (Lc 2, 35). Y con esta aflicción decía a su Hijo razones prudentísimas y llenas de sabiduría, pero muy dulces y dolorosas, porque no le podía excusar de la pasión, ni morir en ella acompañándole. Y en estas penas excedió sin comparación a todos los Mártires que han sido y serán hasta el fin del mundo. Con esta disposición y afectos ocultos a los hombres prosiguieron los Reyes del cielo y tierra esta jornada desde Nazaret para Jerusalén por Galilea, a donde no volvió más en su vida el Salvador del mundo. Y según que se le acababa ya el tiempo de trabajar por la salvación de los hombres, fueron mayores las maravillas que hizo en estos últimos meses antes de su pasión y muerte, como las cuentan los Sagrados Evangelistas (Mt 13; Mc 10; Lc 9; Jn 7), y desde esta partida de Galilea hasta el día que entró triunfando en Jerusalén, como adelante diré (Cf. infra n. 1121). Y hasta entonces, después de celebrada la fiesta o pascua de los tabernáculos, discurrió el Salvador y se ocupó en Judea aguardando la hora y tiempo determinado en que se había de ofrecer al

sacrificio, cuando y como él mismo quería.

1108. Acompañóle en esta jornada continuamente su Madre santísima, salvo algunos ratos que se apartaron por acudir los dos a diferentes obras y beneficios de las almas. Y en este ínterin quedaba San Juan Evangelista asistiéndola y sirviéndola, y desde entonces observó el Sagrado Evangelista grandes misterios y secretos de la purísima Virgen y Madre y fue ilustrado en altísima luz para entenderlos. Entre las maravillas que obraba la prudentísima y poderosa Reina, eran las más señaladas y con mayores realces de caridad cuando encaminaba sus afectos y peticiones a la justificación de las almas, porque también ella, como su Hijo santísimo, hizo mayores beneficios a los hombres, reduciendo muchos al camino de la vida, curando enfermos, visitando a los pobres y afligidos, a los necesitados y desvalidos, ayudándoles en la muerte, sirviéndoles por su misma persona, y más a los más desamparados, llagados y doloridos. Y de todo era testigo el amado Discípulo, que ya tenía por su cuenta el servirla. Pero como la fuerza del amor había crecido tanto en María purísima con su Hijo y Dios eterno y le miraba en la despedida de su presencia para volverse al Padre, padecía la beatísima Madre tan continuos vuelos del corazón y deseos de verle, que llegaba a sentir unos deliquios amorosos en ausentarse de su presencia, cuando se dilataba mucho rato el volver a ella. Y el Señor, como Dios e Hijo miraba lo que sucedía en su amantísima Madre, se obligaba y la correspondía con recíproca fidelidad, respondiéndola en su secreto aquellas palabras que aquí se verificaron a la letra: *Vulneraste mi corazón, hermana mía, herístele con uno de tus ojos (Cant 4, 9)*. Porque como herido y vencido de su amor le traía luego a su presencia. Y según lo que en esto se me ha dado a entender, no podía Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, estar lejos de la presencia de su Madre, si daba lugar a la fuerza del afecto que como a Madre, y que tanto le amaba, la tenía, y naturalmente le aliviaba y consolaba con su vista y presencia; y la hermosura de aquella alma purísima de su Madre le recreaba y hacía suaves los trabajos y penalidades, porque la miraba como fruto suyo único y singular de todos, y la dulcísima vista de su persona era de gran alivio para las penas sensibles de Su Majestad.

1109. Continuaba nuestro Salvador sus maravillas en Judea, donde estos días entre otras sucedió la resurrección de San Lázaro [día 17 de diciembre: Massíliae, in Gállia, beáti Lázari Episcopi, sanctárum Magdalénae ac Marthae fratris, quem Dóminus in Evangélio appelláse amicum et a mórtuis excitáse légitur] en Betania (Jn 11, 17), a donde vino llamado de las dos hermanas Marta y María. Y porque estaba muy cerca de Jerusalén se divulgó luego en ella el milagro, y los pontífices y fariseos irritados con esta maravilla hicieron el concilio (Jn 11, 54) donde decretaron la muerte del Salvador y que si alguno tuviese noticia de él le manifestase; porque después de la resurrección de Lázaro se retiró Su Divina Majestad a una ciudad de Efrén, hasta que llegase la fiesta de la Pascua, que no estaba lejos. Y cuando fue tiempo de volver a celebrarla con su muerte, se declaró más con los doce discípulos, que eran los Apóstoles, y les dijo a ellos solos que advirtiesen subían a Jerusalén (Mt 20, 17; Mc 10, 32; Lc 18, 31; Jn 11, 12), donde el Hijo del Hombre, que era él, sería entregado a los príncipes de los fariseos y sería prendido, azotado y afrentado hasta morir crucificado. Y en el ínterin los sacerdotes estaban cuidadosos espíandole si subía a celebrar la Pascua. Y seis días antes llegó otra vez a Betania, donde había resucitado a San Lázaro, y donde fue hospedado de las dos hermanas, y le hicieron una cena muy abundante para Su Majestad y María santísima su Madre y todos los que los acompañaban para la festividad de la Pascua; y entre los que cenaron uno fue San Lázaro, a quien pocos días antes había resucitado.

1110. Estando recostado el Salvador del mundo en este convite, conforme a la costumbre de los judíos, entró Santa María Magdalena llena de divina luz y altos y nobilísimos pensamientos, y con ardentísimo amor, que a Cristo su divino Maestro tenía, le ungió los pies y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso o pomo de alabastro lleno de licor fragantísimo y precioso, de confección de nardos y otras cosas aromáticas; y los pies limpió con sus cabellos, al modo que otra vez lo había hecho en su conversión y en casa del fariseo, que cuenta San Lucas (Lc 7, 38). Y aunque esta segunda unción de la Magdalena la cuentan los otros tres Evangelistas (Mt 26, 6; Mc 14, 3; Jn 12, 3) con alguna diferencia, pero no he entendido que fuesen dos unciones, ni dos mujeres, sino una sola la Santa María Magdalena, movida del divino Espíritu y del encendido amor que tenía a Cristo nuestro Salvador. De la fragancia de estos ungüentos se llenó toda la casa, porque fueron en cantidad y muy preciosos, y la liberal enamorada quebró el vaso para derramarlos sin escasez y en obsequio de su Maestro. Y el avariento apóstol Judas Iscariotes, que deseaba se le hubiesen entregado para venderlos y coger el precio, comenzó a murmurar de esta unción misteriosa y a mover a algunos de los otros apóstoles con pretexto de pobreza y caridad con los pobres, a quienes —decía— se les defraudaba la limosna, gastando sin provecho y con prodigalidad cosa de tanto valor, siendo así que todo eso era con disposición divina, y él hipócrita, avariento y desmesurado.

1111. El Maestro de la verdad y vida disculpó a Santa María Magdalena, a quien Judas Iscariotes reprendía de pródiga y poco advertida, y el Señor le dijo a él y a los demás que no la molestasen, porque aquella acción no era ociosa y sin justa causa, y a los pobres no por esto se les perdía la limosna que quisiesen hacerles cada día, y con su persona no siempre se podía hacer aquel obsequio, que era para su sepultura, la que prevenía aquella generosa enamorada con espíritu del cielo, testificando en la misteriosa unción que ya el Señor iba a padecer por el linaje humano, y que su muerte y sepultura estaban muy vecinas; pero nada de esto entendía el pérfido discípulo, antes se indignó furiosamente contra su Divino Maestro, porque justificó la obra de Santa María Magdalena. Y viendo Lucifer la disposición de aquel depravado corazón, le arrojó en él nuevas flechas de codicia, indignación y mortal odio contra el autor de la vida. Y desde entonces propuso de maquinarle la muerte y en llegando a Jerusalén dar cuenta a los fariseos y desacreditarle con ellos con audacia como en efecto lo cumplió. Porque ocultamente se fue a ellos y les dijo que su Maestro enseñaba nuevas leyes contrarias a la de Moisés y de los emperadores, que era amigo de convites, de gente

perdida y profana, y a muchos de mala vida admitía, a hombres y mujeres, y los traía en su compañía; que tratasen de remediarlo, porque no les sucediese alguna ruina que después no pudiesen recuperar. Y como los fariseos estaban ya del mismo acuerdo, gobernándolos a ellos y a Judas Iscariotes el príncipe de las tinieblas, admitieron el aviso, y de él salió el concierto de la venta de Cristo nuestro Salvador.

1112. Todos los pensamientos de Judas Iscariotes eran patentes, no sólo al Divino Maestro, sino también a su Madre santísima. Y el Señor no habló palabras a Judas Iscariotes, ni cesó de hablarle como padre amoroso y enviarle inspiraciones santas a su obstinado corazón. Pero la Madre de clemencia añadió a ellas nuevas exhortaciones y diligencias para detener al precipitado discípulo; y aquella noche del convite, que fue sábado antes del domingo de Ramos, le llamó y habló a solas, y con dulcísimas y eficaces palabras y copiosas lágrimas le propuso su formidable peligro y le pidió mudase de intento, y si tenía enojo con su Maestro, tomase contra ella la venganza, que sería menor mal porque era pura criatura y él su Maestro y verdadero Dios; y para saciar la codicia de aquel avariento corazón le ofreció algunas cosas que para este intento la divina Madre había recibido de mano de Santa María Magdalena. Pero ninguna de estas diligencias fueron poderosas con el ánimo endurecido de Judas Iscariotes, ni tan vivas y dulces razones hicieron mella en su corazón más duro que diamante. Antes por el contrario, como no hallaba qué responder y le hacían fuerza las palabras de la prudentísima Reina, se enfureció más y calló mostrándose ofendido. Pero no por eso tuvo vergüenza de tomar lo que le dio, porque era igualmente codicioso y pérfido. Con esto le dejó María santísima y se fue a su Hijo y Maestro, y llena de amargura y lágrimas se arrojó a sus pies, y le habló con razones prudentísimas, pero muy dolorosas, de compasión o de algún sensible consuelo para su amado Hijo, que miraba en su humanidad santísima, que padecía algunas tristezas por las mismas razones que después dijo a los discípulos que estaba triste su alma hasta la muerte. Y todas estas penas eran por los pecados de los hombres, que habían de malograr su pasión y muerte, como adelante diré (Cf. infra n. 1210, 1215, 1395).

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1113. Hija mía, pues en el discurso de mi vida que escribes, cada día vas entendiendo más y declarando el amor ardentísimo con que mi Señor y tu Esposo, y yo con él, abrazamos el camino de la cruz y del padecer y que sólo éste elegimos en la vida mortal, razón será que como recibes esta ciencia, y yo te repito su doctrina, camines tú en imitarla. Esta deuda crece en ti desde el día que te eligió por esposa, y siempre va aumentándose, y no te puedes desempeñar si no abrazas los trabajos y los amas con tal afecto que para ti sea la mayor pena el no padecerlos. Renueva cada día este deseo en tu corazón, que te quiero muy sabia en esta ciencia que ignora y aborrece el mundo; pero advierte asimismo que no quiere Dios afligir a la criatura sólo por afligirla, sino por hacerla capaz y digna de los beneficios y tesoros que por este medio le tiene preparados sobre todo humano pensamiento. Y en fe de esta verdad y como en prendas de esta promesa se quiso transfigurar en el Tabor en presencia mía y de algunos discípulos; y en la oración que allí hizo al Padre, que yo sola conocí y entendí, habiéndose humillado su humanidad santísima, confesándole por verdadero Dios, infinito en perfecciones y atributos, como lo hacía siempre que quería hacer alguna petición, le suplicó que todos los cuerpos mortales que por su amor se afligiesen y trabajasen en su imitación en la nueva ley de gracia participasen después de la gloria de su mismo cuerpo, y para gozar de ella en el grado que a cada uno le correspondiese, resucitasen en el mismo cuerpo el último día del juicio final unidos a sus propias almas. Y porque el eterno Padre concedió esta petición, quiso que se confirmase como contrato entre Dios y los hombres, con la gloria que recibió el cuerpo de su Maestro y Salvador, dándole en rehenes la posesión de lo que pedía para todos sus seguidores. Tanto peso como éste tiene el momentáneo trabajo que toman los mortales en privarse de las viles delectaciones terrenas y mortificar su carne y padecer por Cristo mi Hijo y Señor.

1114. Y por los merecimientos infinitos que él interpuso en esta petición, es corona de justicia para la criatura esta gloria que le toca, como miembro de la cabeza Cristo que se la mereció; pero esta unión ha de ser por la gracia e imitación en el padecer, a que corresponde el premio. Y si padecer cualquiera de los trabajos corporales tiene su corona, mucho mayor será padecer, sufrir y perdonar las injurias y dar por ellas beneficios, como lo hicimos nosotros con Judas Iscariotes; pues no sólo no lo despidió el Señor del apostolado, ni se mostró indignado con él, sino que le aguardó hasta el fin, que por su malicia se acabó de imposibilitar para el bien, con entregarse al demonio. En la vida mortal camina el Señor con pasos muy lentos a la venganza, pero después recompensará la tardanza con la gravedad del castigo. Y si Dios sufre y espera tanto, ¿cuánto debe sufrir un vil gusano a otro que es de su misma naturaleza y condición? Con esta verdad, y con el celo de la caridad de tu Señor y Esposo, has de regular tu paciencia, tu sufrimiento y el cuidado de la salvación de las almas. **Y no te digo en esto que has de sufrir lo que fuere contra la honra de Dios, que eso no fuera ser verdadera celadora del bien de tus prójimos, pero que ames a la hechura del Señor y aborrezcas el pecado, que sufras y disimules lo que a ti te toca y trabajes porque todos se salven en cuanto fuere posible.** Y no desconfíes luego cuando no veas el fruto, antes presentes al Eterno Padre los méritos de mi Hijo santísimo y mi intercesión y la de los ángeles y santos, que como Dios es caridad y están en Su Majestad los bienaventurados la ejercitan con los viandantes.

CAPITULO 7

El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Jerusalén, y cómo entró en ella y fue recibido de sus moradores.

1115. Entre las obras de Dios que se llaman *ad extra*, porque las hizo fuera de sí mismo, la mayor fue la de tomar carne humana, padecer y morir por el remedio de los hombres. Este sacramento no le pudo, alcanzar la sabiduría humana, si el mismo autor no le revelara por tantos argumentos y testimonios; y con todo eso, a muchos sabios según la carne se les hizo dificultoso de creer su propio beneficio y remedio. Y otros, aunque le han creído, no con las condiciones y verdad que sucedió. Otros, que son los católicos, creen, confiesan y conocen este sacramento en el grado de la luz que de él tiene la Santa Iglesia. Y en esta fe explícita de los misterios revelados, confesamos implícitamente los que en sí encierran y no ha sido necesario manifestarse al mundo, porque no son precisamente necesarios o los reserva Dios para el tiempo oportuno, otros para el último día, cuando se revelarán todos los corazones en la presencia del justo Juez. El intento del Señor en mandarme escribir esta Historia, como otras veces he dicho y muchas he entendido (Cf. supra p. I; p. II n. 678), es manifestar algunos de estos ocultos sacramentos sin opiniones ni conjeturas humanas, y así dejo escritos muchos que se me han declarado y conozco restan muchos de grande admiración y veneración. Para los cuales quiero prevenir la piedad y la fe católica de los fieles, pues a quien lo fuere no se le hará dificultoso lo accesorio, confesando con fe divina lo principal de las verdades católicas, sobre que se funda todo lo que dejo escrito y lo que escribiré en lo restante de este argumento, en especial de la pasión de nuestro Redentor.

1116. El sábado que sucedió la unción de Santa María Magdalena en Betania, acabada la cena, como en el capítulo pasado dije, se retiró nuestro Divino Maestro a su recogimiento; y su Madre santísima, dejando a Judas Iscariotes en su obstinación, se fue a la presencia de su Hijo amantísimo, acompañándole, como solía, en la oración y ejercicios que hacía. Estaba ya Su Majestad cerca de entrar en el mayor conflicto de su carrera, que, como dice Santo Rey David [día 29 de diciembre: Hierosólymis sancti David, Regis et Prophetae] (Sal 18, 7) había tomado desde lo supremo del cielo para volver a él, dejando vencido al demonio, al pecado y a la muerte. Y como el obedientísimo Hijo iba de voluntad a la pasión y cruz, estando ya tan cerca, se ofreció de nuevo al Eterno Padre y, postrado en tierra sobre su rostro, le confesó y alabó, haciendo una profunda oración y altísima resignación, en que aceptaba las afrentas de su Pasión, las penas, ignominias y la muerte de cruz por la gloria del mismo Señor y por el rescate de todo el linaje humano. Estaba su beatísima Madre retirada un poco a un lado del dichoso oratorio y acompañando a su querido Hijo y Señor en la oración que hacían, y entrambos, Hijo y Madre, con lágrimas de lo íntimo de sus almas santísimas.

1117. En esta ocasión antes de la media noche apareció el Eterno Padre en forma humana visible con el Espíritu Santo y multitud de Ángeles innumerables que asistían al espectáculo. Y el Padre aceptó el sacrificio de Cristo su santísimo Hijo y que en Él se ejecutase el rigor de su justicia para perdonar al mundo. Y luego, hablando el mismo Padre Eterno con la beatísima Madre, la dijo: María, Hija y Esposa nuestra, quiero que de nuevo entregues a tu Hijo para que me sea sacrificado, pues yo le entrego por la redención humana—. Respondió la humilde y candida paloma: Aquí está, Señor, el polvo y ceniza, indigna de que vuestro Unigénito y Redentor del mundo sea mío. Pero rendida a vuestra inefable dignación, que le dio forma humana en mis entrañas, le ofrezco y me ofrezco yo con Él a vuestro divino beneplácito, y Os suplico, Señor y Padre Eterno, me recibáis para que yo padezca juntamente con Vuestro Hijo y mío.— Admitió también el Eterno Padre la oblación de María santísima y la aceptó por agradable sacrificio. Y levantando del suelo a Hijo y Madre, dijo: Este es el fruto de la tierra bendito que desea mi voluntad.— Y luego levantó al Verbo humanado al trono de Su Majestad en que estaba y le puso el Eterno Padre a su diestra, con la misma autoridad y preeminencia que él tenía.

1118. Quedó María santísima en su lugar donde estaba, pero transformada y elevada toda en admirable júbilo y resplandor. Y viendo a su Unigénito sentado a la diestra de su Eterno Padre, pronunció y dijo aquellas primeras palabras del salmo 109, en que misteriosamente había profetizado Santo Rey David este sacramento escondido: *Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra (Sal 109, 1)*. Y sobre estas palabras, como comentándolas, hizo la divina Reina un cántico misterioso en alabanza del Eterno Padre y del Verbo humanado. Y en cesando ella de hablar, prosiguió el Padre todo lo restante del salmo, como quien ejecutaba y obraba con su inmutable decreto todo lo que contienen aquellas misteriosas y profundas palabras hasta el fin del salmo inclusive. Muy dificultoso es para mí reducir a mis cortos términos la inteligencia que tengo de tan alto misterio, pero diré algo, como el Señor me lo concediere, porque se entienda en parte tan oculto sacramento y maravilla del Todopoderoso y lo que a María santísima y a los espíritus soberanos que asistían les dio a entender el Padre Eterno.

1119. Prosiguió y dijo: *Hasta que ponga yo a tus enemigos por peana de tus pies (Sal 109, 1)*. Porque habiéndote humillado tú por mi voluntad eterna, has merecido la exaltación que te doy sobre todas las criaturas y que en la naturaleza humana que recibiste reines a mi diestra por sempiterna duración que no puede desfallecer y que por toda ella ponga yo a tus enemigos debajo de tus pies y dominio, como de su Dios y Reparador de los hombres, para que los mismos que no te obedecían ni admitieron vean a tu humanidad, que son tus pies, levantada y engrandecida. Y mientras no lo ejecuto, porque llegue a su fin el decreto de la redención humana, quiero que vean ahora mis cortesanos lo que después conocerán los demonios y los hombres: que te doy la posesión de mi diestra, al mismo tiempo que tú te has humillado a la muerte ignominiosa de la cruz; y que si te entrego a ella y a la disposición de su malicia, es por mi gloria y beneplácito, y para que después llenos de confusión sean puestos debajo de tus pies.

Para esto enviará el Señor la vara de tu virtud desde Sión, que domine en medio de tus enemigos (Sal 109, 2). Porque yo, como Dios omnipotente y que soy el que soy verdadera y realmente (Ex 3, 14), enviaré y gobernaré la vara y cetro de tu virtud invencible, de manera que no sólo después que hayas triunfado de la muerte con la redención humana consumada, te reconozcan por su Reparador, Guía, Cabeza y Señor de todo, pero desde luego quiero que hoy, antes de

padecer la muerte, alcances admirablemente este triunfo, cuando los hombres tratan de tu ruina y te desprecian. Quiero que triunfes de su maldad y de la muerte y que en la fuerza de tu virtud sean compelidos a honrarte libremente y te confiesen y adoren dándote culto y veneración, y que los demonios sean vencidos y confundidos de la vara de tu virtud, y los profetas y justos, que te esperan en el limbo, reconozcan con mis ángeles esta maravillosa exaltación que tienes merecida en mi aceptación y beneplácito.

Contigo está el principado en el día de tu poderío, en medio de los resplandores de la santidad: de mis entrañas te engendré yo, antes de existir el lucero de la mañana (Sal 109, 3). En el día de esta virtud y poder que tienes para triunfar de tus enemigos, estoy yo en tí y contigo, como principio de quien procedes por eterna generación de mí fecundo entendimiento, antes que el lucero de la gracia, con que decretamos manifestarnos a las criaturas, fuese formado, y en los resplandores que gozarán los santos, cuando fueren beatificados con nuestra gloria. Y también está contigo tu principio en cuanto hombre, y fuiste engendrado en el día de tu virtud, porque, desde el instante que recibiste el ser humano por la generación temporal de tu Madre, tuviste las obras del mérito que ahora está contigo y te hace digno de la gloria y honra que te han de coronar tu virtud en este día y en el de mi eternidad.

Juró el Señor, y no le pesará: tú eres para siempre sacerdote según el orden de Melquisedech (Sal 109, 3). Yo, que soy el Señor y Todopoderoso para cumplir lo que prometo, determiné con firmeza, como de inmutable juramento, que tú fueses el sumo sacerdote de la nueva Iglesia y Ley del Evangelio, según el antiguo orden del sacerdote Melquisedech, porque serás el verdadero sacerdote que ofrecerás el pan y vino que figuró la oblación de Melquisedech (Gen 14, 18). Y no me pesará de este decreto, porque esta oblación será limpia y aceptable y sacrificio de alabanza para mí.

El Señor a tu diestra quebrantará a los reyes en el día de su ira (Sal 109, 5). Por las obras de tu humanidad, cuya diestra es la divinidad con ella unida y en cuya virtud las has de obrar, y con el instrumento de tu humanidad quebrantaré yo, que soy un Dios contigo, la tiranía y poder que han mostrado los rectores y príncipes de las tinieblas y del mundo, así ángeles apostatas como hombres, en no adorarte, reconocerte y servirte como a su Dios, Superior y Cabeza. Y este castigo ejecuté cuando no te reconoció Lucifer y sus secuaces, que fue para ellos el día de mi ira, y después llegará el de la que ejecutaré con los hombres que no te hubieren recibido y seguido tu Ley Santa. A todos los quebrantaré y humillaré con mi justa indignación.

Juzgará en las naciones, llenará las ruinas; y en la tierra quebrantará las cabezas de muchos (Sal 109,5). Justificada tu causa contra todos los nacidos hijos de Adán que no se aprovecharen de la misericordia que usas con ellos, redimiéndolos graciosamente del pecado y de la eterna muerte, el mismo Señor, que soy yo, juzgará en equidad y justicia a todas las naciones y, entresacando a los justos y escogidos de los pecadores y réprobos, llenará el vacío de las ruinas que dejaron los ángeles apostatas que no conservaron su gracia y domicilio. Y con esto quebrantará en la tierra la cabeza de los soberbios, que serán muchos, por su depravada y obstinada voluntad.

Del torrente beberá en el camino; por eso levantará la cabeza (Sal 109, 7). Y la engrandecerá el mismo Señor y Dios de las venganzas, para juzgar la tierra y dar su retribución a los soberbios se levantará y, como si bebiera el torrente de su indignación, embriagará sus flechas en la sangre de sus enemigos y con la espada de su castigo los confundirá en el camino por donde habían de llegar y conseguir su felicidad. Así levantará tu cabeza y la ensalzará sobre tus enemigos inobedientes a tu ley, infieles a tu verdad y doctrina. Y esto será justificado con haber tú bebido el torrente de los oprobios y afrentas hasta la muerte de cruz, en el tiempo que obraste su redención.

1120. Estas inteligencias y otras muchas altísimas y ocultas tuvo María santísima de las palabras misteriosas de este salmo que pronunció el Eterno Padre. Aunque algunas habla en tercera persona, pero decíalas de la suya y del Verbo humanado. Y todos estos misterios se reducían principalmente a dos puntos: el uno, las amenazas que contienen contra los pecadores, infieles y malos cristianos, porque o no admiten al Redentor del mundo o no guardaron su divina ley; el otro comprende las promesas que el Eterno Padre hizo a su Hijo humanado de glorificar su santo nombre contra y sobre sus enemigos. Y como en arras o prendas y señal de esta exaltación universal de Cristo después de su ascensión, y más en el juicio final, ordenó el Padre que recibiese en la entrada de Jerusalén aquel aplauso y gloria que le dieron sus moradores el día siguiente que sucedió esta visión tan misteriosa. Y, acabada, desapareció el Padre y Espíritu Santo y los Ángeles que admirados asistieron en este oculto sacramento, y Cristo Redentor nuestro y su beatísima Madre quedaron en divinos coloquios todo lo restante de aquella felicísima noche.

1121. Llegado el día, que fue el que corresponde al domingo de Ramos, salió Su Majestad con sus discípulos para Jerusalén, asistiéndole muchos Ángeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas, poco más o menos, en llegando a Betfagé, envió dos discípulos a la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos; el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme a las profecías de Isaías (Is 62, 11) y Zacarías (Zac 9, 9) que muchos siglos antes lo dejaron escrito, para que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sabios de la ley. Todos los cuatro Evangelistas sagrados escribieron también este maravilloso triunfo de Cristo (Mt 21, 4; Mc 11, 1; Lc 19, 30; Jn 12, 13) y cuentan lo que fue visible y patente a los ojos de los circunstantes. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes, aclamaron al Redentor por verdadero Mesías, Hijo de David, Salvador del mundo y Rey verdadero. Unos decían: Paz sea en el cielo y gloria en

las alturas, bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor; otros decían: *Hosanna Filio David*: Sálvanos, Hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David. Y unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo triunfador de las batallas, Cristo nuestro Señor.

1122. Todas estas obras y demostraciones nobles de culto y adoración, que daban los hombres al Verbo Divino humanado, manifestaban el poder de su divinidad, y más en la ocasión que sucedieron, cuando los sacerdotes y fariseos le aguardaban y buscaban para quitarle la vida en la misma ciudad. Porque si no fueran movidos interiormente con su virtud divina sobre los milagros que había obrado, no fuera posible que tantos hombres juntos, y muchos de ellos gentiles, otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesías, y se rindieran a un hombre pobre, humilde y perseguido, y que no venía con aparato de armas ni potencia humana, no en carros triunfantes, no en caballos soberbios y lleno de riquezas. A lo aparente todo le faltaba, y entraba en jumentillo humilde y contentible para el fausto y vanidad mundana, fuera de su semblante, porque éste era grave, sereno y lleno de majestad, correspondiente a la dignidad oculta; pero todo lo demás era fuera y contra lo que el mundo aplaude y solemniza. Y así era manifiesta en los efectos la virtud divina que movía con su fuerza y voluntad los corazones humanos para que se rindiesen a su Criador y Reparador.

1123. Pero, a más de la conmoción universal que se conoció en Jerusalén con la divina luz que envió el Señor a los corazones de todos para que reconocieran a nuestro Salvador, se extendió este triunfo a todas las criaturas, o a muchas, más capaces de razón, para que se cumpliese lo que el Padre Eterno había prometido a su Unigénito, como queda dicho (Cf. supra n. 1119). Porque, al entrar Cristo nuestro Salvador en Jerusalén, fue despachado el arcángel San Miguel a dar noticia de este misterio a los Santos Padres y Profetas del limbo y junto con esto tuvieron todos una visión particular de la entrada del Señor y de lo que en ella sucedía, y desde aquella caverna donde estaban reconocieron, confesaron y adoraron a Cristo nuestro Maestro y Señor por verdadero Dios y Redentor del mundo y le hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza por el admirable triunfo que recibía de la muerte, del pecado y del infierno. Extendióse también el poder divino a mover los corazones de otros muchos vivientes en todo el mundo, porque los que tenían fe o noticia de Cristo Señor nuestro, no sólo en Palestina y sus confines, sino en Egipto y otros reinos, fueron excitados y movidos para que en aquella hora adorasen en espíritu a su Redentor y nuestro; como lo hicieron con especial júbilo de sus corazones que les causó la visitación e influencia de la divina luz que para esto recibieron; aunque no conocieron expresamente la causa ni el fin de aquel movimiento, pero no fue en vano para sus almas, porque los efectos las adelantaron mucho en el creer y obrar el bien. Y para que el triunfo de la muerte que nuestro Salvador ganaba en este suceso fuese más glorioso, ordenó el Altísimo que aquel día no tuviese fuerzas contra la vida de ninguno de los mortales, y así no murió nadie en el mundo aquel día, aunque naturalmente murieran muchos si no lo impidiera el poder divino, para que en todo fuese admirable el triunfo.

1124. A esta victoria de la muerte se siguió la del infierno, que fue más gloriosa aunque más oculta. Porque al punto que comenzaron los hombres a invocar y aclamar a Cristo nuestro Maestro por Salvador y Rey que venía en el nombre del Señor, sintieron los demonios contra sí el poder de su diestra, que los derribó a todos cuantos estaban en el mundo de sus lugares, y los arrojó a los profundos calabozos del infierno. Y por aquel breve tiempo que Cristo prosiguió esta jornada, ningún demonio quedó sobre la tierra, sino que todos cayeron al profundo con grande rabia y terror. Y desde entonces sospecharon que el Mesías estaba ya en el mundo con más certeza que hasta allí habían tenido y luego confirieron entre sí este recelo, como diré en el capítulo siguiente. Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén, y los Santos Ángeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divinidad con admirable armonía. Y entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiración de todos sucedió lo que refieren los Evangelistas de las maravillas que allí obró (Mt 21, 12; Lc 19, 45). Y derribó las mesas de los que vendían y compraban en el Templo, celando la honra de la casa de su Padre, y echó fuera a los que la hacían casa de negociación y cueva de ladrones. Pero al punto que cesó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influjo que daba a los corazones de aquellos moradores de Jerusalén, aunque los justos quedaron mejorados y muchos justificados, otros se volvieron al estado de sus vicios y malos hábitos y ejercicios imperfectos, porque no se aprovecharon de la luz ni de las inspiraciones que les envió la disposición divina, y aunque tantos habían aclamado y reconocido a Cristo nuestro Señor por Rey de Israel, no hubo quien le hospedase ni recibiese en su casa (Mc 11, 11).

1125. Estuvo Su Majestad en el Templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar a aquel lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y sin recibir éste ni otro refrigerio, volvió aquella tarde a Betania, de donde había venido, y después los días siguientes hasta su pasión volvió a Jerusalén. La divina Madre y Señora María santísima estuvo aquel día en Betania retirada a solas, para ver desde allí con una particular visión todo lo que sucedía en el admirable triunfo de su Hijo y Maestro. Vio lo que hacían los espíritus soberanos en el cielo, los hombres en la tierra y lo que sucedió a los demonios en el infierno, y cómo el eterno Padre en todas estas maravillas ejecutaba y cumplía las promesas que antes había hecho a su Unigénito humanado dándole la posesión del imperio y dominio de todos sus enemigos. Vio también cuánto hizo nuestro Salvador en esta ocasión y en el Templo, y entendió aquella voz del Padre que descendió del cielo en presencia de los circunstantes, y respondiendo a Cristo nuestro Salvador le dijo: *Yo te clarificaré, y otra vez te clarificaré (Jn 12, 28)*. En donde dio a entender que, a más de la gloria y triunfo que el Padre había dado al Verbo humanado aquel día, y en los demás que se han referido, le clarificaría y ensalzaba en lo futuro después de su muerte,

porque todo lo comprenden las palabras del Eterno Padre, y así lo entendió y penetró su beatísima Madre, con admirable júbilo de su espíritu purísimo.

Doctrina de la misma Reina y señora María santísima,

1126. Hija mía, algo has escrito y más has conocido de los ocultos misterios del triunfo de mi Hijo santísimo el día que entró en Jerusalén y lo que precedió a él, pero mucho más es lo que conocerás en el mismo Señor, porque en la vida mortal no lo pueden penetrar los viadores; pero con todo eso tienen bastante doctrina y desengaño en lo que se les ha manifestado para conocer cuán levantados son los juicios del Señor y cuán diferentes de los pensamientos de los hombres. El Altísimo mira al corazón de las criaturas y al interior, donde está la hermosura de la hija del rey (Sal 44, 14), y los hombres a lo aparente y sensible; y por eso en los ojos de su sabiduría los justos y escogidos son estimados y levantados, cuando se abaten y humillan, y los soberbios son humillados y aborrecidos, cuando se levantan. Esta ciencia, hija mía, es de pocos entendida, y por eso los hijos de las tinieblas no saben apetecer ni buscar otra honra ni exaltación más de la que les da el mundo. Y aunque los hijos de la Iglesia Santa confiesan y conocen que ésta es vana y sin sustancia y que no permanece más que la flor y el heno, con todo eso no practican esta verdad. Y como no les da su conciencia el testimonio de las virtudes, solicitan el crédito de los hombres y el aplauso y gloria que les pueden dar; aunque todo es falso, engañoso y lleno de mentira, porque solo Dios es el que sin engaño honra y levanta al que lo merece, y el mundo de ordinario trueca las suertes y da sus honras a quien menos las merece o a quien más ambicioso y sagaz las procura y solicita.

1127. Aléjate, hija mía, de este engaño, y no te aficiones al gusto de las alabanzas de los hombres, ni admitas sus lisonjas y agasajos. Da a cada cosa el nombre y la estimación que merece, que en esto andan muy a ciegas los hijos de este siglo. Ninguno de los mortales pudo merecer la honra y aplauso de las criaturas como mi Hijo santísimo y, con todo eso, la que le dieron en la entrada de Jerusalén la dejó y despreció, porque sólo era para manifestar su poder divino y para que después fuese más ignominiosa su pasión, y para enseñar en esto a los hombres que las honras visibles del mundo nadie las debe admitir por sí mismas, si no hay otro fin más alto de la gloria y exaltación del Altísimo a donde reducir las; que sin esto son vanas e inútiles, sin fruto ni provecho, pues no está en ellas la felicidad verdadera de las criaturas capaces de la eterna. Y porque te veo deseosa de saber la razón por que yo no me hallé presente con mi Hijo santísimo en este triunfo, quiero responder a tu deseo, acordándote lo que muchas veces has escrito en esta Historia de la visión que yo tenía de las obras interiores de mi amado Hijo en el espejo purísimo de su interior. Con esta visión conocía en su voluntad cuándo y para qué se quería ausentar de mí, luego puesta a sus pies le suplicaba me declarase su voluntad y gusto en lo que yo debía hacer y Su Majestad algunas veces me lo mandaba y declaraba determinadamente y con expreso orden, otras veces lo dejaba y remitía a mi elección, para que yo la hiciese con el uso de la divina luz y prudencia que me había dado. Esto hizo en la ocasión que determinaba entrar en Jerusalén triunfando de sus enemigos y dejó en mi mano el acompañarle o quedarme en Betania, y yo le pedí licencia para no hallarme presente a esta misteriosa obra y le supliqué me llevase después consigo cuando volviese a padecer y morir; porque juzgué por más acertado y agradable a sus ojos ofrecerme a padecer las ignominias y dolores de su pasión, que participar de la honra visible que le daban los hombres, de que a mí, como a su Madre, me tocaría algo hallándome presente y conociéndome los que le bendecían y alababan; y porque este aplauso, a más de que para mí no era apetecible, conocía que le ordenaba el Señor para demostración de su divinidad y poder infinito, en que yo no tenía parte, ni con la honra que a mi me dieran entonces aumentaba la que se le debía como a Salvador único del linaje humano. Y para gozar yo a solas de este misterio y glorificar al Muy Alto en sus maravillas, tuve en mi retiro la inteligencia y visión de todo lo que has escrito. Esto será para ti doctrina y enseñanza en mi imitación; sigue mis pasos humildes, abstrae tu afecto de todo lo terreno, levántate a las alturas, con que huirás de las honras humanas y las aborrecerás conociendo a la luz divina que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu (Ecl 1, 14).

CAPITULO 8

Júntanse los demonios en el infierno a conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jerusalén y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalén.

1128. Todos los misterios que en sí contiene el triunfo de nuestro Salvador fueron grandes y admirables, como queda dicho, pero no es de menor admiración en su género el oculto secreto de lo que sintió el infierno oprimido del poder divino, cuando los demonios fueron arrojados a él, entrando Su Majestad en Jerusalén. Estuvieron desde el domingo, que les sucedió esta ruina, hasta el martes, dos días enteros en el aterramiento que les causó la diestra del Altísimo, llenos de penoso y confuso furor, y con aullidos horribles lo manifestaban a todos los condenados, y toda aquella turbulenta república recibió nuevo asombro y tormento sobre lo acostumbrado. Y el príncipe de aquellas tinieblas Lucifer, más confuso que todos, congregó en su presencia a cuantos demonios estaban en el infierno y tomando un lugar más eminente como superior les habló y dijo:

1129. No es posible que no sea más que profeta este hombre que así nos persigue y arruina nuestro poder y quebranta mis fuerzas; porque Moisés, Elias y Eliseo y otros antiguos enemigos nuestros nunca nos vencieron con tanta violencia, aunque hacían otras maravillas, ni tampoco se me han ocultado tantas obras de los otros como de éste, en particular de las de su interior, de que alcanzo a conocer muy poco. Y uno que solo es hombre, ¿cómo pudiera hacer esto y manifestar tan supremo poder sobre todas las cosas, como generalmente publican? Y sin inmutarse ni engreírse

recibe las alabanzas y gloria que por ellas le dan los hombres. Y en este triunfo que ha tenido entrando en Jerusalén ha mostrado nuevo poder contra nosotros y el mundo, pues yo me hallo con inferiores fuerzas para lo que deseo, que es destruirle y borrar su nombre de la tierra de los vivientes (Jer 11, 19). Y en esta ocasión que tenemos presente, no solamente los suyos le han celebrado y aclamado por bienaventurado, pero muchos que yo tenía en mi dominio hicieron lo mismo, y aun le llamaron Mesías y el prometido de su ley, y a todos los rindió a su veneración y adoración. Mucho es esto para solo puro hombre, y si éste no es más, ninguno otro tuvo tan de su parte el poder de Dios, y con él nos hace y hará grandes daños, porque, después que fuimos arrojados del cielo, nunca tales ruinas hemos padecido ni conocido tal virtud como después que vino este hombre al mundo. Y si acaso es el Verbo humanado, como sospechamos, pide grande acuerdo este negocio; porque si consentimos que viva, con su ejemplo y doctrina se llevará tras de sí a todos los hombres; y por el odio que con él tengo, he procurado quitarle la vida algunas veces y no lo he conseguido, porque en su patria, que procuré le despeñasen de un monte, él con su poder burló de los que iban a ejecutarle (Lc 4, 30; Jn 10, 39); otra vez dispuse que le apedreasen en Jerusalén y se les desapareció a los fariseos.

1130. Ahora tengo la materia mejor dispuesta con su discípulo y nuestro amigo Judas Iscariotes, porque le he arrojado al corazón una sugestión de que venda y entregue a su Maestro a los fariseos, a los cuales tengo también prevenidos con furiosa envidia, que sin duda le darán la muerte muy cruel, como lo desean. Y sólo aguardan ocasión oportuna, y ésta la voy disponiendo con toda mi diligencia y astucia, porque Judas Iscariotes y los escribas y pontífices harán todo cuanto yo les propusiere. Pero con todo eso hallo en esto un gran tope, que pide mucha atención; porque, si este hombre es el Mesías que esperan los de su pueblo, ofrecerá la muerte y sus trabajos por la redención de los hombres y satisfará y merecerá por todos y para todos infinitamente. Abrirá el cielo y subirán los mortales a gozar los premios que Dios nos ha quitado a nosotros, y será éste nuevo y duro tormento, si no lo prevenimos para impedirlo. Y a más de esto dejará este hombre en el mundo, padeciendo y mereciendo, nuevo ejemplo de paciencia para los demás, porque es mansísimo y humilde de corazón y jamás le hemos visto impaciente ni turbado, y esto mismo enseñará a todos, que es lo más aborrecible para mí, porque me ofenden grandemente estas virtudes y a todos los que siguen mi dictamen y pensamientos. Por estas razones conviene para nuestros intentos conferir lo que debemos hacer en perseguir a este Cristo y nuevo hombre, y que todos me digáis lo que entendáis en este negocio.

1131. Sobre esta propuesta de Lucifer tuvieron largas conferencias aquellos príncipes de las tinieblas, enfureciéndose contra nuestro Salvador con increíble saña y lamentándose del engaño que ya juzgaban habían padecido en pretender su muerte con tanta astucia y malicia; y con ella misma reduplicada pretendieron desde entonces retractar lo hecho y atajar que no muriese, porque ya estaban confirmados en la sospecha de que era el Mesías, aunque no acababan de conocerlo con firmeza. Pero este recelo fue para Lucifer de tanto escándalo y tormento, que aprobando el nuevo decreto de impedir la muerte del Salvador, concluyó el conciliábulo y dijo: Creedme, amigos, que si este hombre es también Dios verdadero, con su padecer y morir salvará a todos los hombres, y nuestro imperio quedará destruido, y los mortales serán levantados a nuevas dichas y potestad contra nosotros. Muy errados andamos en procurarle la muerte. Vamos luego a reparar nuestro propio daño.

1132. Con este acuerdo salió Lucifer y todos sus ministros a la tierra y ciudad de Jerusalén, y de aquí resultaron algunas de las diligencias que hicieron con Pilatos y su mujer, como consta de los Evangelistas (Mt 27, 19; Lc 23, 4ss; Jn 18, 38), para excusar la muerte del Señor, y otras que no están en la historia del Evangelio, pero fueron ciertas. Porque ante todas cosas emprendieron a Judas Iscariotes y con nuevas sugestiones procuraron disuadirle la venta que tenía concertada de su divino Maestro. Y como no se movió a revocar sus intentos y desistir de ellos, se le apareció el demonio en forma corporal y visible y le habló, procurando con razones inducirle a que no tratase de quitar la vida a Cristo por medio de los fariseos. Y conociendo el demonio la desmedida codicia del avariento discípulo, le ofreció mucho dinero, porque no le entregase a sus enemigos. Y en todo esto puso Lucifer más cuidado que antes había puesto para inducirle al pecado de vender a su mansísimo y divino Maestro.

1133. Pero ¡ay dolor de la miseria humana, que habiéndose rendido Judas al demonio para obedecerle en la maldad, no pudo hacerlo para retractarla! Porque no estaba de parte del enemigo la fuerza de la divina gracia, y sin ella son vanas todas las persuasiones y diligencias extrañas para dejar el pecado y seguir el verdadero bien. No era imposible para Dios reducir a la virtud el corazón de aquel alevoso discípulo, pero no era medio conveniente para este fin la persuasión del demonio que le había derribado de la gracia. Y para no darle el Señor otros auxilios, tenía justificada la causa de su equidad inefable, pues había llegado Judas Iscariotes a tan dura obstinación en medio de la escuela del divino Maestro, resistiendo tantas veces a su doctrina, inspiraciones y grandes beneficios, despreciando con formidable temeridad sus consejos, los de su santísima Madre y dulcísima Señora, el ejemplo vivo de sus vidas y conversación, y de todos los demás apóstoles. Contra todo esto había forcejado el impío discípulo con pertinacia más que de demonio y que de hombre libre para el bien; y habiendo corrido tan larga carrera en el mal, llegó a estado que el odio concebido contra su Salvador y contra la Madre de misericordia le hizo inepto para buscarla, indigno de luz para conocerla y como insensible para la misma razón y ley natural que le pudiera retardar en ofender al Inocente de cuyas manos había recibido tan liberales beneficios. Raro ejemplo y escarmiento para la fragilidad y estulticia de los hombres, que con ella pueden en semejantes peligros caer y perecer, porque no los temen, y llegar a tan infeliz y lamentable ruina.

1134. Dejaron los demonios a Judas Iscariotes desconfiados de reducirle y fuéronse a los fariseos, intentando la misma demanda por medio de muchas sugestiones y pensamientos que les arrojaron para que no persiguieran a Cristo nuestro

bien y Maestro. Pero sucedió lo mismo que con Judas Isacriotes, por las mismas razones; que no pudieron traerlos a que retractasen su intento y revocasen la maldad que tenían fraguada. Aunque por motivos humanos se movieron algunos de los escribas a reparar si les estaría bien lo que determinaban, pero, como no eran asistidos de la gracia, luego les volvió a vencer el odio y envidia que contra el Señor habían concebido. De aquí resultaron las diligencias que hizo Lucifer con la mujer de Pilatos y con él mismo, porque a ella la incitaron, como consta del Evangelio, para que con piedad mujeril previniese y escribiese a Pilatos no se metiese en condenar aquel hombre justo (Mt 27, 19). Y con esta persuasión, y otras que representaron al mismo Pilatos, le obligaron los demonios a tantos reparos como hizo para excusar la sentencia de muerte contra el inocente Señor, de que adelante hablaré lo que fuere necesario (Cf. infra n. 1308, 1322, 1346, 1349). Y como ninguna de estas diligencias se le logró a Lucifer y a sus ministros, reconociéndoles desconfiados, mudaron el medio y se enfurecieron de nuevo contra el Salvador de la vida y movieron a los fariseos y a los verdugos y ministros, para que no pudiendo impedir su muerte, se la diesen atropelladísima y le atormentasen con la impía crueldad que lo hicieron, para irritar su invencible paciencia. Y a esto dio lugar el mismo Señor para los altos fines de la Redención humana, aunque impidió que no ejecutasen los sayones algunas atrocidades menos decentes, que los demonios les administraban contra la venerable persona y humanidad del Salvador, como diré adelante (Cf. infra n. 1290).

1135. El miércoles siguiente a la entrada de Jerusalén, que fue el día que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo, se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y fariseos (Mt 26, 3-4), para maquinando dolosamente la muerte del Redentor del mundo; porque los había irritado con mayor envidia el aplauso que en la entrada de Jerusalén habían hecho con Su Majestad todos los moradores de la ciudad, y esto cayó sobre el milagro de resucitar a San Lázaro y las otras maravillas que aquellos días había obrado Cristo nuestro Señor en el templo. Y habiendo resuelto que convenía quitarle la vida, paliando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás, profetizando lo contrario de lo que pretendió, el demonio, que los vio resueltos, puso en la imaginación de algunos que no ejecutasen este acuerdo en la fiesta de la Pascua, porque no se alborotase el pueblo, que veneraba a Cristo nuestro Señor como Mesías o gran profeta. Esto hizo Lucifer, para ver si con dilatar la muerte del Señor podría impedirla. Pero como Judas Iscariotes estaba ya entregado a su misma codicia y maldad y destituido de la gracia [eficaz] que para revocarla era menester [siempre, sin embargo, tuvo gracia suficiente], acudió al concilio de los pontífices muy azorado e inquieto y trató con ellos de la entrega de su Maestro y se remató la venta con treinta dineros, contentándose con ellos por precio del que encierra en sí todos los tesoros del cielo y tierra; y por no perder los pontífices la ocasión, atropellaron con el inconveniente de ser Pascua. Y así estaba dispuesto por la sabiduría infinita, cuya Providencia lo disponía.

1136. Al mismo tiempo sucedió lo que refiere San Mateo (Mt 26, 2) que dijo nuestro Redentor a los discípulos: *Sabed que después de dos días, sucederá, que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado*. No estaba Judas Iscariotes presente a estas palabras, y con el furor de la traición volvió luego a los apóstoles y como pérfido y descreído andaba inquiriendo y preguntando a sus compañeros, y al mismo Señor y su beatísima Madre, a qué lugar habían de ir desde Betania y qué determinaba su Maestro hacer aquellos días. Y todo esto preguntaba e inquiría dolosamente el pérfido discípulo, para disponer mejor la entrega de su Maestro, que dejaba contratada con los príncipes de los fariseos. Y con estos fingimientos y disimulaciones pretendía Judas Iscariotes paliar su alevosía, como hipócrita. Pero no sólo el Salvador, sino también la prudentísima Madre, conocía su redoble y depravada intención, porque los Santos Ángeles le dieron luego cuenta del contrato que dejaba hecho con los pontífices, para entregárselo por treinta dineros [denarios de plata]. Y aquel día se llegó el traidor a preguntar a la gran Señora a dónde determinaba ir su Hijo santísimo para la Pascua. Y ella con increíble mansedumbre le respondió: *¿Quién podrá entender, oh Judas, los juicios y secretos del Altísimo? Y desde entonces le dejó de amonestar y exhortar para que se retractase de su pecado, aunque siempre el Señor y su Madre le sufrieron y toleraron, hasta que él mismo desesperó del remedio y salvación eterna. Pero la mansísima paloma, conociendo la ruina irreparable de Judas Iscariotes, y que ya su Hijo santísimo sería luego entregado a sus enemigos, hizo tiernos llantos en compañía de los Ángeles, porque no podía con otra alguna criatura conferir su íntimo dolor; y con estos espíritus celestiales soltaba el mar de su amargura y decía palabras de gran peso, sabiduría y sentimiento, con admiración de los mismos Ángeles, viendo en una humana criatura tan nuevo modo de obrar con perfección tan alta, en medio de aquella tribulación y dolor tan amargo.*

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

1137. Hija mía, todo lo que has entendido y escrito en este capítulo contiene grande enseñanza y misterios en beneficio de los mortales, si con atención los consideran. Lo primero, debes ponderar con discreción que, como mi Hijo santísimo vino a deshacer las obras del demonio y vencerle para que no tuviese tantas fuerzas contra los hombres, fue consiguiente para este intento que, dejándole en el ser de su naturaleza de ángel y en la ciencia habitual que le correspondía, con todo eso le ocultase muchas cosas —como en otras partes has escrito (Cf. supra n. 501, 648, 937, 1067, 1124)— para que no llegando a conocerlas se reprimiese la malicia de este Dragón con el modo más conveniente a la suave y fuerte Providencia del Altísimo. Por esto se le ocultó la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana, y anduvo tan alucinado en este misterio que se confundió y anduvo variando en discursos y determinaciones fabulosas hasta que a su tiempo le hizo mi Hijo santísimo que le conociese, y que su alma divinizada había sido gloriosa desde el instante de su concepción. Y asimismo le ocultó algunos milagros de su vida santísima y le dejaba conocer otros. Y esto mismo sucede ahora con algunas almas, que no consiente mi Hijo santísimo conozca el enemigo todas sus obras, aunque naturalmente las pudiera conocer, porque se las esconde Su Majestad, para conseguir sus

altos fines en beneficio de las almas; y después suele dejarle que las conozca, para mayor confusión del mismo demonio, como sucedió en las obras de la Redención, cuando para su tormento y mayor opresión dio lugar el Señor a que las conociese. Y por esta razón anda la serpiente y dragón infernal acechando a las almas para rastrear sus obras, no sólo interiores, sino también las exteriores.

1138. Tanto es el amor que tiene mi Hijo santísimo a las almas, después que nació y murió por ellas. Y este beneficio fuera más general y continuo con muchas, si ellas mismas no le impidieran desmereciéndole y entregándose a su enemigo, escuchando sus falsas sugerencias y consejos llenos de malicia y engaño. Y como los justos y señalados en la santidad vienen a ser instrumentos en la mano del Señor, que los gobierna y rige él mismo y no consiente que otro alguno los mueva, porque del todo se entregan a su divina disposición; así por el contrario sucede a muchos réprobos y olvidados de su Criador y Reparador, que entregándose por medio de repetidos pecados en manos del demonio, los arrastra y mueve a toda maldad y se sirve de ellos para todo lo que desea su depravada malicia, como sucedió al pérfido discípulo y a los fariseos homicidas de su mismo Redentor. Y ninguno de los mortales tiene disculpa en este daño, pues así como Judas Iscariotes y los Pontífices no consintieron con su libre voluntad en el consejo del demonio, para dejar de perseguir a Cristo nuestro Señor, pudieran mucho mejor no consentir con él en la determinación de perseguirle, que les persuadió el mismo demonio; pues para resistir esta tentación les asistió el auxilio de la gracia, si quisieran cooperar con ella, y para no retroceder del pecado sólo se valieron de su libre albedrío y malos hábitos. Y si les faltó entonces la gracia [eficaz] y moción del Espíritu Santo, fue porque de justicia se les debía negar, por haberse rendido y sujetado ellos al demonio, para obedecerle en toda maldad y para dejarse gobernar de sola su perversa voluntad, sin respeto a la bondad y poder de su Criador.

1139. De aquí entenderás cómo esta serpiente infernal nada puede para mover al bien obrar y mucho para inducir y llevar al pecado, si las almas no advierten y previenen su peligroso estado. Y de verdad te digo, hija mía, que si los mortales le conocieran con la ponderación digna que pide, les causara grande asombro; porque entregada un alma al pecado, no hay potencia criada que la pueda revocar ni detener para que no se despeñe de un abismo en otro; y el peso de la naturaleza humana, después del pecado de Adán, inclina al mal como la piedra al centro, mediante las pasiones de la concupiscible e irascible; y juntando a esto las inclinaciones de los malos hábitos y costumbres y el dominio y fuerza que cobra el demonio contra el que peca y la tiranía con que lo ejecuta, ¿quién habrá tan enemigo de sí mismo que no tema este peligro? Sólo el poder infinito le librará, y sólo a su diestra está reservado el remedio. Y siendo esto así que no hay otro, con todo eso viven los mortales tan seguros y descuidados en su perdición, como si estuviera en su mano revocarla y repararla cuando quisieren. Y aunque muchos confiesan y conocen la verdad de que no pueden levantarse de su ruina sin el brazo del Señor, pero con este conocimiento habitual y remiso, en lugar de obligarle a que les dé la mano de su poder, le desobligan, irritan y quieren que Dios les esté aguardando con su gracia, para cuando ellos se cansaren de pecar o no pudieren extender más su malicia y estulticia llena de ingratitud.

1140. Teme, carísima, este formidable peligro y guárdate del primer pecado, que con él resistirás menos al segundo y tu enemigo cobrará fuerzas contra ti. Advierte que tu tesoro es grande y el vaso frágil (2 Cor 4, 7) y con un yerro puedes perderlo todo. La cautela y sagacidad de la serpiente contra ti es grande y tú eres menos astuta. Y por esto te conviene recoger tus sentidos y cerrarlos a todo lo visible, retirar tu corazón al castillo murado de la protección y refugio del Altísimo, de donde resistirás a la inhumana batería con que te procura perseguir. Y para que temas, como debes, baste contigo el castigo a donde llegó Judas Iscariotes, como lo has entendido. En lo demás que has advertido de mi imitación, para perdonar a los que te persiguen y aborrecen, amarlos y tolerarlos con caridad y paciencia y pedir por ellos al Señor con verdadero celo de su salvación, como yo lo hice con el traidor Judas Iscariotes, ya estás advertida muchas veces; y en esta virtud quiero que seas extremada y señalada y que la enseñes y platiques con tus religiosas y con todos los que trates, porque a vista de la paciencia y mansedumbre de mi Hijo santísimo y mía, será de intolerable confusión para los malos y todos los mortales que no se hayan perdonado unos a otros con fraternal caridad. Y los pecados de odio y venganza serán castigados en el juicio con mayor indignación, y en la vida presente son los que más alejan de los hombres la misericordia infinita para su perdición eterna, si no se enmiendan con dolor. Y los que son blandos y suaves con los que los ofenden y persiguen y olvidan los agravios, tienen una particular similitud respectivamente con el Verbo humanado, que siempre andaba buscando, perdonando y beneficiando a los pecadores. Imitándole en esta caridad y mansedumbre de cordero, se dispone el alma y tiene una como cualidad engendradora de la caridad y amor de Dios y del prójimo, que la hace materia dispuesta para recibir los influjos de la gracia y favores de la diestra divina.

CAPITULO 9

Despídese Cristo nuestro Salvador de su Madre santísima en Betania para ir a padecer el jueves de la cena, pídele la gran Señora la comunión para su tiempo y síguele a Jerusalén con Santa María Magdalena y otras santas mujeres.

1141. Para continuar el discurso de esta Historia dejamos en Betania al Salvador del mundo, después que volvió del triunfo de Jerusalén, acompañado de sus Apóstoles. Y en el capítulo precedente he dicho (Cf. supra n. 1132ss) anticipadamente lo que antes de la entrega de Cristo hicieron los demonios y otras cosas que resultaron de su infernal arbitrio y de la traición de Judas Iscariotes y concilio de los fariseos. Volvamos ahora a lo que sucedió en Betania, donde la gran Reina asistió y sirvió a su Hijo santísimo aquellos tres días que pasaron desde el domingo de los Ramos hasta el jueves. Todo este tiempo gastó el Autor de la vida con su divina Madre, salvo el que ocupó en volver a

Jerusalén y enseñar en el Templo los dos días lunes y martes; porque el miércoles no subió a Jerusalén, como ya he dicho (Cf. supra n. 1135). En estos últimos viajes informó a sus discípulos con más abundancia y claridad de los misterios de su pasión y redención humana. Pero con todo esto, y aunque oían la doctrina y avisos de su Dios y Maestro, respondían cada uno según la disposición con que la oían y recibían, y según los efectos que en ellos causaba y los afectos que movía; siempre estaban algo tardos, y como flacos no cumplieron en la pasión lo que antes ofrecieron, como el suceso lo manifestó y adelante veremos (Cf. infra n. 1240).

1142. Con la beatísima Madre comunicó y trató nuestro Salvador aquellos días inmediatos a su pasión tan altos sacramentos y misterios de la redención humana y de la nueva ley de gracia, que muchos de ellos estarán ocultos hasta la vista del Señor en la patria celestial. Y de los que yo he conocido puedo manifestar muy poco, pero en el prudentísimo pecho de nuestra gran Reina depositó su Hijo santísimo todo lo que llamó Santo Rey David incierto y oculto de su sabiduría (Sal 50, 8), que fue el mayor de los negocios que el mismo Dios tenía por su cuenta en las obras *ad extra*, cual fue nuestra reparación, glorificación de los predestinados, y en ella la exaltación de su santo nombre. Ordenóle Su Majestad todo lo que había de hacer la prudentísima Madre en el discurso de la pasión y muerte que por nosotros iba a recibir y la previno de nueva luz y enseñanza. Y en todas estas conferencias la habló el Hijo santísimo con nueva majestad y grandiosa severidad de Rey, conforme la importancia de lo que trataban, porque entonces de todo punto cesaron los regalos y las caricias de Hijo y Esposo. Pero como el amor natural de la dulcísima Madre y la caridad encendida de su alma purísima había llegado a tan alto grado sobre toda ponderación criada y se acercaba el término de la conversación y trato que había tenido con el mismo Dios e Hijo suyo, no hay lengua que pueda manifestar los afectos tiernos y dolorosos de aquel candidísimo corazón de la Madre y los gemidos que de lo más íntimo de él despedía, como tórtola misteriosa que ya comenzaba a sentir su soledad, que todo lo restante de cielo y tierra entre las criaturas no podían recompensar.

1143. Llegó el jueves, víspera de la pasión y muerte del Salvador, y este día antes de salir la luz llamó el Señor a su amantísima Madre, y ella respondió postrada a sus pies, como lo tenía de costumbre, y le dijo: Hablad, Señor y Dueño mío, que vuestra sierva oye. Levantóla su Hijo santísimo del suelo donde estaba postrada y hablándola con grande amor y serenidad le dijo: Madre mía, llegada es la hora determinada por la eterna sabiduría de mi Padre para obrar la salvación y redención humana, que me encomendó su voluntad santa y agradable; razón es que se ejecute el sacrificio de la nuestra [vida], que tantas veces la habemos ofrecido. Dadme licencia para irme a padecer y morir por los hombres y tened por bien, como verdadera madre, que me entregue a mis enemigos para cumplir con la obediencia de mi eterno Padre, y por ella misma cooperad conmigo en la obra de la salvación eterna, pues recibí de vuestro virginal vientre la forma de hombre pasible y mortal, en que se ha de redimir el mundo y satisfacer a la divina justicia. Y como vuestra voluntad dio el *fiat* para mi encarnación, quiero que me deis ahora para mi pasión y muerte de cruz; y el sacrificarme de vuestra voluntad a mi Eterno Padre será el retorno de haberos hecho Madre mía, pues Él me envió para que por medio de la pasibilidad de mi carne recobrase las ovejas perdidas de su casa, que son los hijos de Adán.

1144. Estas y otras razones que dijo nuestro Salvador traspasaron el amantísimo corazón de la Madre de la vida y le pusieron de nuevo en la prensa más ajustada de dolor que jamás hasta entonces había padecido, porque llegaba ya aquella hora y no hallaba apelación su dolorosa pena, ni al tiempo, ni a otro superior tribunal, sobre el decreto eficaz del Eterno Padre, que destinaba aquel plazo para la muerte de su Hijo. Y como la prudentísima Madre le miraba como a Dios infinito en atributos y perfecciones y como a verdadero hombre, unida su humanidad a la persona del Verbo y santificada con sus efectos y debajo de esta dignidad inefable, confería la obediencia que le había mostrado cuando Su Alteza le criaba como Madre, los favores que de su mano había recibido en tan larga compañía, y que luego carecería de ellos y de la hermosura de su rostro, de la dulzura eficaz de sus palabras, y que no sólo le faltaría junto todo esto en una hora, pero que le entregaba a los tormentos e ignominias de su pasión y al cruento sacrificio de la muerte y de la cruz y le daba en manos de tan impíos enemigos. Todas estas noticias y consideraciones, que entonces eran más vivas en la prudentísima Madre, penetraron su amoroso y tierno corazón con dolor verdaderamente inexplicable. Pero con la grandeza de Reina, venciendo a su invencible pena, se volvió a postrar a los pies de su Hijo y Maestro divino y besándolos con suma reverencia le respondió y dijo:

1145. Señor y Dios altísimo, autor de todo lo que tiene ser, esclava vuestra soy, aunque sois hijo de mis entrañas, porque vuestra dignación de inefable amor me levantó del polvo a la dignidad de Madre vuestra; razón es que este vil gusanillo sea reconocido y agradecido a vuestra liberal clemencia y obedezca a la voluntad del Eterno Padre y Vuestra. Yo me ofrezco y me resigno en su divino beneplácito, para que en mí como en Vos, Hijo y Señor mío, se cumpla y ejecute su voluntad eterna y agradable. El mayor sacrificio que puedo yo ofrecer, será el no morir con Vos y que no se truequen estas suertes, porque el padecer en vuestra imitación y compañía será grande alivio de mis penas, y todas dulces a vista de las Vuestras. Bastárame por dolor el no poderos aliviar en los tormentos que por la salvación humana habéis de padecer. Recibid, oh bien mío, el sacrificio de mis deseos y que Os vea yo morir quedando con la vida siendo Vos cordero inocentísimo y figura de la sustancia de Vuestro Eterno Padre. Recibid también el dolor de que yo vea la inhumana crueldad de la culpa del linaje humano ejecutada por mano de vuestros crueles enemigos en vuestra dignísima persona. ¡Oh cielos y elementos con todas las criaturas que estáis en ellos, espíritus soberanos, Santos Patriarcas y Profetas, ayudadme todos a llorar la muerte de mi Amado que os dio el ser y llorad conmigo la infeliz miseria de los hombres, que serán la causa de esta muerte y perderán después la eterna vida, la cual les ha de

merecer, y ellos no se aprovecharán de tan gran beneficio! ¡Oh infelices prescitos y dichosos predestinados, que se lavaron vuestras estolas en la sangre del Cordedo! (Ap 7, 14) Vosotros, que supisteis aprovecharos de este bien, alabad al Todopoderoso. Oh Hijo mío y bien infinito de mi alma, dad fortaleza y virtud a Vuestra afligida Madre y admitidla por Vuestra discípula y compañera, para que participe de Vuestra pasión y cruz y con Vuestro sacrificio reciba el Eterno Padre el mío como Madre vuestra.

1146. Con estas y otras razones, que no puedo explicar con palabras, respondía la Reina del cielo a su Hijo santísimo y se ofreció a la imitación y participación de su pasión, como cooperadora y coadjutora de nuestra Redención. Y luego le pidió licencia para proponerle otro deseo y petición, prevenida muy de lejos con la ciencia que tenía de todos los misterios que el Maestro de la vida había de obrar en el fin de ella; y dándole licencia Su Majestad añadió la purísima Madre y dijo: Amado de mi alma y lumbre de mis ojos, no soy digna, Hijo mío, de lo que anhela mi corazón a pedir, pero Vos, Señor, sois aliento de mi esperanza y en esta fe os suplico me hagáis participante, si sois servido, del inefable sacramento de vuestro sagrado cuerpo y sangre, como tenéis determinado de instituirle por prenda de Vuestra gloria, y para que volviendo a recibirnos en mi pecho se me comuniquen los efectos de tan admirable y nuevo Sacramento. Bien conozco, Señor mío, que ninguna de las criaturas puede dignamente merecer tan excesivo beneficio, prevenido sobre Vuestras obras por sola Vuestra magnificencia, y para obligarla ahora, sólo tengo que ofrecer a Vos mismo con Vuestros merecimientos infinitos. Y si la humanidad santísima en que los vinculáis por haberla recibido de mis entrañas induce algún derecho, éste no será tanto en mí para que seáis mío en este Sacramento, como para que yo sea Vuestra con la nueva posesión de recibirnos, en que puedo restituirme a Vuestra dulce compañía. Mis obras y deseos dediqué a esta dignísima y divina comunión desde la hora que Vuestra dignación me dio noticia de ella, y de la voluntad y decreto de quedaros en vuestra Iglesia Santa en especies de pan y vino consagrados. Volved, pues, Señor y bien mío, a la primera y antigua habitación de Vuestra Madre, de Vuestra amiga y Vuestra esclava, a quien para recibirnos en su vientre hicisteis libre y exenta del común contagio. En mi pecho recibiré ahora la humanidad que de mi sangre os comuniqué y en él estaremos juntos con estrecho y nuevo abrazo que aliente mi corazón y encienda mis afectos, para no estar de Vos jamás ausente, que sois infinito bien y amor de mi alma.

1147. Muchas palabras de incomparable amor y reverencia dijo la gran Señora en esta ocasión, porque habló con su Hijo santísimo con admirable afecto del corazón, para pedirle la participación de su sagrado cuerpo y sangre. Y Su Majestad le respondió también con más caricia, concediéndole su petición, y la ofreció que la daría el favor y beneficio de la comunión que le pedía, en llegando la hora de celebrar su institución. Desde luego la purísima Madre con nuevo rendimiento hizo grandiosos actos de humildad, agradecimiento, reverencia y viva fe, para estar dispuesta y preparada para la deseada comunión de la eucaristía; y sucedió lo que diré adelante (Cf. infra n. 1197).

1148. Mandó luego Cristo Salvador nuestro a los Santos Ángeles de su Madre santísima que la asistiesen desde entonces en forma visible para ella y la sirviesen y consolasen en su dolor y soledad, como en efecto lo cumplieron. Ordenóle también a la gran Señora que, en partiendo Su Majestad a Jerusalén con sus discípulos, ella le siguiese por algún breve espacio con las mujeres santas que venían acompañándolos desde Galilea y que las informase y animase, para que no desfalleciesen con el escándalo que tendrían viéndole padecer y morir con tantas ignominias y muerte de cruz afrentosísima. Y dando fin a esta conferencia el Hijo del Eterno Padre, dio su bendición a su amantísima Madre, despidiéndose para la última jornada en que había de padecer y morir. El dolor que en esta despedida penetró los corazones de Hijo y Madre excede a todo humano pensamiento, porque fue correspondiente al amor recíproco de entrambos y éste era proporcionado a la condición y dignidad de las personas. Y aunque de ello podemos declarar tan poco, no por esto quedamos excusados de ponderarlo en nuestra consideración y acompañarlos con suma compasión, conforme a nuestras fuerzas y capacidad, para no ser reprendidos como ingratos y de pesado corazón.

1149. Despedido nuestro Salvador de su amantísima Madre y dolorosa Esposa, salió de Betania para la última jornada a Jerusalén el jueves, que fue el de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los Apóstoles que consigo tenía. A los primeros pasos que dio Su Majestad en este viaje, que ya era el último de su peregrinación, levantó los ojos al Eterno Padre y, confesándole con alabanza y hacimiento de gracias, se ofreció de nuevo a sí mismo con lo ardentísimo de su amor y obediencia para morir y padecer por la Redención de todo el linaje humano. Esta oración y ofrecimiento hizo nuestro Salvador y Maestro con tan inefable afecto y fuerza de su espíritu, que como éste no se puede escribir, todo lo que dijere parece desdize de la verdad y de mi deseo. Eterno Padre y Dios mío —dijo Cristo nuestro Señor— voy por vuestra voluntad y amor a padecer y morir por la libertad de los hombres mis hermanos y hechura de Vuestras manos. Voy a entregarme para su remedio y a congrega en uno los que están derramados y divisos por la culpa de Adán. Voy a disponer los tesoros con que las almas criadas a Vuestra imagen y semejanza han de ser adornadas y enriquecidas, para que sean restituidas a la dignidad de Vuestra amistad y felicidad eterna y para que Vuestro santo nombre sea conocido y engrandecido de todas las criaturas. Cuanto es de Vuestra parte y de la mía, ninguna de las almas quedará sin remedio abundantísimo, y Vuestra inviolable equidad quedará justificada en los que despreciaren esta copiosa Redención.

1150. En seguimiento del autor de la vida partió luego de Betania la beatísima Madre, acompañada de Santa María Magdalena y de las otras mujeres santas que asistían y seguían a Cristo nuestro Señor desde Galilea. Y como el divino Maestro iba informando a sus Apóstoles y previniéndolos con la doctrina y fe de su pasión, para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que le viesan padecer, ni por las tentaciones ocultas de Satanás, así también la Reina y Señora de las virtudes iba consolando y previniendo a su congregación santa de discípulas, para que no se

turbasen cuando vieses morir a su Maestro y ser azotado afrentosamente. Y aunque en la condición femenina eran estas santas mujeres de naturaleza más enferma y frágil que los Apóstoles, con todo eso fueron más fuertes que algunos de ellos en conservar la doctrina y documentos de su gran Maestra y Señora. Y quien más se adelantó en todo fue Santa María Magdalena, como los Evangelistas enseñan (Mt 27, 56; Mc 15, 40; Lc 24, 10; Jn 19, 25), porque la llama de su amor la llevaba toda enardecida y por su misma condición natural era magnánima, esforzada y varonil, de buena ley y respetos. Y entre todos los del apostolado tomó por su cuenta acompañar a la Madre de Jesús y asistirle sin desviarse de ella todo el tiempo de la pasión, y así lo hizo como amante fidelísima.

1151. En la oración y ofrecimiento que hizo nuestro Salvador en esta ocasión, le imitó y siguió también su Madre santísima, porque todas las obras de su Hijo santísimo iba mirando en el espejo claro de aquella luz divina con que las conocía, para imitarlas, como muchas veces queda dicho (Cf. supra n. 481, 990, etc.). Y a la gran Señora iban sirviendo y acompañando los Ángeles que la guardaban, manifestándosele en forma humana visible, como el mismo Señor se lo había mandado. Con estos espíritus soberanos iba confiriendo el gran sacramento de su santísimo Hijo, que no podían percibir sus compañeras, ni todas las criaturas humanas. Ellos conocían y ponderaban dignamente el incendio de amor que sin modo ni medida ardía en el corazón purísimo y candidísimo de la Madre de Dios y la fuerza con que llevaban tras de sí los unguentos olorosos (Cant 1, 3) del amor recíproco de Cristo, su Hijo, Esposo y Redentor. Ellos presentaban al Eterno Padre el sacrificio de alabanza y expiación que le ofrecía su Hija única y primogénita entre las criaturas. Y porque todos los mortales ignoraban de este beneficio y de la deuda en que los ponía el amor de Cristo nuestro Señor y de su Madre santísima, mandaba la Reina a los Santos Ángeles que le diesen gloria, bendición y honra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y todo lo cumplían conforme a la voluntad de su gran Princesa y Señora.

1152. Fáltanme dignas palabras y digno sentimiento y dolor para decir lo que entendí en esta ocasión de la admiración de los Santos Ángeles, que de una parte miraban al Verbo humanado y a su Madre santísima encaminando sus pasos a la obra de la redención humana con la fuerza del ardentísimo amor que a los hombres tenían y tienen, y por otra parte miraban la vileza, ingratitud, tardanza y dureza de los mismos hombres para conocer esta deuda y obligarse del beneficio que a los demonios obligara si fueran capaces de recibirle. Esta admiración de los ángeles no era con ignorancia, sino con reprensión de nuestra intolerable ingratitud. Mujer flaca soy y menos que un gusanillo de la tierra, pero en esta luz que se me ha dado quisiera levantar la voz, que se oyera por todo el orbe, para despertar a los hijos de la vanidad y amadores de la mentira (Sal 4, 3) y acordarles esta deuda a Cristo nuestro Señor y a su santísima Madre y pedir a todos, postrada sobre mi rostro, que no seamos graves de corazón y tan crueles enemigos para nosotros mismos, y sacudamos este sueño tan olvidadizo, que nos sepulta en el peligro de la eterna muerte y aparta de la vida celestial y bienaventurada que nos mereció Cristo nuestro Redentor y Señor con muerte tan amarga de cruz.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

1153. Hija mía, de nuevo te llamo y convido, para que, ilustrada tu alma con especiales dones de la divina luz, entres en el profundo piélago de los misterios de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo. Prepara tus potencias y estrena todas las fuerzas de tu corazón y alma, para que en alguna parte seas digna de conocer, ponderar y sentir las ignominias y dolores que el mismo Hijo del Eterno Padre se dignó de padecer, humillándose a morir en una cruz para redimir a los hombres, y todo lo que yo hice y padecí, acompañándole en su acerbísima pasión. Esta ciencia tan olvidada de los mortales quiero que tú, hija mía, la estudies y aprendas para seguir a tu Esposo y para imitarme a mí, que soy tu Madre y Maestra. Y escribiendo y sintiendo juntamente lo que yo te enseñaré de estos sacramentos, quiero que de todo punto te desnudes de todo humano y terreno afecto y de ti misma, para que alejada de lo visible sigas pobre y desvalida nuestras pisadas. Y porque ahora con especial gracia te llamo a ti a solas para el cumplimiento de la voluntad de mi Hijo santísimo y mía y en ti queremos enseñar a otros, es necesario que de tal manera te des por obligada de esta copiosa Redención, como si fuera benefició para ti sola y como si se hubiera de perder no aprovechándote tú sola. Tanto como esto lo debes apreciar, pues con el amor con que murió y padeció mi Hijo santísimo por ti, te miró con tanto afecto como si fueras tú sola la que necesitabas de su pasión y muerte para tu remedio.

1154. Con esta regla debes medir tu obligación y tu agradecimiento. Y cuando conoces el pesado y peligroso olvido que hay en los hombres de tan excesivo beneficio, como haber muerto por ellos su mismo Dios y Criador hecho hombre, procura tú recompensarle esta injuria amándole por todos, como si el retorno de esta deuda estuviera remitido a solo tu agradecimiento y fidelidad. Y duelete asimismo de la ciega estulticia de los hombres en despreciar su eterna felicidad y en atesorar la ira del Señor contra sí mismos, frustrándole los mayores afectos de su infinito amor para con el mundo. Para esto te doy a conocer tantos secretos y el dolor tan sin igual que yo padecí desde la hora que me despedí de mi Hijo santísimo para ir al sacrificio de su sagrada pasión y muerte. No hay términos con que significar la amargura de mi alma en aquella ocasión, pero a su vista ningún trabajo reputarás por grande, ni podrás apetecer descanso ni delectación terrena y sólo codiciarás padecer y morir con Cristo. Y compadécete conmigo, que es debido a lo que te favorezco esta fiel correspondencia.

1155. Quiero también que adviertas cuán aborrecible es en los ojos del Señor y en los míos y de todos los Bienaventurados el desprecio y olvido de los hombres en frecuentar la Comunión Sagrada y el no llegar a ella con disposición y fervor de devoción. Para que entiendas y escribas este aviso, te he manifestado lo que yo hice (Cf. supra n. 835), disponiéndome tantos años para el día que llegase a recibir a mi santísimo Hijo sacramentado, y lo demás, que

escribirás adelante (Cf. infra n. 1197; p. III n. 109, 583), para enseñanza y confusión vuestra; porque si yo, que estaba inocente y sin alguna culpa que me impidiese y con tanto lleno de todas las gracias, procuré añadir nueva disposición de ferviente amor, humildad y agradecimiento, ¿qué debes hacer tú y los demás hijos de la Iglesia, que cada día y cada hora incurren en nuevas culpas y fealdades, para llegar a recibir la hermosura de la misma divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo y mi Señor? ¿Qué descargo darán los hombres en el juicio, de haber tenido consigo al mismo Dios sacramentado en la iglesia, esperando que vayan a recibirle para llenarlos de la plenitud de sus dones y han despreciado este inefable amor y beneficio por emplearse y divertirse en deleites mundanos y servir a la vanidad aparente y engañosa? Y admírate, como lo hacen los Ángeles y Santos, de tal insania y guárdate de incurrir en ella.

CAPITULO 10

Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos y lávalos los pies; tiene su Madre santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios.

1156. Proseguía su camino para Jerusalén nuestro Redentor, como queda dicho (Cf. supra n. 1149), el jueves a la tarde que precedió a su pasión y muerte, y en las conferencias que tenía con sus discípulos sobre los misterios de que los iba informando, le preguntaron algunas dudas en lo que no entendían y a todas respondió como Maestro de la sabiduría y Padre amoroso con palabras llenas de dulcísima luz que penetraba los corazones de los Apóstoles, porque habiéndolos amado siempre, ya en aquellas horas últimas de su vida, como cisne divino, manifestaba con más fuerza la suavidad de su voz y la dulzura de su amor. Y no sólo no le impedía para esto lo inmediato de su pasión y la ciencia prevista de tantos tormentos, sino que, como el calor reconcentrado con la oposición del frío vuelve a salir con toda su eficacia, de este modo el incendio del divino amor, que sin límite ardía en el corazón de nuestro amoroso Jesús, salía con mayores finezas y actividad a inflamar a los mismos que le querían extinguir, comenzando a herir a los más cercanos con la eficacia de su incendio. A los demás hijos de Adán, fuera de Cristo y de su Madre santísimos, de ordinario sucede que la persecución nos impacienta, las injurias nos irritan, las penas nos destemplan y todo lo adverso nos conturba, desmaya y desazona con quien nos ofende y tenemos por grande hazaña no tomar venganza de contado; pero el amor de nuestro divino Maestro no se estragó con las injurias que miraban en su pasión, no se cansó con las ignorancias de sus discípulos y con la deslealtad que luego había de experimentar en ellos.

1157. Preguntáronle dónde quería celebrar la Pascua del cordero. Que aquella noche cenaban los judíos como fiesta muy célebre y solemne en aquel pueblo y era la figura más expresa en su ley del mismo Señor de los misterios que él mismo y por él se habían de obrar, aunque entonces no estaban los Apóstoles harto capaces para conocerlos. Respondióles el divino Maestro enviando a San Pedro y a San Juan que se adelantasen a Jerusalén y preparasen la cena del Cordero pascual en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Era este vecino de Jerusalén hombre rico, principal y devoto del Salvador y de los que habían creído en su doctrina y milagros, y con su piadosa devoción mereció que el autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró en ella, dejándola consagrada en templo santo para otros que después sucedieron. Fueron luego los dos Apóstoles y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida y tuviese por su huésped para celebrar la gran solemnidad de los Ázimos, que así se llamaba aquella Pascua.

1158. Fue ilustrado con especial gracia el corazón de aquel padre de familias y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una cuadra muy grande (Lc 22, 12), colgada y adornada con mucha decencia, cual convenía —aunque él y los doce apóstoles lo ignoraban— para los misterios tan venerables que en ella quería obrar nuestro Salvador. Prevenido todo esto, llegó Su Majestad a la posada con los demás discípulos y en breve espacio fue también su Madre santísima con su congregación de las santas mujeres que la seguían. Y luego la humildísima Reina postrada en tierra adoró a su Hijo santísimo, como acostumbraba, y le pidió la bendición y que la mandase lo que debía hacer. Ordenóla Su Majestad que se retirase a un aposento de la casa —que para todo era capaz— y allí estuviese a la vista de lo que la divina Providencia había determinado hacer en aquella noche y que confortase y diese luz a las mujeres que la acompañaban de lo que convenía advertirlas. Obedeció la gran Señora y se retiró con su compañía. Ordenólas que todas perseverasen en fe y oración, y continuando ella sus afectos fervorosos para esperar la comunión, que sabía se acercaba la hora, y atendiendo siempre con la vista interior a todas las obras que su Hijo santísimo iba ejecutando.

1159. Nuestro Salvador y Maestro Jesús, en retirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce apóstoles y otros discípulos y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley (Ex 13, 3ss), sin faltar a cosa alguna de los ritos que él mismo había ordenado por medio de San Moisés, Profeta y Legislador. Y en esta cena última dio inteligencia a los Apóstoles de todas las ceremonias de aquella ley figurativa, como se las habían dado a los antiguos padres y profetas, para significar la verdad de lo que el mismo Señor iba cumpliendo y había de obrar como Reparador del mundo, y que la ley antigua de San Moisés y sus figuras quedarían evacuadas con la verdad figurada, y no podían durar más las sombras llegando en él la luz y principio de la nueva ley de gracia, en la cual sólo quedarían permanentes los preceptos de la ley natural, que era perpetua; aunque éstos quedarían más realzados y perfeccionados con otros preceptos divinos y consejos que él mismo enseñaba y con la eficacia que daría a los nuevos sacramentos de su nueva ley y todos los antiguos cesarían, como ineficaces y sólo figurativos, y que para todo esto celebraba con ellos aquella cena, con que daba fin y término a sus ritos y obligación

de la ley, pues toda se había encaminado a prevenir y representar lo que Su Majestad estaba obrando, y conseguido el fin cesaba el uso de los medios.

1160. Con esta nueva doctrina entendieron los Apóstoles grandes secretos de los profundos misterios que su divino Maestro iba obrando, pero los discípulos que allí estaban no entendieron tantas cosas de las obras del Señor como los Apóstoles. Judas Iscariotes fue quien atendió y entendió menos, o nada en ellas, porque estaba poseído de la avaricia y sólo atendía a la traición alevosa que tenía fraguada y le ocupaba el cuidado de ejecutarla con secreto. Guardábasele también el Señor, porque así convenía a su equidad y a la disposición de sus juicios altísimos. Y no quiso excluirle de la cena ni de los otros misterios, hasta que él mismo se excluyó por su mala voluntad, pero el divino Maestro siempre le trató como a su discípulo, apóstol y ministro y le guardó su honra. Enseñando con este ejemplo a los hijos de la Iglesia en cuánta veneración han de tener a los ministros de ella y a los sacerdotes y cuánto han de celar su honra, sin publicar sus pecados y flaquezas que en ellos vieren, como en hombres de frágil naturaleza. Ninguno será peor que Judas Iscariotes, y así lo debemos entender, ni ninguno tampoco será como Cristo nuestro Señor, ni tendrá tanta autoridad ni potestad, que eso lo enseña la fe. Pues no será razón que, si todos los hombres son infinitamente menos que nuestro Salvador, hagan con sus ministros, mejores que Judas Iscariotes aunque sean malos, lo que no hizo el mismo Señor con aquel pésimo discípulo y apóstol, y para esto no importa que sean preladados, que también lo era Cristo nuestro Señor, y sufrió a Judas Iscariotes y le guardó su honra.

1161. Hizo nuestro Redentor en esta ocasión un misterioso cántico en alabanza del Eterno Padre, por haberse cumplido en sí mismo las figuras de la antigua ley y por la exaltación de su nombre que, de ella redundaba, y postrado en tierra, humillándose según su humanidad santísima, confesó, adoró y alabó a la divinidad como a superior infinitamente y, hablando con el Eterno Padre, hizo interiormente una altísima oración y fervorosísima exclamación diciendo:

1162. Eterno Padre mío y Dios inmenso, vuestra divina y eterna voluntad determinó criar mi humanidad verdadera y que en ella fuese cabeza de todos los predestinados para vuestra gloria y felicidad interminable y que por medio de mis obras se dispusieran para conseguir su verdadera bienaventuranza. Para este fin y redimir a los hijos de Adán de su caída, he vivido con ellos treinta y tres años. Ya, Señor y Padre mío, llegó la hora oportuna y aceptable de vuestra voluntad eterna, para que se manifieste a los hombres vuestro santo nombre y sea de todas las naciones conocido y exaltado por la noticia de la santa fe que manifieste a todos Vuestra divinidad incomprendible. Tiempo es que se abra el libro (Ap 5, 7) cerrado con siete sellos, que Vuestra sabiduría me entregó, y que se dé fin dichoso a las antiguas figuras (Heb 10, 1) y sacrificios de animales que han significado el que yo de mí mismo voluntariamente quiero ya ofrecer por mis hermanos los hijos de Adán, miembros de este cuerpo de quien soy cabeza y ovejas de Vuestra grey, por quien Os suplico ahora los miréis con ojos de misericordia. Y si los antiguos sacrificios y figuras que voy con la verdad ejecutando, por lo que significaban aplacaban Vuestro enojo, justo es, Padre mío, que tenga fin, pues yo me ofrezco en sacrificio con voluntad pronta para morir por los hombres en la cruz y me sacrifico como holocausto en el fuego de mi propio amor. Ea, Señor, témplese ya el rigor de Vuestra justicia y mirad al linaje humano con los ojos de Vuestra clemencia. Y demos ley saludable a los mortales con que se abran las puertas del cielo cerradas hasta ahora por su inobediencia. Hallen ya camino cierto y puerta franca para entrar conmigo a la vista de vuestra divinidad, si ellos me quisieren imitar y seguir mi ley y pisadas.

1163. Esta oración de nuestro Salvador Jesús aceptó el Eterno Padre y luego despachó de las alturas innumerables ejércitos angélicos sus cortesanos, para que en el cenáculo asistiesen a las obras maravillosas que el Verbo humanado había de obrar en él. En el ínterin que sucedía todo esto en el cenáculo, estaba María santísima en su retiro levantada en altísima contemplación, donde lo miraba todo con la misma distinción y clara visión que si estuviera presente, y a todas las obras de su Hijo nuestro Salvador cooperaba y correspondía en la forma que su admirable sabiduría la dictaba, como coadjutora de todas ellas. Y hacía actos heroicos y divinos de todas las virtudes con que había de corresponder a las de Cristo nuestro Señor, porque todas resonaban en el pecho castísimo de la Madre, donde con misterioso y divino eco se repetían, replicando la dulcísima Señora las mismas oraciones y peticiones en su modo. Y sobre todo esto hacía nuevos cánticos y admirables alabanzas por lo que la humanidad santísima en la persona del Verbo iba obrando en cumplimiento de la voluntad divina y en correspondencia y lleno de las antiguas figuras de la ley escrita.

1164. Grande maravilla y digna de toda admiración fuera para nosotros, como lo fue para los Ángeles y lo será a todos en el cielo, si conociéramos ahora aquella divina armonía de las virtudes y obras que en el corazón de nuestra gran Reina, como en un coro, estaban ordenadas, sin confundirse ni impedirse unas a otras, cuando todas y cada una obraban en esta ocasión con mayor fuerza. Estaba llena de las inteligencias que he dicho y a un mismo tiempo conocía cómo en su Hijo santísimo se iban cumpliendo y evacuando las ceremonias y figuras legales, sustituyendo la Nueva Ley y Sacramentos más nobles y eficaces. Miraba el fruto tan abundante de la Redención en los predestinados, la ruina de los réprobos, la exaltación del nombre del mismo Dios y de la santísima humanidad de su Hijo Jesús, la noticia y fe universal que se prevenía de la divinidad para el mundo, que se abría el cielo cerrado por tantos siglos para que desde luego entrasen en él los hijos de Adán por el estado y progreso de la nueva Iglesia evangélica y todos sus misterios y que de todo esto era su Hijo santísimo admirable y prudentísimo artífice, con alabanza y admiración de todos los cortesanos del cielo. Y por estas magníficas obras, sin omitir un ápice, bendecía al Eterno Padre y le daba gracias singularmente y en todo se gozaba y consolaba la divina Señora con admirable júbilo.

1165. Pero junto con esto miraba que todas estas obras inefables habían de costarle a su mismo Hijo los dolores, ignominias, afrentas y tormentos de su pasión y al fin muerte de cruz tan dura y amarga, y todo lo había de padecer en la humanidad que de ella había recibido; y que tanto número de los hijos de Adán, por quienes lo padecía, le serían ingratos y perderían el copioso fruto de su redención. Esta ciencia llenaba de amargura dolorosa el candidísimo corazón de la piadosa Madre, pero, como era estampa viva y proporcionada a su Hijo santísimo, todos estos movimientos y operaciones cabían a un tiempo en su magnánimo y dilatado pecho. Y no por esto se turbó ni alteró, ni faltó al consuelo y enseñanza de las mujeres santas que la asistían, sino que, sin perder la alteza de las inteligencias que recibía, descendía en lo exterior a instruir las y confortarlas con saludables consejos y palabras de vida eterna. ¡Oh admirable maestra y ejemplar más que humano a quien imitemos! Verdad es que nuestro caudal, en comparación de aquel piélagos de gracia y luz, es imperceptible. Pero también es verdad que nuestras penalidades y dolores en comparación de aquellos son casi aparentes y nada, pues ella padeció sola más que todos juntos los hijos de Adán. Y con todo eso, ni por su imitación y amor, ni por nuestro bien eterno, sabemos padecer con paciencia la menor adversidad que nos sucede. Todas nos conturban, alteran y les ponemos mala cara, soltamos las pasiones, resistimos con ira y nos impacientamos con tristeza, desamparamos la razón como indóciles y todos los movimientos malos se desconciertan y están prontos para el precipicio. También lo próspero nos deleita y destruye, nada se puede fiar de nuestra naturaleza infecta y manchada. Acordémonos de nuestra divina Maestra en estas ocasiones, para componer nuestros desórdenes.

1166. Acabada la cena legal y bien informados los apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor, como dice San Juan (Jn 13, 4), para lavarles los pies. Y primero hizo otra oración al Padre postrándose en su presencia, al modo que la había hecho en la cena, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 1162). No fue vocal esta oración, sino mentalmente habló y dijo: Eterno Padre mío, Criador de todo el universo, imagen vuestra soy, engendrado por vuestro entendimiento y figura de vuestra sustancia; y habiéndome ofrecido por la disposición de vuestra santa voluntad a redimir al mundo con mi pasión y muerte, quiero, Señor, por vuestro beneplácito, entrar en estos sacramentos y misterios por medio de mi humillación hasta el polvo, para que la soberbia altiva de Lucifer sea confundida con mi humildad, que soy vuestro Unigénito. Y para dejar ejemplo de esta virtud a mis Apóstoles y a mi Iglesia, que se ha de fundar en este seguro fundamento de la humildad, quiero, Padre mío, lavar los pies de mis discípulos, hasta los del menor de todos, Judas Iscariotes, por su maldad que tiene fabricada, y postrándome ante él con humildad profunda y verdadera le ofreceré mi amistad y su remedio. Siendo el mayor enemigo que tengo entre los mortales, no le negaré mi piedad ni el perdón de su traición, para que, si no le admite, conozca el cielo y la tierra que yo le abrí los brazos de mi clemencia y él la despreció con obstinada voluntad.

1167. Esta oración hizo nuestro Salvador para lavar los pies de los discípulos. Y para declarar algo del ímpetu con que su divino amor disponía y ejecutaba estas obras, no hay términos ni símiles adecuados en todas las criaturas, porque es tarda la actividad del fuego y pesado el corriente del mar y el movimiento de la piedra para su centro y todos cuantos quisiéremos imaginar que tienen los elementos dentro y fuera de su esfera. Pero no podemos ignorar que sólo su amor y sabiduría pudieron inventar tal linaje de humildad, que lo supremo de la divinidad y humanidad se humillasen hasta lo más ínfimo del hombre, que son los pies, y éstos del peor de los nacidos, que fue Judas Iscariotes, y allí pusiera su boca en lo más inmundo y contentible, el que era la palabra del Eterno Padre y el Santo de los Santos y por esencia la misma bondad, Señor de los señores y Rey de los reyes, se postrase ante el pésimo de los hombres para justificarle, si él entendiera y admitiera este beneficio, nunca harto ponderado ni encarecido.

1168. Levantóse nuestro divino Maestro de la oración que hizo y con semblante hermosísimo, sereno y apacible, puesto en pie, mandó Su Majestad sentar con orden a sus discípulos, como haciéndolos a ellos grandes y ser Su Alteza ministro suyo. Luego se quitó un manto que traía sobre la túnica inconsútil, y ésta le llegaba a los pies aunque no los cubría. Y en esta ocasión tenía sandalias, porque algunas veces las dejaba para andar descalzo en la predicación y otras las usaba, desde que su Madre santísima se las calzó en Egipto, que fueron creciendo en sus hermosos pasos con la edad, como crecían los pies, y queda dicho en su lugar (Cf. supra n. 691). Despojada del manto, que son las vestiduras que dice el Evangelista (Jn 13, 4), recibió una toalla o mantel largo y con la una parte se ciñó el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Y luego echó agua en una vacía (Jn 13, 5) para lavar los pies de los Apóstoles, que con admiración estaban atentos a todo lo que su divino Maestro iba ejecutando.

1169. Llegó a la cabeza de los Apóstoles, San Pedro, para lavarle; y cuando el fervoroso Apóstol vio postrado a sus pies al mismo Señor que había conocido y confesado por Hijo de Dios vivo y renovando en su interior esta fe con la nueva luz que le ilustraba y conociendo con humildad profunda su propia bajeza, turbado y admirado dijo: *¿Tú, Señor, me lavas a mí los pies?* Respondió Cristo nuestro bien, con incomparable mansedumbre: *Tú ignoras ahora lo que yo hago, pero después lo entenderás (Jn 13, 6-7)*. Que fue decirle: obedece ahora primero a mi dictamen y voluntad y no antepongas el tuyo propio, con que perviertes el orden de las virtudes y las divides. Primero has de cautivar tu entendimiento y creer que conviene lo que yo hago, y después de haber creído y obedecido entenderás los misterios ocultos de mis obras, a cuya inteligencia has de entrar por la puerta de la obediencia, y sin ésta, no puede ser verdaderamente humilde sino presuntuosa. Ni tampoco tu humildad se puede anteponer a la mía; yo me humillé hasta la muerte (Flp 2, 8) y para humillarme tanto padecí, y tú, que eres mi discípulo, no sigues mi doctrina y con color de humillarte eres inobediente y pervirtiendo el orden te privas de la humildad y de la obediencia, siguiendo la presunción de tu propio juicio.

1170. No entendió San Pedro esta doctrina, encerrada en la primera respuesta de su Señor y Maestro, porque aunque estaba en su escuela no había llegado a experimentar los divinos efectos de su lavatorio y contacto, y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad replicó al Señor y le dijo: *Jamás consentiré, Señor, que Tú me laves los pies.* Respondióle con más severidad el autor de la vida: *Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo (Jn 13, 8).* Con esta respuesta y amenaza dejó el Señor canonizada la seguridad de la obediencia, porque, al juicio de los hombres, alguna disculpa parece que tenía San Pedro en resistir a una obra tan inaudita y que la capacidad humana la tuviera por muy desigual, como consentir un hombre terreno y pecador que a sus pies estuviera postrado el mismo Dios, a quien estaba conociendo y adorando. Pero no se le admitió esta disculpa, porque su divino Maestro no podía errar en lo que hacía; y cuando no se conoce con evidencia este engaño en el que manda, ha de ser la obediencia ciega y sin buscar otra razón para resistir a ella. Y en este misterio quería nuestro Salvador soldar la inobediencia (Rom 5, 19) de nuestros primeros padres Adán y Eva, por donde había entrado el pecado en el mundo, y por la semejanza y participación que con ella tenía la inobediencia de San Pedro, le amenazó Cristo Señor nuestro con el amago de otro semejante castigo, diciendo que si no obedecía no tendría parte en él, que fue excluirle de sus merecimientos y fruto de la redención, por la cual somos capaces y dignos de su amistad y participación de la gloria. También le amenazó con negarle la participación de su cuerpo y sangre, que luego había de sacramentar en las especies de pan y vino, donde, aunque se quería dar el Señor no por partes sino por entero y deseaba ardentísimamente comunicarse por este misterioso modo, con todo eso la inobediencia pudiera privar al Apóstol de este amoroso beneficio si en ella perseverase.

1171. Pero con la amenaza de Cristo nuestro bien quedó San Pedro tan castigado y enseñado, que con excelente rendimiento respondió luego: *Señor, no sólo doy los pies, sino las manos y la cabeza (Jn 13, 9),* para que todo me lavéis. Que fue decir: Ofrezco mis pies para correr a la obediencia y mis manos para ejercitarla y mi cabeza para no seguir mi propio juicio contra ella. Admitió el Señor este rendimiento de San Pedro y le dijo: *Vosotros estáis limpios, aunque no todos* —porque estaba entre ellos el inmundísimo Judas Iscariotes— *y el que está limpio no tiene que lavarse más de los pies (Jn 13, 10).* Esto dijo Cristo Señor nuestro, porque los discípulos, fuera de Judas Iscariotes, estaban justificados y limpios de pecado con su doctrina y sólo necesitaban lavar las imperfecciones y culpas leves o veniales para llegar a la comunión con mayor decencia y disposición, como se requiere para recibir sus divinos efectos y conseguir más abundante gracia y con mayor plenitud y eficacia, que para esto impiden mucho los pecados veniales, distracciones y tibieza en recibirla. Con esto se lavó San Pedro y obedecieron los demás llenos de asombro y lágrimas, porque todos iban recibiendo con este lavatorio nueva luz y dones de la gracia.

1172. Pasó el divino Maestro a lavar a Judas Iscariotes, cuya traición y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros Apóstoles. Y sin manifestarles Su Majestad estas señales, se las declaró a Judas Iscariotes en dos cosas: la una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso a sus pies y se los lavó, besó y llegó al pecho; la otra, en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conforme a la dolencia y necesidad que tenía aquella depravada conciencia, porque estos auxilios fueron mayores en sí mismos con Judas Iscariotes que con otro de los Apóstoles. Pero como su disposición era pésima, los hábitos viciosos intensísimos, su obstinación endurecida con muchas determinaciones, el entendimiento y las potencias turbadas y debilitadas y de todo punto se había alejado de Dios y entregado al demonio y le tenía en su corazón como en trono y silla de su maldad, con esto resistió a todos los favores e inspiraciones que recibía en el lavatorio de los pies. Juntóse el temor que tuvo a los escribas y fariseos de faltarles a lo contratado con ellos. Y como a la presencia de Cristo exterior y a la fuerza interior de los auxilios quería la luz del entendimiento moverle, levantóse en su tenebrosa conciencia una borrasca turbulenta que le llenó de confusión y amargura y le encendió en ira y le despechó y apartó de su mismo Maestro y Médico que le quería aplicar la medicina saludable, y toda la convirtió en veneno mortal y hiél amarguísima de maldad, que le tenía repleto y poseído.

1173. Resistió la maldad de Judas Iscariotes a la virtud y contacto de aquellas manos divinas, en que el eterno Padre había depositado todos los tesoros y virtud de hacer maravillas y enriquecer a todas las criaturas. Y aunque no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas Iscariotes, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del autor de la vida y los que naturalmente podía causar su santísima persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderación. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada, el semblante grave y sereno de una hermosura apacible y dulcísima, el cabello nazareno uniforme, el color entre dorado y castaño, los ojos rasgados y de suma gracia y majestad, la boca, la nariz y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo y en todo se mostraba tan agradable y amable. A los que le miraban sin malicia de intención, los atraía a su veneración y amor, y sobre esto causaba con su vista gozo interior, con admirable ilustración de las almas, engendrando en ellas divinos pensamientos y otros efectos. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas Iscariotes a sus pies y con nuevas demostraciones de agrado y mayores impulsos que los ordinarios, pero tal fue su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazón, antes se irritó de la suavidad del Señor y no le quiso mirar al rostro ni atender a su persona, porque desde que perdió la fe y la gracia tuvo este odio con Su Majestad y con su Madre santísima y nunca los miraba a la cara. Mayor fue en alguna manera el terror que tuvo Lucifer de la presencia de Cristo nuestro Salvador, porque, como he dicho (Cf. supra n. 1172), estaba este enemigo asentado en el corazón de Judas Iscariotes, y no pudiendo sufrir la humildad que ejercitaba con los apóstoles el divino Maestro, pretendió Lucifer salirse de Judas Iscariotes y del Cenáculo, pero Su Majestad con la virtud de su brazo poderoso no consintió que se fuese, porque allí quedase entonces quebrantada su soberbia, aunque después le arrojaron de allí —como diré adelante (Cf. infra n. 1189)— lleno de furor y sospechas de que Cristo era Dios verdadero.

1174. Dio fin nuestro Salvador al lavatorio de los pies y volviendo a tomar su manto se asentó en medio de sus discípulos y les hizo aquel gran sermón que refiere el Evangelista San Juan, comenzando por aquellas palabras: *¿Sabéis lo que yo he hecho y obrado con vosotros? Llamáisme Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también debéis vosotros lavaros unos los de los otros; porque yo os he dado este ejemplo, para que lo hagáis como yo lo acabo de hacer; pues no ha de ser el discípulo más que el Maestro, ni el siervo más que el Señor, ni el apóstol ha de ser mayor que quien le envía (Jn 13, 12-16)*. Y prosiguió Su Majestad enseñando, amonestando, y previniendo a los Apóstoles de grandes misterios y doctrina, que no me detengo a repetirla, remitiéndome a los Evangelistas. Este sermón ilustró de nuevo a los Apóstoles del misterio de la santísima Trinidad, encarnación y los previno con nueva gracia para el de la Eucaristía y los confirmó en la noticia que habían recibido de la alteza y profundidad de su predicación y milagros. Entre todos fueron más ilustrados San Pedro y San Juan, porque cada uno recibió mayor o menor ciencia, según su disposición y la voluntad divina. Y lo que refiere San Juan Evangelista de las preguntas que a instancia de San Pedro hizo a Cristo nuestro Señor sobre quién era el traidor que le había de vender, según le dio a entender Su Majestad mismo, sucedió en la cena, donde San Juan Evangelista estuvo reclinado en el pecho de su divino Maestro. Y San Pedro lo deseó saber para vengarle o impedirlo, con los fervores que ardían en su pecho y solía manifestar sobre todos en el amor de Cristo. Pero no se lo declaró San Juan Evangelista, aunque él lo conoció por las señas del bocado que dio Su Majestad a Judas Iscariotes, en que dijo al Evangelista le conocería, y lo conoció para sí solo y lo guardó en el secreto de su pecho, ejercitando la caridad que se le había comunicado y enseñado en la escuela de su divino Maestro.

1175. En este favor y otros muchos fue privilegiado San Juan Evangelista, cuando estuvo reclinado en el pecho de Jesús nuestro Salvador, porque allí conoció altísimos misterios de su divinidad y humanidad y de la Reina del cielo su Madre santísima. En esta ocasión se la encomendó para que cuidase de ella, y porque en la cruz no le dijo “ella será tu Madre” ni “él será tu Hijo”, sino “veis ahí a tu Madre” (Jn 19, 27), porque no lo determinaba entonces, sino que fue como manifestar en público lo que antes le tenía encomendado y ordenado. De todos estos sacramentos que se obraban en el lavatorio de los pies y de las palabras y sermón del divino Maestro, tenía su purísima Madre clara noticia y visión, como otras veces he dicho, y por todo hizo cánticos de loores y gloria al Altísimo. Y cuando se iban obrando después las maravillas del Señor, las miraba no como quien conocía de nuevo lo que ignoraba, sino como quien veía ejecutar y obrar lo que antes sabía y tenía escrito en su corazón, como en las tablas de San Moisés lo estaba la ley. Y de todo lo que convenía informar a las santas discípulas que consigo tenía les daba luz y reservaba lo que ellas no eran capaces de entender.

Doctrina que me dio la gran Señora del mundo María santísima.

1176. Hija mía, en ti es virtudes principales de mi Hijo y Señor, de que has hablado en este capítulo, quiero que seas extremada, para imitarle en ellas como su esposa y mi discípula carísima. Son la caridad, la humildad y la obediencia, en que Su Majestad se quiso señalar más en lo último de su vida santísima. Cierta es que por toda ella manifestó el amor que tenía a los hombres, pues por ellos y para ellos hizo todas y tan admirables obras, desde el instante que en mi vientre fue concebido por el Espíritu Santo. Pero en el fin de su vida, cuando dispuso la Ley Evangélica y Nuevo Testamento, salió con más fuerza la llama de la encendida caridad y amoroso fuego que ardía en su pecho. En esta ocasión obró con toda su eficacia la caridad de Cristo nuestro Señor con los hijos de Adán, porque concurren de su parte los dolores de la muerte que le cercaban (Sal 114, 3) y de parte de los hombres la adversidad al padecer y admitir el bien, la suma ingratitud y perversidad, tratando de quitar la honra y vida a quien les estaba dando la suya misma y disponiéndoles la salvación eterna. Con esta contradicción subió de punto el amor, que no se había de extinguir (Cant 8, 7), y así fue más ingenioso para conservarse en sus mismas obras y dispuso cómo quedarse entre los hombres, habiéndose de alejar de ellos, y les enseñó con ejemplo, doctrina y obras los medios ciertos y eficaces por donde participasen de los efectos de su divino amor.

1177. En este arte de amar por Dios a tus prójimos quiero que seas muy sabia e industriosa. Y esto harás, si las mismas injurias y penalidades que te dieren, te despiertan la fuerza de la caridad, advirtiéndote que entonces es segura y sin sospecha cuando de parte de la criatura no obligan ni los beneficios ni las lisonjas. Porque amar a quien te hace bien, aunque sea debido, pero no sabes, si no lo adviertes, si le amas por Dios o por el útil que recibes, que será amar al interés o a ti misma más que a tu prójimo por Dios; y quien ama por otros fines o motivos de lisonja, éste no conoce el amor de la caridad, porque está poseído del ciego amor propio de su deleite. Pero si amas al que no te obliga por estos medios, tendrás entonces por motivo y principal objeto al mismo Señor, a quien amas en su criatura, sea ella la que fuere. Y porque tú puedes ejercitar la caridad corporal menos que la espiritual, aunque entrambas las debes abrazar conforme a tus fuerzas y las ocasiones que tuvieres, pero en la caridad y beneficios espirituales has de obrar siempre extendiéndote a grandes cosas, como el Señor lo quiere, con oraciones, peticiones, ejercicios y también con exhortaciones prudentes y santas, procurando por estos medios la salud espiritual de las almas. Acuérdate que mi Hijo y Señor a ninguno hizo beneficio temporal, que dejase de hacersele espiritual, y fuera menor perfección de sus divinas obras no hacerlas con esta plenitud. Y de esto entenderás cuánto se deben preferir los beneficios del alma a los del cuerpo, y éstos has de pedir siempre con atención y condición de ponerlos en primer lugar, aunque los hombres terrenos de ordinario piden a ciegas los bienes temporales, olvidando los eternos y los que tocan a la verdadera amistad y gracia del Altísimo.

1178. Las virtudes de la humildad y obediencia quedaron engrandecidas en mi Hijo santísimo con lo que hizo y enseñó lavando los pies de sus discípulos. Y si con la luz interior que tienes de este raro ejemplo no te humillares más que el polvo, muy duro será tu corazón y muy indócil a la ciencia del Señor. Queda, pues, entendida desde ahora, que nunca digas ni imagines te has humillado dignamente, aunque seas despreciada y te halles a los pies de todas las criaturas, por pecadores que sean, pues ninguna será peor que Judas Iscariotes, ni tú puedes ser como tu Maestro y Señor. Con todo esto, si merecieras que te favorezca y honre con esta virtud de la humildad, será darte un género de perfección y proporción con que sea digna del título de esposa suya y participes alguna igualdad con Él mismo. Y sin esta humildad ninguna alma puede ser levantada a tal excelencia y participación, porque lo alto antes se debe abatir y lo humillado es lo que se puede y debe levantar (Mt 23, 12), y siempre es levantada el alma en correspondencia de lo que se humilla y aniquila.

1179. Porque no pierdas esta joya de la humildad cuando piensas que la guardas, te advierto que su ejercicio ni se ha de anteponer a la obediencia, ni se ha de regular entonces por el propio dictamen, sino por el superior; porque si antepones tu propio juicio al de quien te gobierna, aunque lo hagas con color de humillarte, vendrás a ser soberbia, pues no sólo no te pones en el ínfimo lugar, sino que te levantas sobre el juicio de quien es tu superior. De aquí quedarás advertida del engaño que puedes padecer encogiéndote, como San Pedro, para no admitir los favores y beneficios del Señor, con que te privas no sólo de los dones y tesoros que resistes sino de la misma humildad, que es el mayor y que tú pretendes, y del agradecimiento que debes de los altos fines que el Señor tiene siempre en estas obras y de la exaltación de su nombre. No te toca a ti entrar a la parte de sus juicios ocultos e inescrutables, ni a corregirlos por tus razones y causas, por las que te juzgas indigna de recibir tales favores o hacer tales obras. Todo esto es semilla de la soberbia de Lucifer, simulada con aparente humildad, con que pretende hacerte incapaz de la participación del Señor, de sus dones y amistad, que tanto tú deseas. Sea, pues, ley inviolable que, en aprobándote tus confesores y prelados los beneficios y favores del Señor, los creas y admitas, los estimes y agradezcas con digna reverencia y no andes vacilando con nuevas dudas ni temores, sino obra con fervor y serás humilde, obediente y mansa.

CAPITULO 11

Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrando en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre, las oraciones y peticiones que hizo, comulgó a su Madre santísima y otros misterios que sucedieron en esta ocasión.

1180. Cobarde llego a tratar de este misterio de misterios de la inefable Eucaristía y lo que sucedió en su institución, porque levantando los ojos del alma a recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantas maravillas y sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez, que en ella misma se me manifiesta. Túrbanse mis potencias, y no hallo ni puedo formar razones adecuadas para explicar lo que veo y manifiesta mi concepto, aunque tan inferior al objeto del entendimiento. Pero hablaré como ignorante en los términos y como inhábil en las potencias, por no faltar a la obediencia y para tejer la Historia continuando lo que en estas maravillas obró la gran Señora del mundo María santísima. Y si no hablare con la propiedad que pide la materia, discúlpeme mi condición y admiración, que no es fácil descender a las palabras exteriores y propias cuando sólo con afectos desea la voluntad suplir el defecto de su entender y gozar a solas de lo que ni puede manifestar ni conviene.

1181. La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los Apóstoles, sobre una mesa o tarima que se levantaba del suelo poco más de seis o siete dedos, porque ésta era la costumbre de los judíos. Y acabado el lavatorio, mandó Su Majestad preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia a las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia; y de aquí comenzó el consagrar en mesa o altar levantado que permanece en la Iglesia Católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica y sobre ella pusieron un plato o salvilla y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme a la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía y disponía todo. Y el dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Y después usaron de ellos los Sagrados Apóstoles para consagrar cuando pudieron y fue tiempo oportuno y conveniente. Sentóse a la mesa Cristo nuestro bien con los doce Apóstoles y algunos otros discípulos y pidió le trajesen **pan cenecño de trigo puro sin levadura y púsolo sobre el plato, y vino puro de que preparó el cáliz con lo que era menester.**

1182. Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima a sus Apóstoles, y sus palabras divinas, que siempre eran penetrantes hasta lo íntimo del corazón, en esta plática fueron como rayos encendidos del fuego de la caridad que los abrasaba en esta dulce llama. Manifestóles de nuevo altísimos misterios de su divinidad y humanidad y obras de la Redención. Encomendóles la paz y unión de la caridad y se la dejó vinculada en aquel sagrado misterio que disponía obrar. Ofrecióles que amándose unos a otros los amaría su Eterno Padre como le amaba a él. Dióles inteligencia de esta promesa y que los había escogido para fundar la nueva Iglesia y Ley de Gracia. Renovóles la luz interior que tenían de la suprema dignidad, excelencia y prerrogativas de su purísima Madre Virgen. Y de todos estos misterios fue más ilustrado San Juan Evangelista, por el oficio a que estaba destinado. Pero la gran Señora desde su retiro y divina contemplación miraba todo lo que su Hijo santísimo iba obrando en el Cenáculo y con profunda inteligencia lo penetraba y entendía más que todos los Apóstoles y los Ángeles juntos, que asistían, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 1163)), en figura corpórea adorando a su verdadero Señor, Rey y Criador suyo. Fueron traídos por los mismos

Ángeles al Cenáculo Enoc y Elías del lugar donde estaban, disponiendo el Señor que estos dos Padres de la ley natural y escrita se hallasen presentes a la nueva maravilla y fundación de la Ley Evangélica y participasen de sus misterios admirables.

1183. Estando juntos todos los que he dicho (Cf. supra n. 979, 1099), esperando con admiración lo que hacía el Autor de la vida, apareció en el Cenáculo la persona del Eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Río Jordán y en el Tabor. Y de esta visión, aunque todos los Apóstoles y discípulos sintieron algún efecto, sólo algunos la vieron, en especial el Evangelista San Juan, que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios. Trasládose todo el cielo al Cenáculo de Jerusalén, que tan magnífica fue la obra con que se fundó la Iglesia del Nuevo Testamento, se estableció la Ley de Gracia y se previno nuestra salvación eterna. Y para entender las acciones que hacía el Verbo humanado, advierto que, como tenía dos naturalezas, la divina y la humana, entrambas en una persona, que era la del Verbo, por esto las acciones de entrambas naturalezas se atribuyen y se dicen o predicán de una misma persona, como también la misma se llama Dios y hombre; y conforme a esto, cuando digo que hablaba y oraba el Verbo humanado a su Eterno Padre, no se entiende que hablaba ni oraba con la naturaleza divina, en que era igual con el Padre, sino en la humana, en que era menor, porque consta como nosotros de alma y cuerpo. En esta forma Cristo nuestro bien en el Cenáculo confesó con alabanza y magnificencia a su Eterno Padre por su divinidad y ser infinito y pidiendo luego por el linaje humano oró y dijo:

1184. Padre mío y Dios eterno, yo te confieso, te alabo y magnifico en el ser infinito de tu divinidad incomprendible, en la cual soy una misma cosa contigo y con el Espíritu Santo, engendrado *ab aeterno* por tu entendimiento como figura de tu sustancia y tu imagen de tu misma individual naturaleza. La obra de la Redención humana, que me encomendaste en la misma naturaleza que tomé en el vientre virginal de mi Madre, quiero consumir y darle la suma perfección y plenitud de tu divino beneplácito y pasar de este mundo a tu diestra y llevar a ti a todos aquellos que me diste (Jn 17, 12), sin que se pierda alguno en cuanto a nuestra voluntad y suficiencia de su remedio. Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31) y en mi ausencia quedarán huérfanos y solos si los dejo sin mi asistencia no quedándome con ellos. Quiero, Padre mío, dejarles prendas ciertas y seguras de mi inextinguible amor y de los premios eternos que les tienes aparejados. Quiero dejarles memoria indefectible de lo que por ellos he obrado y padecido. Quiero que hallen en mis merecimientos remedio fácil y eficaz del pecado que participaron en la inobediencia del primer hombre y restaurar copiosamente el derecho que perdieron a la felicidad eterna para que fueron criados.

1185. Y porque serán pocos los que se conservarán en esta justicia, es necesario que les queden otros remedios con que la puedan restaurar y acrecentar, recibiendo de nuevo altísimos dones y favores de tu inefable clemencia, para justificarlos y santificarlos por diversos medios y caminos en el estado de su peligrosa peregrinación. Nuestra voluntad eterna, con que determinamos su creación de la nada para ser y tener existencia, fue para comunicarles nuestra divinidad, perfecciones y eterna felicidad, y tu amor, que fue el que a mí me obligó a nacer pasible y humillarme por ellos hasta la muerte de cruz (Flp 2, 8), no se contenta ni satisface si no inventa nuevos modos de comunicarse a los hombres según su capacidad y nuestra sabiduría y poder. Esto ha de ser en señales visibles y sensibles, proporcionadas a la sensible condición de los hombres, y que tengan efectos invisibles, que participe su espíritu invisible e inmaterial.

1186. Para estos altísimos fines de vuestra exaltación y gloria pido, Señor y Padre mío, el *fiat* de vuestra voluntad eterna en mi nombre y de todos los pobres y afligidos hijos de Adán. Y si provocan sus culpas a vuestra justicia, su miseria y necesidad llama a vuestra infinita misericordia. Y con ella interpongo yo todas mis obras de la humanidad unida con lazo indisoluble a mi divinidad: la obediencia con que acepté ser pasible hasta morir, la humildad con que me sujeté a los hombres y a sus depravados juicios y la pobreza y trabajos de mi vida, mis afrentas y pasión, la muerte y el amor con que todo lo he admitido por tu gloria y porque seas conocido y adorado de todas las criaturas capaces de tu gracia y de tu gloria. Tú, Señor y Padre mío, me hiciste hermano de los hombres y su cabeza y de todos los electos que de nuestra divinidad han de gozar con nosotros para siempre, para que como hijos sean herederos conmigo de tus bienes eternos y como miembros participasen el influjo de la cabeza que les quiero comunicar, según el amor que como a hermano les tengo; y quiero, cuanto es de mi parte, traerlos conmigo a tu amistad y participación en que fueron formados en su cabeza natural el primer hombre.

1187. Con este inmenso amor dispongo, Señor y Padre mío, que todos los mortales desde ahora puedan ser reengendrados con el Sacramento del Bautismo en tu amistad y gracia con plenitud y le puedan recibir luego que participen de la luz y sin propia voluntad, manifestándola por ellos otros para que renazcan en la de tu aceptación. Sean desde luego herederos de tu gloria, queden señalados por hijos de mi Iglesia con interior señal que no la pierdan, queden limpios de la mácula del pecado original, reciban los dones de las virtudes fe, esperanza y caridad, con que puedan obrar como hijos, conociéndote, esperando y amándote por ti mismo. Reciban también las virtudes con que detengan y gobiernen las pasiones desordenadas por el pecado y conozcan sin engaño el bien y el mal. Sea este sacramento la puerta de mi Iglesia y el que los haga capaces para los demás sacramentos y para nuevos favores y beneficios de nuestra gracia. Dispongo también que tras este sacramento reciban otro en que sean ratificados y confirmados en la fe santa que han profesado y han de profesar y la puedan defender con fortaleza llegando al uso de la razón. Y porque la fragilidad humana desfallecerá fácilmente en la observancia de mi ley y no sufre mi caridad dejarla sin remedio fácil y oportuno, quiero que sirva para esto el Sacramento de la Penitencia, donde reconociendo sus culpas con dolor y confesándolas se restituyan al estado de la justicia y continúen los merecimientos

de la gloria que les tengo prometida y no queden triunfando Lucifer y sus secuaces de haberlos apartado luego del estado y seguridad en que los puso el Bautismo.

1188. Justificados los hombres por medio de estos Sacramentos, estarán capaces de la suma participación y amor que conmigo pueden tener en el destierro de su vida mortal, y ésta ha de ser recibíendome sacramentado en su pecho por inefable modo en especies de pan y vino, y en las del pan dejaré mi cuerpo y en las del vino dejaré mi sangre. En cada uno estaré todo real y verdaderamente, aunque así dispongo este sacramento misterioso de la Eucaristía, porque me doy en forma de alimento proporcionado a la condición humana y al estado de los viadores, por quien obro estas maravillas y con quienes estaré por este modo hasta el fin de los siglos venideros. Y para que tengan otro Sacramento que los purifique y defienda cuando los mismos hombres lleguen al término de vida, les ordeno el Sacramento de la Unción Extrema [de los enfermos], que también será alguna prenda de su resurrección en los mismos cuerpos señalados con este Sacramento. Y porque todos se ordenan a santificar los miembros del Cuerpo Místico de mi Iglesia, en la cual se ha de guardar sumo concierto y orden dando a cada uno el grado conveniente a su ministerio, y quiero que los ministros de estos Sacramentos tengan Orden en otro que los pongo en el supremo grado de Sacerdotes, respecto de todos los otros fieles, y que sirva para esto el Sacramento de la Orden, que los señale, distinga y santifique con particular excelencia; y aunque todos la recibirán de mí, quiero que sea por medio de una cabeza que sea mi Vicario y represente mi Persona y sea el supremo Sacerdote, en cuya voluntad deposito las llaves del cielo y todos le obedezcan en la tierra. Y para más perfección de mi Iglesia ordeno el último Sacramento, de Matrimonio, que santifique el vínculo natural que se ordena a la propagación humana, y queden todos los grados de la Iglesia ricos y adornados de mis infinitos merecimientos. Esta es, Eterno Padre, mi última voluntad, en que hago herederos a todos los mortales de mis merecimientos, vinculándolos en mi nueva Iglesia, donde los dejo depositados.

1189. Esta oración hizo Cristo nuestro Redentor en presencia de los Apóstoles, pero sin demostración exterior. Pero la beatísima Madre, que desde su retiro le miraba y acompañaba en ella, se postró en tierra y ofreció al Eterno Padre como Madre las peticiones de su Hijo. Y aunque no podía añadir intensivamente cosa meritoria a las obras de su santísimo Hijo, con todo eso, como era su coadjutora, se extendió a ella esta petición, como en otras ocasiones, fomentando de su parte a la misericordia para que el Eterno Padre no mirase a su Unigénito sólo, pero siempre en compañía de su Madre. Y así los miró a entrambos y aceptó las oraciones y peticiones respectivamente de Hijo y Madre por la salvación de los hombres. Hizo otra cosa la Reina en esta ocasión, porque se la remitió a ella su Hijo santísimo. Y para entenderla, se advierta que Lucifer estuvo presente al lavatorio de los Apóstoles, como queda dicho en el capítulo pasado, y de lo que vio hacer a Cristo nuestro bien y que no le permitió a él salir del Cenáculo, colegía su astucia que disponía el Señor alguna obra grande en beneficio de los Apóstoles; y aunque se reconocía este Dragón muy debilitado y sin fuerzas contra el mismo Redentor, con todo esto con implacable furor y soberbia quiso investigar aquellos misterios para intentar contra ellos alguna maldad. Vio la gran Señora este conato de Lucifer y que le remitía su Hijo santísimo esta causa; encendida con el celo y amor de la gloria del Muy Alto y con potestad de Reina, mandó al dragón y a todas sus cuadrillas que al punto saliesen del Cenáculo y descendiesen al profundo del infierno.

1190. Diole nueva virtud a María santísima para esta hazaña el brazo del Omnipotente, por la rebeldía de Lucifer, que ni él ni sus demonios pudieron resistir y así fueron lanzados a las cavernas infernales hasta que se les dio nuevo permiso para que saliesen y se hallasen a la pasión y muerte de nuestro Redentor, donde con ella habían de quedar del todo vencidos y desengañados de que Cristo era el Mesías y Redentor del mundo, Dios y hombre verdadero. Y de aquí se entenderá cómo Lucifer y los demonios estuvieron presentes a la cena legal y lavatorio de los pies de los Apóstoles y después a toda la pasión, pero no estuvieron en la institución de la Sagrada Eucaristía, ni en la comunión que entonces hicieron y dio Cristo nuestro Señor. Levantóse luego la gran Reina a más alto ejercicio y contemplación de los misterios que se prevenían, y los Santos Ángeles, como a valerosa y nueva Judit, le cantaron la gloria de este gran triunfo contra el Dragón infernal. Al mismo tiempo hizo Cristo nuestro bien otro cántico, confesando y dando gracias al Eterno Padre por las peticiones que le había concedido en beneficio de los hombres.

1191. Precediendo todo lo que he dicho, tomó en sus manos venerables Cristo bien nuestro el pan que estaba en el plato y, pidiendo interiormente licencia y dignación para obligar al Altísimo a que entonces y después en la Santa Iglesia, en virtud de las palabras que había de pronunciar, se hiciese presente real y verdaderamente en la hostia como quien las obedecía, levantó los ojos al cielo con semblante de tanta majestad, que a los Apóstoles, a los Ángeles y a la misma Madre Virgen les causó nuevo temor reverencial. Y luego pronunció las palabras de la consagración sobre el pan, dejándole convertido **transubstancialmente** en su verdadero cuerpo, y la consagración del vino pronunció sobre el cáliz y convirtiéndole en su verdadera sangre. Al mismo punto que acabó Cristo Señor nuestro de pronunciar las palabras, respondió el Eterno Padre: Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi agrado y le tendré hasta el fin del mundo, y estará Él con los hombres el tiempo que les durare su destierro. Esto mismo confirmó también la persona del Espíritu Santo. Y la humanidad santísima de Cristo en la persona del Verbo hizo profunda reverencia a la divinidad en el sacramento de su cuerpo y sangre. Y la Madre Virgen desde su retiro se postró en tierra y adoró a su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los Ángeles de su custodia y con ellos hicieron lo mismo todos los Ángeles del cielo, y tras los santos espíritus le adoraron Enoc y Elías en su nombre y en el de los antiguos Patriarcas y Profetas de las leyes natural y escrita, cada uno respectivamente.

1192. Todos los apóstoles y discípulos, porque tuvieron fe de este gran misterio, excepto el traidor Judas Iscariotes, le adoraron con ella con profunda humildad y veneración, cada uno según su disposición. Luego nuestro gran

sacerdote Cristo levantó en alto su mismo cuerpo y sangre consagrados, para que de nuevo le adorasen todos los que asistían a esta Misa nueva, y así lo hicieron todos. Y en esta elevación fue más ilustrada su purísima Madre, y San Juan Evangelista, Enoc y Elías, para conocer por especial modo cómo en las especies del pan estaba el sagrado cuerpo y en las del vino la sangre, y en entrambas todo Cristo vivo y verdadero, por la unión inseparable de su alma santísima y su cuerpo y sangre, y cómo estaba la divinidad, y en la persona del Verbo la del Padre y del Espíritu Santo, y por estas uniones y existencias, inseparables concomitancias, quedaban en la Eucaristía todas las tres personas, con la perfecta humanidad de Cristo Señor nuestro. Esto conoció con más alteza la divina Señora y los demás en sus grados. Conocieron también la eficacia de las palabras de la consagración y cómo tenían ya virtud divina para que, pronunciadas con la intención de Cristo por cualquiera de los sacerdotes presentes y futuros en la debida materia, convirtiesen la sustancia del pan [de trigo puro] en su cuerpo y la del vino [de vid puro] en su sangre, dejando a los accidentes sin sujeto y con nuevo modo de subsistir sin perderse; y esto con tal certeza y tan infalible, que antes faltará el cielo y la tierra, que falte la eficacia de esta forma de consagrar, debidamente pronunciada por el ministro y sacerdote de Cristo.

1193. Conoció también por especial visión nuestra divina Reina cómo estaba el Sagrado Cuerpo de Cristo nuestro Señor escondido debajo de los accidentes del pan y vino, sin alterarlos, ni ellos a él, porque ni el cuerpo puede ser sujeto suyo, ni ellos pueden ser formas del cuerpo. Ellos están con la misma extensión y calidades antes y después, ocupando el mismo lugar, como se conoce en la hostia consagrada; y el cuerpo sagrado está con modo indivisible, aunque tiene toda su grandeza, sin confundirse una parte con otra, y está todo en toda la hostia y todo en cualquiera parte, sin que la hostia le ensanche ni limite, ni el cuerpo a la hostia; porque ni la extensión propia del cuerpo tiene respecto a la de las especies accidentales, ni la de las especies pende del cuerpo santísimo, y así tienen diferente modo de existencia, y el cuerpo se penetra con la cantidad de los accidentes sin que le impidan. Y aunque naturalmente con su extensión pedía diferente lugar y espacio la cabeza de las manos y éstas del pecho y así las demás, pero con el poder divino se pone el cuerpo consagrado con esta grandeza en un mismo lugar, porque entonces no tiene respecto al espacio extendido que naturalmente ocupa, y de todos estos respectos se absuelve, porque sin ellos puede ser cuerpo cuantitativo. Y tampoco está en un lugar sólo ni en una hostia, sino en muchas juntamente, aunque sean sin número las hostias consagradas.

1194. Entendió asimismo que el sagrado cuerpo, aunque no tenía dependencia natural de los accidentes en el modo que he dicho, pero con todo eso no se conservaría en ellos sacramentado más del tiempo que durasen sin corromperse los accidentes del pan y del vino, porque así lo ordenó la voluntad santísima de Cristo, autor de estas maravillas. Y ésta fue como una dependencia voluntaria y moral de la existencia milagrosa de su cuerpo y sangre con la existencia incorrupta de los accidentes. Y cuando ellos se corrompen y destruyen por las causas naturales que pueden alterarlos, como sucede después de recibido el sacramento, que el calor del estómago los altera y corrompe, o por otras causas que pueden hacer lo mismo, entonces crea Dios de nuevo otra sustancia en el último instante en que las especies están dispuestas para recibir la última transmutación, y con aquella nueva sustancia, faltando ya la existencia del cuerpo sagrado, se hace la nutrición del cuerpo que se alimenta y se introduce la forma humana que es el alma. Y esta maravilla de criar nueva sustancia que reciba los accidentes alterados y corruptos, es consiguiente a la determinación de la voluntad divina de no permanecer el cuerpo con la corrupción de los accidentes, y también al orden de la naturaleza, porque la sustancia del hombre que se alimenta, no puede acrecentarse sino con otra sustancia que se le añada de nuevo, y los accidentes no pueden continuarse en esta sustancia.

1195. Todos estos y otros milagros recopiló la diestra del Omnipotente en este Augustísimo Sacramento de la Eucaristía, y todos los entendió la Señora del cielo y tierra y los penetró profundamente, y en su modo San Juan Evangelista y los Padres que allí estaban de la ley antigua y los Apóstoles entendieron muchos de ellos. Conociendo este beneficio común y tan grande la purísima Madre, conoció también la ingratitud que los mortales habían de tener de tan inefable misterio, fabricado para su remedio, y tomó por su cuenta desde entonces recompensar y suplir con todas sus fuerzas nuestra grosería y desagradecimiento, dando ella las gracias al Eterno Padre y a su Hijo santísimo por tan rara maravilla y favor del linaje humano. Y esta atención le duró toda la vida y muchas veces lo hacía derramando lágrimas de sangre de su ardentísimo corazón para satisfacer nuestro reprehensible y torpe olvido.

1196. Mayor admiración me causa lo que sucedió al mismo Jesús nuestro bien, que habiendo levantado el santísimo sacramento para que le adorasen los discípulos, como he dicho (Cf. supra n. 1192), le dividió con sus sagradas manos y se comulgó a sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote. Y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior a la divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la otra, el dolor que sentía de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían a recibir y tratar este altísimo y eminente Sacramento. Los efectos que hizo la comunión en el Cuerpo de Cristo nuestro bien fueron divinos y admirables, porque por un breve espacio redundaron en Él los dotes de gloria de su alma santísima como en el Tabor, pero esta maravilla sólo fue manifiesta a su purísima Madre y algo conocieron San Juan, Enoc y Elías. Y con este favor se despidió la humanidad santísima de recibir descanso y gozo hasta la muerte en la parte inferior. También vio la Virgen Madre con especial visión cómo se recibía Cristo su Hijo santísimo a sí mismo sacramentado y cómo estuvo en su divino pecho el mismo que se recibía. Y todo esto hizo grandiosos efectos en nuestra Reina y Señora.

1197. Hizo Cristo nuestro bien en comulgándose un cántico de alabanzas al Eterno Padre y se ofreció a sí mismo sacramentado por la salvación humana, y luego partió otra partícula del pan consagrado y la entregó al Arcángel San Gabriel, para que la llevase y comulgase a María santísima. Quedaron los Santos Ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad Sacerdotal tan excelente les tocara a los hombres y no a ellos, y sólo el haber tenido en sus manos en forma humana el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo a todos. Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables Ángeles, y de la mano del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el santísimo Sacramento en el pecho de María santísima y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera Misa, como diré adelante (Cf. infra p. III n. 112); porque ordenó el todopoderoso Señor esta maravilla así, para consuelo de la gran Reina y también para cumplir de antemano por este modo la promesa hecha después a su Iglesia, que estaría con los hombres hasta el fin del siglo (Mt 28, 20), porque después de su muerte no podía estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre. Y en María purísima estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la ley evangélica, como antes las figuras en el arca de Moisés. Y en todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagración no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de esta Señora y Reina del cielo. Dio gracias al Eterno Padre y a su Hijo santísimo con nuevos cánticos a imitación de lo que el Verbo divino encarnado había hecho.

1198. Después de comulgada la divina Princesa, dio nuestro Salvador el pan sacramentado a los Apóstoles y les mandó que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron, y les dio en estas palabras la dignidad sacerdotal, que comenzaron a ejercer comulgándose cada uno a sí mismo con suma reverencia, derramando copiosas lágrimas y dando culto al cuerpo y sangre de nuestro Redentor que habían recibido. Quedaron con preeminencia de antigüedad en la potestad de Sacerdotes, como fundadores que habían de ser de la Iglesia evangélica. [Luego San Pedro, por mandato de Cristo nuestro Señor, tomó otras partículas consagradas y comulgó a los dos padres antiguos Enoc y Elías. Y con el gozo y efectos de esta comunión quedaron estos dos Santos confortados de nuevo para esperar la visión beatífica, que tantos siglos se les dilataba por la voluntad divina, y esperar hasta el fin del mundo.](#) Dieron los dos Patriarcas fervientes alabanzas y humildes gracias al Todopoderoso por este beneficio y fueron restituidos a su lugar por ministerio de los Santos Ángeles. Esta maravilla ordenó el Señor, para dar prendas y participación de su encarnación, redención y resurrección general a las leyes antiguas, natural y escrita, porque todos estos misterios encierra en sí el Sacramento de la Eucaristía, y dándoseles a los dos [varones santos Enoc y Elías, que estaban vivos en carne mortal](#), se extendió esta participación a los dos estados de la ley natural y escrita, porque los demás que le recibieron pertenecían a la nueva ley de gracia, cuyos padres eran los Apóstoles. Así lo conocieron los dos santos Enoc y Elías y en nombre de los demás santos de sus leyes dieron gracias a su Redentor y nuestro por este oculto beneficio.

1199. Otro milagro muy secreto sucedió en la comunión de los Apóstoles, y esto fue que el pérfido y traidor Judas Iscariotes, viendo lo que su divino Maestro disponía mandándoles comulgar, determinó como infiel no hacerlo, sino reservar el sagrado cuerpo, si pudiese ocultamente, para llevarle a los pontífices y fariseos y decirles que quién era su Maestro, pues decía que aquel pan era su mismo cuerpo y ellos lo acriminasen por gran delito, y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer algún otro vituperio del divino Sacramento. La Señora y Reina del cielo, que por visión clarísima estaba mirando todo lo que pasaba y la disposición con que interior y exteriormente recibían los Apóstoles la Sagrada Comunión y sus efectos y afectos, vio también los execrables intentos del obstinado Judas Iscariotes. Encendiéndose toda en el celo de la gloria de su Señor, como Madre, como Esposa y como Hija y, conociendo era voluntad suya que usase en aquella ocasión de la potestad de Madre y Reina, mandó a sus Ángeles que sucesivamente sacasen a Judas Iscariotes de la boca el pan y vino consagrado y lo restituyesen a donde estaba lo demás sacramentado, porque en aquella ocasión le tocaba defender la honra de su Hijo santísimo, para que Judas Iscariotes no le injuriasen como intentaba con aquella nueva ignominia que maquinaba. Obedecieron los Ángeles y cuando llegó a comulgar el pésimo de los vivientes Judas Iscariotes le sacaron las especies sacramentales, una tras de otra, de la boca y, purificándolas de lo que habían recibido en aquel inmundísimo lugar, las redujeron a su primera disposición y las colocaron ocultamente entre las demás, celando siempre el Señor la honra de su enemigo y obstinado apóstol. Después recibieron estas especies los que fueron comulgando tras de Judas Iscariotes por sus antigüedades, porque ni él fue el primero ni el último que comulgó, y los Ángeles Santos lo ejecutaron en brevísimo espacio. Hizo nuestro Salvador gracias al Eterno Padre y con esto dio fin a los misterios de la cena legal y sacramental y principio a los de su pasión, que diré en los capítulos siguientes. La Reina de los cielos continuaba en la atención, admiración de todos y en los cánticos de alabanza y magnificencia al altísimo Señor.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1200. ¡Oh hija mía, si los profesores de la santa fe católica abriesen los corazones endurecidos y pesados, para recibir la verdadera inteligencia del sagrado misterio y beneficio de la Eucaristía! ¡Oh, si desahogados y abstraídos de los afectos terrenos y moderando sus pasiones, aplicasen la fe viva para entender en la divina luz su felicidad, en tener consigo a Dios eterno sacramentado y poderle recibir y frecuentar, participando los efectos de este divino maná del cielo, si dignamente conociesen esta gran dádiva, si estimasen este tesoro, si gustasen su dulzura, si participasen en ella la virtud oculta de su Dios omnipotente, nada les quedaba que desear ni que temer en su destierro! No deben

querellarse los mortales en el dichoso siglo de la ley de gracia, que les afligen su fragilidad y sus pasiones, pues en este pan del cielo tienen a la mano la salud y la fortaleza; no de que son tentados y perseguidos del demonio, pues con el buen uso de este Sacramento inefable le vencerán gloriosamente, si para esto dignamente le frecuentan. Culpa es de los fieles no atender a este misterio y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos, que para su remedio le ordenó mi Hijo santísimo. Y de verdad te digo, carísima, que tienen Lucifer y sus demonios tal temor a la presencia de la Eucaristía, que el acercarse a ella les causa mayores tormentos que estar en el infierno. Y aunque entran en los templos para tentar a las almas, esto hacen como violentándose a padecer crueles penas, a trueque de derribar una alma y atraerla a que cometa un pecado, y más en los lugares sagrados y presencia de la Eucaristía. Y por alcanzar este triunfo los compele su indignación, que tienen contra Dios y contra las almas, para que se expongan a padecer aquel nuevo tormento de estar cerca de Cristo mi Hijo santísimo sacramentado.

1201. Y cuando le llevan en procesión por las calles, de ordinario huyen y se alejan a toda prisa, y no se atrevieran a acercarse a los que le van acompañando, si no fuera por la confianza que tienen, con tan larga experiencia, de que vencerán a algunos, para que pierdan la reverencia al Señor. Y por esto trabajan mucho en tentar en los Templos, porque saben cuánta injuria se hace en esto al mismo Señor que está sacramentado por amor, para aguardar a santificar los hombres y a que le den el retorno de su amor dulcísimo y demostrativo con tantas finezas. Por esto entenderás el poder que tiene quien dignamente recibe este pan sagrado de los ángeles contra los demonios y cómo temerían a los hombres si le frecuentasen con devoción y pureza, procurándose conservar en ella hasta otra comunión. Pero son muy pocos los que viven con este cuidado y el enemigo está alerta acechando y procurando que luego se olviden, entibien y distraigan, para que no se valgan contra ellos de armas tan poderosas. Escribe esta doctrina en tu corazón, y porque, sin merecerlo tú, ha ordenado el Altísimo, por medio de la obediencia, que cada día participes de este sagrado Sacramento recibiéndole, trabaja por conservarte en el estado que te pones para una comunión hasta que hagas otra, porque la voluntad de mi Señor y la mía es que con este cuchillo pelees las guerras del Altísimo en nombre de la Santa Iglesia contra los enemigos invisibles, que hoy tienen afligida y triste a la Señora de las gentes (Lam 1, 1), sin haber quien la consuele ni dignamente lo considere. Lloro por esta causa y divídase tu corazón de dolor, porque **estando el omnipotente y justo Juez tan indignado contra los católicos, por haber irritado su justicia con los pecados tan desmedidos y repetidos debajo de la santa fe que profesan**, no hay quien considere, pese y tema tan grande daño, ni se disponga al remedio que pudieran solicitar con el buen uso del divino sacramento de la Eucaristía y llegando a él con corazones contritos y humillados y con mi intercesión.

1202. **En esta culpa, que en todos los hijos de la Iglesia es gravísima, son más reprobables los indignos y malos sacerdotes, porque de la irreverencia con que ellos tratan al santísimo sacramento del altar han tomado ocasión los demás católicos para despreciarle.** Y si el pueblo viera que los sacerdotes se llegaban a los divinos misterios con temor y temblor reverencial, conocieran que con el mismo habían de tratar todos y recibir a su Dios sacramentado. Y los que así lo hacen, resplandecen en el cielo como el sol entre las estrellas, porque de la gloria de mi Hijo santísimo en su humanidad, a los que le trataron y recibieron con toda reverencia, les redunda especial luz y resplandor de gloria, el cual no tienen los que no han frecuentado con devoción la Sagrada Eucaristía. Y a más de esto tendrán después sus cuerpos gloriosos unas señales o divisas en el pecho, donde le recibieron, muy brillantes y hermosísimas, en testimonio de que fueron dignos tabernáculos del santísimo sacramento cuando lo recibieron. Esto será de gran gozo accidental para ellos y júbilo de alabanza para los ángeles y admiración para todos. Recibirán también otro premio accidental, porque entenderán y verán con especial inteligencia el modo con que está mi Hijo santísimo en la Eucaristía y todos los milagros que en ella se encierran, y será tan grande el gozo, que sólo él bastará para recrearlos eternamente cuando no tuvieran otro en el cielo. Pero la gloria esencial de los que con digna devoción y pureza recibieron la Eucaristía igualará y en muchos excederá a la que tienen algunos Mártires que no le recibieron.

1203. Quiero también, hija mía, que de mi boca oigas lo que yo juzgaba de mí, cuando en la vida mortal había de recibir a mi Hijo y Señor sacramentado. Y para que mejor lo entiendas renueva en tu memoria todo lo que has entendido y conocido de mis dones, gracia, obras y merecimientos de mi vida, como te la he manifestado (Cf. supra p. I n. 229, 237 y passim) para que lo escribas. Fui preservada en mi concepción de la culpa original y en aquel instante tuve la noticia y visión de la divinidad que muchas veces has repetido, tuve mayor ciencia que todos los santos, excedí en amor a los supremos serafines, nunca cometí culpa actual, siempre ejercité todas las virtudes heroicamente y la menor de ellas fue más que lo supremo de los otros muy santos en lo último de su santidad, los fines de todas mis obras fueron altísimos, los hábitos y dones sin medida y tasa, imité a mi Hijo santísimo con suma perfección, trabajé fielmente, padecí animosa y cooperé con todas las obras del Redentor en el grado que me tocaba y jamás cesé de amarle y merecer aumentos de gracia y gloria en grado eminentísimo. Pues todos estos méritos juzgué que se me habían pagado dignamente con sola una vez que recibí su Sagrado Cuerpo en la Eucaristía, y aun no me juzgaba digna de tan alto beneficio. Considera tú ahora, hija mía, lo que tú y los demás hijos de Adán debéis pensar llegando a recibir este admirable Sacramento. Y si para el mayor de los santos fuera premio superabundante sola una comunión, ¿qué deben sentir y hacer los Sacerdotes y los fieles que la frecuentan? Abre tú los ojos entre las densas tinieblas y ceguedad de los hombres y levántalos a la divina luz, para conocer estos misterios. Juzga tus obras por desiguales y párvulas, tus méritos por muy limitados, tus trabajos por levisimos y tu agradecimiento por muy inferior y corto para tan raro beneficio como tener la Iglesia Santa a Cristo mi Hijo santísimo sacramentado y deseoso de que todos le reciban para enriquecerlos. Y si no tienes digna retribución que ofrecerle por este bien y los que recibes, por lo menos humíllate hasta el polvo y pégate con él y confíesate indigna con toda la verdad del corazón, magnifica al Altísimo, bendícele y alábale, estando siempre preparada para recibirle con fervientes afectos y padecer muchos martirios por alcanzar tan

grande bien.

CAPITULO 12

La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto y sus misterios y lo que de todos conoció su Madre santísima.

1204. Con las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el Cenáculo dejaba dispuesto y ordenado el reino que el Eterno Padre con su voluntad inmutable le había dado. Y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir a la penosa batalla de su pasión y muerte, en que se había de consumir la redención humana. Salió Su Majestad del aposento donde había celebrado tantos misterios milagrosos y al mismo tiempo salió también su Madre santísima de su retiro para encontrarse con Él. Llegaron a carearse el Príncipe de las eternidades y la Reina, traspasando el corazón de entrambos la penetrante espada de dolor que a un tiempo les hirió penetrantemente sobre todo pensamiento humano y angélico. La dolorosa Madre se postró en tierra, adorándole como a su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola Su Divina Majestad con semblante majestuoso y agradable de Hijo suyo, le habló y la dijo solas estas palabras: Madre mía, con Vos estaré en la tribulación, hagamos la voluntad de mi Eterno Padre y la salvación de los hombres. La gran Reina se ofreció con entero corazón al sacrificio y pidió la bendición. Y habiéndola recibido se volvió a su retiro, de donde le concedió el Señor que estuviese a la vista de todo lo que pasaba y lo que su Hijo santísimo iba obrando, para acompañarle y cooperar en todo en la forma que a ella le tocaba. El dueño de la casa, que estaba presente a esta despedida, con impulso divino ofreció luego la misma casa que tenía y lo que en ella había a la Señora del cielo, para que se sirviese de ello mientras estuviesen en Jerusalén, y la Reina lo admitió con humilde agradecimiento. Y con Su Alteza quedaron los mil Ángeles de Guarda, que la asistían siempre en forma visible para ella, y también la acompañaron algunas de las piadosas mujeres que consigo había traído.

1205. Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del Cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían asistido en las cenas y celebración de sus misterios, y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno a sus ocupaciones. Y Su Majestad, siguiéndole solos los doce Apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olivete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén a la parte oriental. Y como la alevosía de Judas Iscariotes le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba a trasnochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Parecióle aquella ocasión muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Y con esta infeliz resolución se fue deteniendo y dejando alargar el paso a su divino Maestro y a los demás Apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces, y al punto que los perdió de vista partió a toda prisa a su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba a cometer, y con este inquieto orgullo, como mal seguro de conciencia, llegó corriendo y azorado a casa de los pontífices. Sucedió en el camino que, viendo Lucifer la prisa que se daba Judas Iscariotes en procurar la muerte de Cristo nuestro bien y sospechando este Dragón que era el verdadero Mesías, como queda dicho en el capítulo 10, le salió al encuentro en figura de un hombre muy malo y amigo del mismo Judas Iscariotes, con quien él había comunicado su traición. En esta figura le habló Lucifer a Judas Iscariotes sin ser conocido por él y le dijo que aquel intento de vender a su Maestro, aunque al principio le había parecido bien por las maldades que de él le había dicho, pero que pensando sobre ello había tomado mejor acierto en su dictamen y acuerdo para él y le parecía no le entregase a los pontífices y fariseos, porque no era tan malo como el mismo Judas Iscariotes pensaba, ni merecía la muerte, y que sería posible que hiciese algunos milagros con que se libraría y después le podría suceder a él gran trabajo.

1206. Este enredo hizo Lucifer, retractando con nuevo temor las sugerencias que primero había enviado al corazón pérfido del traidor discípulo contra el autor de la vida. Pero salióle en vano su nueva malicia, porque Judas Iscariotes, que había perdido la fe voluntariamente y no temía las violentas sospechas del demonio, quiso aventurar antes la muerte de su Maestro que aguardar la indignación de los fariseos si le dejaba con vida. Y con este miedo y su abominable codicia no hizo caso del consejo de Lucifer, aunque le juzgó por el hombre que representaba. Y como estaba desamparado de la gracia divina, ni quiso ni pudo persuadirse por la instancia del demonio para retroceder en su maldad. Y como el Autor de la vida estaba en Jerusalén, y también los pontífices consultaban cuando llegó Judas Iscariotes cómo les cumpliría lo prometido de entregársele en sus manos, en esta ocasión entró el traidor y les dio cuenta cómo dejaba a su Maestro con los demás discípulos en el monte Olivete, que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Alegráronse mucho los sacrílegos pontífices y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.

1207. Estaba en el ínterin Su Majestad divina con los once Apóstoles tratando de nuestra salvación eterna y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma malicia humana y de la inmensa bondad y caridad divina, que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el mundo, en la muerte de nuestro Reparador llegaron los dos extremos a lo sumo que pudieron subir; pues a un mismo tiempo obró cada uno a vista del otro lo más que le fue posible: la malicia humana quitando la vida y honra a su mismo Hacedor y Reparador, y Su Majestad dándola por ellos con inmensa caridad. Fue como necesario en esta ocasión —a nuestro modo de entender— que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese a su Madre purísima, y lo mismo su divinidad, para que tuviese algún agrado entre las criaturas en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura miraba lograda dignísimamente la pasión y muerte que se le prevenía por los hombres, y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana, y en la

humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban depositados los tesoros de sus merecimientos, para que después como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este agrado que recibía la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales y reconocía por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenía entre los hombres a su amantísima Madre.

1208. Todo lo que iba sucediendo conocía la gran Señora desde su recogimiento, y vio los pensamientos del obstinado Judas Iscariotes y el modo como se desvió del Colegio Apostólico y cómo le habló Lucifer en forma de aquel hombre su conocido y todo lo que pasó con él cuando llegó a los príncipes de los sacerdotes y lo que trataban y prevenían para prender al Señor con tanta presteza. El dolor que con esta ciencia penetraba el castísimo corazón de la Madre virgen, los actos de virtudes que ejercitaba a la vista de tales maldades y cómo procedía en todos estos sucesos, no cabe en nuestra capacidad el explicarlo; basta decir que todo fue con plenitud de sabiduría, santidad y agrado de la beatísima Trinidad. Compadeciéndose de Judas Iscariotes y lloró la pérdida de aquel perverso discípulo. Recompensó su maldad adorando, confesando, amando y alabando al mismo Señor que él vendía con tan injuriosa y desleal traición. Estaba preparada y dispuesta a morir por él, si fuera necesario. Pidió por los que estaban fraguando la prisión y muerte de su divino Cordero, como prendas que se habían de comprar y estimar con el valor infinito de tan preciosa sangre y vida, que así los miraba, estimaba y valoreaba la prudentísima Señora.

1209. Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedrón para el monte Olivete, y entró en el huerto de Getsemaní y hablando con todos los Apóstoles que le seguían les dijo: *Esperadme y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco a la oración (Mt 26, 36); y orad también vosotros para que no entréis en tentación (Lc 22, 40)*. Dioles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche por lo que le verían padecer, y que Satanás los embestiría para ventilarlos y turbarlos con falsas sugerencias, porque el Pastor, como estaba profetizado (Zac 13, 7), había de ser maltratado y herido y las ovejas serían derramadas. Luego el Maestro de la vida, dejando a los ocho Apóstoles juntos, llamó a San Pedro, a San Juan y a Santiago, y con los tres se retiró de los demás a otro puesto donde no podía ser visto ni oído de ellos. Y estando con los tres Apóstoles levantó los ojos al Eterno Padre y le confesó y alabó como acostumbraba, y en su interior hizo una oración y petición en cumplimiento de la profecía de San Zacarías [Día 6 de septiembre: In Palaestina sancti Zachariae Prophetae, qui, de Chaldaea senex in pátriam revérsus, ibique defúctus, juxta Aggaeum Prophétam cónditus jacet.] (Zac 13, 7), dando licencia a la muerte para que llegase al inocentísimo y sin pecado, y mandando a la espada de la justicia divina que despertase sobre el pastor y sobre el varón que estaba unido con el mismo Dios y ejecutase en él todo su rigor y le hiriese hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacción de su justicia por el rescate de todo el linaje humano y dio consentimiento a los tormentos de la pasión y muerte, para que en él se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible, y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el Eterno Padre lo concedió y aprobó, según la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.

1210. Esta oración fue como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo había dicho por Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 2). Y así comenzó luego a congojarse y sentir grandes angustias y con ellas dijo a los tres Apóstoles: *Triste está mi alma hasta la muerte (Mc 14, 34)*. Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nuestra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dio lugar Su Majestad para que esta tristeza llegase a lo sumo natural y milagrosamente, según toda la condición pasible de su humanidad santísima. Y no sólo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porción inferior de ella, sino también según la parte superior, con que miraba la reprobación de tantos por quienes había de morir y la conocía en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Y esta fue la causa de su mayor tristeza, como adelante veremos (Cf. infra n. 1395). Y no dijo que estaba triste por la muerte, sino hasta la muerte, porque fue menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y a más de la necesidad de ella para la redención, estaba pronta su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su transfiguración. Porque con este gozo se juzgaba como obligado a padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres Apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron escogidos para el uno y otro misterio, y así lo entendieron en esta ocasión con luz particular que para esto se les dio.

1211. Fue también como necesario; para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia a esta tristeza misteriosa para que con tanta profundidad le anegase, porque si no padeciera en ella lo sumo a que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones (Cant 8, 7). Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres Apóstoles que estaban presentes y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro había de padecer y morir, como él mismo se lo había declarado por muchos modos y prevenciones. Y esta turbación y cobardía que padecieron, los confundía y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse a manifestarla. Pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padecería hasta la muerte, para que, viéndole a él afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Y tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor

para los tres Apóstoles Pedro, Juan y Diego (Diego, o sea Santiago), porque entre todos los demás ellos tres habían hecho más alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su doctrina, santidad de sus obras y potencia de sus milagros, que en todo esto estaban más admirados y más atentos al dominio que tenían sobre las criaturas. Y para confirmarlos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fue conveniente que de su presencia conociesen y viesen estaba triste y afligido como hombre verdadero, y en el testimonio de estos tres Apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia Santa informada contra los errores que el demonio pretendería sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador, y también los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.

1212. Ilustrados interiormente los tres Apóstoles con esta doctrina, añadió el autor de la vida y les dijo: *Esperadme aquí, y velad y orad conmigo (Mt 26, 38)*. Que fue enseñarles la práctica de todo lo que les había prevenido y advertido y que estuviesen con él constantes en su doctrina y fe y no se desviasen a la parte del enemigo, y para conocerle y resistirle estuviesen atentos y vigilantes, esperando que después de las ignominias de la pasión verían la exaltación de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres Apóstoles algún espacio del lugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre Eterno, y le dijo: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (Mt 26, 39)*. Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres, después que despreciando la confusión de su pasión (Heb 12, 2) la abrazó de voluntad y no admitió el gozo de su humanidad, después que con ardentísimo amor corrió a la muerte, a las afrentas, dolores y aflicciones, después que hizo tanto aprecio de los hombres que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que sólo él pudo dar motivo a esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.

1213. Y para manifestar lo que yo entiendo, advierto que en esta ocasión entre nuestro Redentor Jesús y el Eterno Padre se trataba del negocio más arduo que tenía por su cuenta, que era la Redención humana y el fruto de su pasión y muerte de cruz, para la oculta predestinación de los santos. Y en esta oración propuso Cristo nuestro bien sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al Eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos y de los que después habían de nacer hasta el fin del mundo. Y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingratitudes y desprecios que los malos habían de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasión, por ellos admitida y padecida, y los que con efecto se habían de condenar a pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador, pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso, porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. A este dolor llamó Su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebedeo, cuando les dijo si podrían beber el cáliz como Su Majestad le había de beber (Mt 20, 22). Y este cáliz fue tanto más amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no sólo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo (1 Cor 1, 23) y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.

1214. Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fue pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos, y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese, pues la redención que ofrecía era superabundante para todos y cuanto era de su voluntad a todos la aplicaba para que a todos aprovechase, si era posible, eficazmente y, si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su Eterno Padre. Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos orando prolijamente con agonía, como dice San Lucas (Lc 22, 43), según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y, a nuestro modo de entender, en ella intervino una como altercación y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo amor que tenía a los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por su pasión consiguieran la salvación eterna, y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados y, conforme a la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio a quien tanto le despreciaba y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo a quien se la procuraba y ofrecía. Y de este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo, alegando el poder de su Eterno Padre, y que todas las cosas le eran posible a su infinita majestad y grandeza.

1215. Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad y con la resistencia que conocía de parte de los hombres para lograr en todos su pasión y muerte, y entonces llegó a sudar sangre, con tanta abundancia de gotas muy gruesas que corría hasta llegar al suelo. Y aunque su oración y petición fue condicionada y no se le concedió lo que debajo de condición pedía, porque faltó por los réprobos, pero alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales y que se fuesen multiplicando en aquellos que los admitiesen y no pusieren óbice y que los justos y santos participasen en el fruto de la Redención y con grande abundancia y les aplicasen muchos dones y gracias de que los precitos y réprobos se harían indignos. **Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la pasión por todos respectivamente: para los precitos y réprobos como suficiente y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querían aprovecharlos, y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarían a la gracia.** Y así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la Santa Iglesia, debajo de su cabeza y de su artífice Cristo nuestro bien.

1216. Y para el lleno de este divino decreto, estando Su Majestad en la agonía de su oración, tercera vez envió el Eterno Padre al Santo Arcángel Miguel, que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales, declarándole en ellos lo mismo que el mismo Señor sabía por la ciencia de su santísima alma, porque nada le pudo decir el Ángel que el Señor no supiera ni tampoco podía obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 1209), tenía Cristo nuestro bien suspendido el alivio que de su ciencia y amor podía redundar en su humanidad santísima, dejándola, en cuanto pasible, a todo padecer en sumo grado, como después lo dijo en la cruz (Cf. infra n. 1395); y en lugar de este alivio y confortación recibió alguna con la embajada del Santo Arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia o noticia experimental de lo que antes se sabía por otra ciencia, porque la experiencia es nueva y mueve los sentidos y potencias naturales. Y lo que le dijo San Miguel de parte del Padre Eterno fue representarle e intimarle en el sentido que **no era posible, como Su Majestad sabía, salvarse los que no querían ser salvos**, porque en la aceptación divina valía mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos, y que entre aquéllos estaba su Madre santísima, que era digno fruto de su Redención, y que se lograría en los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Vírgenes y Confesores, que serían muy señalados en su amor, y obrarían cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el ángel algunos, después de los apóstoles, como fueron los patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó o refirió el ángel, que ni es necesario declararlos, ni tengo orden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.

1217. En los intervalos de esta oración que hizo nuestro Salvador, dicen los Evangelistas (Mt 26, 41; Mc 14, 38; Lc 22, 42) que volvió a visitar a los Apóstoles y a exhortarlos que velasen y orasen y no entrasen en tentación. Esto hizo el vigilantísimo pastor, para dar forma a los Prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas, porque si para cuidar de ellas dejó Cristo Señor nuestro la oración, que tanto importaba, dicho está lo que deben hacer los Prelados, posponiendo otros negocios e intereses a la salvación de sus súbditos. Y para entender la necesidad que tenían los Apóstoles, advierto que el Dragón infernal, después que arrojado del cenáculo, como se dijo arriba (Cf. supra n. 1189), estuvo algún tiempo oprimido en las cavernas del profundo, dio el Señor permiso para que saliese por lo que había de servir su malicia a la ejecución de los decretos del Señor. Y de golpe fueron muchos a embestir a Judas Iscariotes para impedir la venta, en la forma que se ha declarado (Cf. supra n. 1205). Y como no le pudieron disuadir, se convirtieron contra los demás Apóstoles, sospechando que en el cenáculo habían recibido algún favor grande de su Maestro, y lo deseaba rastrear Lucifer, para conocerlo y destruirlo si pudiera. Esta crueldad y furor del príncipe de las tinieblas y de sus ministros vio nuestro Salvador, y como Padre amantísimo y Prelado vigilante acudió a prevenir los hijos pequeñuelos y súbditos principiantes, que eran sus Apóstoles, y los despertó y mandó que orasen y velasen contra sus enemigos, para que no entrasen en la tentación que ocultamente los amenazaba y ellos no prevenían ni advertían.

1218. Volvió, pues, a donde estaban los tres Apóstoles, que por más favorecidos tenían más razones que los obligasen a estar en vela y a imitar a su divino Maestro, pero hallólos durmiendo, a que se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían y con ella vinieron a caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Y antes de hablarles ni despertarles estuvo Su Majestad mirándolos y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro y le dijo: *Simón, ¿así duermes y no pudiste velar una hora conmigo?* Y luego replicó a él y a los demás y les dijo: *Velad y orad, para que no entréis en tentación; (Mc 14, 37-38)* que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros. La razón porque reprendió a San Pedro no sólo fue porque él era cabeza y elegido para Prelado de todos y porque entre ellos se había señalado en las protestas y esfuerzos de que moriría por el Señor y no le negaría, cuando todos los demás escandalizados le dejasen y negasen, sino que también le reprendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazón, mereció ser reprendido y advertido entre todos; porque sin duda el Señor a los que ama corrige y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque después en la ejecución desfallezcamos, como le sucedió al más fervoroso de los Apóstoles, San Pedro, la tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor a despertar a todos los Apóstoles, cuando ya Judas Iscariotes venía cerca a entregarle a sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente (Cf. infra n. 1225, 1231).

1219. Volvamos al cenáculo, donde estaba la Señora de los cielos retirada con las mujeres santas que le acompañaban y mirando con suma claridad en la divina luz todas las obras y misterios de su Hijo santísimo en el huerto, sin ocultársele cosa alguna. Al mismo tiempo que se retiró el Señor con los tres Apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, se retiró la divina Reina de la compañía de las mujeres a otro aposento y, dejando a las demás y exhortándolas a que orasen y velasen para no caer en tentación, llevó consigo a las tres Marías, señalando a Santa María Magdalena como por superiora de las otras. Y estando con las tres, como más familiares suyas, suplicó al Eterno Padre que se suspendiese en ella todo el alivio y consuelo que podía impedir, en la parte sensitiva y en el alma, el sumo padecer con su Hijo santísimo y a su imitación, y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús había de padecer. Esta petición aprobó la Beatísima Trinidad, y sintió la Madre los dolores de su Hijo santísimo respectivamente, como adelante diré (Cf. infra n. 1236). Y aunque fueron tales que con ellos pudiera morir muchas veces si la diestra del Altísimo con milagro no la preservara, pero por otra parte estos dolores dados por la mano del Señor fueron como fiadores y alivio de su vida, porque en su ardiente amor tan sin medida fuera más violenta la pena de ver padecer y morir a su Hijo benditísimo y no padecer con él las mismas penas respectivamente.

1220. A las tres Marías señaló la Reina para que en la pasión la acompañasen y asistiesen, y para esto fueron

ilustradas con mayor gracia y luz de los misterios de Cristo que las otras mujeres. Y en retirándose con las tres comenzó la purísima Madre a sentir nueva tristeza y congojas y hablando con ellas las dijo: Mi alma está triste, porque ha de padecer y morir mi amado Hijo y Señor y no he de morir yo con él y sus tormentos. Orad, amigas mías, para que no os comprenda la tentación.—Y dichas estas razones, se alejó de ellas un poco y, acompañando la oración que hacía nuestro Salvador en el huerto, hizo la misma súplica, como a ella le tocaba y conforme a lo que conocía de la voluntad humana de su Hijo santísimo, y volviendo por los mismos intervalos a exhortar a las tres mujeres, porque también conoció la indignación del Dragón contra ellas, continuó la oración y petición y sintió otra agonía como la del Salvador. **Lloró la reprobación de los prescitos, porque se le manifestaron grandes sacramentos de la eterna predestinación y reprobación [Hay predestinación a la gloria, pero no hay predestinación previa y antecedente al infierno. Los que se condenan lo hacen por su propia culpa].** Y para imitar en todo al Redentor del mundo y cooperar con él, tuvo la gran Señora otro sudor de sangre semejante al de Cristo nuestro Señor, y por disposición de la Beatísima Trinidad le fue enviado el Arcángel San Gabriel que la confortase, como San Miguel a nuestro Salvador Jesús. Y el santo príncipe la propuso y declaró la voluntad del Altísimo, con las mismas razones que San Miguel habló a su Hijo santísimo, porque en entrambos era una misma la petición y la causa del dolor y tristeza que padecieron; y así fueron semejantes en el obrar y conocer, con la proporción que convenía. Entendí en esta ocasión, que la prudentísima Señora estaba prevenida de algunos paños para lo que en la pasión de su amantísimo Hijo le había de suceder y entonces envió algunos de sus Ángeles con una toalla al huerto, donde el Señor estaba sudando sangre, para que le enjugasen y limpiasen su venerable rostro, y así lo hicieron los ministros del Altísimo, que por el amor de Madre y por su mayor merecimiento condescendió Su Majestad a este piadoso y tierno afecto. Cuando llegó la hora de prender a nuestro Salvador, se lo declaró la dolorosa Madre a las tres Marías y todas se lamentaban con amarguísimo llanto, señalándose la Magdalena como más inflamada en el amor y piedad fervorosa.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1221. Hija mía, todo lo que en este capítulo has entendido y escrito es un despertador y aviso para ti y para todos los mortales de suma importancia, si en él cargas la consideración. Atiende, pues, y confiere en tus pensamientos, cuánto pesa el negocio de la predestinación o reprobación eterna de las almas, pues le trató mi Hijo santísimo con tanta ponderación, y la dificultad o imposibilidad de que todos los hombres fuesen salvos y bienaventurados le hizo tan amarga la pasión y muerte que para remedio de todos admitía y padecía. Y en este conflicto manifestó la importancia y gravedad de esta empresa y por esto multiplicó las peticiones y oraciones a su Eterno Padre, obligándole el amor de los hombres a sudar copiosamente su sangre de inestimable precio, porque no se podía lograr en todos su muerte, supuesta la malicia con que los precitos y réprobos se hacen indignos de su participación. Justificada tiene su causa mi Hijo y mi Señor, con haber procurado la salvación de todos sin tasa ni medida de su amor y merecimientos, y justificada la tiene el Eterno Padre con haber dado al mundo este remedio y haberle puesto en manos de cada uno, para que la extienda a la muerte o a la vida, al agua o al fuego (Eclo 17, 18), conociendo la distancia que hay de lo uno y de lo otro.

1222. Pero ¿qué descargo o qué disculpa pretenderán los hombres, de haber olvidado su propia y eterna salvación, cuando mi Hijo y yo con Su Majestad se la deseamos y procuramos con tanto desvelo y afecto de que la admitiesen? Y si ninguno de los mortales tiene excusa de su tardanza y estulticia, mucho menos la tendrán en el juicio los hijos de la Santa Iglesia, que han recibido la fe de estos admirables sacramentos, y se diferencian poco en la vida de los infieles y paganos. No entiendas, hija mía, que está escrito en vano: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos (Mt 20, 16)*. Teme esta sentencia y renueva en tu corazón el cuidado y celo de tu salvación, conforme a la obligación que en ti ha crecido con la ciencia de tan altos misterios. Y cuando no interesaras en esto la vida eterna y tu felicidad, debías corresponder a la caricia con que yo te manifiesto tantos y divinos secretos y, dándote el nombre de hija mía y esposa de mi Señor, debes entender que tu oficio ha de ser amar y padecer, sin otra atención a cosa alguna visible, pues yo te llamo para mi imitación, que siempre ocupé mis potencias en estas dos cosas con suma perfección; y para que tú la alcances, quiero que tu oración sea continua sin intermisión y que veles una hora conmigo, que es todo el tiempo de la vida mortal; porque comparada con la eternidad menos es que una hora y un punto. Y con esta disposición quiero que prosigas los misterios de la pasión, que los escribas y sientas e imprimas en tu corazón.

CAPITULO 13

La entrega y prendimiento de nuestro Salvador por la traición de Judas Iscariotes y lo que en esta ocasión hizo María santísima y algunos misterios de este paso.

1223. Al mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús estaba en el monte Olivete orando a su Eterno Padre y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judas Iscariotes apresuraba su prisión y entrega a los pontífices y fariseos. Y como Lucifer y sus demonios no pudieron disuadir aquellas perversas voluntades de Judas Iscariotes y los demás del intento de quitar la vida a su Hacedor y Maestro, mudó el ingenio su antigua soberbia, añadiendo nueva malicia, y administró impías sugerencias a los judíos para que con mayor crueldad y torpísimas injurias atormentasen a Cristo. Estaba ya el Dragón infernal muy lleno de sospechas, como hasta ahora he dicho (Cf. supra n. 999, 1129), que aquel hombre tan nuevo era el Mesías y Dios verdadero, y quería hacer nuevas pruebas y experiencias de esta sospecha por medio de las atrocísimas injurias que puso en la imaginación de los judíos y sus ministros contra el Señor, comunicándoles también su formidable envidia y soberbia, como lo dejó escrito Salomón en

la Sabiduría (Sap 2, 17) y se cumplió a la letra en esta ocasión. Porque le pareció al demonio que si Cristo no era Dios, sino puro hombre, desfallecería en la persecución y tormentos y así le vencería, y si lo era, lo manifestaría librándose de ellos y obrando nuevas maravillas.

1224. Con esta impía temeridad se movió también la envidia de los pontífices y escribas y con la instancia de Judas Iscariotes juntaron con presteza mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno y otros muchos judíos fuesen a prender al inocentísimo Cordero que estaba esperando el suceso y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo había profetizado San Jeremías [Día 1 de mayo: In Aegypto sancti Jeremiae Prophetae, qui, a pópulo lapídbus óbrutus, apud Taphnas occúbuit, ibíque sepúltus est; ad cujus sepúlcrum fidéles (ut refert sanctus Epiphánius) supplicáre consuevérunt, ín deque sumpto púlvere, áspidum mórsibus medéntur] (Jer 11, 19) expresamente. Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hacia el monte Olivete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y linternas, como el autor de la traición lo había prevenido, temiendo como alevoso y pérfido que su mansísimo Maestro, a quien juzgaba por hechicero y mago, no hiciese algún milagro con que escapársele. Como si contra su divina omnipotencia valieran las armas y prevenciones de los hombres si quisiera usar de ella como pudiera y como lo había hecho en otras ocasiones, antes que llegara aquella hora determinada para entregarse de su voluntad a la pasión, afrentas y muerte de cruz.

1225. En el ínterin que llegaban, volvió Su Majestad tercera vez a sus discípulos y hallándolos dormidos les dijo: Bien podéis dormir y descansar, que ya llegó la hora en que veréis al Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores. Pero basta; levantaos, y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido (Mc 14, 41-42). Estas razones dijo el Maestro de la santidad a los tres Apóstoles más privilegiados, sin reprenderlos con más rigor, sino con suma paciencia, mansedumbre y suavidad. Y hallándose confusos, dice el texto que no sabían qué responder al Señor (Mc 14, 40). Levantáronse luego y volvió con los tres a juntarse con los otros ocho donde los había dejado y también los halló durmiendo, vencidos y oprimidos del sueño por la gran tristeza que padecían. Y ordenó el divino Maestro que todos juntos debajo de su cabeza, en forma de congregación y de un cuerpo místico, saliesen al encuentro de los enemigos; enseñándoles en esto la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio y sus secuaces y no ser vencida de él, porque el cordel tresdoblado, como dice el Eclesiastés (Ecl 4, 12), difícil es de romper, y al que contra uno es poderoso dos le podrán resistir, que éste es el emolumento de vivir en compañía de otros. Amonestó de nuevo el Señor a todos los Apóstoles juntos y prevínolos para el suceso, y luego se descubrió el estrépito de los soldados y ministros que venían a prenderle. Y Su Majestad adelantó el paso para salirles al encuentro y en su interior, con incomparable afecto, valor majestuoso y deidad suprema, habló y dijo: Pasión deseada de mi alma, dolores, llagas, afrentas, penalidades, aflicciones y muerte ignominiosa, llegad, llegad presto, que el incendio del amor que tengo a la salvación de los mortales os aguarda; llegad al inocente entre las criaturas, que conoce vuestro valor y os ha buscado, deseado y solicitado y os recibe de su propia voluntad con alegría; os he comprado con mis ansias de poseeros y os aprecio por lo que merecéis. Quiero remediar y acreditar vuestro desprecio, levantándoos al lugar y dignidad muy eminente. Venga la muerte, para que admitiéndola sin merecerla, alcance de ella el triunfo y merecer la vida de los que la recibieron por castigo del pecado. Permito que me desamparen mis amigos, porque yo solo quiero y puedo entrar en la batalla, para ganarles a todos el triunfo y la victoria.

1226. Entre estas y otras razones que decía el Autor de la vida, se adelantó Judas Iscariotes para dar a sus ministros la seña con que los dejaba prevenidos, que su Maestro era aquel a quien él se llegase a saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba, que le prendiesen luego y no a otro por yerro. Hizo todas estas prevenciones el infeliz discípulo, no sólo por la avaricia del dinero y por el odio que contra su divino Maestro había concebido, sino también por el temor que tuvo. Porque le pareció al desdichado, que si Cristo nuestro bien no muriera en aquella ocasión, era inexcusable volver a su presencia y ponerse en ella; y temiendo esta confusión más que la muerte del alma y que la de su divino Maestro, deseaba, para no verse en aquella vergüenza, apresurar el fin de su traición y que el Autor de la vida muriese a manos de sus enemigos. Llegó, pues, el traidor al mansísimo Señor y como insigne artífice de la hipocresía, disimulándose enemigo, le dio paz en el rostro y le dijo: *Dios te salve, Maestro;* (Mc 14, 45) y en esta acción tan alevosa se acabó de sustanciar el proceso de la perdición de Judas Iscariotes y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces más le desamparase la gracia y sus auxilios. De parte del pérfido discípulo llegó la desmesura y temeridad contra Dios a lo sumo de la malicia, porque, negando interiormente o descreyendo la sabiduría increada y creada que Cristo nuestro Señor tenía para conocer su traición y el poder para aniquilarle, pretendió ocultar su maldad con fingida amistad de discípulo verdadero, y esto para entregar a tan afrentosa muerte y crueldades a su Criador y Maestro, de quien se hallaba tan obligado y beneficiado. Y en una traición encerró tantos pecados y tan formidables, que no hay ponderación igual a su malicia, porque fue infiel, homicida, sacrílego, ingrato, inhumano, inobediente, falso, mentiroso, codicioso, impío y maestro de todos los hipócritas, y todo lo ejecutó con la persona del mismo Dios humanado.

1227. De parte del Señor se justificó también su inefable misericordia y equidad de su justicia, con que cumplió con eminencia aquellas palabras del Santo Rey y Profeta David (Sal 119, 7): *Con los que aborrecieron la paz, era yo pacífico; y cuando les hablaba, me impugnaban de balde y sin causa.* Y esto lo cumplió Su Majestad tan altamente, que al contacto de Judas Iscariotes y con aquella dulcísima respuesta que le dijo: *Amigo, ¿a qué veniste?* (Mt 26, 50), por intercesión de su Madre santísima envió al corazón del traidor discípulo nueva y clarísima luz, con que conoció la maldad atrozísima de su traición y las penas que por ella le esperaban, si no se retractaba con verdadera penitencia y que, si la quería hacer, hallaría misericordia y perdón en la divina clemencia. Y lo que en estas palabras de Cristo

nuestro bien entendió Judas Iscariotes fue como si le pusiera éstas en el corazón: Amigo, advierte que te pierdes y malogras mi liberal mansedumbre con esta traición. Si quieres mi amistad, no te la negaré por esto, como [si] te duelas de tu pecado. Pondera tu temeridad, entregándome con fingida paz y ósculo de reverencia y amistad. Acuérdate de los beneficios que de mi amor has recibido y que soy Hijo de la Virgen, de quien también has sido muy regalado y favorecido en mi apostolado con amonestaciones y consejos de amorosa madre. Por ella sola debías no cometer tal traición como venderle y entregar a su Hijo, pues nunca te desobligó, ni lo merece su dulcísima caridad y mansedumbre, ni que le hagas tan desmedida ofensa. Pero aunque la has cometido no desprecies su intercesión, que sola ella será poderosa conmigo, y por ella te ofrezco el perdón y la vida que para tí muchas veces me ha pedido. Asegúrate que te amamos, porque estás aún en lugar de esperanza y no te negaremos nuestra amistad si tú la quieres. Y si no, merecerás nuestro aborrecimiento y tu eterna pena y castigo **[en el infierno]**.—No prendió esta semilla tan divina en el corazón de este desdichado e infeliz discípulo, más duro que un diamante y más inhumano que de fiera, y resistiendo a la divina clemencia llegó a la desesperación que diré en el capítulo siguiente.

1228. Dada la señal del ósculo por Judas Iscariotes, llegaron a carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que venían a prenderle, y se presentaron cara a cara, como dos escuadrones los más opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Porque de la una parte estaba Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, como capitán y cabeza de todos los justos, acompañado de once Apóstoles, que eran y habían de ser los mejores hombres y más esforzados de su Iglesia, y con ellos le asistían innumerables ejércitos de espíritus angélicos que admirados del espectáculo le bendecían y adoraban. De la otra parte venía Judas Iscariotes como autor de la traición, armado de la hipocresía y de toda maldad, con muchos ministros judíos y gentiles, para ejecutarla con mucha crueldad. Y entre este escuadrón venía Lucifer con gran número de demonios, incitando y adiestrando a Judas Iscariotes y a sus aliados, para que intrépidos echasen sus manos sacrílegas en su Criador. Habló con los soldados Su Majestad y con increíble afecto al padecer y grande esfuerzo y autoridad les dijo: *¿A quién buscáis?* Respondieron ellos: *A Jesús Nazareno*. Replicó el Señor, y dijo: *Yo soy (Jn 18, 4-5)*. En esta palabra de incomparable precio y felicidad para el linaje humano se declaró Cristo por nuestro Salvador y Reparador, dándonos prendas ciertas de nuestro remedio y esperanzas de salvación eterna, que sólo estaba librada en que fuese Su Majestad quien se ofrecía de voluntad a redimirnos con su pasión y muerte.

1229. No pudieron entender este misterio los enemigos, ni percibir el sentido legítimo de aquella palabra: **Yo soy**; pero entendióle su beatísima Madre, los ángeles y también entendieron mucho los Apóstoles. Y fue como decir: Yo soy el que soy, y lo dije a mi profeta Moisés (Ex 3, 14), porque soy por mí mismo y todas las criaturas tienen por mí su ser y existencia; soy eterno, inmenso, infinito, una sustancia y atributos, y me hice hombre ocultando mi gloria, para que, por medio de la pasión y muerte que me queréis dar, redimiese al mundo. Y como el Señor dijo aquella palabra en virtud de su divinidad, no la pudieron resistir los enemigos, y al entrar en sus oídos cayeron todos en tierra de cerebro y hacia atrás. Y no sólo fueron derribados los soldados, pero los perros que llevaban y algunos caballos en que iban, todos cayeron en tierra, quedando inmóviles como piedras. Y Lucifer con sus demonios también fueron derribados y aterrados entre los demás, padeciendo nueva confusión y tormento. Y de esta manera estuvieron casi medio cuarto de hora, sin movimiento de vida más que si fueran muertos. ¡Oh palabra misteriosa en la doctrina y más que invencible en el poder! No se gloríe en tu presencia el sabio en su sabiduría y astucia, no el poderoso en su valentía (Jer 9, 23), humíllese la vanidad y arrogancia de los hijos de Babilonia, pues una sola palabra de la boca del Señor, dicha con tanta mansedumbre y humildad, confunde, aniquila y destruye todo el poder y arrogancia de los hombres y del infierno. Entendamos también los hijos de la Iglesia que las victorias de Cristo se alcanzan confesando la verdad, dando lugar a la ira, profesando su mansedumbre y humildad de corazón, venciendo, siendo vencidos, con sinceridad de palomas, con pacificación y rendimiento de ovejas, sin resistencia de lobos iracundos y carniceros.

1230. Estuvo nuestro Salvador con los once Apóstoles mirando el efecto de su divina palabra en la ruina de aquellos ministros de maldad. Y Su Majestad divina, con semblante doloroso contempló en ellos el retrato del castigo de los réprobos y oyó la intercesión de su Madre santísima para dejarlos levantar, que por este medio lo tenía dispuesto su divina voluntad. Y cuando fue tiempo de que volviesen en sí, oró al Eterno Padre y dijo: Padre mío y Dios eterno, en mis manos pusiste todas las cosas y en mi voluntad la redención humana que tu justicia pide. Yo quiero con plenitud de toda mi voluntad satisfacerla y entregarme a la muerte, para merecerles a mis hermanos la participación de tus tesoros y eterna felicidad que les tienes preparada.—Con esta voluntad eficaz dio permiso el Muy Alto para que toda aquella canalla de hombres, demonios y los demás animales, se levantasen restituidos al primer estado que tenían antes que cayeran en tierra. Y nuestro Salvador les dijo segunda vez: *¿A quién buscáis?* Respondieron ellos otra vez: *A Jesús Nazareno*. Replicó Su Majestad mansísimamente: *Ya os he dicho que yo soy; y si me buscáis a mí, dejad ir libres a éstos que están conmigo (Jn 18, 7-8)*. Y con estas palabras dio licencia a los ministros y soldados para que le prendiesen y ejecutasen su determinación, que sin entenderlo ellos era cargar en su persona divina todos nuestros dolores y enfermedades (Is 53, 4).

1231. El primero que se adelantó descomedidamente a echar mano del Autor de la vida para prenderlo, fue un criado de los pontífices llamado Malco. Y aunque todos los Apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso San Pedro se encendió más que los otros en el celo de la honra y defensa de su divino Maestro. Y sacando un terciado [espada] que tenía le tiró un golpe a Malco y le cercenó una oreja derribándosela del todo. Y el golpe fue encaminado a mayor herida, si la Providencia Divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió Su Majestad que en aquella ocasión interviniese muerte de otro alguno más que la suya y sus llagas, sangre

y dolores, cuando a todos, si la admitieran, venía a dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco era según su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este ejemplar en su Iglesia, como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como la había enseñado, tomó la oreja cortada y se la restituyó al siervo Malco, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió a reprender a San Pedro y le dijo: *Vuelve la espada a su lugar, porque todos los que la tomaron para matar, con ella perecerán. ¿No quieres que beba yo el cáliz que me dio mi Padre? ¿Y piensas tú que no le puedo yo pedir muchas legiones de ángeles en mi defensa, y me los daría luego? Pero ¿cómo se cumplirán las Escrituras y profecías? (Jn 18, 11; Mt 26, 52-54)*

1232. Con esta amorosa corrección quedó advertido e ilustrado San Pedro, como cabeza de la Iglesia, que sus armas para establecerla y defenderla habían de ser de potestad espiritual y que la Ley del Evangelio no enseñaba a pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y a la carne; que mediante estas victorias triunfa la virtud divina de sus enemigos y de la potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los seguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de la tierra, por las posesiones terrenas, y el cuchillo de la Santa Iglesia ha de ser espiritual, que toque a las almas antes que a los cuerpos. Luego se volvió Cristo nuestro Señor a sus enemigos y ministros de los judíos y les habló con grandeza de majestad y les dijo: *Como si fuera ladrón venís con armas y con lanzas a prenderme, y nunca lo habéis hecho cuando estaba cada día con vosotros, enseñando y predicando en el templo; pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (Mt 26, 55; Mc 14, 48; Lc 22, 53)*. Todas las palabras de nuestro Salvador eran profundísimas en los misterios que encerraban, y no es posible comprenderlos todos ni declararlos, en especial las que habló en la ocasión de su pasión y muerte.

1233. Bien pudieran aquellos ministros del pecado ablandarse y confundirse con esta reprehensión del divino Maestro, pero no lo hicieron, porque eran tierra maldita y estéril, desamparada del rocío de las virtudes y piedad verdadera. Pero con todo eso, quiso el autor de la vida reprenderles y enseñarles la verdad hasta aquel punto, para que su maldad fuese menos excusable y porque en la presencia de la suma santidad y justicia no quedasen sin reprehensión y doctrina aquel pecado y pecados que cometían y que no volviesen sin medicina para ellos, si la querían admitir, y para que junto con esto se conociera que Él sabía todo lo que había de suceder y se entregaba de su voluntad a la muerte y en manos de los que se la procuraban. Para todo esto y otros fines altísimos dijo Su Majestad aquellas palabras, hablandoles al corazón, como quien le penetraba y conocía su malicia y el odio que contra Él habían concebido y la causa de su envidia, que era haberles reprendido los vicios a los sacerdotes y fariseos y haber enseñado al pueblo la verdad y el camino de la vida eterna, y porque con su doctrina, ejemplo y milagros se llevaba la voluntad de todos los humildes y piadosos y reducía a muchos pecadores a su amistad y gracia; y quien tenía potencia para obrar estas cosas en lo público, claro estaba que la tuviera para que sin su voluntad no le pudieran prender en el campo, pues no le habían preso en el templo ni en la ciudad donde predicaba, porque Él mismo no quería ser preso entonces, hasta que llegase la hora determinada por su voluntad para dar este permiso a los hombres y a los demonios. Y porque entonces se le había dado para ser abatido, afligido, maltratado y preso, por eso les dijo: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Como si les dijera: Hasta ahora ha sido necesario que estuviera con vosotros como maestro para vuestra enseñanza y por eso no he consentido que me quitéis la vida. Pero ya quiero consumir con mi muerte la obra de la Redención humana que me ha encomendado mi Padre Eterno, y así os permito que me llevéis preso y ejecutéis en mí vuestra voluntad. Con esto le prendieron, embistiendo como tigres inhumanos al mansísimo Cordero y le ataron y aprisionaron con sogas y cadenas, y así le llevaron a casa del pontífice, como adelante diré (Cf. infra n. 1257).*

1234. A todo lo que sucedía en la prisión de Cristo nuestro bien estaba atentísima su purísima Madre con la visión clara que se le manifestaba, más que si estuviera presente con el cuerpo, que con la inteligencia penetraba todos los sacramentos que encerraban las palabras y obras que su Hijo santísimo ejecutaba. Y cuando vio que partía de casa del pontífice aquel escuadrón de soldados y ministros, previno la prudentísima Señora las irreverencias y desacatos con que tratarían a su Criador y Redentor, y para recompensarlas en la forma que su piedad alcanzó, convidó a sus Santos Ángeles y a otros muchos para que todos juntos con ella diesen culto de adoración y alabanza al Señor de las criaturas, en vez de las injurias y denuestos con que había de ser tratado de aquellos malos ministros de tinieblas. El mismo aviso dio a las mujeres santas que con ella estaban orando, y las manifestó cómo en aquella hora su Hijo santísimo había dado permiso a sus enemigos para que le prendiesen y maltratasen, y que se iba ejecutando con lamentable impiedad y crueldad de los pecadores. Y con la asistencia de los Santos Ángeles y mujeres piadosas hizo la religiosa Reina admirables actos de fe, amor y religión interior y exteriormente, confesando, adorando, alabando y magnificando la divinidad infinita y la humanidad santísima de su Hijo y su Criador. Las mujeres santas la imitaban en las genuflexiones y postraciones que hacía, y los príncipes la respondían a los cánticos con que magnificaba y confesaba el ser divino y humano de su amantísimo Hijo. Y al paso que los hijos de la maldad le iban ofendiendo con injurias e irreverencias, lo iba ella recompensando con loores y veneración. Y de camino aplacaba a la divina justicia para que no se indignase contra los perseguidores de Cristo y los destruyese, porque sólo María santísima pudo detener el castigo de aquellas ofensas.

1235. Y no sólo pudo aplacar la gran Señora el enojo del justo Juez, pero pudo alcanzar favores y beneficios para los mismos que le irritaban y que la divina clemencia les diese bien por mal, cuando ellos daban a Cristo nuestro Señor mal por bien en retribución de su doctrina y beneficios. Esta misericordia llegó a lo sumo en el desleal y obstinado Judas Iscariotes; porque viendo la piadosa Madre que le entregaba con el ósculo de fingida amistad y que en aquella

inmudísima boca había estado poco antes el mismo Señor sacramentado y entonces se le daba consentimiento para que con ella llegase a tocar inmediatamente el venerable rostro de su Hijo santísimo, traspasada de dolor y vencida de la caridad, le pidió al mismo Señor diese nuevos auxilios a Judas Iscariotes, para que, si él los admitiese, no se perdiese quien había llegado a tal felicidad como tocar en aquel modo la cara en que desean mirarse los mismos ángeles. Y por esta petición de María santísima envió su Hijo y Señor aquellos grandes auxilios que recibió el traidor Judas Iscariotes, como queda dicho (Cf. supra n. 1227), en lo último de su traición y entrega. Y si el desdichado los admitiera y comenzara a responder a ellos, esta Madre de misericordia muchos más le alcanzara y finalmente el perdón de su maldad, como lo hace con otros grandes pecadores que a ella le quieren dar esta gloria y para sí granjean la eterna. Pero Judas Iscariotes no alcanzó esta ciencia y lo perdió todo, como diré en el capítulo siguiente.

1236. Cuando vio también la gran Señora que en virtud de la divina palabra cayeron en tierra todos los ministros y soldados que le venían a prender, hizo con los Ángeles otro cántico misterioso, engrandeciendo el poder infinito y la virtud de la humanidad santísima, y renovando en él la victoria que tuvo el nombre del Altísimo, anegando en el mar Rubro a Faraón y sus tropas y alabando a su Hijo y Dios verdadero, porque siendo Señor de los ejércitos y victorias, se quería entregar a la pasión y muerte, para rescatar por más admirable modo al linaje humano de la cautividad de Lucifer. Y luego pidió al Señor que dejase levantar y volver en sí mismos a todos aquellos que estaban derribados y aterrados. Y se movió a esta petición, por su liberalísima piedad y fervorosa compasión que tuvo de aquellos hombres criados por la mano del Señor a imagen y semejanza suya; lo otro, por cumplir con eminencia la ley de la caridad en perdonar a los enemigos y hacer bien a los que nos persiguen, que era la doctrina enseñada (Mt 5, 44) y practicada por su mismo Hijo y Maestro; y finalmente, porque sabía que se habían de cumplir las profecías y Escrituras en el misterio de la Redención humana. Y aunque todo esto era infalible, no por eso implica que no lo pidiese María santísima y que por sus ruegos no se moviese el Altísimo para estos beneficios, porque en la sabiduría infinita y decretos de su voluntad eterna todo estaba previsto y ordenado por estos medios o peticiones, y este modo era el más conveniente a la razón y Providencia del Señor, en cuya declaración no es necesario detenerme ahora. Al punto que prendieron y ataron a nuestro Salvador, sintió la purísima Madre en sus manos los dolores de las sogas y cadenas, como si con ellas fuera atada y constreñida, y lo mismo sucedió de los golpes y tormentos que iba recibiendo el Señor, porque se le concedió a su Madre este favor, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 1219), y veremos en el discurso de la pasión (Cf. infra n. 1264, 1274, 1287, 1341). Y esta pena en lo sensitivo fue algún alivio en la del alma, que le diera el amor si no padeciera con su Hijo santísimo por aquel modo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1237. Hija mía, en todo lo que vas escribiendo y entendiendo por mi doctrina, vas fulminando el proceso contra ti y todos los mortales, si tú no salieres de su parvulez y vencieres su ingratitud y grosería, meditando de día y de noche en la pasión, dolores y muerte de Jesús crucificado. Esta es la ciencia de los santos que ignoran los mundanos, es el pan de la vida y entendimiento que sacia a los pequeños y les da sabiduría, dejando vacíos y hambrientos a los soberbios amadores del siglo. Y en esta ciencia te quiero estudiosa y sabia, que con ella te vendrán todos los bienes (Sab 7, 11). Y mi Hijo y mi Señor enseñó el orden de esta sabiduría oculta, cuando dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, si no es por Mí* (Jn 14, 6). Pues, dime, carísima, si mi Señor y Maestro se hizo camino y vida de los hombres por medio de la pasión y muerte que padeció por ellos, ¿no es forzoso que para andar este camino y profesar esta verdad han de pasar por Cristo crucificado, afligido, azotado y afrentado? Atiende, pues, ahora la ignorancia de los mortales que quieren llegar al Padre sin pasar por Cristo, porque sin haber padecido ni haberse compadecido con Él, quieren reinar con Su Majestad; sin haberse acordado de su pasión y muerte, ni para gustarla en algo ni agradecerla de veras, quieren que les valga para que en la vida presente y en la eterna gocen ellos de deleites y de gloria, habiendo padecido su Criador acerbísimos dolores y pasión para entrar en ella y dejarles este ejemplo y abrirles el camino de la luz.

1238. No es compatible el descanso con la confusión de no haber trabajado quien le debía adquirir por este camino. No es verdadero hijo el que no imita a su padre, ni fiel siervo el que no acompaña a su señor, ni discípulo el que no sigue a su maestro, ni yo reputo por mi devoto al que no se compadece con mi Hijo y conmigo de lo que padecemos. Pero el amor con que procuramos la salvación eterna de los hombres nos obliga, viéndolos tan olvidados de esta verdad y tan adversos a padecer, a enviarles trabajos y penalidades, para que si no los aman de voluntad a lo menos los admitan y sufran forzosamente y por este modo entren en el camino cierto del descanso eterno que desean. Y con todo esto no basta, porque la inclinación y amor ciego a las cosas visibles y terrenas los detiene y embaraza y los hace tardos y pesados de corazón y les roba toda la memoria, atención y afectos para no levantarse sobre sí mismos y sobre lo transitorio. Y de aquí nace que en las tribulaciones no hallan alegría, ni en los trabajos alivio, ni en las penas consuelo, ni en las adversidades gozo ni quietud alguna; porque todo esto aborrecen y nada desean que sea penoso para ellos, como lo deseaban los santos y por eso se gloriaban en las tribulaciones, como quien llegaba a la posesión de sus deseos. Y en muchos fieles pasa esta ignorancia más adelante, porque algunos piden ser abrasados en amor de Dios, otros que se les perdonen muchas culpas, otros que se les concedan grandes beneficios, y nada se les puede dar porque no lo piden en nombre de Cristo mi Señor, imitándole y acompañándole en su pasión.

1239. Abraza, pues, hija mía, la cruz, y sin ella no admitas consolación alguna en tu vida mortal. Por la pasión sentida y meditada subirás a lo alto de la perfección y granjearás el amor de esposa. Imítame en esto según tienes la luz y la obligación en que te pongo. Bendice y magnífica a mi Hijo santísimo por el amor con que se entregó a la

pasión por la salvación humana. Poco reparan los mortales en este misterio, pero yo como testigo de vista te advierto que en la estimación de mi Hijo santísimo, después de subir a la diestra del Eterno Padre, ninguna cosa fue más estimable ni deseada de todo su corazón que ofrecerse a padecer y morir y entregarse para esto a sus enemigos. Y también quiero que te lamente con íntimo dolor que Judas Iscariotes tenga en sus maldades y alevosías más seguidores que Cristo. Muchos son los infieles, muchos los malos católicos, muchos los hipócritas que con nombre de cristianos le venden y entregan y de nuevo le quieren crucificar. Lloro por todos estos males que entiendes y conoces, para que también en esto me imites y sigas.

CAPITULO 14

La fuga y división de los Apóstoles con la prisión de su Maestro, la noticia que tuvo su Madre santísima y lo que hizo en esta ocasión, la condenación de Judas Iscariotes y turbación de los demonios con lo que iban conociendo.

1240. Ejecutada la prisión de nuestro Salvador Jesús como queda dicho, se cumplió el aviso que a los Apóstoles había dado en la cena, que aquella noche padecerían todos grande escándalo sobre su persona (Mt 26, 31) y que Satanás los acometería para zarandearlos como al trigo (Lc 22, 31). Porque cuando vieron prender y atar a su divino Maestro y que ni su mansedumbre y palabras tan dulces y poderosas, ni sus milagros y doctrina sobre tan inculpable conversación de vida no habían podido aplacar la ira de los ministros, ni templar la envidia de los pontífices y fariseos, quedaron muy turbados los afligidos Apóstoles. Y con el natural temor se acobardaron, perdiendo el ánimo y el consejo de su Maestro, y comenzando a vacilar en la fe cada uno de ellos imaginaba cómo se pondría en salvo del peligro que los amenazaba, viendo lo que con su Maestro y Capitán iba sucediendo. Y como todo aquel escuadrón de soldados y ministros acometió a prender y encadenar al mansísimo Cordero Jesús, con quien todos estaban irritados y ocupados, entonces los Apóstoles, aprovechando la ocasión, huyeron sin ser vistos ni atendidos de los judíos; que cuanto era de su parte, si lo permitiera el Autor de la vida, sin duda prendieran a todo el apostolado y más viéndolos huir como cobardes o reos, pero no convenía que entonces fueran presos y padecieran. Y esta voluntad manifestó nuestro Salvador cuando dijo que si buscaban a Su Majestad dejasen ir libres a los que le acompañaban (Jn 18, 8), y así lo dispuso con la fuerza de su Divina Providencia. Pero el odio de los pontífices y fariseos también se extendía contra los apóstoles, para acabar con todos ellos si pudieran, y por eso le preguntó el pontífice Anás al Divino Maestro por sus discípulos y doctrina (Jn 18, 19).

1241. Anduvo también Lucifer en esta fuga de los Apóstoles, ya alucinado y perplejo, ya redoblando la malicia con varios fines. Por una parte deseaba extinguir la doctrina del Salvador del mundo y a todos sus discípulos, para que no quedara memoria de ellos, y para esto era conforme a su deseo que fuesen presos y muertos por los judíos. Y este acuerdo no le pareció fácil de conseguir al demonio y reconociendo la dificultad procuró incitar a los Apóstoles y turbarlos con sugerencias, para que huyesen y no viesen la paciencia de su Maestro en la pasión, ni fuesen testigos de lo que en ella sucediese. Temió el astuto Dragón que con la nueva doctrina y ejemplo quedarían los Apóstoles más confirmados y constantes en la fe y resistirían a las tentaciones que contra ella les arrojaba, y le pareció que si entonces comenzasen a titubear los derribaría después con nuevas persecuciones que les levantaría por medio de los judíos, que siempre estarían prontos para ofenderles por la enemistad contra su Maestro. Con este mal consejo se engañó a sí mismo el demonio, y cuando conoció que los Apóstoles estaban tímidos, cobardes y muy caídos de corazón con la tristeza, juzgó este enemigo que aquella era la peor disposición de la criatura y para sí la mejor ocasión de tentarlos y les acometió con rabioso furor proponiéndoles grandes dudas y recelos contra el Maestro de la vida y que le desamparasen y huyesen. Y en cuanto a la fuga no resistieron como en muchas de las sugerencias falsas contra la fe, aunque también desfallecieron en ella unos más y otros menos, porque en esto no fueron todos igualmente turbados ni escandalizados.

1242. Dividiéronse unos de otros huyendo a diferentes partes, porque todos juntos era dificultoso ocultarse, que era lo que entonces pretendían. Solos San Pedro y San Juan Evangelista se juntaron para seguir de lejos a su Dios y Maestro hasta ver el fin de su pasión. Pero en el interior de cada uno de los once Apóstoles pasaba una contienda de sumo dolor y tribulación, que les prensaba el corazón sin dejarles consuelo ni descanso alguno. Peleaban de una parte la razón, la gracia, la fe, el amor y la verdad; de otra las tentaciones, sospechas, temor y natural cobardía y tristeza. La razón y la luz de la verdad les reprendían su inconstancia y deslealtad en haber desamparado a su Maestro, huyendo como cobardes del peligro, después de estar avisados y haberse ofrecido ellos tan poco antes a morir con Él si fuera necesario. Acordábanse de su negligente inobediencia y descuido en orar y prevenirse contra las tentaciones, como su mansísimo Maestro se lo había mandado. El amor que le tenían por su amable conversación y dulce trato, por su doctrina y maravillas, y el acordarse que era Dios verdadero, les animaba y movía para que volviesen a buscarle y se ofreciesen al peligro y a la muerte como fieles siervos y discípulos. A esto se juntaba acordarse de su Madre santísima y considerar su dolor incomparable y la necesidad que tendría de consuelo, y deseaban ir a buscarle y asistirle en su trabajo. Por otra parte pugnaban en ellos la cobardía y el temor para entregarse a la crueldad de los judíos y a la muerte, a la confusión y persecución. Para ponerse en presencia de la dolorosa Madre, les afligía y turbaba que los obligaría a volver donde estaba su Maestro, y si con ella estarían menos seguros porque los podían buscar en su casa. Sobre todo esto eran las sugerencias de los demonios impías y terribles. Porque les arrojaba el Dragón en el pensamiento terribles imaginaciones de que no fuesen homicidas de sí mismos entregándose a la muerte, y que su Maestro no se podía librar a sí y menos podría sacarlos a ellos de las manos de los pontífices, y que en aquella ocasión le quitarían la vida y con eso se acabaría toda la dependencia que de él tenían, pues no le verían más, y que no obstante

que su vida parecía inculpable, con todo eso enseñaba algunas doctrinas muy duras y algo ásperas hasta entonces nunca vistas y que por ellas le aborrecían los sabios de la ley y los pontífices y todo el pueblo estaba indignado contra él, y que era fuerte cosa seguir a un hombre que había de ser condenado a muerte infame y afrentosa.

1243. Esta contienda y lucha interior pasaba en el corazón de los fugitivos Apóstoles, y entre unas y otras razones pretendía Satanás que dudasen de la doctrina de Cristo y de las profecías que hablaban de sus misterios y pasión. Y como en el dolor de este conflicto no hallaban esperanza de que su Maestro saliese con vida del poder de los pontífices, llegó el temor a pasar en una tristeza y melancolía profunda, con que eligieron el huir del peligro y salvar sus vidas. Y esto era con tal pusilanimidad y cobardía, que en ningún lugar se juzgaban aquella noche por seguros y cualquiera sombra o ruido los sobresaltaba. Y añadióles mayor temor la deslealtad de Judas Iscariotes, porque temían irritaría también contra ellos la ira de los pontífices, por no volver a verse con ninguno de los once, después de perpetrada su alevosía y traición. San Pedro y San Juan Evangelista, como más fervientes en el amor de Cristo, resistieron al temor y al demonio más que los otros y quedándose los dos juntos determinaron seguir a su Maestro con algún retiro. Y para tomar esta resolución les ayudó mucho el conocimiento que tenía San Juan Evangelista con el pontífice Anás, entre el cual y Caifás andaba el pontificado, alternando los dos; y aquel año lo era Caifás, que había dado el consejo profético en el concilio, de que importaba muriese un hombre para que todo el mundo no pereciese (Jn 11, 49). Este conocimiento de San Juan Evangelista se fundaba en que el Apóstol era tenido por nombre principal, y en su linaje noble, en su persona afable y cortés, y de condiciones muy amables. Con esta confianza fueron los dos Apóstoles siguiendo a Cristo nuestro Señor con menos temor. A la gran Reina del cielo tenían en su corazón los dos Apóstoles, lastimados de su amargura y deseosos de su presencia para aliviarla y consolarla cuanto fuera posible, y particularmente se señaló en este afecto devoto el Evangelista San Juan.

1244. La divina Princesa desde el cenáculo en esta ocasión estaba mirando por inteligencia clarísima no sólo a su Hijo santísimo en su prisión y tormentos, sino junto con esto conocía y sabía todo cuanto pasaba por los Apóstoles interior y exteriormente. Porque miraba su tribulación y tentaciones, sus pensamientos y determinaciones, y dónde estaba cada uno de ellos y lo que hacía. Pero aunque todo le fue patente a la candidísima paloma, no sólo no se indignó con los Apóstoles, ni jamás les dio en rostro con la deslealtad que habían cometido, antes bien ella fue el principio y el instrumento de su remedio, como adelante diré (Cf. infra n. 1457, 1458). Y desde entonces comenzó a pedir por ellos, y con dulcísima caridad y compasión de madre dijo en su interior: Ovejas sencillas y escogidas, ¿por qué dejáis a vuestro amantísimo Pastor que cuidaba de Vosotros y Os daba pasto y alimento de vida eterna? ¿Por qué, siendo discípulos de tan verdadera doctrina, desamparáis a Vuestro Bienhechor y Maestro? ¿Cómo olvidáis aquel trato tan dulce y amoroso que atraía a sí Vuestros corazones? ¿Por qué escucháis al maestro de la mentira, al lobo carnicero que pretende vuestra ruina? ¡Oh amor mío dulcísimo y pacientísimo, qué manso, qué benigno y misericordioso os hace el amor de los hombres! Alargad vuestra piedad a esta pequeña grey a quien el furor de la serpiente ha turbado y derramado. No entreguéis a las bestias las almas que os han confesado (Sal 73, 19). Grande espera tenéis con los que elegís para vuestros siervos y grandes obras habéis hecho con vuestros discípulos. No se malogre tanta gracia, ni reprobéis a los que escogió Vuestra voluntad para fundamentos de Vuestra Iglesia. No se gloríe Lucifer de que triunfó a Vuestra vista de lo mejor de Vuestra casa y familia. Hijo y Señor mío, mirad a Vuestro amado discípulo Juan, a Pedro y Jacobo (Jacobus=Santiago: Beati Iacobi Apostoli) favorecidos de vuestro singular amor y voluntad. A todos los demás también volved los ojos de vuestra clemencia y quebrantad la soberbia del Dragón, que con implacable crueldad los ha turbado.

1245. A toda capacidad humana y angélica excede la grandeza de María santísima en esta ocasión y las obras que hizo y plenitud de santidad que manifestó en los ojos y beneplácito del Altísimo. Porque sobre los dolores sensibles y espirituales que padeció de los tormentos de su Hijo santísimo y de las injurias afrentosas que padeció su divina persona, cuya veneración y ponderación estaba en lo sumo en la prudentísima Madre, sobre todo esto se le juntó el dolor de la caída de los Apóstoles, que sola Su Majestad sabía ponderarla. Y miraba su fragilidad y el olvido que habían mostrado de los favores, doctrina, avisos y amonestaciones de su Maestro, y esto en tan breve tiempo, después de la cena, del sermón que en ella hizo y de la comunión que les había dado, con la dignidad de Sacerdotes en que los dejaba tan levantados y obligados. Conocía también su peligro de caer en mayores pecados, por la sagacidad con que Lucifer y sus ministros de tinieblas trabajaban por derribarlos y la inadvertencia con que el temor tenía poseídos los corazones de todos los Apóstoles más o menos. Y por todo esto multiplicó y acrecentó las peticiones hasta merecerles el remedio y que su Hijo santísimo los perdonase y acelerase sus auxilios, para que luego volviesen a la fe y amistad de su gracia, que de todo esto fue María el instrumento eficaz y poderoso. En el ínterin recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneración de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella como en arca incorruptible, conservando y encerrando la Ley Evangélica, el sacrificio, el templo y el santuario. Y sola María santísima era entonces toda la Iglesia, y sola ella creía, amaba, esperaba, veneraba y adoraba al objeto de la fe por sí, por los apóstoles y por todo el linaje humano. Y esto de manera que recompensaba, cuanto era posible a una pura criatura, las menguas y falta de fe de todo lo restante de los miembros místicos de la Iglesia. Hacía heroicos actos de fe, esperanza, amor, veneración y culto de la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero y con genuflexiones y postraciones le adoraba y con admirables cánticos le bendecía, sin que el dolor íntimo y amargura de su alma destemplasen el instrumento de sus potencias, concertado y templado con la mano poderosa del Altísimo. No se entendía de esta gran Señora lo que dijo el Eclesiástico (Ecl 22, 6), que la música en el dolor es importuna, porque sola María santísima pudo y supo en medio de sus penas aumentar la dulce consonancia de las virtudes.

1246. Dejando a los once apóstoles en el estado que se ha dicho, vuelvo a contar el infelicitísimo término del traidor Judas, anticipando algo este suceso para dejarle en su lamentable y desdichada suerte y volver al discurso de la pasión. Llegó, pues, el sacrílego discípulo, con el escuadrón que llevaba preso a nuestro Salvador Jesús, a casa de los pontífices, Anás primero y después a Caifás; donde le esperaban con los escribas, y fariseos. Y como el divino Maestro a vista de su pérfido discípulo era tan maltratado y atormentado con blasfemias y con heridas y todo lo sufría con silencio, mansedumbre y paciencia tan admirable, comenzó Judas Iscariotes a discurrir sobre su propia alevosía, conociendo que sola ella era la causa de que un hombre tan inculpable y bienhechor suyo fuese tratado con tan injusta crueldad sin merecerlo. Acordóse de los milagros que había visto, de la doctrina que le oyó, de los beneficios que le hizo y también se le representó la piedad y mansedumbre de María santísima y la caridad con que había solicitado su remedio y la maldad obstinada con que ofendió a Hijo y Madre por un vilísimo interés, y todos los pecados juntos que había cometido se le pusieron delante como un caos impenetrable y un monte inhabitable y grave.

1247. Estaba Judas Iscariotes, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1226), desamparado de la divina gracia después de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Y por ocultos juicios del Altísimo, aunque estaba entregado en manos de su consejo, hizo aquellos discursos, permitiéndolo la justicia y equidad divina en la razón natural y con muchas sugerencias de Lucifer que le asistía. Y aunque discurría Judas Iscariotes y hacía juicio verdadero en lo que se ha dicho, pero, como estas verdades eran administradas por el padre de la mentira, juntaba a ellas otras proposiciones falsas y mentirosas, para que viniese a inferir, no su remedio y confianza de conseguirle, sino que aprehendiese la imposibilidad y desesperase de él, como sucedió. Despertóle Lucifer íntimo dolor de sus pecados, pero no por buen fin ni motivos de haber ofendido a la Verdad divina, sino por la deshonra que padecería con los hombres y por el daño que su Maestro, como poderoso en milagros, le podía hacer y que no era posible escaparse de él en todo el mundo, donde la sangre del Justo clamaría contra él. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio, quedó lleno de confusión, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos, estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices y no lo pudo hacer. Salióse fuera y como una fiera, indignado contra sí mismo, se mordía de los brazos y manos y se daba desatinados golpes en la cabeza, tirándose del pelo, y hablando desentonadamente se echaba muchas maldiciones y execraciones, como infelicitísimo y desdichado entre los hombres.

1248. Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuese a los sacerdotes y confesando su pecado les volviese su dinero. Hízolo Judas Iscariotes con presteza y a voces les dijo aquellas palabras: *Pequé entregando la sangre del Justo (Mt 27, 4)*. Pero ellos no menos endurecidos le respondieron que lo hubiera mirado primero. El intento del demonio era, si pudiera impedir la muerte de Cristo nuestro Señor, por las razones que dejo dichas (Cf. supra n. 1130ss) y diré más adelante. Con esta repulsa que le dieron los príncipes de los sacerdotes, tan llena de impiísima crueldad, acabó Judas Iscariotes de desconfiar, persuadiéndose que no sería posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo más diligencias por medio de Poncio Pilatos. Pero como Judas Iscariotes no le podía servir ya para su intento, le aumentó la tristeza y despechos y le persuadió que para no esperar más duras penas se quitase la vida. Admitió Judas Iscariotes este formidable engaño y saliéndose de la ciudad se colgó de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el que se había hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas Iscariotes el mismo día del viernes a las doce, que es al mediodía, antes que muriera nuestro Salvador, porque no convino que su muerte y nuestra consumada Redención cayese luego sobre la execrable muerte del traidor discípulo que con suma malicia le había despreciado.

1249. Recibieron luego los demonios el alma de Judas Iscariotes y la llevaron al infierno, pero su cuerpo quedó colgado y reventadas sus entrañas con admiración y asombro de todos, viendo el castigo tan estupendo de la traición de aquel pésimo y pérfido discípulo. Perseveró el cuerpo ahorcado tres días en lo público, y en este tiempo intentaron los judíos quitarle del árbol y ocultamente enterrarle, porque de aquel espectáculo redundaba grande confusión contra los sacerdotes y fariseos que no podían contradecir aquel testimonio de su maldad. Pero no pudieron con industria alguna derribar ni quitar el cuerpo de Judas Iscariotes de donde se había colgado, **hasta que pasados tres días, por dispensación de la justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca y le llevaron con su alma, para que en lo profundo del infierno pagase en cuerpo y alma eternamente su pecado.** Y porque es digno de admiración temerosa lo que he conocido del castigo y penas que se le dieron a Judas Iscariotes, lo diré como se me ha mostrado y mandado. Entre las oscuras cavernas de los calabozos infernales estaba desocupada una muy grande y de mayores tormentos que las otras, porque los demonios no habían podido arrojar en aquel lago a ningún alma, aunque la crueldad de estos enemigos lo había procurado desde Caín hasta aquel día. Esta imposibilidad admiraba al infierno, ignorante del secreto, hasta que llegó el alma de Judas Iscariotes, a quien fácilmente arrojaron y sumergieron en aquel calabozo nunca antes ocupado de otro alguno de los condenados. Y la razón era, porque desde la creación del mundo quedó señalada aquella caverna de mayores tormentos y fuego que lo restante del infierno para los cristianos que recibido el bautismo se condenasen por no haberse aprovechado de los sacramentos, doctrina, pasión y muerte del Redentor y la intercesión de su Madre santísima. **Y como Judas Iscariotes fue el primero que había participado de estos beneficios con tanta abundancia para su remedio y formidablemente los despreció, por esto fue también el que primero estrenó aquel lugar y tormentos aparejados para él y los que le imitaren y siguieren.**

1250. Este misterio se me ha mandado escribir con particularidad para aviso y escarmiento de todos los cristianos, y en especial de los sacerdotes, prelados y religiosos, que tratan con más frecuencia el Sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo Señor nuestro y por oficio y estado son más familiares suyos, que por no ser reprendida quisiera hallar términos y razones con que darle la ponderación y sentido que pide nuestra insensible dureza, para que en este ejemplo

todos tomáramos escarmiento y temiéramos el castigo que nos aguarda a los malos cristianos según el estado de cada uno. Los demonios atormentaron a Judas Iscariotes con inexplicable crueldad, porque no había desistido de vender a su Maestro, con cuya pasión y muerte ellos quedarían vencidos y desposeídos del mundo; y la indignación que por esto cobraron de nuevo contra nuestro Salvador y contra su Madre santísima, la ejecutan en el modo que se les permite contra todos los que imitan al traidor discípulo y cooperan con él en despreñar la Doctrina Evangélica, los Sacramentos de la Ley de Gracia y fruto de la Redención. Y es justa razón que estos malignos espíritus tomen venganza en los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, porque no se unieron con su cabeza Cristo y porque voluntariamente se apartaron de ella y se entregaron a ellos, que con implacable soberbia la aborrecen y maldicen y como instrumentos de la justicia divina castigan las ingraticudes que tienen los redimidos contra su Redentor. Y los hijos de la Santa Iglesia consideren esta verdad atentamente, que si la tuvieran presente no es posible dejase de moverles el corazón y les diese juicio para desviarse de tan lamentable peligro.

1251. Entre los sucesos de todo el discurso de la pasión andaba Lucifer con sus ministros de maldad muy desvelado y atento para acabarse de asegurar si Cristo nuestro Señor era el Mesías y Redentor del mundo. Porque unas veces le persuadían los milagros, y otras le disuadían las acciones y padecer de la flaqueza humana que tomó por nosotros nuestro Salvador; pero donde más crecieron las sospechas del Dragón fue en el huerto, donde sintió la fuerza de aquella palabra que dijo el Señor: *Yo soy (Jn 18, 5)*, y fue arruinado el mismo demonio, cayendo con todos en la presencia de Cristo nuestro Señor. Había poco rato entonces que salió del infierno acompañado de sus legiones, después que habían sido arrojados desde el cenáculo a lo profundo. Y aunque fue María santísima la que de allí los derribó, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1198), con todo eso confirió Lucifer consigo y con sus ministros que aquella virtud y fuerza de Hijo y Madre eran nuevas y nunca vistas contra ellos. Y en dándole permiso que se levantase en el huerto, habló con los demás y les dijo: No es posible que sea este poder de hombre solo, sin duda éste es Dios juntamente con ser hombre. Y si muere, como lo disponemos, por este camino hará la Redención y satisfará a Dios, y queda perdido nuestro imperio y frustrado nuestro deseo. Mal hemos procedido procurándole la muerte. Y si no podemos impedir que muera, probemos hasta dónde llega su paciencia y procuremos con sus mortales enemigos que le atormenten con crueldad impía. Irritémosles contra él, arrojémosles sugerencias de desprecios, afrentas, ignominias y tormentos que ejecuten en su persona, compelémoslos a que empleen su ira en irritarle y atendamos a los efectos que hacen todas estas cosas en él. Todo lo intentaron los demonios como lo propusieron, aunque no todo lo consiguieron, como en el discurso de la pasión se manifiesta, por los ocultos misterios que diré (Cf. infra n. 1290, 1338, 1342) y he referido arriba. Provocaron a los sayones para que intentasen atormentar a Cristo nuestro bien con algunos tormentos menos decentes a su real y divina persona de los que le dieron, porque no consintió Su Majestad otros más de los que quiso y convino padecer, dejándoles ejecutar en estos toda su inhumana sevicia y furor.

1252. Intervino también en impedir la malicia insolente de Lucifer la gran Señora del cielo María santísima, porque le fueron patentes todos los conatos de este infernal Dragón. Y unas veces con imperio de Reina le impedía muchos intentos, para que no se los propusiese a los ministros de la pasión; otras veces en los que les proponía pedía la divina Princesa a Dios no se los dejase ejecutar y por medio de sus Santos Ángeles concurría a desvanecerlos y estorbarlos. Y en los que su gran sabiduría conocía era voluntad de su Hijo santísimo padecerlos, cesaba en estas diligencias, y en todo se ejecutaba la permisión de la divina voluntad. **Conoció asimismo todo lo que sucedió en la infeliz muerte y tormentos de Judas Iscariotes y el lugar que le daban en el infierno, el asiento de fuego que ha de tener por toda la eternidad**, como maestro de la hipocresía y precursor de todos los que habían de negar a Cristo nuestro Redentor con la mente y con las obras, desamparando, como dice San Jeremías (Jer 17, 13), las venas de las aguas vivas, que son el mismo Señor, para ser escritos y sellados en la tierra y alejados del cielo, donde están escritos los predestinados. Todo esto conoció la Madre de Misericordia y lloró sobre ellos amargamente y oró al Señor por la salvación de los hombres y suplicándole los apartase de tan gran ceguera, precipicio y ruina, pero conformándose con los ocultos y justos juicios de su Providencia Divina.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1253. Hija mía, admirada estás, y no sin causa, de lo que has entendido y escrito de la infeliz suerte de Judas Iscariotes y de la caída de los Apóstoles, estando todos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo, criados a los pechos de su doctrina, vida, ejemplo y milagros, y favorecidos de su dulcísima mansedumbre y trato, de mi intercesión y consejos y otros beneficios que recibían por mi medio. Pero de verdad te digo que, si todos los hijos de la Iglesia tuvieran la atención y admiración que este raro ejemplo les puede causar, en él hallaran saludable aviso y escarmiento para temer el estado peligroso de la vida mortal, por más favores y beneficios que reciban las almas de la mano del Señor, pues todo parecerá menos que verle, oírle, tratarle y tenerle por dechado vivo de santidad. Y lo mismo te digo de mí, pues a los Apóstoles di amonestaciones, y fueron testigos de mi santa e inculpable conversación, y de mi piedad recibieron grandes beneficios, les comuniqué la caridad que de estar en Dios se dimanaba de Su Majestad a mí. Y si en la tentación, a vista de su mismo Señor y Maestro, olvidaron tantos favores y la obligación de corresponder a ellos, ¿quién será tan presuntuoso en la vida mortal, que no tema el peligro de la ruina por más beneficios que haya recibido? Aquellos eran Apóstoles escogidos por su divino Maestro, que era Dios verdadero, y con todo eso el uno llegó a caer más infelizmente que todos los hombres y los otros a desfallecer en la fe, que es el fundamento de toda la virtud, y fue conforme a la justicia y juicios inescrutables del Altísimo. Pues ¿por qué no temerán los que ni son Apóstoles, ni han obrado tanto como ellos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo y su Maestro y no merecen tanto

mi intercesión?

1254. De la ruina y perdición de Judas Iscariotes y de su justísimo castigo, dejas escrito lo que basta para que se entienda a cuál estado pueden llegar y llevar los vicios y la mala voluntad a un hombre que se entrega a ellos y al demonio y desprecia los llamamientos y auxilios de la gracia. **Y lo que te advierto sobre lo que has escrito es que, no sólo los tormentos que padece el traidor discípulo Judas Iscariotes, sino también el de muchos cristianos que con él se condenan y bajan al mismo lugar de las penas, que para ellos fue señalado desde el principio del mundo, excede a los tormentos de muchos demonios.** Porque mi Hijo santísimo no murió por los ángeles malos sino por los hombres, ni a los demonios les tocó el fruto y efectos de la redención, los cuales reciben los hijos de la Iglesia con efecto en los Sacramentos, y despreciar este incomparable beneficio no es culpa del demonio tanto como de los fieles y así les corresponde nueva y diferente pena por este desprecio. Y el engaño que Lucifer y sus ministros padecieron, no conociendo a Cristo por verdadero Dios y Redentor hasta la muerte, siempre atormenta y penetra las potencias de aquellos malignos espíritus, y de este dolor les resulta nueva indignación contra los redimidos, y mayor contra los cristianos, a quienes más se les aplica la redención y sangre del Cordero. Y por esto se desvelan tanto los demonios en hacer que los fieles olviden la obra de la redención y la malogren, y después en el infierno se muestran más airados y rabiosos contra los malos cristianos, y sin piedad alguna les darían mayores tormentos si la justicia divina no dispusiese con equidad que las penas fuesen ajustadas a las culpas, no dejando esto a la voluntad de los demonios, sino tasándolo con su poder y sabiduría infinita, que aun hasta aquel lugar alcanza la bondad del Señor.

1255. En la caída de los demás Apóstoles quiero, carísima, que adviertas el peligro de la fragilidad humana, que aun en los mismos beneficios y favores que recibe del Señor fácilmente se acostumbra a ser grosera, tarda y desagradecida, como les sucedió a los once Apóstoles, cuando huyeron de su Maestro celestial y le dejaron con la incredulidad. Este peligro se origina en los hombres de ser tan sensibles e inclinados a todo lo sensitivo y terreno y haber quedado estas inclinaciones depravadas por el pecado y acostumbrarse a vivir y obrar según lo terreno, carnal y sensible más que según el espíritu. Y de aquí nace que aun a los mismos beneficios y dones del Señor los tratan y aman sensiblemente y cuando les faltan por este modo luego se divierten a otros objetos sensibles y se mueven por ellos y pierden el tino de la vida espiritual, porque la trataban y recibían como sensible, con baja estimación del espíritu. Por esta inadvertencia o grosería cayeron los Apóstoles, aunque estaban tan favorecidos de mi Hijo santísimo y de mí, porque los milagros, la doctrina y ejemplos que tenían presentes eran sensibles; y como ellos, aunque perfectos o justos, eran terrenos y aficionados a solo aquello sensitivo que recibían, en faltándoles esto se turbaron con la tentación y cayeron en ella, como quien había penetrado poco los misterios y espíritu de lo que habían visto y oído en la escuela de su Maestro. Con este ejemplo y doctrina quedarás, hija mía, enseñada a ser mi discípula espiritual y no terrena y a no acostumbrarte a lo sensible, aunque sean los favores del Señor y míos. Y cuando los recibieres, no detenerte en lo material y sensible, sino levantar tu mente a lo alto y espiritual, que se percibe con la luz y ciencia interior y no con el sentido animal (1 Cor 2, 14). Y si lo sensible puede embarazar a la vida espiritual, ¿qué será lo que pertenece a la vida terrena, animal y carnal? Claro está que de ti quiero olvides y borres de tus potencias toda imagen y especies de criaturas, para que estés idónea y capaz de mi imitación y doctrina saludable.

CAPITULO 15

Llevan a nuestro Salvador Jesús atado y preso a casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso y lo que padeció en él su beatísima Madre.

1256. Digna cosa fuera hablar de la pasión, afrentas y tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar más que la espada de dos filos, hasta dividir con íntimo dolor lo más oculto de nuestros corazones (Heb 4, 12). No fueron comunes las penas que padeció, no se hallará dolor semejante como su dolor (Lam 1, 12), no era su persona como las demás de los hijos de los hombres, no padeció Su Majestad por sí mismo ni por sus culpas, sino por nosotros y por las nuestras; pues razón es que las palabras y términos con que tratamos de sus tormentos y dolores no sean comunes y ordinarios, sino con otros vivos y eficaces se la proponamos a nuestros sentidos. Pero ¡ay de mí, que ni puedo dar fuerza a mis palabras, ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto! Diré lo que alcanzare, hablaré como pudiere y se me administrare, aunque la cortedad de mi talento coarte y limite la grandeza de la inteligencia y los improporcionados términos no alcancen a declarar el concepto escondido del corazón. Supla el defecto de las razones la fuerza y viveza de la fe que profesamos los hijos de la Iglesia. Y si las palabras son comunes, sea extraordinario el dolor y el sentimiento, el dictamen altísimo, la comprensión vehemente, la ponderación profunda, el agradecimiento cordial y el amor fervoroso, pues todo será menos que la verdad del objeto y de lo que nosotros debemos corresponder como siervos, como amigos y como hijos adoptados por medio de su pasión y muerte santísima.

1257. Atado y preso el mansísimo cordero Jesús, fue llevado desde el huerto a casa de los pontífices, y primero a la de Anás. Iba prevenido aquel turbulento escuadrón de soldados y ministros con las advertencias del traidor discípulo, que no se fiasen de su Maestro si no le llevaban muy amarrado y atado, porque era hechicero y se les podría salir de entre las manos. Lucifer y sus príncipes de tinieblas ocultamente los irritaban y provocaban, para que impía y sacrílegamente tratasen al Señor sin humanidad ni decoro. Y como todos eran instrumentos obedientes a la voluntad de Lucifer, nada que se les permitió dejaron de ejecutar contra la persona de su mismo Criador. Atáronle con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela a la cintura y al cuello sobran los dos

extremos, y en ellos había unas argollas o esposas con que encadenaron también las manos del Señor que fabricó los cielos y los ángeles y todo el universo, y así argolladas y presas se las pusieron no al pecho sino a las espaldas. Esta cadena llevaron de la casa de Anás el Pontífice, donde servía de levantar la puerta de un calabozo que era levadiza, y para el intento de aprisionar a nuestro divino Maestro la quitaron y la acomodaron con aquellas argollas y cerraduras, como candados, con llaves de golpe. Y con este modo de prisión nunca oída no quedaron satisfechos ni seguros, porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la garganta de Cristo nuestro Señor y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extremos largos de la soga para que dos de los ministros o soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor. La segunda soga sirvió para atarle los brazos, rodeándola también por la cintura y dejaron pendientes otros dos cabos largos a las espaldas donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

1258. Con esta forma de ataduras se dejó aprisionar y rendir el Omnipotente y Santo, como si fuera el más facineroso de los hombres y el más flaco de los nacidos, porque había puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros (Is 53, 6) y la flaqueza o impotencia para el bien en que por ellas incurrimos. Atáronle en el huerto, atormentándole no sólo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas, porque como serpientes venenosas arrojaron la sacrílega ponzoña que tenían, con blasfemias, contumelias y nunca oídos oprobios contra la persona que adoraban los ángeles y los hombres y le magnifican en el cielo y en la tierra. Partieron todos del monte Olivete con gran tumulto y vocería, llevando en medio al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de adelante y otros de las que llevaba a las espaldas asidas de las muñecas, y con esta violencia nunca imaginada unas veces le hacían caminar aprisa atropellándole, otras le volvían atrás y le detenían, otras le arrastraban a un lado y a otro, a donde la fuerza diabólica los movía. Muchas veces le derribaban en tierra y, como llevaba las manos atadas, daba en ella con su venerable rostro, lastimándose y recibiendo en él heridas y mucho polvo. Y en estas caídas arremetían a él, dándole de puntillazos y coces, atropellando y pisándole, pasando sobre su real persona y hollándole la cara y la cabeza y, celebrando estas injurias con algazara y mofa, le hartaban de oprobios, como lo lloró antes San Jeremías (Lam 3, 30).

1259. En medio del furor tan impío que Lucifer encendía en aquellos sus ministros, estaba muy atento a las obras y acciones de nuestro Salvador, cuya paciencia pretendía irritar y conocer si era puro hombre, porque esta duda y perplejidad atormentaba su pésima soberbia sobre todas sus grandes penas. Y como reconoció la mansedumbre, tolerancia y suavidad que mostraba Cristo entre tantas injurias y tormentos y que los recibía con semblante sereno y de majestad, sin turbación ni mudanza alguna, con esto se enfureció más el infernal dragón y, como si fuera un hombre furioso y desatinado, pretendió tomar una vez las sogas que llevaban los sayones para tirar él y otros demonios con mayor violencia que lo hacían ellos, para provocar con más crueldad la mansedumbre del Señor. Este intento impidió María santísima, que desde el lugar donde estaba retirada miraba por visión clara todo lo que se iba ejecutando con la persona de su Hijo santísimo, y cuando vio el atrevimiento de Lucifer, usando de la autoridad y poder de Reina, le mandó no llegase a ofender a Cristo nuestro Salvador como intentaba. Y al punto desfallecieron las fuerzas de este enemigo y no pudo ejecutar su deseo, porque no era conveniente que su maldad se interpusiese por aquel modo en la pasión y muerte del Redentor. Pero diósele permiso para que provocase a sus demonios contra el Señor y todos ellos a los judíos fautores de la muerte del Salvador, porque tenían libre albedrío para consentir o disentir en ella. Así lo hizo Lucifer, que volviéndose a sus demonios les dijo: ¿Qué hombre es éste que ha nacido en el mundo, que con su paciencia y sus obras así nos atormenta y destruye? Ninguno hasta ahora tuvo tal igualdad y sufrimiento en los trabajos desde Adán acá. Nunca vimos entre los mortales semejante humildad y mansedumbre. ¿Cómo sosegamos viendo en el mundo un ejemplo tan raro y poderoso para llevarle tras sí? Si éste es el Mesías, sin duda abrirá el cielo y cerrará el camino por donde llevamos a los hombres a nuestros eternos tormentos y quedaremos vencidos y frustrados nuestros intentos. Y cuando no sea más que puro hombre, no puedo sufrir que deje a los demás tan fuerte ejemplo de paciencia. Venid, pues, ministros de mi altiva grandeza y persigámosle por medio de sus enemigos, que como obedientes a mi imperio han admitido contra él la furiosa envidia que les he comunicado.

1260. A toda la desapiadada indignación que Lucifer despertó y fomentó en aquel escuadrón de los judíos se sujetó el autor de nuestra salud, ocultando el poder con que los pudiera aniquilar o reprimir, para que nuestra redención fuese más copiosa. Y llevándolo atado y maltratado, llegaron a casa del Pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados a los delincuentes que merecían castigo capital, y aquellas prisiones eran como testigos del delito que merecía la muerte, y así le llevaban como intimándole la sentencia antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote Anas a una gran sala, donde se asentó en el estrado o tribunal que tenía, muy lleno de soberbia y arrogancia. Y luego se puso a su lado el príncipe de las tinieblas Lucifer, rodeándole gran multitud de demonios, de los ministros y soldados. Le presentaron a Jesús atado y preso y le dijeron: Ya, señor, traemos aquí este mal hombre que con sus hechizos y maldades ha inquietado a toda Jerusalén y Judea, y esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder.

1261. Estaba nuestro Salvador Jesús asistido de innumerables Ángeles que le adoraban y confesaban, admirados de los incomprensibles juicios de su sabiduría, porque Su Majestad consentía ser presentado como reo y pecador, y el inicuo sacerdote se manifestaba como justo y celoso de la honra del Señor, a quien sacrílegamente pretendía quitarla con la vida. Callaba el amantísimo Cordero sin abrir su boca, como lo había dicho Isaías (Is 53, 7), y el Pontífice con imperiosa autoridad le preguntó por sus discípulos y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba. Esta pregunta hizo para calumniar la respuesta, si decía alguna palabra que motivase acusarle. Pero el Maestro de la santidad, que encamina y enmienda a los más sabios (Sab 7, 15), ofreció al Eterno Padre aquella humillación de ser presentado como

reo ante el Pontífice y preguntado por él como criminoso y autor de falsa doctrina. Y respondió nuestro Redentor con humilde y alegre semblante a la pregunta de su doctrina: *Yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo y sinagoga, donde concurren los judíos, y nada he dicho en oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Pues ellos te dirán, si les preguntas, lo que yo les he enseñado* (Jn 18, 20-21). Porque la doctrina de Cristo nuestro Señor era de su Eterno Padre, respondió por ella y por su crédito, remitiéndose a sus oyentes, así porque a Su Majestad no le darían crédito, antes bien le calumniarían su testimonio, como también porque la verdad y la virtud ella misma se acredita y abona entre los mayores enemigos.

1262. No respondió por los Apóstoles, porque no era entonces necesario, ni ellos estaban en disposición que podían ser alabados de su Maestro. Y con haber sido esta respuesta tan llena de sabiduría y tan conveniente a la pregunta, con todo eso uno de los ministros que asistían al Pontífice fue con formidable audacia, levantó la mano y dio una bofetada en el sagrado y venerable rostro del Salvador, y junto con herirle le reprendió diciendo: *¿Así respondes al pontífice?* (Jn 18, 22) Recibió el Señor esta desmedida injuria, rogando al Padre por quien así le había ofendido y estando preparado y con disposición de volver a ofrecer la otra mejilla, si fuera necesario, para recibir otra bofetada, cumpliendo en todo esto con la doctrina que Él mismo había enseñado (Mt 5, 39). Y para que el necio y atrevido ministro no quedase ufano y sin confusión por tan inaudita maldad, le replicó el Señor con grande serenidad y mansedumbre: *Sí yo he hablado mal, da testimonio y di en qué está el mal que me atribuyes; y si hablé como debía, ¿por qué me has herido?* (Jn 18, 23) ¡Oh espectáculo de nueva admiración para los espíritus soberanos! ¡Cómo de solo oírte pueden y deben temblar las columnas del cielo y todo el firmamento estremecerse! (Job 26, 11) Este Señor es aquel de quien dijo Job (Job 9, 4ss) que es sabio de corazón y tan robusto y fuerte que nadie le puede resistir y con esto tendrá paz, que trasiega los montes con su furor antes que puedan ellos entenderlo, el que mueve la tierra en su lugar y sacude una con otra sus columnas, el que manda al sol que no nazca y cubre las estrellas con signáculo, el que hace cosas grandes e incomprensibles, el que a su ira nadie puede resistir y ante quien doblan la rodilla los que sustentan todo el orbe, y este mismo es el que por amor de los mismos hombres sufre de un impío ministro ser herido en el rostro de una bofetada.

1263. Con la respuesta humilde y eficaz que dio Su Majestad al sacrílego siervo, quedó confuso en su maldad, pero ni esta confusión, ni la que pudo recibir el Pontífice de que en su presencia se cometiese tal crimen y desacato, le movió a él ni a los judíos para reprimirse en algo contra el autor de la vida. Y en el ínterin que se continuaban sus oprobios, llegaron a casa de Anás San Pedro y el otro discípulo, que era San Juan Evangelista. Y éste como muy conocido en ella entró fácilmente, quedando fuera San Pedro, hasta que la portera, que era una criada del Pontífice, a petición de San Juan le dejó entrar, para ver lo que sucedía con el Redentor. Entraron los dos Apóstoles en el zaguán de la casa antes de la sala del Pontífice, y San Pedro se llegó al fuego que allí tenían los soldados, porque hacía la noche fría. Y la portera miró y reconoció a San Pedro con algún cuidado como discípulo de Cristo y llegándose a él le dijo: *¿No eres tú también de los discípulos de este Hombre?* (Jn 18, 17) Esta pregunta de la criada fue con algún desprecio y baldón, de que San Pedro se avergonzó con gran flaqueza y pusilanimidad. Y poseído del temor respondió y dijo: *Yo no soy discípulo suyo.* Y con esta respuesta se deslizó de la conversación y salió fuera de la casa de Anás, aunque luego siguiendo a su Maestro fue a la de Caifás, donde le negó otras dos veces, como adelante diré (Cf. infra n. 1278).

1264. Mayor fue para el divino Maestro el dolor de la negación de San Pedro que el de la bofetada, porque a su inmensa caridad la culpa era contraria y aborrecible y las penas eran amables y dulces por vencer con ellas nuestros pecados. Hecha la primera negación, oró Cristo al Eterno Padre por su Apóstol y dispuso que por medio de la intercesión de María santísima se le previniese la gracia y el perdón para después de las tres negaciones. Estaba la gran Señora a la vista desde su oratorio a todo lo que iba sucediendo, como queda dicho (Cf. supra 1204). Y como en su pecho tenía el propiciatorio y el sacrificio, a su mismo Hijo y Señor sacramentado, convertíase a Él para sus peticiones y afectos amorosos, donde ejercitaba heroicos actos de compasión, agradecimiento, culto y adoración. Cuando la piadosísima Reina conoció la negación de San Pedro, lloró con amargura y nunca cesó en este llanto hasta que entendió no le negaría el Altísimo sus auxilios y que le levantaría de su caída. Sintió asimismo la purísima Madre todos los dolores de las heridas y tormentos de su Hijo, y en las mismas partes de su virginal cuerpo, donde el Señor era lastimado. Y cuando Su Majestad fue atado con las sogas y cadenas sintió ella en las muñecas tantos dolores, que saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, como si fueran atadas y apretadas, y lo mismo sucedió en las demás heridas. Y como a esta pena se juntaba la del corazón, de ver padecer a Cristo nuestro Señor, vino la amantísima Madre a llorar sangre viva, siendo el brazo del Señor el artífice de esta maravilla. Sintió también el golpe de la bofetada de su Hijo santísimo, como si a un mismo tiempo aquella mano sacrílega hubiera herido a Hijo y Madre juntos. Y en esta injuriosa contumelia y en las blasfemias y desacatos llamó a los Santos Ángeles para que con ella engrandecieran y adoraran a su Criador en recompensa de los oprobios que recibía de los pecadores, y con prudentísimas razones, pero muy lamentables y dolorosas, confería con los mismos Ángeles la causa de su amarga compasión y llanto.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1265. Hija mía, a grandes cosas te llama y te convida la divina luz que recibes de los misterios de mi Hijo santísimo y míos, en lo que padecemos por el linaje humano y en el mal retorno que nos da desagradecido e ingrato a tantos beneficios. Tú vives en carne mortal y sujeta a estas ignorancias y flaquezas y, con la fuerza de la verdad que entiendes, se engendran en ti y despiertan muchos movimientos de admiración, de dolor, aflicción y compasión por el olvido, poca aplicación y atención de los mortales a tan grandes sacramentos y por los bienes que pierden en su

flojedad y tibieza. Pues ¿cuál será la ponderación que de esto harán los Ángeles y Santos y la que yo tendré a la vista del Señor, de ver al mundo y el estado de los fieles en tan peligroso estado y formidable descuido, después que mi Hijo santísimo murió y padeció y después que me tienen por Madre, por intercesora y su vida purísima y mía por ejemplo? **De verdad te digo, carísima, que sola mi intercesión y los méritos que represento al Eterno Padre de su Hijo y mío pueden suspender el castigo y aplacar su justa indignación, para que no destruya al mundo y azote rigurosamente a los hijos de la Iglesia que saben la voluntad del Señor y no la cumplen (Lc 12, 47).** Pero yo estoy muy desobligada de hallar tan pocos que se contristen conmigo y consuelen a mi Hijo en sus penas, como dijo el Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 21). Esta dureza será el cargo de mayor confusión contra los malos cristianos el día del juicio, porque conocerán entonces con irreparable dolor que no sólo fueron ingratos sino inhumanos y crueles con mi Hijo santísimo, conmigo y consigo mismos.

1266. Considera, pues, carísima, tu obligación y levántate sobre todo lo terreno y sobre tí misma, porque yo te llamo y te elijo para que me imites y acompañes en lo que me dejan tan sola las criaturas, a quien mi Hijo santísimo y yo tenemos tan beneficiadas y obligadas. Pondera con todas tus fuerzas lo mucho que le costó a mi Señor el reconciliar con su Padre a los hombres y merecerles su amistad. Lloro y aflígete de que tantos vivan en este olvido y que tantos trabajen con todo su conato por destruir y perder lo que costó sangre y muerte del mismo Dios y lo que yo desde mi concepción les procuré y procuro solicitar y granjear para su remedio. **Despierta en tu corazón lastimoso llanto de que en la Iglesia Santa tengan muchos sucesores los Pontífices hipócritas y sacrilegos que con título fingido de piedad condenaron a Cristo:** estando la soberbia y fausto con otras graves culpas autorizada y entronizada, y la humildad, la verdad, la justicia y las virtudes tan oprimidas y abatidas, sólo prevalecen la codicia y la vanidad. La pobreza de Cristo pocos la conocen y menos son los que la abrazan; la santa fe está impedida y no se dilata, por la desmedida ambición de los poderosos del mundo, y en los católicos está muerta y ociosa, y todo lo que ha de tener vida está muerto y se dispone para la perdición; los Consejos del Evangelio están olvidados, los preceptos quebrantados, la caridad casi extinguida. Mi Hijo y Dios verdadero dio sus mejillas con paciencia y mansedumbre para ser herido (Lam 3, 30). ¿Quién perdona una injuria por imitarle? Al contrario ha hecho leyes el mundo, y no sólo los infieles sino los mismos hijos de la fe y de la luz.

1267. En la noticia de estos pecados, quiero que imites lo que hice en la pasión y toda mi vida, que por todos ejercitaba los actos de las virtudes contrarias: por las blasfemias le bendecía, por los juramentos le alababa, por las infidelidades le creía y lo mismo por todas las demás ofensas. Esto quiero que tú hagas en el mundo que vives y conoces. Huye también de los peligros de las criaturas con el ejemplo de San Pedro, que no eres tú más fuerte que el Apóstol y discípulo de Cristo, y si alguna vez cayeres como flaca llora luego con él y busca mi intercesión. Recompensa tus faltas y culpas ordinarias con la paciencia en las adversidades, recíbelas con alegre semblante sin turbación y sin diferencia, sean las que fueren, así de enfermedades como de molestias de criaturas, y también las que siente el espíritu por la contradicción de las pasiones y por la lucha de los enemigos invisibles y espirituales. En todo esto puedes padecer y lo debes tolerar con fe, esperanza y magnanimidad de corazón y ánimo, y te advierto que no hay ejercicio más provechoso y útil para el alma que el del padecer, porque da luz, desengaña, aparta el corazón humano de las cosas terrenas y le lleva al Señor, y Su Majestad le sale al encuentro, porque está con el atribulado y le libra y ampara (Sal 90, 12).

CAPITULO 16

Fue llevado Cristo nuestro Salvador a casa del Pontífice Caifás, donde fue acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y San Pedro le negó otras dos veces; lo que María santísima hizo en este paso y otros misterios ocultos.

1268. Luego que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás las contumelias y bofetada, le remitió este pontífice, atado y preso como estaba, al Pontífice Caifás, que era su suegro y aquel año hacía el oficio de Príncipe y Sumo Sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo, para sustanciar la causa del inocentísimo Cordero. Con la invencible paciencia y mansedumbre que mostraba el Señor de las virtudes (Sal 23, 10) en las injurias que recibía, estaban como atónitos los demonios y llenos de confusión y furor grande, que no se puede explicar con palabras; y como no penetraban las obras interiores de la santísima humanidad, y en las exteriores, por donde en los demás hombres rastrean el corazón, no hallaban movimiento alguno desigual, ni el mansísimo Señor se quejaba, ni suspiraba, ni daba este pequeño alivio a su humanidad, de toda esta grandeza de ánimo se admiraba y atormentaba el dragón como de cosa nueva y nunca vista entre los hombres de condición pasible y flaca. Y con este furor irritaba el enemigo a todos los príncipes, escribas y ministros de los sacerdotes, para que ofendiesen y maltratasen al Señor con abominables oprobios, y en todo lo que el demonio les administraba estaban prontos para ejecutarlo, si la divina voluntad lo permitía.

1269. Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles a nuestro Salvador a casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del Sumo Sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador y Señor de todo el universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido a su poder y jurisdicción, de quien les parecía que ya no se podría defender. ¡Oh secreto de la altísima sabiduría del cielo! ¡Oh estulticia de la ignorancia diabólica y cieguísima torpeza de los mortales! ¡Qué distancia tan inmensa veo entre vosotros y las obras del Altísimo! Cuando el Rey de la gloria poderoso en las batallas (Sal 28) está venciendo a los vicios, a la muerte y al pecado con las virtudes de

paciencia, humildad y caridad, como Señor de todas ellas, entonces piensa el mundo que le tiene vencido y sujeto con su arrogante soberbia y presunción. ¡Qué distancia de pensamientos eran los que tenía Cristo nuestro Señor, de los que poseían aquellos ministros operarios de la maldad! Ofrecía el autor de la vida a su Eterno Padre aquel triunfo que su mansedumbre y humildad ganaba del pecado, rogaba por los sacerdotes, escribas y ministros que le perseguían, presentando su misma paciencia y dolores y la ignorancia de los ofensores. Y la misma petición y oración hizo en aquel mismo punto su beatísima Madre, rogando por sus enemigos y de su Hijo santísimo, acompañándole e imitándole en todo lo que Su Majestad iba obrando, porque le era patente, como muchas veces he repetido (Cf. supra n. 481, 990, etc.). Y entre Hijo y Madre había una dulcísima y admirable consonancia y correspondencia agradable a los ojos del Eterno Padre.

1270. El pontífice Caifás estaba en su cátedra o silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Asístale Lucifer con todos los demonios que vinieron a casa de Anás. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso corderillo, y todos juntos se alegraban como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido a quien se le adelanta. Y de común acuerdo buscaron testigos que sobornados con dádivas y promesas dijese algún falso testimonio contra Jesús nuestro Salvador. Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios que dijeron ni convenían entre sí mismos, ni menos podían ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad. Y para no hallarse confusos trajeron otros dos testigos falsos que depusieron contra Jesús, testificando haberle oído decir que era poderoso para destruir aquel Templo de Dios hecho por manos de hombres y edificar otro en tres días (Mc 14, 58) que no fuese fabricado por ellas. Y tampoco pareció conveniente este falso testimonio, aunque por él pretendían hacer cargo a nuestro Salvador que usurpaba el poder divino y se lo apropiaba a sí mismo. Pero cuando esto fuera así, era verdad infalible y nunca podía ser falso ni presuntuoso, pues Su Majestad era Dios verdadero. Pero el testimonio era falso, porque no había dicho el Señor las palabras como los testigos las referían, entendiéndolas del templo material de Dios; y lo que había dicho en cierta ocasión que expelió del templo a los compradores y vendedores, preguntándole ellos en qué virtud lo hacía, respondió (Jn 2, 19) y fue decirles que desatasen aquel templo, entendiendo el de su santísima humanidad, y que al tercero día resucitaría, como lo hizo en testimonio de su poder divino.

1271. No respondió nuestro Salvador Jesús palabra alguna a todas las calumnias y falsedades que contra su inocencia testificaban. Y viendo Caifás el silencio y paciencia del Señor se levantó de la silla y le dijo: *¿Cómo no respondes a lo que tantos testifican contra ti? (Mc 14, 60-61)* Tampoco a esta pregunta respondió Su Majestad, porque Caifás y los demás, no sólo estaban indispuestos para darle crédito, pero su duplicado intento era que respondiese el Señor alguna razón que le pudiesen calumniar, para satisfacer al pueblo en lo que intentaban contra el Señor y que no conociese le condenaban a muerte sin justa causa. Con este humilde silencio de Cristo nuestro Señor, que podía ablandar el corazón del mal sacerdote, enfurecióse mucho más, porque se le frustraba su malicia. Y Lucifer, que movía a Caifás y a todos los demás, estaba muy atento a todo lo que el Salvador del mundo obraba; aunque el intento de este Dragón era diferente que el del Pontífice, y sólo pretendía irritar la paciencia del Señor, o que hablase alguna palabra por donde pudiera conocer si era Dios verdadero.

1272. Con este intento Lucifer movió la imaginación de Caifás para que con grande saña e imperio hiciese a Cristo nuestro bien aquella nueva pregunta: *Yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito (Mt 26, 63)*. Esta pregunta de parte del Pontífice fue arrojada y llena de temeridad e insipiencia; porque en duda si Cristo era o no era Dios verdadero, tenerle preso como reo en su presencia, era formidable crimen y temeridad, pues aquel examen se debiera hacer por otro modo, conforme a razón y justicia. Pero Cristo nuestro bien, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega lengua. Y en virtud de esta reverencia respondió y dijo: *Tú lo dijiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy yo, asentado a la diestra del mismo Dios y que vendrá en las nubes del cielo (Mt 26, 64)*. Con esta divina respuesta se turbaron los demonios y los hombres con diversos accidentes. Porque Lucifer y sus ministros no la pudieron sufrir, antes bien sintieron una fuerza en ella que los arrojó hasta el profundo, sintiendo gravísimo tormento de aquella verdad que los oprimía. Y no se atreviera a volver a la presencia de Cristo nuestro Salvador, si no dispusiera su altísima providencia que Lucifer volviera a dudar si aquel Hombre Cristo había dicho verdad o no la había dicho para librarse de los judíos. Y con esta duda se esforzaron de nuevo y salieron otra vez a la estacada, porque se reservaba para la cruz el último triunfo, que de ellos y de la muerte había de ganar el Salvador, como adelante veremos (Cf. infra n. 1423), y según la profecía de Habacuc (Hab 3, 2-5).

1273. Pero el pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debía ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez y, rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo a voces: *Blasfemado ha, ¿qué necesidad hay de más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece de esto? (Mt 26, 65)* Esta osadía loca y abominable de Caifás fue verdaderamente blasfemia, porque negó a Cristo el ser Hijo de Dios, que por naturaleza le convenía, y le atribuyó el pecado, que por naturaleza repugnaba a su divina persona. Tal fue la estulticia de aquel inicuo sacerdote, a quien por oficio tocaba conocer la verdad católica y enseñarla, que se hizo execrable blasfemo, cuando dijo que blasfemaba el que era la misma santidad. Y habiendo profetizado poco antes con instinto del Espíritu Santo, en virtud de su dignidad, que convenía muriese un hombre para que toda la gente no pereciese (Jn 11, 50), no mereció por sus pecados entender la misma verdad que profetizaba. Pero como el ejemplo y juicio de los Príncipes y Prelados es tan poderoso para mover a los inferiores y al pueblo, inclinado a la lisonja y adulación de los poderosos, todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús y respondiendo a Caifás

dijeron en altas voces: *Digno es de muerte (Mt 26, 66)*; muera, muera. Y a un mismo tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro y descargaron sobre él su furor diabólico: unos le dieron de bofetadas, otros le hirieron con puntillazos, otros le mesaron los cabellos, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes o pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil con que los judíos trataban a los hombres que reputaban por muy viles.

1274. Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas como las que en esta ocasión se hicieron contra el Redentor del mundo. Y dicen San Lucas (Lc 22, 64) y San Marcos (Mc 14, 65) que le cubrieron el rostro y así cubierto le herían con bofetadas y pescozones y le decían: *Profetiza ahora, profetizanos, pues eres profeta, di quién es el que te hirió*. La causa de cubrirle el rostro fue misteriosa; porque del júbilo con que nuestro Salvador padecía aquellos oprobios y blasfemias —como luego diré— le redundó en su venerable rostro una hermosura y resplandor extraordinario, que a todos aquellos operarios de maldad los llenó de admiración y confusión muy penosa, y para disimularla atribuyeron aquel resplandor a hechicería y arte mágica y tomaron por arbitrio cubrirle al Señor la cara con paño inundo, como indignos de mirarla, y porque aquella luz divina los atormentaba y debilitaba las fuerzas de su diabólica indignación. Todas estas afrentas, baldones y abominables oprobios que padecía el Salvador, los miraba y sentía su santísima Madre con el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes y al mismo tiempo que nuestro Redentor las recibía. Sólo había diferencia, que en Cristo nuestro Señor los dolores eran causados de los golpes y tormentos que le daban los verdugos y en su Madre purísima los obraba la mano del Altísimo por voluntad de la misma Señora. Y aunque naturalmente con la fuerza de los dolores y angustias interiores llegaba a querer desfallecer la vida, pero luego era confortada con la virtud divina, para continuar en el padecer con su amado Hijo y Señor.

1275. Las obras interiores que el Salvador hacía en esta ocasión de tan inhumanas y nuevas afrentas, no pueden caer debajo de razones y capacidad humana. Sólo María santísima las conoció con plenitud, para imitarlas con suma perfección. Pero como el divino Maestro en la escuela de la experiencia de sus dolores iba deprendiendo la compasión de los que habían de imitarle y seguir su doctrina (Heb 5, 8), convirtiéndose más a santificarlos y bendecirlos en la misma ocasión que con su ejemplo les enseñaba el camino estrecho de la perfección. Y en medio de aquellos oprobios y tormentos, y en los que después se siguieron, renovó Su Majestad sobre sus escogidos y perfectos las bienaventuranzas que antes les había ofrecido y prometido (Mt 5, 3ss). Miró a los pobres de espíritu, que en esta virtud le habían de imitar, y dijo: Bienaventurados seréis en vuestra desnudez de las cosas terrenas, porque con mi pasión y muerte he de vincular el reino de los cielos como posesión segura y cierta de la pobreza voluntaria. Bienaventurados serán los que con mansedumbre sufrieren y llevaren las adversidades y tribulaciones, porque, a más del derecho que adquieren a mi gozo por haberme imitado, poseerán la tierra de las voluntades y corazones humanos con la apacible conversación y suavidad de la virtud. Bienaventurados los que sembrando con lágrimas lloraren (Sal 125, 5), porque en ellas recibirán el pan de entendimiento y vida y cogerán después el fruto de la alegría y gozo sempiterno.

1276. Benditos serán también los que tuvieron hambre y sed de la justicia y verdad, porque yo les merezco satisfacción y hartura que excederá a todos sus deseos, así en la gracia como en el premio de la gloria. Benditos serán los que se compadecieren con misericordia de aquellos que los ofenden y persiguen, como yo lo hago, perdonándolos y ofreciéndoles mi amistad y gracia, si la quieren admitir, que yo les prometo en nombre de mi Padre larga misericordia. Sean benditos los limpios de corazón, que me imitan y crucifican su carne para conservar la pureza del espíritu; yo les prometo la visión de paz y que lleguen a la de mi divinidad por mi semejanza y participación. Benditos sean los pacíficos, que sin buscar su derecho no resisten a los malos y los reciben con corazón sencillo y quieto sin venganza; ellos serán llamados hijos míos, porque imitaron la condición de su Padre celestial y yo los concibo y escribo en mi memoria y en mi mente para adoptarlos por míos. Y los que padecieren persecución por la justicia, sean bienaventurados y herederos de mi reino celestial, porque padecieron conmigo, y donde yo estaré quiero que estén eternamente conmigo (Jn 12, 26). Alegraos, pobres; recibid consolación los que estáis y estaréis tristes; celebrad vuestra dicha los pequeñuelos y despreciados del mundo; los que padecéis con humildad y sufrimiento, padeced con interior regocijo; pues todos me seguís por las sendas de la verdad. Renunciad la vanidad, despreciad el fausto y arrogancia de la soberbia de Babilonia falsa y mentirosa, pasad por el fuego y las aguas de la tribulación hasta llegar a mí, que soy luz, verdad y vuestra guía para el eterno descanso y refrigerio.

1277. En estas obras tan divinas y otras peticiones por los pecadores, estaba ocupado nuestro Salvador Jesús, mientras el concilio de los malignantes le rodeaba, y como rabiosos canes —según dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 21, 17)— le embestían y cargaban de afrentas, oprobios, heridas y blasfemias. Y la Madre Virgen, que a todo estaba atenta, le acompañaba en lo que hacía y padecía; porque en las peticiones hizo la misma oración por los enemigos, y en las bendiciones que dio su Hijo santísimo a los justos y predestinados se constituyó la divina Reina por su Madre, amparo y protectora, y en nombre de todos hizo cánticos de alabanza y agradecimiento porque a los despreciados del mundo y pobres les dejaba el Señor tan alto lugar de su divina aceptación y agrado. Y por esta causa y las que conoció en estas obras interiores de Cristo nuestro Señor, hizo con incomparable fervor nueva elección de los trabajos y desprecios, tribulaciones y penas para lo restante de la pasión y de su vida santísima.

1278. A nuestro Salvador Jesús había seguido San Pedro desde la casa de Anás a la de Caifás, aunque algo de lejos, porque siempre le tenía acobardado el miedo de los judíos, pero venciale en parte con el amor que a su Maestro tenía y

con el esfuerzo connatural de su corazón. Y entre la multitud que entraba y salía en casa de Caifás, no fue dificultoso introducirse el Apóstol, abrigado también de la oscuridad de la noche. En las puertas del zaguán le miró otra criada, que era portera como la de la casa de Anás, y acercándose a los soldados, que también allí estaban al fuego, les dijo: *Este hombre es uno de los que acompañaban a Jesús Nazareno*. Y uno de los circunstantes le dijo: *Tú verdaderamente eres galileo y uno de ellos (Mc 14, 67.71; Lc 22, 48)*. Nególo San Pedro, afirmando con juramento que no era discípulo de Jesús, y con esto se desvió del fuego y conversación. Pero aunque salió fuera del zaguán, no se fue ni se pudo apartar hasta ver el fin del Salvador, porque lo detenía el amor y compasión natural de los trabajos en que le dejaba. Y andando el Apóstol rodeando y acechando por espacio o tiempo de una hora en la misma casa de Caifás, le conoció un pariente de Malco, a quien él había cortado la oreja, y le dijo: *Tú eres galileo y discípulo de Jesús, y yo te vi con él en el huerto (Lc 22, 59; Jn 18, 26)*. Entonces San Pedro cobró mayor miedo viéndose conocido y comenzó a negar y maldecirse de que no conocía aquel Hombre. Y luego cantó el gallo segunda vez y se cumplió puntualmente la sentencia y prevención que su divino Maestro había hecho, de que le negaría aquella noche tres veces antes que cantase el gallo dos.

1279. Anduvo el Dragón infernal muy codicioso contra San Pedro para destruirle, y el mismo Lucifer movió a las criadas de los pontífices primero, como más livianas, y después a los soldados, para que unos y otros afligiesen al Apóstol con su atención y preguntas, y a él le turbó con grandes imaginaciones y crueldad, después que le vio en el peligro, y más cuando comenzaba a blandear. Y con esta vehemente tentación, la primera negación fue simple, la segunda con juramento y a la tercera añadió anatemas y execraciones contra sí mismo; que por este modo, de un pecado menor se viene a otro mayor, oyendo a la crueldad de nuestros enemigos. Pero San Pedro oyendo el canto del gallo se acordó del aviso de su divino Maestro, porque Su Majestad le miró con su liberal misericordia. Y para que le mirase intervino la piedad de la gran Reina del mundo, porque en el cenáculo, donde estuvo, conoció las negaciones y el modo y causas con que el Apóstol las había hecho, afligido del temor natural y mucho más de la crueldad de Lucifer. Postróse luego en tierra la divina Señora y con lágrimas pidió por San Pedro, representando su fragilidad con los méritos de su Hijo santísimo. El mismo Señor despertó el corazón de Pedro y le reprendió benignamente, mediante la luz que le envió para que conociese su culpa y la llorase. Al punto se salió el Apóstol de la casa del Pontífice, rompiendo su corazón con íntimo dolor y lágrimas por su caída, y para llorarla con amargura se fue a una cueva, que ahora llaman del Gallicanto, donde lloró con confusión y dolor vivo; y dentro de tres horas volvió a la gracia y alcanzó perdón de sus delitos, aunque los impulsos y santas inspiraciones se continuaron siempre. Y la purísima Madre y Reina del cielo envió uno de sus Ángeles que ocultamente le consolase y moviese con esperanza al perdón, porque con el desmayo de esta virtud no se le retardase. Fue el Santo Ángel con orden de que no se le manifestase, por haber tan poco que el Apóstol había cometido su pecado. Todo lo ejecutó el Ángel sin que San Pedro le viese, y quedó el gran penitente confortado y consolado con las inspiraciones del Ángel y perdonado por intercesión de María santísima.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.

1280. Hija mía, el sacramento misterioso de los oprobios, afrentas y desprecios que padeció mi Hijo santísimo, es un libro cerrado que sólo se puede abrir y entender con la divina luz, como tú lo has conocido y en parte se te ha manifestado, aunque escribes mucho menos de lo que entiendes, porque no lo puedes todo declarar. Pero como se te despliega y hace patente en el secreto de tu corazón, quiero que quede en él escrito y que en la noticia de este ejemplar vivo y verdadero estudies la divina ciencia que la carne ni la sangre no te pueden enseñar, porque ni la conoce el mundo ni merece conocerla. Esta filosofía divina consiste en aprender y amar la felicísima suerte de los pobres, de los humildes, de los afligidos, despreciados y no conocidos entre los hijos de la vanidad. Esta escuela estableció mi Hijo santísimo y amantísimo en su Iglesia, cuando en el monte predicó y propuso a todos las ocho bienaventuranzas. Y después, como catedrático que ejecuta la doctrina que enseña, la puso en práctica, cuando en la pasión y oprobios renovó los capítulos de esta ciencia que en sí mismo ejecutaba, como lo has escrito (Cf. supra n. 1275). Pero con todo eso, aunque la tienen presente los católicos y está pendiente ante ellos este libro de la vida, son muy pocos y contados los que entran en esta escuela y estudian en este libro, e infinitos los estultos y necios que ignoran esta ciencia, porque no se disponen para ser enseñados en ella.

1281. Todos aborrecen la pobreza y están sedientos de las riquezas, sin que les desengañe su falacia. Infinitos son los que siguen a la ira y la venganza y desprecian la mansedumbre. Pocos lloran sus miserias verdaderas, y trabajan muchos por la consolación terrena; apenas hay quien ame la justicia y quien no sea injusto y desleal con sus prójimos. La misericordia está extinguida, la limpieza de los corazones violada y oscurecida, la paz estragada: nadie perdona, ni quiere padecer, no sólo por la justicia, pero mereciendo de justicia padecer muchas penas y tormentos huyen todos injustamente de ellos. Con esto, carísima, hay pocos bienaventurados a quien les alcancen las bendiciones de mi Hijo santísimo y las mías. Y muchas veces se te ha manifestado el enojo y justa indignación del Altísimo contra los profesores de la fe, porque, a vista de su ejemplar y Maestro de la vida, viven casi como infieles; y muchos son más aborrecibles porque ellos son los que de verdad desprecian el fruto de la redención que confiesan y conocen y en la tierra de los santos obran la maldad con impiedad y se hacen indignos del remedio que con mayor misericordia se les puso en las manos.

1282. De ti, hija mía, quiero trabajos por llegar a ser bienaventurada, siguiéndome por imitación perfecta, según las fuerzas de la gracia que recibes, para entender esta doctrina escondida de los prudentes y sabios del mundo. Cada día te manifiesto nuevos secretos de mi sabiduría, para que tu corazón se encienda y te alientes extendiendo tus manos a

cosas fuertes. Y ahora te añado un ejercicio que yo hice, que en parte puedas imitarme. Ya sabes que desde el primer instante de mi concepción fui llena de gracia, sin la mácula del pecado original y sin participar sus efectos; y por este singular privilegio fui desde entonces bienaventurada en las virtudes sin sentir la repugnancia ni contradicción que vencer, ni hallarme deudora de qué pagar ni satisfacer por culpas propias mías. Con todo esto, la divina ciencia me enseñó que por ser hija de Adán en la naturaleza que había pecado, aunque no en la culpa cometida, debía humillarme más que el polvo. Y porque yo tenía sentidos de la misma especie de aquellos con que se había cometido la inobediencia y sus malos efectos que entonces y después se sienten en la condición humana, debía yo por solo este parentesco mortificarlos, humillarlos y privarlos de la inclinación que en la misma naturaleza tenían. Y procedía como una hija fidelísima de familias, que la deuda de su padre y de sus hermanos, aunque a ella no la alcanza, la tiene por propia y procura pagarla y satisfacer por ella con tanto más diligencia, cuanto ama a su padre y hermanos y ellos menos pueden pagarla y desempeñarse, y nunca descansa hasta conseguirlo. Esto mismo hacía yo con todo el linaje humano, cuyas miserias y delitos lloraba; y porque era hija de Adán mortificaba en mí los sentidos y potencias con que él pecó y me humillaba como corrida y rea de su pecado e inobediencia, aunque no me tocaba, y lo mismo hacía por los demás que en la naturaleza son mis hermanos. No puedes tú imitarme en las condiciones dichas, porque eres participante de la culpa. Pero eso mismo te obliga a que me imites en lo demás que yo obraba sin ella, pues al tenerla, y la obligación de satisfacer a la divina justicia, te ha de compeler a trabajar sin cesar por ti y los prójimos y a humillarte hasta el polvo, porque el corazón contrito y humillado inclina a la verdadera piedad para usar de misericordia.

CAPITULO 17

Lo que padeció nuestro Salvador Jesús después de la negación de San Pedro hasta la mañana y el dolor grande de su Madre santísima.

1283. Este paso dejaron en silencio los Sagrados Evangelistas sin haber declarado dónde y qué padeció el autor de la vida después de la negación de San Pedro y oprobios que Su Majestad recibió en casa de Caifás y en su presencia hasta la mañana, cuando todos refieren la nueva consulta que hicieron para presentarle a Pilatos, como se verá en el capítulo siguiente. Yo dudaba en proseguir este paso y manifestar lo que de él se me ha dado a entender, porque juntamente se me ha mostrado que no todo se conocerá en esta vida, ni conviene se diga a todos, porque el día del juicio se harán patentes a los hombres éste y otros sacramentos de la vida y pasión de nuestro Redentor. Y para lo que yo puedo manifestar, no hallo razones adecuadas a mi concepto, y menos al objeto que concibo, porque todo es inefable y sobre mi capacidad. Pero obedeciendo diré lo que alcanzo, para no ser reprendida porque callé la verdad, que tanto confunde y condena nuestra vanidad y olvido. Yo confieso en presencia del cielo mi dureza, pues no muero de confusión y dolor por haber cometido culpas que costaron tanto al mismo Dios que me dio el ser y vida que tengo. No podemos ya ignorar la fealdad y peso del pecado, pues hizo tal estrago en el mismo autor de la gracia y de la gloria. Yo seré la más ingrata de todos los nacidos, si desde hoy no aborreciere la culpa más que a la muerte y como al mismo demonio, y esta deuda intimo y amonesto a todos los católicos hijos de la Iglesia Santa.

1284. Con los oprobios que recibió Cristo nuestro bien en presencia de Caifás quedó la envidia del ambicioso pontífice y la ira de sus coligados y ministros muy cansada aunque no saciada. Pero, como ya era pasada la media noche, determinaron los del concilio, que mientras dormían quedase nuestro Salvador a buen recado y seguro de que no huyese hasta la mañana. Para esto le mandaron encerrar atado como estaba en un sótano que servía de calabozo para los mayores ladrones y facinerosos de la república. Era esta cárcel tan oscura que casi no tenía luz y tan inmundada y de mal olor que pudiera infestar la casa, si no estuviera tan tapada y cubierta, porque había muchos años que no la habían limpiado ni purificado, así por estar muy profunda como porque las veces que servía para encerrar tan malos hombres no reparaban en meterlos en aquel horrible calabozo, como a gente indigna de toda piedad y bestias indómitas y fieras.

1285. Ejecutóse lo que mandó el concilio de maldad, y los ministros llevaron y encarcelaron al Criador del cielo y de la tierra en aquel inmundo y profundo calabozo. Y como siempre estaba aprisionado en la forma que vino del huerto, pudieron estos obradores de la iniquidad continuar a su salvo la indignación que siempre el príncipe de las tinieblas les administraba, porque llevaron a Su Majestad tirando de las sogas y casi arrastrándole con inhumano furor y cargándole de golpes y blasfemias execrables. En un ángulo de lo profundo de este sótano salía del suelo un escollo o punta de un peñasco tan duro, que por eso no le habían podido romper. Y en esta peña, que era como un pedazo de columna, ataron y amarraron a Cristo nuestro bien con los extremos de las sogas, pero con un modo desapiadado; porque dejándole en pie, le pusieron de manera que estuviese amarrado y juntamente inclinado el cuerpo, sin que pudiera estar sentado, ni tampoco levantado derecho el cuerpo para aliviarse, de manera que la postura vino a ser nuevo tormento y en extremo penoso. Con esta forma de prisión le dejaron y le cerraron las puertas con llave, entregándola a uno de aquellos pésimos ministros que cuidase de ella.

1286. Pero el Dragón infernal en su antigua soberbia no sosegaba y siempre deseaba saber quién era Cristo, e irritando su inmutable paciencia inventó otra nueva maldad, revistiéndose en aquel depravado ministro y en otros. Puso en la imaginación del que tenía la llave del divino preso y del mayor tesoro que posee el cielo y la tierra, que convidase a otros de sus amigos de semejantes costumbres que él, para que todos juntos bajasen al calabozo donde estaba el Maestro de la vida a tener con él un rato de entretenimiento, obligándole a que hablase y profetizase, o

hiciese alguna cosa inaudita, porque tenían a Su Majestad por mágico y adivino. Y con esta diabólica sugestión convidó a otros soldados y ministros, y determinaron ejecutarlo. Pero en el ínterin que se juntaron, sucedió que la multitud de Ángeles que asistían al Redentor en su pasión, luego que le vieron amarrado en aquella postura tan dolorosa y en lugar tan indigno e inmundo, se postraron ante su acatamiento, adorándole por su Dios y Señor verdadero, y dieron a Su Majestad tanto más profunda reverencia y culto cuanto era más admirable en dejarse tratar con tales oprobios por el amor que tenía a los mismos hombres. Cantáronle algunos himnos y cánticos de los que su Madre purísima había hecho en alabanza suya, como arriba dije (Cf. supra n. 1277). Y todos los espíritus celestiales le pidieron en nombre de la misma Señora que, pues no quería mostrar el poder de su diestra en aliviar su humanidad santísima, les diese a ellos licencia para que le desatasen y aliviasen de aquel tormento y le defendiesen de aquella cuadrilla de ministros que instigados del demonio se prevenían para ofenderle de nuevo.

1287. No admitió Su Majestad este obsequio de los Ángeles y les respondió diciendo: Espíritus y ministros de mi Eterno Padre, no es mi voluntad recibir ahora alivio en mi pasión, y quiero padecer estos oprobios y tormentos, para satisfacer a la caridad ardiente con que amo a los hombres y dejar a mis escogidos y amigos este ejemplo, para que me imiten y en la tribulación no desfallezcan, y para que todos estimen los tesoros de la gracia, que les merecí con abundancia por medio de estas penas. Y quiero asimismo justificar mi causa, para que el día de mi indignación sea patente a los réprobos la justicia con que son condenados por haber despreciado mi acerbísima pasión, que recibí para buscarles el remedio. A mi Madre diréis que se consuele en esta tribulación, mientras llega el día de la alegría y descanso, que me acompañe ahora en el obrar y padecer por los hombres, que de su afecto compasivo y de todo lo que hace recibo agrado y complacencia.—Con esta respuesta fueron los Santos Ángeles a su gran Reina y Señora y con la embajada sensible la consolaron, aunque por otra noticia no ignoraba la voluntad de su Hijo santísimo y todo lo que sucedía en casa del pontífice Caifás. Y cuando conoció la nueva crueldad con que dejaron amarrado al Cordero del Señor y la postura de su cuerpo santísimo tan penosa y dura, sintió la purísima Madre el mismo dolor en su purísima persona, como también sintió el de los golpes, bofetadas y oprobios que hicieron contra el autor de la vida; porque todo resonaba como un milagroso eco en el virginal cuerpo de la candidísima paloma, y un mismo dolor y pena hería al Hijo y a la Madre, y un cuchillo los traspasaba, diferenciándose en que padecía Cristo como Hombre-Dios y Redentor único de los hombres y María santísima como pura criatura y coadjutora de su Hijo santísimo.

1288. Cuando conoció que Su Majestad daba permiso para que entrase en la cárcel aquella vilísima canalla de ministros, incitados por el demonio, hizo la amorosa Madre amargo llanto por lo que había de suceder. Y previniendo los intentos sacrílegos de Lucifer, estuvo muy atenta para usar de la potestad de Reina y no consentir se ejecutase contra la persona de Cristo nuestro bien acción alguna indecente, como la intentaba el Dragón por medio de la crueldad de aquellos infelices hombres. Porque si bien todas eran indignas y de suma irreverencia para la persona divina de nuestro Salvador, pero en algunas podía haber menos decencia, y éstas las procuraba introducir el enemigo para provocar la indignación del Señor, cuando con las demás que había intentado no podía irritar su mansedumbre. Fueron tan raras y admirables, heroicas y extraordinarias las obras que hizo la gran Señora en esta ocasión y en todo el discurso de la pasión, que ni se pueden dignamente referir ni alabar, aunque se escribieran muchos libros de solo este argumento, y es fuerza remitirlo a la visión de la divinidad, porque en esta vida es inefable para decirlo.

1289. Entraron, pues, en el calabozo aquellos ministros del pecado, solemnizando con blasfemias la fiesta que se prometían con las ilusiones y escarnios que determinaban ejecutar contra el Señor de las criaturas. Y llegándose a él comenzaron a escupirle asquerosamente y darle de bofetadas con increíble mofa y desacato. No respondió Su Majestad ni abrió su boca, no alzó sus soberanos ojos, guardando siempre humilde serenidad en su semblante. Deseaban aquellos ministros sacrílegos obligarle a que hablase o hiciese alguna acción ridícula o extraordinaria, para tener más ocasión de celebrarle por hechicero y burlarse de él, y como vieron aquella mansedumbre inmutable se dejaron irritar más de los demonios que asistían con ellos. Desataron al divino Maestro de la peña donde estaba amarrado y le pusieron en medio del calabozo, vendándole los sagrados ojos con un paño, y puesto en medio de todos le herían con puñadas, pescozones y bofetadas, uno a uno, cada cual a porfía, con mayor escarnio y blasfemia, mandándole que adivinase y dijese quién era el que le daba. Este linaje de blasfemias replicaron los ministros en esta ocasión, más que en presencia de Anás, cuando refieren San Mateo (Mt 26, 67), San Marcos (Mc 14, 65) y San Lucas (Lc 2264) este caso, comprendiendo tácitamente lo que sucedió después.

1290. Callaba el Cordero mansísimo a esta lluvia de oprobios y blasfemias, y Lucifer, que estaba sediento de que hiciese algún movimiento contra la paciencia, se atormentaba de verla tan inmutable en Cristo nuestro Señor, y con infernal consejo puso en la imaginación de aquellos sus esclavos y amigos que le desnudasen de todas sus vestiduras y le tratasen con palabras y acciones fraguadas en el pecho de tan execrable demonio. No resistieron los soldados a esta sugestión y quisieron ejecutarla. Este abominable sacrilegio estorbó la prudentísima Señora con oraciones, lágrimas y suspiros y usando del imperio de Reina, porque pedía al Eterno Padre no concurriese con aquellas causas segundas para tales obras, y a las mismas potencias de los ministros mandó no usasen de la virtud natural que tenían para obrar. Con este imperio sucedió que nada pudieron ejecutar aquellos sayones de cuanto el demonio y su malicia en esto les administraba, porque muchas cosas se les olvidaban luego, otras que deseaban no tenían fuerzas para ejecutarlas, porque quedaban como helados y pasmados los brazos hasta que retrataban su inicua determinación. Y en mudándola volvían a su natural estado, porque aquel milagro no era entonces para castigarlos, sino para sólo impedir las acciones más indecentes y consentir las que menos lo eran, o las de otra especie de irreverencia que el Señor quería permitir.

1291. Mandó también la poderosa Reina a los demonios que enmudeciesen y no incitasen a los ministros en aquellas maldades indecentes que Lucifer intentaba y quería proseguir. Y con este imperio quedó el Dragón quebrantado en cuanto a lo que se extendía la voluntad de María santísima y no pudo irritar más la indignación estulta de aquellos depravados hombres, ni ellos pudieron hablar ni hacer cosa indecente, más de en la materia que se les permitió. Pero con experimentar en sí mismos aquellos efectos tan admirables como desacostumbrados, no merecieron desengañarse ni conocer el poder divino, aunque unas veces se sentían como baldados y otras libres y sanos, y todo de improviso, y lo atribuían a que el Maestro de la verdad y de la vida era hechicero y mágico. Y con este error diabólico perseveraron en hacer otros géneros de burlas injuriosas y tormentos a la persona de Cristo, hasta que conocieron corría ya muy adelante la noche y entonces volvieron a amarrarle de nuevo al peñasco y dejándole atado se salieron ellos y los demonios. Fue orden de la divina Sabiduría cometer a la virtud de María santísima la defensa de la honestidad y decencia de su Hijo purísimo en aquellas cosas que no convenía ser ofendida del consejo de Lucifer y sus ministros.

1292. Quedó solo otra vez nuestro Salvador en aquel calabozo, asistido de los espíritus angélicos, llenos de admiración de las obras y secretos juicios de Su Majestad en lo que había querido padecer, y por todo le dieron profundísima adoración y le alabaron magnificando y exaltando su santo nombre. Y el Redentor del mundo hizo una larga oración a su Eterno Padre, pidiendo por los hijos futuros de su Iglesia evangélica y dilatación de la fe y por los Apóstoles, especialmente por San Pedro, que estaba llorando su pecado. Pidió también por los que le habían injuriado y escarnecido, y sobre todo convirtió su petición para su Madre santísima y por los que a su imitación fuesen afligidos y despreciados del mundo y por todos estos fines ofreció su pasión y muerte que esperaba. Al mismo tiempo le acompañó la dolorosa Madre con otra larga oración y con las mismas peticiones por los hijos de la Iglesia y por sus enemigos, y sin turbarse ni recibir indignación ni aborrecimiento contra ellos; sólo contra el demonio le tuvo, como incapaz de la gracia por su irreparable obstinación. Y con llanto doloroso habló con el Señor y le dijo:

1293. Amor y bien de mi alma, Hijo y Señor mío, digno sois de que todas las criaturas os reverencien, honren y alaben, que todo os lo deben, porque sois imagen del Eterno Padre y figura de su sustancia, infinito en vuestro ser y perfecciones, sois principio y fin de toda santidad. Si ellas sirven a vuestra voluntad con rendimiento, ¿cómo ahora, Señor y bien eterno, desprecian, vituperan, afrentan y atormentan vuestra persona digna de supremo culto y adoración?, ¿cómo se ha levantado tanto la malicia de los hombres?, ¿cómo se ha desmandado la soberbia hasta poner su boca en el cielo?, ¿cómo ha sido tan poderosa la envidia? Vos sois el único y claro sol de justicia que alumbrá y destierra las tinieblas del pecado. Sois la fuente de la gracia, que a ninguno se niega si la quiere. Sois el que por liberal amor dais el ser y movimiento a los que le tienen en la vida y conservación a las criaturas, y todo pende y necesita de Vos sin que nada hayáis menester. Pues ¿qué han visto en vuestras obras? ¿Qué han hallado en vuestra persona, para que así la maltraten y vituperen? ¡Oh fealdad atrocísima del pecado, que así has podido desfigurar la hermosura del cielo y oscurecer los claros soles de su venerable rostro! ¡Oh cruenta fiera que tan sin humanidad tratas al mismo Reparador de tus daños! Pero ya, Hijo y Dueño mío, conozco que sois Vos el Artífice del verdadero amor, el Autor de la salvación humana, el Maestro y Señor de las virtudes, que en Vos mismo ponéis en práctica la doctrina que enseñáis a los humildes discípulos de Vuestra escuela. Humilláis la soberbia, confundís la arrogancia y para todos sois ejemplo de salvación eterna. Y si queréis que todos imiten Vuestra inefable paciencia, a mí me toca la primera, que administré la materia y Os vestí de carne pasible en que sois herido, escupido y abofeteado. ¡Oh si yo sola padeciera tantas penas y Vos, inocentísimo Hijo mío, estuvierais sin ellas! Y si esto no es posible, padezca yo con Vos hasta la muerte. Y vosotros, espíritus soberanos, que admirados de la paciencia de mi amado conocéis su deidad incommutable y la inocencia y dignidad de su verdadera humanidad, recompensad las injurias y blasfemias que recibe de los hombres. Dadle testimonio de su magnificencia y gloria, sabiduría, honor, virtud y fortaleza (Ap 5, 12). Convidad a los cielos, planetas, estrellas y elementos para que todos le conozcan y confiesen; y ved si por ventura hay otro dolor que se iguale al mío (Lam 1, 12).—Estas razones tan dolorosas y otras semejantes decía la purísima Señora, con que descansaba algún tanto en la amargura de su pena y dolor.

1294. Fue incomparable la paciencia de la divina Princesa en la muerte y pasión de su amantísimo Hijo y Señor, porque jamás le pareció mucho lo que padecía, ni la balanza de los trabajos igualaba a la de su afecto, que medía con el amor y con la dignidad de su Hijo santísimo y sus tormentos, ni en todas las injurias y desacatos que se hacían contra el mismo Señor se hizo parte para sentirlos por sí misma, ni los reputó por propios, aunque todos los conoció y lloró en cuanto eran contra la Divina Persona y en daño de los agresores, y por todos oró y rogó, para que el Muy Alto los perdonase y apartase de pecado y de todo mal y los ilustrase con su divina luz para conseguir el fruto de la Redención.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1295. Hija mía, escrito está en el evangelio (Jn 5, 27) que el Padre Eterno dio a su Unigénito y mío la potestad para juzgar y condenar a los réprobos el último día del juicio universal. Y esto fue muy conveniente, no sólo para que entonces vean todos los juzgados y reos al Juez supremo que conforme a la voluntad y rectitud divina los condenará, sino también para que vean y conozcan aquella misma forma de su humanidad santísima en que fueron redimidos y se le manifiesten en ella los tormentos y oprobios que padeció para rescatarlos de la eterna condenación; y el mismo Señor y Juez que los ha de juzgar les hará este cargo. Al cual así como no podrán responder ni satisfacer, así será esta confusión el principio de la pena eterna que merecieron con su ingratitud obstinada, porque entonces se hará notoria y patente la grandeza de la misericordia piadosísima con que fueron redimidos y la razón de la justicia con que

son condenados. Grande fue el dolor, acerbísimas las penas y amarguras que había padecido mi Hijo santísimo, porque no habían de lograr todos el fruto de la Redención, y esto traspasó mi corazón al tiempo que le atormentaban, juntamente el verle escupido, abofeteado, blasfemado y afligido con tan impíos tormentos, que no se pueden conocer en la vida presente y mortal. Yo lo conocí digna y claramente, y a la medida de esta ciencia fue mi dolor, como lo era el amor y reverencia de la persona de Cristo, mi Señor y mi Hijo. Pero después de estas penas fueron las mayores por conocer que, con haber padecido Su Majestad tal muerte y pasión por los hombres, se habían de condenar tantos a vista de aquel infinito valor.

1296. En este dolor también quiero que me acompañes y me imites y te lastimes de esta lamentable desdicha, que entre los mortales no hay otra digna de ser llorada con llanto lastimoso, ni dolor que se compare a éste. Pocos hay en el mundo que adviertan en esta verdad con la ponderación que se debe. Pero mi Hijo y yo admitimos con especial agrado a los que nos imitan en este dolor y se afligen por la perdición de tantas almas. Procura tú, carísima, señalarte en este ejercicio y pide, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo. Pero has de saber sus promesas, que al que pidiere le darán y a quien llamare le abrirán la puerta de sus tesoros infinitos. Y para que tengas qué ofrecerle, escribe en tu memoria lo que padeció mi Hijo santísimo y tu Esposo por mano de aquellos ministros viles y depravados hombres y la invencible paciencia, mansedumbre y silencio con que se sujetó a su inicua voluntad. Y con este dechado, desde hoy trabaja para que en ti no reine la irascible, ni otra pasión de hija de Adán, y se engendre en tu pecho un aborrecimiento eficaz del pecado de la soberbia, de despreciar y ofender al prójimo. Y pide y solicita con el Señor la paciencia, mansedumbre, apacibilidad y amor a los trabajos y cruz del Señor. Abrázate con ella, tómalas con piadoso afecto y sigue a Cristo tu esposo, para que le alcances.

CAPITULO 18

Júntase el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús, remítente a Pilatos y sale al encuentro María santísima con San Juan Evangelista y las tres Marías.

1297. El viernes por la mañana en amaneciendo, dicen los Evangelistas (Mt 27, 1; Mc 15, 1; Lc 22, 66; Jn 18, 28), se juntaron los más ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley eran más respetados del pueblo, para que de común acuerdo se sustanciara la causa de Cristo y fuera condenado a muerte como todos deseaban, dándole algún color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del Pontífice Caifás, donde Su Majestad estaba preso. Y para examinarle de nuevo mandaron que le subiesen del calabozo a la sala del concilio. Bajaron luego a traerle atado y preso aquellos ministros de justicia y, llegando a soltarle de aquel peñasco que queda dicho (Cf. supra n. 1285), le dijeron con gran risa y escarnio: Ea, Jesús Nazareno, y qué poco te han valido tus milagros para defenderte. No fueran buenos ahora para escaparte aquellos artes con que decías que en tres días edificarías el templo, mas aquí pagarás ahora tus vanidades, y se humillarán tus altos pensamientos; ven, ven, que te aguardan los príncipes de los sacerdotes y escribas para dar fin a tus embustes y entregarte a Pilatos, que acabe de una vez contigo.—Desataron al Señor y subiéronle al concilio, sin que Su Majestad desplegara su boca. Pero de los tormentos, bofetadas y salivas de que, como estaba, atadas las manos, no se había podido limpiar, estaba tan desfigurado y flaco, que causó espanto, pero no compasión, a los del concilio. Tal era la ira que contra el Señor habían contraído y concebido.

1298. Preguntáronle de nuevo que les dijese si él era Cristo, que quiere decir el ungido. Y esta segunda pregunta fue con intención maliciosa, como las demás, no para oír la verdad y admitirla, sino para calumniarla y ponérsela por acusación. Pero el Señor, que así quería morir por la verdad, no quiso negarla, ni tampoco confesarla de manera que la despreciasen y tomase la calumnia algún color aparente, porque aun éste no podía caber en su inocencia y sabiduría. Y así templó la respuesta de tal suerte, que si tuvieran los fariseos alguna piedad tuvieran también ocasión de inquirir con buen celo el sacramento escondido en sus razones, y si no la tenían se entendiese que la culpa estaba en su mala intención y no en la respuesta del Salvador. Respondióles y dijo: Si yo afirmo que soy el que me preguntáis, no daréis crédito a lo que dijere, y si os preguntare algo tampoco me responderéis ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, después de esto, se asentará a la diestra de la virtud de Dios.—Replicaron los pontífices: ¿Luego tú eres Hijo de Dios?—Respondió el Señor: Vosotros decís que yo soy (Lc 22, 67-70).—Y fue lo mismo que decirles: Muy legítima es la consecuencia que habéis hecho, que yo soy Hijo de Dios, porque mis obras y doctrina y vuestras Escrituras y todo lo que ahora hacéis conmigo testifican que yo soy Cristo, el prometido en la ley.

1299. Pero como aquel concilio de malignantes no estaba dispuesto para dar asenso a la verdad divina, aunque ellos mismos la colegían por buenas consecuencias y la podían creer, ni la entendieron ni le dieron crédito, antes la juzgaron por blasfemia digna de muerte. Y viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes había confesado, respondieron todos: ¿Qué necesidad tenemos de más testigos, pues él mismo nos lo confiesa por su boca? (Lc 22, 71)—Y luego de común acuerdo decretaron, que como digno de muerte fuese llevado y presentado a Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal. Y según las leyes del imperio romano, las causas de sangre o de muerte estaban reservadas al senado o emperador, o a sus ministros que gobernaban las provincias remotas, y no se las dejaban a los mismos naturales; porque negocios tan graves, como quitar la vida, querían que se mirase con mayor atención y que ningún reo fuese condenado sin ser oído y darle tiempo y lugar para su defensa y descargo, porque en este orden de justicia se ajustaban los romanos más que otras naciones a la ley natural de la razón. Y en la causa de Cristo nuestro bien se holgaron los pontífices y escribas de

que la muerte que deseaban darle fuese por sentencia de Pilatos, que era gentil, para cumplir con el pueblo con decir que el gobernador romano le había condenado y que no lo hiciera si no fuera digno de muerte. Tanto como esto les oscurecía el pecado y la hipocresía, como si ellos no fueran los autores de toda la maldad y más sacrílegos que el juez de los gentiles; y así ordenó el Señor que se manifestase a todos con lo mismo que hicieron con Pilatos, como luego veremos.

1300. Llevaron los ministros a nuestro Salvador Jesús de casa de Caifás a la de Pilatos, para presentársele atado, como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalén llena de gente de toda Palestina, que había concurrido a celebrar la gran Pascua del cordero y de los Ázimos, y con el rumor que ya corría en el pueblo y la noticia que todos tenían del Maestro de la vida concurrió innumerable multitud a verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos a grandes voces decían: Muera, muera este mal hombre y embustero que tiene engañado al mundo; otros respondían, no parecían sus doctrinas tan malas ni sus obras, porque hacía muchas buenas a todos; otros, de los que habían creído, se afligían y lloraban; y toda la ciudad estaba confusa y alterada. Estaba Lucifer muy atento y sus demonios también a cuanto pasaba, y con insaciable furor, viéndose ocultamente vencido y atormentado de la invencible paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, desatinábale su misma soberbia e indignación, sospechando que aquellas virtudes que tanto le atormentaban no podían ser de puro hombre. Por otra parte, presumía que dejarse maltratar y despreciar con tanto extremo y padecer tanta flaqueza y como desmayo en el cuerpo no podía ajustarse con Dios verdadero, porque si lo fuera —decía el Dragón— la virtud divina y su naturaleza comunicada a la humana le influyera grandes efectos para que no desfalleciera, ni consintiera lo que en ella se hace. Esto decía Lucifer, como quien ignoraba el divino secreto de haber suspendido Cristo nuestro Señor los efectos que pudieran redundar de la divinidad en la naturaleza humana, para que el padecer fuese en sumo grado, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 1209). Pero con estos recelos se enfurecía más el soberbio Dragón en perseguir al Señor, para probar quién era el que así sufría los tormentos.

1301. Era ya salido el sol cuando esto sucedía; y la dolorosa Madre, que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir a su Hijo santísimo a casa de Pilatos y acompañarle hasta la cruz. Y cuando la gran Reina y Señora salía del cenáculo, llegó San Juan a darle cuenta de todo lo que pasaba, porque ignoraba entonces el amado discípulo la ciencia y visión que María santísima tenía de todas las obras y sucesos de su amantísimo Hijo. Y después de la negación de San Pedro, se había retirado San Juan Evangelista, atalayando más de lejos lo que pasaba. Reconociendo también la culpa de haber huido en el huerto y llegando a la presencia de la Reina, la confesó por Madre de Dios con lágrimas y le pidió perdón y luego le dio cuenta de todo lo que pasaba en su corazón, había hecho y visto siguiendo a su divino Maestro. Parecióle a San Juan Evangelista era bien prevenir a la afligida Madre, para que llegando a la vista de su Hijo santísimo no se hallase tan lastimada con el nuevo espectáculo. Y para representársele desde luego, le dijo estas palabras: ¡Oh Señora mía, qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle sin romper el corazón de quien le viere, porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista.—Oyó la prudentísima Madre esta relación con tanta espera, como si estuviera ignorante del suceso, pero estaba toda convertida en llanto y transformada en amargura y dolor. Oyéronlo también las mujeres santas que salían en compañía de la gran Señora y todas quedaron traspasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo al Apóstol San Juan que fuese acompañándola con las devotas mujeres, y hablando con todas las dijo: Apresuremos el paso, para que vean mis ojos al Hijo del Eterno Padre, que tomó la forma de hombre en mis entrañas; y veréis, carísimas, lo que con mi Señor y Dios pudo el amor que tiene a los hombres, lo que le cuesta redimirlos del pecado y de la muerte y abrirles las puertas del cielo.

1302. Salió la Reina del cielo por las calles de Jerusalén acompañada de San Juan Evangelista y otras mujeres santas, aunque no todas la asistieron siempre, fuera de las tres Marías y algunas otras muy piadosas, y los Ángeles de su guarda, a los cuales pidió que obrasen de manera que el tropel de la gente no la impidiese para llegar a donde estaba su Hijo santísimo. Obedecieronla los Santos Ángeles y la fueron guardando. Por las calles donde pasaba oía varias razones y sentires de tan lastimoso caso que unos a otros se decían, contando la novedad que había sucedido a Jesús Nazareno. Los más piadosos se lamentaban, y éstos eran los menos, otros decían cómo le querían crucificar, otros contaban dónde iba y que le llevaban preso como hombre facineroso, otros que iba maltratado; otros preguntaban qué maldades había cometido, que tan cruel castigo le daban. Y finalmente muchos con admiración o con poca fe decían: ¿En esto han venido a parar sus milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender ni librar. Y todas las calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Pero en medio de tanta turbación de los hombres estaba la invencible Reina, aunque llena de incomparable amargura, constante y sin turbarse, pidiendo por los incrédulos y malhechores, como si no tuviera otro cuidado más que solicitarles la gracia y el perdón de sus pecados, y los amaba con tan íntima caridad, como si recibiera de ellos grandes favores y beneficios. No se indignó ni airó contra aquellos sacrílegos ministros de la pasión y muerte de su amantísimo Hijo, ni tuvo señal de enojo. A todos miraba con caridad y les hacía bien.

1303. Algunos de los que la encontraban por las calles la conocían por Madre de Jesús Nazareno y movidos de natural compasión la decían: ¡Oh triste Madre! ¿Qué desdicha te ha sucedido? ¡Qué lastimado y herido de dolor estará tu corazón! ¿Qué mala cuenta has dado de tu Hijo? ¿Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de enseñar a sus hijos.—Estas razones y otras más terribles oía la candidísima paloma, y a todas daba en su ardiente caridad el lugar que convenía admitiendo la compasión de los piadosos y sufriendo la impiedad de

los incrédulos, no maravillándose de los ignorantes y rogando respectivamente al Muy Alto por los unos y los otros.

1304. Entre ésta variedad y confusión de gentes encaminaron los Santos Ángeles a la, Emperatriz del cielo a la vuelta de una calle, donde encontró a su Hijo santísimo, y con profunda reverencia se postró ante su Real persona y le adoró y con la más alta y fervorosa veneración que jamás le dieron ni le darán todas las criaturas. Levantóse luego, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre; habláronse con los interiores traspasados de inefable dolor. Retiróse luego un poco atrás la prudentísima Señora y fue siguiendo a Cristo nuestro Señor, hablando con Su Majestad en su secreto y también con el Eterno Padre tales razones, que no caben en lengua mortal y corruptible. Decía la afligida Madre: Dios altísimo e Hijo mío, conozco el amoroso fuego de vuestra caridad con los hombres, que os obliga a ocultar el infinito poder de vuestra divinidad en la carne y forma pasible que de mis entrañas habéis recibido. Confieso vuestra sabiduría incomprendible en admitir tales afrentas y tormentos y en entregaros a Vos mismo, que sois el Señor de todo lo criado, para rescate del hombre, que es siervo, polvo y ceniza. Digno sois de que todas las criaturas Os alaben y bendigan, confiesen y engrandezcan vuestra bondad inmensa; pero yo, que soy Vuestra Madre, ¿cómo dejaré de querer que sola en mí se ejecutaran Vuestros oprobios y no en Vuestra Divina Persona, que sois hermosura de los ángeles y resplandor de la gloria de Vuestro Padre Eterno? ¿Cómo no desearé Vuestros alivios en tales penas? ¿Cómo sufrirá mi corazón veros tan afligido, y afeado vuestro hermosísimo rostro, y que sólo con el Criador y Redentor falte la compasión y la piedad en tan amarga pasión? Pero si no es posible que yo os alivie como Madre, recibid mi dolor y sacrificio de no hacerlo, como Hijo y Dios santo y verdadero.

1305. Quedó en el interior de nuestra Reina del cielo tan fija y estampada la imagen de su Hijo santísimo, así lastimado y afeado, encadenado y preso, que jamás en lo que vivió se le borraron de la imaginación aquellas especies, más que si le estuviera mirando. Llegó Cristo nuestro bien a la casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio o tribunal, fingiéndose muy religiosos por no quedar irregulares e inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales, para la cual habían de estar muy limpios de las inmundicias cometidas contra la ley; y como hipócritas estultísimos no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas, homicidas del Inocente. Pilatos, aunque era gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos y, viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera y, conforme al estilo de los romanos, les preguntó: *¿Qué acusación es la que tenéis contra este hombre?* Respondieron los judíos: *Si no fuera grande malhechor, no te le trajéramos (Jn 18, 29-30)* así atado y preso como te le entregamos. Y fue decir: Nosotros tenemos averiguadas sus maldades y somos tan atentos a la justicia y a nuestras obligaciones, que a menos de ser muy facineroso no procediéramos contra él. Con todo eso les replicó Pilatos: Pues ¿qué delitos son los que ha cometido? Está convencido, respondieron los judíos, que inquieta a la república y se quiere hacer nuestro rey y prohíbe que se le paguen al César los tributos, se hace Hijo de Dios y ha predicado nueva doctrina, comenzando por Galilea y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalén (Lc 23, 2-5).—Pues tomadle allá vosotros, dijo Pilatos, y juzgadle conforme a vuestras leyes; que yo no hallo causa justa para juzgarle.—Replicaron los judíos: A nosotros no se nos permite condenar a alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela (Jn 18, 31).

1306. A todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María santísima con San Juan Evangelista y las mujeres que la seguían, porque los Santos Ángeles la acercaron a donde todo lo pudiese ver y oír; y cubierta con su manto lloraba sangre en vez de lágrimas con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón, y en los actos de las virtudes era un espejo clarísimo en que se retrataba el alma santísima de su Hijo, y los dolores y penas se retrataban en el sentimiento del cuerpo. Pidió al Padre Eterno la concediese no perder a su Hijo de vista, cuanto fuese posible, por el orden común, hasta la muerte, y así lo consiguió mientras el Señor no estuvo preso. Y considerando la prudentísima Señora que convenía se conociese la inocencia de nuestro Salvador Jesús entre las falsas acusaciones y calumnias de los judíos y que le condenaban a muerte sin culpa, pidió con fervorosa oración que no fuese engañado el juez y que tuviese verdadera luz de que Cristo era entregado a él por envidia de los sacerdotes y escribas. En virtud de esta oración de María santísima tuvo Poncio Pilatos claro conocimiento de la verdad y alcanzó que Cristo era inculpable y que le habían entregado por envidia, como dice San Mateo (Mt 27, 18); y por esta razón el mismo Señor se declaró más con él, aunque no cooperó Pilatos a la verdad que conoció, y así no fue de provecho para él sino para nosotros y para convencer la perfidia de los pontífices y fariseos.

1307. Deseaba la indignación de los judíos hallar a Pilatos muy propicio, para que luego pronunciara la sentencia de muerte contra el Salvador Jesús; y como reconocieron que reparaba tanto en ello, comenzaron a levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se quería alzar con el reino de Judea y para esto engañaba y conmovía los pueblos y se llamaba Cristo, que quiere decir ungido Rey. Esta maliciosa acusación propusieron a Pilatos, porque se moviese más con el celo del reino temporal, que debía conservar debajo del imperio romano. Y porque entre los judíos eran los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es ungido como rey, y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se ungián, entendiéndose que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey ungido de los judíos. Preguntóle Pilatos al Señor: *¿Qué respondes a estas acusaciones que te oponen?* (Mc 15, 4-5) No respondió Su Majestad palabra en presencia de los acusadores, y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar más si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí a solas le preguntó Pilatos: Dime, ¿eres tú Rey de los judíos? (Jn 18, 33ss) No pudo pensar Pilatos que Cristo era rey de hecho, pues conocía que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era rey de derecho y si le tenía al reino. Respondióle nuestro Salvador: Esto que me preguntas ¿ha salido de ti mismo, o te lo ha dicho alguno hablando de mí?—Replicó Pilatos: ¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han

entregado a mi tribunal; dime lo que has hecho y qué hay en esto.—Entonces respondió el Señor: Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, cierto es que mis vasallos me defendieran, para que no fuera entregado a los judíos, mas ahora no tengo aquí mi reino.—Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor y así le replicó: ¿Luego tú eres rey, pues tienes reino? No lo negó Cristo y añadió diciendo: Tú dices que yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras.—Admiróse Pilatos de esta respuesta del Señor, y volvióle a preguntar: ¿Qué cosa es la verdad?—Y sin aguardar más respuesta salió otra vez del pretorio y dijo a los judíos: Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de la Pascua dais libertad a un preso; decidme si gustáis que sea Jesús o Barrabás; que era un ladrón y homicida, que a la sazón tenían en la cárcel por haber muerto a otro en una pendencia. Levantaron todos la voz y dijeron: A Barrabás pedimos que sueltes, y a Jesús que crucifiques.—Y en esta petición se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedían.

1308. Quedó Pilatos muy turbado con las respuestas de nuestro Salvador Jesús y obstinación de los judíos; porque por una parte deseaba no desgraciarse con ellos, y esto era dificultosa cosa, viéndolos tan embarcados en la muerte del Señor, si no consentía con ellos; por otra parte conocía claramente que le perseguían por envidia mortal que le tenían y que las acusaciones de que turbaba al pueblo eran falsas y ridículas. Y en lo que le imputaban de que pretendía ser rey, había quedado satisfecho con la respuesta del mismo Cristo y verle tan pobre, tan humilde y sufrido a las calumnias que le oponían. Y con la luz y auxilios que recibió, conoció la verdadera inocencia del Señor, aunque esto fue por mayor, ignorando siempre el misterio y la dignidad de la persona divina. Y aunque la fuerza de sus vivas palabras movió a Pilatos para hacer concepto grande de Cristo y pensar que en él se encerraba algún particular secreto y por esto deseaba soltarle y le envió a Herodes, como diré en el capítulo siguiente, pero no llegaron a ser eficaces los auxilios porque lo desmereció su pecado y se convirtió a fines temporales, gobernándose por ellos y no por la justicia, más por sugestión de Lucifer, como arriba dije (Cf. supra n. 1134), que por la noticia de la verdad que conocía con claridad. Y habiéndola entendido, procedió como mal juez en consultar más la causa del inocente con los que eran enemigos suyos declarados y le acusaban falsamente. Y mayor delito fue obrar contra el dictamen de la conciencia, condenándole a muerte y primero a que le azotasen tan inhumanamente, como veremos, sin otra causa más de para contentar a los judíos.

1309. Pero aunque Pilatos por estas y otras razones fue iniquísimo e injusto juez condenando a Cristo, a quien tenía por puro hombre, aunque inocente y bueno, con todo fue menor su delito en comparación de los sacerdotes y fariseos. Y esto no sólo porque ellos obraban con envidia, crueldad y otros fines execrables, sino también porque fue gran culpa el no conocer a Cristo por verdadero Mesías y Redentor, hombre y Dios, prometido en la ley que los hebreos profesaban y creían. Y para su condenación permitió el Señor que, cuando acusaban a nuestro Salvador, le llamasen Cristo y Rey ungido, confesando en las palabras la misma verdad que negaban y descreían. Pero debíanlas creer, para entender que Cristo nuestro Señor era verdaderamente ungido, no con la unción figurativa de los reyes y sacerdotes antiguos, sino con la unción que dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 44, 8), diferente de todos los demás, como lo era la unción de la divinidad unida a la humana naturaleza, que la levantó a ser Cristo Dios y hombre verdadero, y ungida su alma santísima con los dones de gracia y gloria correspondientes a la unión hipostática. Toda esta verdad misteriosa significaba la acusación de los judíos, aunque ellos por su perfidia no la creían y con envidia la interpretaban falsamente, acumulándole al Señor que se quería hacer rey y no lo era; siendo verdad lo contrario, y no lo quería mostrar, ni usar de la potestad de rey temporal, aunque de todo era Señor; pero no había venido al mundo a mandar a los hombres, sino a obedecer (Mt 20, 28). Y era mayor la ceguedad judaica, porque esperaban al Mesías como a rey temporal y con todo eso calumniaban a Cristo de que lo era, y parece que sólo querían un Mesías tan poderoso rey que no le pudiesen resistir, y aun entonces le recibirían por fuerza y no con la voluntad piadosa que pide el Señor.

1310. La grandeza de estos sacramentos ocultos entendía profundamente nuestra gran Reina y Señora y los confería en la sabiduría de su castísimo pecho, ejercitando heroicos actos de todas las virtudes. Y como los demás hijos de Adán, concebidos y manchados con pecados, cuando más crecen las tribulaciones y dolores tanto más suelen conturbarlos y oprimirlos, despertando la ira con otras desordenadas pasiones, por el contrario sucedía en María santísima, donde no obraba el pecado, ni sus efectos, ni la naturaleza, tanto como la excelente gracia. Porque las grandes persecuciones y muchas aguas de los dolores y trabajos no extinguían el fuego de su inflamado corazón en el amor divino (Cant 8, 7), antes eran como fomentos que más le alimentaban y encendían aquella divina alma, para pedir por los pecadores, cuando la necesidad era suma por haber llegado a su punto la malicia de los hombres. ¡Oh Reina de las virtudes, Señora de las criaturas y dulcísima Madre de Misericordia! ¡Qué dura soy de corazón, qué tarda y qué insensible, pues no le divide y le deshace el dolor de lo que conoce mi entendimiento de vuestras penas y de vuestro único y amantísimo Hijo! Si en presencia de lo que conozco tengo vida, razón será que me humille hasta la muerte. Delito es contra el amor y la piedad ver padecer tormentos al inocente y pedirle mercedes sin entrar a la parte de sus penas. ¿Con qué cara o con qué verdad diremos las criaturas que tenemos amor de Dios, de nuestro Redentor y a Vos, Reina mía, que sois su Madre, si, cuando entrambos bebéis el cáliz amarguísimo de tan acerbos dolores y pasión, nosotros nos recreamos con el cáliz de los deleites de Babilonia? ¡Oh si yo entendiese esta verdad! ¡Oh si la sintiese y penetrase, y ella penetrase también lo íntimo de mis entrañas a la vista de mi Señor y de su dolorosa Madre, padeciendo inhumanos tormentos! ¿Cómo pensaré yo que me hacen injusticia en perseguirme, que me agravian en despreciarme, que me ofenden en aborrecerme? ¿Cómo me querellaré de que padezco, aunque sea vituperada, despreciada y aborrecida del mundo? ¡Oh gran Capitana de los mártires, Reina de los esforzados, Maestra de los imitadores de vuestro Hijo!, si soy vuestra hija y discípula, como vuestra dignación me lo asegura y mi Señor me lo quiso merecer, no me neguéis mis deseos de seguir vuestras pisadas en el camino de la cruz. Y si como flaca he desfallecido, alcanzadme Vos, Señora y

Madre mía, la fortaleza y corazón contrito y humillado por las culpas de mi pesada ingratitud. Granjeadme y pedidme el amor a Dios eterno, que es don tan precioso, que sola vuestra poderosa intercesión le puede alcanzar y mi Señor y Redentor merecérmele.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo.

1311. Hija mía, grande es el descuido y la inadvertencia de los mortales en ponderar las obras de mi Hijo santísimo y penetrar con humilde reverencia los misterios que encerró en ellas para el remedio y salvación de todos. Por esto ignoran muchos, y se admiran otros, de que Su Majestad consintiese ser traído como reo ante los inicuos jueces y ser examinado por ellos como malhechor y criminoso, que le tratasen y reputasen por hombre estulto e ignorante y que con su divina sabiduría no respondiera por su inocencia y convenciera la malicia de los judíos y todos sus adversarios, pues con tanta facilidad lo pudiera hacer. En esta admiración lo primero se han de venerar los altísimos juicios del Señor, que así dispuso la Redención humana obrando con equidad y bondad, rectitud y como convenía a todos sus atributos, sin negar a cada uno de sus enemigos los auxilios suficientes para bien obrar, si quisieran cooperar con ellos, usando de los fueros de su libertad para el bien; porque todos quiso que fuesen salvos, y ninguno tiene justicia para querellarse de la piedad divina, que fue superabundante.

1312. Pero a más de esto quiero, carísima, que entiendas la enseñanza que contienen estas obras, porque ninguna hizo mi Hijo santísimo que no fuese como de Redentor y Maestro de los hombres. Y en el silencio y paciencia que guardó en su pasión, sufriendo ser reputado por inicuo y estulto, dejó a los hombres una doctrina tan importante, cuanto poco advertida y menos practicada de los hijos de Adán. Y porque no consideran el contagio que les comunicó Lucifer por el pecado y que le continúa siempre en el mundo, por esto no buscan en el médico la medicina de su dolencia, pero Su Majestad por su inmensa caridad dejó el remedio en sus palabras y en sus obras. Considérense, pues, los hombres concebidos en pecado y vean cuán apoderada está hoy de sus corazones la semilla que sembró el Dragón, de soberbia, de presunción, vanidad y estimación propia, de codicia, hipocresía y mentira, y así de los otros vicios. Todos comúnmente quieren adelantarse en honra y vanagloria: quieren ser preferidos y estimados los doctos y que se reputan por sabios, quieren ser aplaudidos y celebrados y jactarse de la ciencia; los indoctos quieren parecer sabios; los ricos se glorían de las riquezas y por ellas quieren ser venerados; los pobres quieren ser ricos y parecerlo y ganar su estimación; los poderosos quieren ser temidos, adorados y obedecidos; todos se adelantan en este error y procuran parecer lo que no son en la virtud y no son lo que quieren parecer; disculpan sus vicios, desean encarecer sus virtudes y calidades, atribúyense los bienes y beneficios, como si no los hubieran recibido, recibenlos como si no fueran ajenos y se los dieran de gracia; en vez de agradecerlos, hacen de ellos armas contra Dios y contra sí mismos; y generalmente todos están entumecidos con el mortal veneno de la antigua serpiente y más sedientos de beberle, cuanto más heridos y dolientes de este lamentable achaque; y el camino de la cruz y la imitación de Cristo por la humildad y sinceridad cristiana está desierto, porque pocos son los que caminan por él.

1313. Para quebrantar esta cabeza de Lucifer y vencer la soberbia de su arrogancia fue la paciencia y silencio que tuvo mi Hijo en su pasión, consintiendo que le tratasen como a hombre ignorante y estulto malhechor. Y como Maestra de esta filosofía y Médico que venía a curar la dolencia del pecado, no quiso disculparse ni defenderse, justificarse, ni desmentir a los que le acusaban, dejando a los hombres este vivo ejemplo de proceder y obrar contra el intento de la serpiente. Y en Su Majestad se puso en práctica aquella doctrina del Sabio: Más preciosa es a su tiempo la pequeña estulticia, que la sabiduría y gloria (Ecl 10, 1), porque mejor le está a la fragilidad humana ser a tiempos reputado el hombre por ignorante y malo, que hacer ostentación vana de la virtud y sabiduría. Infinitos son los que están comprendidos en este peligroso error, y deseando parecer sabios hablan mucho y multiplican las palabras como estultos (Ecl 10, 14) y vienen a perder lo mismo que pretenden, porque son conocidos por ignorantes. Todos estos vicios nacen de la soberbia radicada en la naturaleza. Pero tú, hija, conserva en tu corazón la doctrina de mi Hijo y mía y aborrece la ostentación humana, sufre, calla y deja al mundo que te repute por ignorante, pues él no conoce en qué lugar vive la verdadera sabiduría (Bar 3, 15).

CAPITULO 19

Remite Poncio Pilatos a Herodes la causa y persona de nuestro Salvador Jesús, acúsanle ante Herodes y él le desprecia y envía a Pilatos; sigue María santísima y lo que en este paso sucedió.

1314. Una de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron a Pilatos contra Jesús Salvador nuestro fue que había predicado, comenzando de la provincia de Galilea a conmover el pueblo. De aquí tomó ocasión Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era galileo. Y como le informasen que era natural y criado en aquella provincia, parecióle tomar de aquí algún motivo para inhibirse en la causa de Cristo nuestro bien, a quien hallaba sin culpa, y exonerarse de la molestia de los judíos que tanto instaban le condenase a muerte. Hallábase en aquella ocasión Herodes en Jerusalén celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo del otro rey Herodes [Herodes Magnus] que antes había degollado a los Inocentes, persiguiendo a Jesús recién nacido, y por haberse casado con una mujer judía se pasó al judaísmo haciéndose israelita prosélito. Por esta ocasión su hijo Herodes guardaba también la ley de Moisés y había venido a Jerusalén desde Galilea, donde era gobernador de aquella provincia. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes había sucedido que Pilatos, celando el dominio del imperio romano, había degollado a unos galileos

cuando hacían ciertos sacrificios —como consta del capítulo 13 de San Lucas (Lc 13, 1)—, mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios, y de esto se había indignado Herodes. Y para darle Pilatos de camino alguna satisfacción determinó remitirle a Cristo nuestro Señor, como vasallo o natural de Galilea, para que examinase su causa y la juzgase, aunque siempre esperaba Pilatos que Herodes le daría por libre como a inocente y acusado por maliciosa envidia de los pontífices y escribas.

1315. Salió Cristo nuestro bien de casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso como estaba, acompañado de los escribas y sacerdotes, que iban para acusarle ante el nuevo juez, y gran número de soldados y ministros, para llevarle tirando de las sogas y despejar las calles, que con el gran concurso y novedad estaban llenas de pueblo. Pero la milicia rompía por la multitud y, como los ministros y pontífices estaban tan sedientos de la sangre del Salvador para derramarla aquel día, apresuraban el paso y llevaban a Su Majestad por las calles casi corriendo y con desordenado tumulto. Salió también María santísima con su compañía de casa de Pilatos para seguir a su dulcísimo Hijo Jesús y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz. Y no fuera posible que la gran Señora siguiera este camino a vista de su Amado, si los Santos Ángeles no lo dispusieran como Su Alteza quería, de manera que siempre fuese tan cerca de su Hijo que pudiese gozar de su presencia, para con esto participar con mayor plenitud de sus tormentos y dolores. Y todo lo consiguió con su ardentísimo amor, porque caminando por las calles a vista del Señor oía juntamente los oprobios que los ministros le decían, los golpes que le daban y las murmuraciones del pueblo, con los varios pareceres que cada cual tenía o refería de otros.

1316. Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitía a Jesús Nazareno, alegróse grandemente. Sabía era muy amigo de San Juan Bautista, a quien él había mandado degollar, y estaba informado de la predicación que hacía, y con estulta y vana curiosidad deseaba que en su presencia obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de que admirarse y hablar con entretenimiento. Llegó, pues, el autor de la vida a la presencia del homicida Herodes, contra quien estaba clamando ante el mismo Señor la sangre de San Juan Bautista, más que la del justo Abel (Gen 4, 10). Pero el infeliz adúltero, como quien ignoraba los terribles juicios del Altísimo, le recibió con risa, juzgándole por encantador y mágico. Y con este formidable error le comenzó a examinar y hacerle diversas preguntas, pensando que con ellas le provocaría para hacer alguna cosa maravillosa, como lo deseaba. Pero el Maestro de la sabiduría y prudencia no le respondió palabra, estando siempre con severidad humilde y en presencia del indignísimo juez, que tan merecido tenía por sus maldades el castigo de no oír las palabras de vida eterna que debieran salir de la boca de Cristo, si Herodes estuviera dispuesto para admitirlas con reverencia.

1317. Asistían allí los príncipes de los sacerdotes y escribas acusando a nuestro Salvador constantemente con las mismas acusaciones y cargos que ante Pilatos le habían puesto. Pero tampoco respondió palabra a estas calumnias, como lo deseaba Herodes; en cuya presencia, ni para responder a las preguntas, ni para desvanecer las acusaciones, no despegó el Señor sus labios, porque Herodes de todas maneras desmerecía oír la verdad, que fue su justo castigo y el que más deben temer los príncipes y poderosos del mundo. Indignése Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad, y casi confuso el inicuo juez lo disimuló, burlándose del inocentísimo Maestro, y despreciándole con todo su ejército le mandó remitir otra vez a Pilatos. Y habiéndose reído con mucho escarnio de la modestia del Señor todos los criados de Herodes, para tratarle como a loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban a los que perdían el seso, para que todos huyesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fue símbolo y testimonio de su inocencia y pureza, ordenándolo la oculta Providencia del Altísimo, para que estos ministros de maldad, con las obras que no conocían, testificasen la verdad que pretendían oscurecer con otras maravillas, que de malicia ocultaban, que había obrado el Salvador.

1318. Herodes se mostró agradecido con Pilatos por la cortesía con que le había remitido la causa y persona de Jesús Nazareno. Y le volvió por respuesta, que no hallaba en él causa alguna, que antes le parecía hombre ignorante y de ninguna estimación. Y desde aquel día se reconciliaron Herodes y Pilatos y quedaron amigos, disponiéndolo así los ocultos juicios de la divina Sabiduría. Volvió segunda vez nuestro Salvador de Herodes a Pilatos, llevándole muchos soldados de entrambos gobernadores con mayor tropel, gritería y alboroto de la gente popular. Porque los mismos que antes le habían aclamado y venerado por Salvador y Mesías bendito del Señor, entonces, pervertidos ya con el ejemplo de los sacerdotes y magistrados, estaban de otro parecer y condenaban y despreciaban al mismo Señor a quien poco antes habían dado gloria y veneración; que tan poderoso como esto es el error de las cabezas y su mal ejemplo para llevar al pueblo tras de sí. En medio de estas confusas ignominias iba nuestro Salvador repitiendo dentro de sí mismo con inefable amor, humildad y paciencia aquellas palabras que tenía dichas por la boca del Santo Rey y Profeta David (Sal 21, 7-8): *Yo soy gusano y no soy hombre, soy el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo. Todos los que me vieron hicieron burla de mí, hablaron con los labios y movieron la cabeza.* Era Su Majestad gusano y no hombre no sólo porque no fue engendrado como los demás hombres, ni era solo y puro hombre, sino Hombre y Dios verdadero; mas también porque no fue tratado como hombre, sino como gusano vil y despreciable. Y a todos los vituperios con que era hollado y abatido no hizo más ruido ni resistencia que un humilde gusanillo a quien todos pisan y desprecian y le reputan por oprobio y vilísimo. Todos los que miraban a Cristo nuestro Redentor, que eran sin número, hablaban y movían la cabeza, como retratando el concepto y opinión en que le tenían.

1319. A los oprobios y acusaciones que hicieron los sacerdotes contra el autor de la vida en presencia de Herodes y a las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vio por otro modo de visión interior, porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Pero cuando salió fuera de

la sala donde le habían tenido, topó con ella y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fue nuevo instrumento para dividirle el corazón aquella vestidura blanca que le habían puesto, tratándole como a hombre insensato y sin juicio, aunque sola ella conocía entre todos los nacidos el misterio de la inocencia y pureza que aquel hábito significaba. Adoróle en él con altísima reverencia y fuele siguiendo por las calles a la casa de Pilatos, a donde otra vez le volvían, porque en ella se debía ejecutar la divina disposición para nuestro remedio. En este camino de Herodes a Pilatos, sucedió que, con la multitud del pueblo y con la prisa que aquellos ministros impiísimos llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus sagradas venas y como, no se podía fácilmente levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podía ni quería detenerse, daban sobre Su Divina Majestad y le hollaban y pisaban y le herían con muchos golpes y puntillazos, causando gran risa a los soldados en vez de la natural compasión, de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos como si no fueran hombres.

1320. A la vista de tan desmedida crueldad creció la compasión y sentimiento de la dolorosa y amorosa Madre y, convirtiéndose a los Santos Ángeles que la asistían, les mandó cogiesen la divina sangre que derramaba su Rey y Señor por las calles, para que no fuese de nuevo conculcada y hollada de los pecadores; y así lo hicieron los ministros celestiales. Mandóles también la gran Señora que si otra vez sucediese caer en tierra su Hijo y Dios verdadero, le sirviesen, impidiendo a los obradores de la maldad para que no le hollasen ni pisasen su divina persona. Y porque en todo era prudentísima, no quiso que este obsequio ejecutasen los Ángeles sin voluntad del mismo Señor y así les ordenó que de su parte se lo propusiesen y le pidiesen licencia y le representasen las angustias que como Madre padecía, viéndole tratar con aquel linaje de irreverencia entre los pies inmundos de aquellos pecadores. Y para obligar más a su Hijo santísimo le pidió por medio de los mismos Ángeles que aquel acto, de humillarse a ser pisado y conculcado de aquellos malos ministros, lo conmutase Su Majestad en el de obedecer o rendirse a los ruegos de su afligida Madre, que también era su esclava y formada del polvo. Todas estas peticiones llevaron los Santos Ángeles a Cristo nuestro bien en nombre de su santísima Madre, no porque Su Majestad las ignorase, pues todo lo conocía y obraba Él mismo con su divina gracia, sino porque estos modos de obrar quiere el Señor que en ellos se guarde el orden de la razón, que la gran Señora conocía entonces con altísima sabiduría, usando de las virtudes por diversos modos y operaciones, porque esto no se impide por la ciencia del Señor, que todo lo tiene previsto.

1321. Admitió nuestro Salvador Jesús los deseos y peticiones de su beatísima Madre y dio licencia a sus Ángeles para que como ministros de su voluntad ejecutasen lo que ella deseaba. Y en lo restante hasta llegar a casa de Pilatos, no permitieron que Su Majestad fuese derribado en tierra y atropellado ni pisado como antes había sucedido algunas veces; aunque en las demás injurias se dio permiso y consentimiento a los ministros de la justicia y a la ceguedad y malicia popular para que todos las ejecutasen con su loca indignación. Todo lo miraba y oía su Madre santísima con invicto pero lastimado corazón. Y lo mismo respectivamente vieron las Marías y San Juan Evangelista, que con llanto irreparable seguían al Señor en compañía de su purísima Madre. Y no me detengo en referir las lágrimas de estas santas mujeres y otras devotas que con ellas asistían a la Reina, porque sería necesario divertirme mucho, y más para decir lo que hizo la Santa María Magdalena, como más ardiente y señalada en el amor y más agradecida a Cristo nuestro Redentor, como el mismo Señor lo dijo cuando la justificó: que más ama a quien mayores culpas se le perdonan (Lc 7, 43).

1322. Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez a casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron a pedir los judíos que le condenase a muerte de cruz. Pilatos, que conocía la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Y viéndose obligado como juez, procuró aplacar a los judíos por diversos caminos. Y uno fue hablar en secreto a algunos ministros y amigos de los pontífices y sacerdotes, para que pidiesen la libertad de nuestro Redentor y le soltasen con alguna corrección que le daría y no pidiesen más al malhechor Barrabás. Esta diligencia había hecho Pilatos cuando le volvieron a presentar otra vez a Cristo nuestro Señor para que le condenase. Y el proponerles que escogiesen a Jesús o a Barrabás no fue una sola vez, sino dos y tres: la una antes de llevar al Señor a Herodes y la otra después; y por esto lo refieren los Evangelistas con alguna diferencia, aunque sin contradecirse en la verdad. Habló Pilatos a los judíos y les dijo: Habéisme presentado a este Hombre, acusándole que dogmatiza y pervierte al pueblo; y habiéndole examinado en vuestra presencia, no ha sido convencido de lo que le acusáis. Ni tampoco Herodes, a quien le remití, le ha condenado a muerte, aunque ante él le habéis acusado. Bastará por ahora corregirle y castigarle para que adelante se enmiende. Y habiendo de soltar algún malhechor por la solemnidad de la Pascua, soltaré a Cristo si le queréis dar libertad y castigaré a Barrabás. Conociendo los judíos que Pilatos deseaba mucho soltar a Cristo Señor nuestro, respondieron todos los de la turba: Quita allá, deja a Cristo y danos libre a Barrabás (Lc 23, 18).

1323. La costumbre de dar libertad a un malhechor y preso en aquella gran solemnidad de la Pascua se introdujo entre los judíos como en memoria y agradecimiento de la libertad que tal día como aquel habían alcanzado sus padres, rescatándolos el Señor del poder de Faraón, degollando los primogénitos de los gitanos [egipcios] aquella noche (Ex 12, 29) y después anegando a él y a sus ejércitos en el mar rubro [rojo] (Ex 14, 28). Por este memorable beneficio hacían otros los hebreos al mayor delincuente, perdonándole sus delitos, y castigaban otros que no eran tan malhechores. Y en los pactos, que tenían con los romanos, era condición que se les guardase esta costumbre, y así lo cumplían los gobernadores. Aunque éstos la pervirtieron en esta ocasión en cuanto a las circunstancias, según el juicio que hacían de Cristo nuestro Señor; porque habiendo de soltar al más criminoso y confesando ellos que Jesús Nazareno lo era, con todo eso lo dejaron a él y eligieron a Barrabás, a quien reputaban por menos malo. Tan ciegos y

pervertidos los tenía la ira del demonio con su propia envidia, que en todo se deslumbraban aun contra sí mismos.

1324. Estando Pilatos en el pretorio con estas altercaciones de los judíos, sucedió que sabiéndolo su mujer que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: ¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale, porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones (Mt 27, 19).—El motivo de esta advertencia de Prócula fue que Lucifer y sus demonios, viendo lo que se iba ejecutando en la persona de nuestro Salvador y la inmutable mansedumbre con que llevaba tantos oprobios, se hallaron más deslumbrados y desatinados en su furor rabioso. Y aunque su altiva soberbia no acababa de ajustar cómo se compadecía haber divinidad y consentir tales y tantos oprobios y sentir en la carne sus efectos, y con esto no podía entender si era o no era hombre y Dios, con todo eso juzgaba el Dragón que allí había algún misterio grande para los hombres y que siempre sería para él y su maldad de mucho daño y estrago si no atajaba el suceso de cosa tan nueva en el mundo. Y con este acuerdo que tomó con sus demonios envió muchas sugerencias a los fariseos para que desistiesen de perseguir a Cristo. Estas ilusiones no aprovecharon, como introducidas por el mismo demonio y sin virtud divina en corazones obstinados y depravados. Y despedidos de reducirlos se fueron a la mujer de Pilatos y la hablaron en sueños y la propusieron que aquel hombre era justo y sin culpa, y que si le condenaba su marido sería privado de la dignidad que poseía, y a ella le sucederían grandes trabajos; que le aconsejase a Pilatos soltase a Jesús y castigase a Barrabás, si no querían tener un mal suceso en su casa y en sus personas.

1325. Con esta visión recibió Prócula grande espanto y temor, y, cuando entendió lo que pasaba entre los judíos y su marido Pilatos, le envió el recado que dice San Mateo (Mt 27, 19), para que no se metiese en condenar a muerte al que miraba y tenía por justo. Púsole también el demonio otros temores semejantes en la imaginación al mismo Pilatos, y con el aviso de su mujer fueron mayores; aunque, como todos eran mundanos y políticos y no había cooperado a los auxilios verdaderos del Señor, no duró más este miedo de en cuanto no concibió otro que le movió más, como se vio en el efecto. Pero entonces insistió tercera vez con los judíos, como dice San Lucas (Lc 23, 22), defendiendo a Cristo nuestro Señor como inculpable y testificando que no hallaba en él crimen alguno ni causa de muerte, que le castigaría y soltaría. Y de hecho le castigó, para ver si con esto quedarían satisfechos, como diré en el capítulo siguiente. Pero los judíos, dando voces, respondieron que le crucificase. Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua y mandó soltar a Barrabás como lo pedían. Se lavó las manos en presencia de todos, diciendo: Yo no tengo parte en la muerte de ese hombre justo a que vosotros le condenáis. Mirad lo que hacéis, que en testimonio de esto lavo mis manos, para que se entienda no quedan manchadas con la sangre del Inocente.—Parecióle a Pilatos que con aquella ceremonia se disculpaba con todos y prohibía la muerte de Cristo nuestro Señor a los príncipes de los judíos y a todo el pueblo que la pedía. Y fue tan loca y ciega la indignación de los judíos que, a trueque de ver crucificado al Señor, condescendieron con Pilatos y cargaron sobre sí el delito, pronunciando aquella formidable sentencia y execración, dijeron: *Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt 27, 25)*.

1326. ¡Oh ceguedad estultísima y cruelísima! ¡Oh temeridad nunca imaginada! La injusta condenación del Justo y la sangre del Inocente, a quien el mismo juez declara por inculpable, ¿queréis cargar sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Cuando sólo fuera vuestro hermano, vuestro bienhechor y maestro, fuera vuestra audacia tremenda y execrable vuestra maldad. Mas ¡ay dolor! que habiendo de caer esta sangre deificada sobre todos los hijos de Adán para lavarlos y purificarlos a todos, que para esto se ha derramado sobre todos los hijos de la Santa Iglesia, y con eso hay muchos en ella que cargan sobre sí mismos con sus obras esta sangre, como los judíos la cargaron con obras y con palabras; ellos ignorando y no creyendo que era sangre de Cristo y los católicos conociendo y confesando que lo es.

1327. Su lengua tienen los pecados de los cristianos y sus depravadas obras con que hablan contra la sangre y muerte de Cristo nuestro Señor, cargándola sobre sí mismos. Sea Cristo afrentado, escupido, abofeteado, escarpiado en una cruz, despreciado y muerto y pospuesto a Barrabás; sea atormentado, azotado y coronado de espinas por nuestros pecados, que nosotros no queremos tener más parte en esta sangre, que ser causa que se derrame afrentosamente y que se nos impute eternamente. Padezca y muera el mismo Dios humanado, y nosotros gocemos de los bienes aparentes. Aprovechemos la ocasión, usemos de la criatura (Sap 2, 6-8), coronémonos de rosas, vivamos con alegría, valgámonos del poder, nadie se nos adelante; despreciemos la humildad, aborrezcamos la pobreza, atesoremos riquezas, engañemos a todos, no perdonemos agravios, entreguémonos al deleite de las delicias torpes, nada vean nuestros ojos que no codicien y todo lo que alcancen nuestras fuerzas; ésta sea nuestra ley sin otro algún respeto. Y si con todo esto crucificamos a Cristo, venga sobre nosotros su sangre y sobre nuestros hijos.

1328. Preguntemos ahora a los réprobos que están en el infierno, si fueron éstas las voces de sus obras que les atribuye Salomón en la Sabiduría y si porque hablaron en su corazón consigo mismos tan estultamente se llaman impíos y lo fueron. ¿Qué pueden esperar los que malogran la sangre de Cristo y la cargan sobre sí mismos, no como quien la desea para su remedio, sino como quien la desprecia para su condenación? ¿Quién se hallará entre los hijos de la Iglesia que sufra ser pospuesto a un ladrón facineroso? Tan mal practicada anda esta doctrina, que ya se hace admirable el que consiente que le preceda otro tan bueno y benemérito o más que él, y ninguno se hallará tan bueno como Cristo ni tan malo como Barrabás. Pero son sin número los que a la vista de este ejemplo se dan por ofendidos y se juzgan por desgraciados si no son preferidos y mejorados en la honra, en las riquezas, dignidades y en todo lo que tiene ostentación y aplauso del mundo. Esto se solicita, se litiga y se busca, y en esto se ocupan los cuidados de los hombres y todas sus fuerzas y potencias, desde que principian a usar de ellas hasta que las pierden. Y la mayor lástima y dolor es que no se libran de este contagio los que por su profesión y estado renunciaron el mundo y le volvieron las

espaldas y, mandándoles el Señor que olviden su pueblo y la casa de su padre, se vuelven a ella con lo mejor de la criatura humana, que es la atención y cuidado para gobernarlos, la voluntad y deseo para solicitarles cuanto posee el mundo y les parece poco y se introducen en la vanidad. Y en lugar de olvidar la casa de su padre, olvidan la de Dios en que viven, donde reciben los auxilios divinos para conseguir la salvación, la honra y estimación que jamás en el mundo alcanzaran y el sustento sin afán ni cuidado. Y a todos estos beneficios se hacen ingratos, dejando la humildad que por su estado deben profesar. La humildad de Cristo nuestro Salvador y su paciencia, sus afrentas, los oprobios de la cruz, la imitación de sus obras, la escuela de su doctrina, todo se remite a los pobres, a los solitarios, a los desvalidos del mundo y humildes, y los caminos de Sión están desiertos y llorando (Lam 1, 4), porque hay tan pocos que vengan a la solemnidad de la imitación de Cristo nuestro Señor.

1329. No fue menor la insipiente de Pilatos en pensar que con lavar sus manos y haber imputado a los judíos la sangre de Cristo quedaba justificado en su conciencia y con los hombres, a quienes pretendía satisfacer con aquella ceremonia llena de hipocresía y mentira. Verdad es que los judíos fueron los principales actores, y más reos en condenar al Inocente, y se cargaron sobre sí mismos esta formidable culpa. Pero no por eso quedó Pilatos libre de ella, pues, conociendo la inocencia de Cristo Señor nuestro, no debía posponerle a un ladrón y homicida, castigarle, ni enmendarle a quien nada tenía que corregir ni enmendar, y mucho menos debiera condenarle y entregarle a la voluntad de sus mortales enemigos, cuya envidia y crueldad le era manifiesta. Pero no puede ser justo juez el que conociendo la verdad y justicia la puso en una balanza con respetos y fines humanos de su propio interés, porque este peso arrastra la razón de los hombres que tienen corazón cobarde y, como no tienen caudal, ni el lleno de las virtudes que han menester los jueces, no pueden resistir a la codicia ni al temor mundano, y cegándolos la pasión desamparan la justicia para no aventurar sus comodidades temporales, como sucedió a Pilatos.

1330. En casa de Pilatos estuvo nuestra gran Reina y Señora, de manera que con el ministerio de sus Santos Ángeles pudo oír las altercaciones que tenía el inicuo juez con los escribas y pontífices sobre la inocencia de Cristo nuestro bien, sobre posponerle a Barrabás. Y todos los clamores de aquellos inhumanos tigres los oyó con silencio y admirable mansedumbre, como estampa viva de su santísimo Hijo. Pero aunque su honestísima modestia era inmutable, todas las voces de los judíos penetraban como cuchillos de dos filos su lastimado corazón. Mas los clamores de su doloroso silencio resonaban en el pecho del Eterno Padre con mayor agrado y dulzura que los llantos de la hermosa Raquel, con que —según dice San Jeremías (Jer 31, 15)—, lloraba a sus hijos sin consuelo, porque no los pudo restaurar; que nuestra hermosísima Raquel María purísima no pedía venganza, sino perdón para los enemigos que le quitaban el Unigénito del Padre y suyo. Y en todos los actos que hacía el alma santísima de Cristo le imitaba y acompañaba, obrando con tanta plenitud de santidad y perfección, que ni la pena suspendía sus potencias, ni el dolor impedía la caridad, ni la tristeza remitía su fervor, ni el bullicio distraía su atención, ni las injurias y tumulto de la gente le eran embarazo para estar recogida dentro de sí misma, porque a todo daba el lleno de las virtudes en grado eminentísimo.

Doctrina que me dio la gran Señora del cielo María santísima.

1331. Hija mía, de lo que has escrito y entendido te veo admirada, reparando en que Pilatos y Herodes no se mostraron tan inhumanos y crueles en la muerte de mi Hijo santísimo como los sacerdotes, pontífices y fariseos; y ponderas mucho que aquéllos eran jueces seculares y gentiles y éstos eran ministros de la ley y sacerdotes del pueblo de Israel que profesaban la verdadera fe. A este pensamiento te quiero responder con una doctrina que no es nueva, y tú la has entendido otras veces, mas ahora quiero que la renueves y no la olvides por todo el discurso de tu vida. Advierte, pues, carísima, que la caída de más alto lugar es en extremo peligrosa y su daño o es irreparable o muy dificultoso el remedio. Eminente lugar en la naturaleza y en los dones de la luz y gracia tuvo Lucifer en el cielo, porque en su hermosura excedía a todas las criaturas, y por la caída de su pecado descendió a lo profundo de la fealdad y miseria y a la mayor obstinación de todos sus secuaces. Los primeros padres del linaje humano, Adán y Eva, fueron puestos en altísima dignidad y encumbrados beneficios, como salidos de la mano del Todopoderoso, y su caída perdió a toda su posteridad con ellos mismos, y su remedio fue tan costoso como lo enseña la fe, y fue inmensa misericordia remediarlos a ellos y a sus descendientes.

1332. Otras muchas almas han subido a la cumbre de la perfección y de allí han caído infelicísimamente, hallándose después casi desconfiadas o casi imposibilitadas para levantarse. Este daño por parte de la misma criatura nace de muchas causas. La primera es el despecho y confusión desmedida que siente el que ha caído de mayores virtudes; porque no sólo perdió mayores bienes, pero tampoco fía de los beneficios futuros más que de los pasados y perdidos y no se promete más firmeza de los que puede adquirir con nueva diligencia que en los adquiridos y malogrados por su ingratitud. De esta peligrosa desconfianza se sigue el obrar con tibieza, sin fervor y sin diligencia, sin gusto y sin devoción, porque todo esto extingue la desconfianza, así como animada y alentada la esperanza vence muchas dificultades, corrobora y vivifica a la flaqueza de la criatura humana para emprender magníficas obras. Otra razón hay, y no menos formidable, y es que las almas acostumbradas a los beneficios de Dios, o por oficio como los sacerdotes y religiosos, o por ejercicios de virtudes y favores como otras personas espirituales, de ordinario pecan con desprecio de los mismos beneficios y mal uso de las cosas divinas; porque con la frecuencia de ellas incurren en esta peligrosa grosería de estimar en poco los dones del Señor, y con esta irreverencia y poco aprecio impiden los efectos de la gracia para cooperar con ella y pierden el temor santo, que despierta y estimula para el bien obrar, para obedecer a la divina voluntad y aprovecharse luego de los medios que ordenó Dios para salir del pecado y alcanzar su amistad y la vida eterna. Este peligro es manifiesto en los sacerdotes tibios, que sin temor y reverencia frecuentan la eucaristía y otros

sacramentos, en los doctos y sabios y en los poderosos del mundo, que con dificultad se corrigen y enmiendan sus pecados, porque han perdido el aprecio y veneración de los remedios de la Iglesia, que son los santos sacramentos, la predicación y doctrina. Y con estas medicinas, que son en otros pecadores saludables y sanan los ignorantes, enferman ellos, que son los médicos de la salud espiritual.

1333. Otras razones hay de este daño, que miran al mismo Señor. Porque los pecados de aquellas almas, que por estado o virtud se hallan más obligadas a Dios, se pesan en la balanza de su justicia muy diferentemente que los de otras almas menos beneficiadas de su misericordia. Y aunque los pecados de todos sean de una misma materia, por las circunstancias son muy diferentes: porque los sacerdotes y maestros, los poderosos y prelados y los que tienen lugar o nombre de santidad, hacen gran daño con el escándalo de la caída y pecados que cometen. Es mayor su audacia y temeridad en atreverse contra Dios, a quien más conocen y deben, ofendiéndole con mayor luz y ciencia, y por esto con más osadía y desacato que los ignorantes; con que le desobligad tanto los pecados de los católicos, y entre ellos los de los más sabios e ilustrados, como se conoce en todo el corriente de las Escrituras sagradas. Y como en el término de la vida humana, que está señalado a cada uno de los mortales para que en él merezca el premio eterno, también está determinado hasta qué número de pecados le ha de aguardar y sufrir la paciencia del Señor a cada uno, pero este número no se computa sólo según la cantidad y multitud, sino también según la calidad y peso de los pecados en la divina justicia; y así puede suceder que en las almas de mayor ciencia y beneficios del cielo, la calidad supla la multitud de los pecados y con menos en número sean desamparados y castigados que otros pecadores con más. No a todos puede suceder lo que a Santo Rey David y a San Pedro, porque no en todos habrán precedido tantas obras buenas antes de su caída, a que tenga atención el Señor. Ni tampoco el privilegio de algunos es regla general para todos, porque no todos son elegidos para un ministerio, según los juicios ocultos del Señor.

1334. Con esta doctrina quedará, hija mía, satisfecha tu duda y entenderás cuan malo y lleno de amargura es ofender al Todopoderoso, cuando a muchas almas que redimió con su sangre las pone en el camino de la luz y las lleva por él, y cómo de alto estado puede caer una persona a más perversa obstinación que otras inferiores. Esta verdad testifica el misterio de la muerte y pasión de mi Hijo santísimo, en que los pontífices, sacerdotes, escribas y todo aquel pueblo en comparación de los gentiles, estaba más obligado a Dios, y sus pecados los llevaron a la obstinación, ceguera y crueldad más abominable y precipitada que a los mismos gentiles, que ignoraban la verdadera religión. Quiero también que esta verdad y ejemplo te avisen de tan terrible peligro, para que prudente le temas y con el temor santo juntes el humilde agradecimiento y alta estimación de los bienes del Señor. En el tiempo de la abundancia no te olvides de la penuria (Eclo 18, 25). Confíere lo uno y lo otro en ti misma, considerando que el tesoro lo tienes en vaso quebradizo y le puedes perder, y que el recibir tantos beneficios no es merecerlos, ni el poseerlos es derecho de justicia sino gracia y liberalidad, y el haberte hecho el Altísimo tan familiar suya no es asegurarte de que no puedes caer o que vivas descuidada o pierdas el temor y reverencia. Todo ha de caber en ti al paso y peso de los favores, porque también ha crecido la ira de la serpiente y se desvela contra ti más que contra otras almas, porque ha conocido que con muchas generaciones no ha mostrado el Altísimo su liberal amor tanto como lo hace contigo; y si cayese tu ingratitud sobre tantos beneficios y misericordias, serías infelicísima y digna de riguroso castigo.

CAPITULO 20

Por mandado de Pilatos fue azotado nuestro Salvador Jesús, coronado de espinas y escarnecido, y lo que en este paso hizo María santísima.

1335. Conociendo Pilatos la porfiada indignación de los judíos contra Jesús Nazareno y deseando no condenarle a muerte porque le conocía inocente, le pareció que mandándole azotar con rigor aplacaría el furor de aquel ingratisimo pueblo y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejasen de perseguirle y pedir su muerte, y si acaso en algo hubiese faltado Cristo a las ceremonias y ritos judaicos quedaría bastantemente castigado. Y este juicio hizo Pilatos, porque en el discurso del proceso se informó y le dijeron que le imputaban a Cristo que no guardaba el sábado ni otras ceremonias, de que vana y estultamente le calumniaban, como consta del discurso de su predicación, que refieren los sagrados evangelistas. Pero siempre discurría en esto Pilatos como ignorante, pues ni al Maestro de la santidad podía caber defecto alguno contra la ley que había venido no a quebrantarla sino a cumplirla y llenarla toda (Mt 5, 17), ni tampoco, cuando fuera verdadera la calumnia, no le debía castigar por esto con pena tan desigual —pues tenían los mismos judíos en su ley otros medios con que se purificaban de las transgresiones, que cada paso cometían contra su ley— con tal impiedad y pena de azotes. Y mayor engaño padeció este juez pensando que los judíos tenían algún linaje de humanidad y compasión natural, porque su indignación y furor contra el mansísimo Maestro no era de hombres que naturalmente suelen moverse y aplacarse cuando ven rendido y humillado al enemigo, porque tienen corazones de carne y el amor de su semejante es natural y causa de alguna compasión.

1336. Tal como ésta era la implacable saña de los pontífices y fariseos, sus confederados, contra el Autor de la vida, porque Lucifer, desconfiando de impedirle la muerte que los mismos judíos pretendían, los irritaba con su espantosa malicia, para que se la diesen con desmedida crueldad. Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocía y entre los motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y, siguiendo el error que ellos administran a los que gobiernan, mandó azotar con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este aviso y persuasión del demonio y acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia o sayones robustos y de mayores fuerzas, que, como hombres

viles, y sin piedad, admitieron muy gustosos el oficio de verdugos, porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio con otros muchos llevaron a nuestro Salvador Jesús al lugar de aquel suplicio, que era un patio o zaguán de la casa donde solían dar tormento a otros delincuentes para que confesaran sus delitos. Este patio era de un edificio no muy alto y rodeado de columnas, que unas estaban cubiertas con el edificio que sustentaban y otras descubiertas y más bajas. A una columna de éstas, que era de mármol, le ataron fuertemente, porque siempre le juzgaban por mágico y temían no se les fuese de entre las manos.

1337. Desnudaron a Cristo nuestro Redentor primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero y homicida Herodes se la habían vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenía desde la prisión del huerto, le maltrataron impiamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habían abierto en los brazos y muñecas. Y dejándole sueltas las manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemias que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Esta era la misma en número que su Madre santísima le había vestido en Egipto, cuando al dulce Jesús niño le puso en pie, como en su lugar queda advertido (Cf. n. 691). Sola esta túnica tenía entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto o capa que solía traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del Eterno Padre a los verdugos y comenzó a desnudarse, para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella crueldad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho a despojarse, le asieron de la túnica con violencia, para desnudarle muy aprisa y, como dicen, a rodapelo. Quedó Su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traía debajo la túnica, que también eran los mismos que su Madre santísima le vistió en Egipto con la tunicela; porque todo había crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselos desnudado ni esta ropa ni el calzado que la misma Señora le puso, salvo en la predicación, como entonces dije (Cf. supra n. 1168), que muchas veces andaba pie por tierra.

1338. Algunos doctores entiendo que han dicho o meditado que a nuestro Salvador Jesús, en esta ocasión de los azotes y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo Su Majestad aquella confusión para mayor tormento de su persona; pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo orden de la obediencia, se me ha declarado que la paciencia del divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia a ningún oprobio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnudez de su cuerpo santísimo y llegaron a querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que sólo había quedado, pero no lo pudieron conseguir, porque en llegando a tocarlos se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás cuando pretendieron desnudar al Señor del Cielo, y queda dicho en el capítulo 17 (Cf. supra n. 1290). Y aunque todos los seis verdugos llegaron a probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo; no obstante que después, para azotar al Señor con más crueldad, estos ministros del ■ pecado le levantaron algo los paños de la honestidad, y a esto dio lugar Su Majestad, mas no a que le despojasen del todo y se los quitasen. Tampoco el milagro de verse impedidos y entorpecidos para aquel desacato movió ni ablandó los corazones de aquellas fieras humanas, pero con insania diabólica lo atribuyeron a la hechicería y arte mágica que imputaban al Autor de la verdad y vida.

1339. En esta forma quedó Su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron crudamente a una columna de aquel edificio para castigarle más a su salvo. Luego por su orden de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caer en condición humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazón de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al inocentísimo Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en este sacrilegio todo el furor de su indignación y las fuerzas de sus potencias corporales. Y con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos sayones, entraron de nuevo y a porfía los otros dos segundos, y con los segundos ramales de correas como riendas durísimas le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habían hecho y derramando la sangre divina, que no sólo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros sacrílegos que le atormentaban y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos y comenzaron los terceros, sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, casi duros como mimbres ya secas. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, no sólo porque ya no herían a su virginal cuerpo sino a las mismas heridas que los primeros habían dejado, sino también porque de nuevo fueron ocultamente irritados por los demonios, que de la paciencia de Cristo estaban más enfurecidos.

1340. Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron las inmaculadas y virgíneas carnes de Cristo nuestro Redentor, derribando al suelo muchos pedazos de ella y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre, y en algunas se descubrían en más espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedía a todos los hijos de los hombres, le azotaron en su divino rostro, en los pies y manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignación que contra el inocentísimo Cordero habían concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, rebasándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en pies y manos y en el rostro fueron de incomparable dolor, por ser estas partes más nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella

hicieron. Y sobre todo esto le llenaron de salivas inmundísimas, que a un mismo tiempo le arrojaban, hartándole de oprobios. El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fue cinco mil ciento y quince, desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Y el gran Señor y autor de toda criatura, que por su naturaleza divina era impasible, quedó por nosotros, y en la condición de nuestra carne, hecho varón de dolores, como lo había profetizado Isaías (Is 53, 3), y muy sabio en la experiencia de nuestras enfermedades, el novísimo de los hombres y reputado por el desprecio de todos.

1341. La multitud del pueblo que seguía a Jesús Nazareno nuestro Salvador tenía ocupados los zaguanes de la casa de Pilatos hasta las calles, porque todos esperaban el fin de aquella novedad, discurriendo y hablando con un tumulto confusísimo, según el juicio que cada uno concebía del suceso. Y entre toda esta confusión la Madre Virgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decían contra su Hijo santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora a un rincón del zaguán con las Marías y San Juan Evangelista, que la asistían y acompañaban en su dolor. Retirada en aquel puesto vio por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padecía nuestro Salvador, y aunque no los vio con los ojos del cuerpo, nada le fue oculto más que si estuviera mirándole muy de cerca. Y no puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasión padeció la gran Reina y Señora de los Ángeles, y con otros misterios ocultos se conocerán en la divinidad, cuando allí se manifiesten a todos para gloria del Hijo y de la Madre. Pero ya he dicho en otros lugares de esta Historia, y más en el discurso de la pasión del Señor (Cf. supra n. 1219, 1236, 1264), que sintió María santísima en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentía y recibía el Hijo. Y este dolor tuvo también en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban a Cristo nuestro bien. Y aunque no derramó sangre más de la que vertía con las lágrimas, ni se trasladaron las llagas a la candidísima paloma, pero el dolor la transformó y desfiguró de manera que San Juan Evangelista y las Marías le llegaron a desconocer por su semblante. A más de los dolores del cuerpo fueron inefables los que padeció en su purísima alma, porque allí fue donde añadiendo la ciencia se añadió el dolor (Ecl 1, 18). Y sobre el amor natural de madre y el de la suprema caridad de Cristo, ella sola supo y pudo ponderar sobre todas las criaturas la inocencia de Cristo, la dignidad de su divina persona y el peso de las injurias que recibía de los mismos hijos de Adán, a quienes redimía de la eterna muerte.

1342. Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron a nuestro Salvador de la columna y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habían quitado. Pero uno de aquellos ministros, incitado del demonio, mientras azotaban al mansísimo Maestro había escondido sus vestiduras, para que no pareciesen y perseverase desnudo para mayor irrisión y afrenta de su divina persona. Este mal intento del demonio conoció la Madre del Señor y, usando de potestad de Reina, mandó a Lucifer se desviase de aquel lugar con todos sus demonios, y luego se alejaron compelidos de la virtud y poder de la gran Señora. Y ella dio orden que por mano de los Santos Angeles fuese restituida la túnica de su Hijo santísimo a donde Su Majestad pudiese tomarla, para vestir su sagrado y lastimado cuerpo. Todo se ejecutó al punto, aunque los sacrílegos ministros no entendieron este milagro, ni cómo se había obrado, pero todo lo atribuían a la hechicería y arte del demonio. Vistióse nuestro Salvador, habiendo padecido sobre sus llagas el nuevo dolor que le causaba el frío, porque de los Evangelistas (Mc 14, 54; Lc 22, 55; Jn 18, 18) consta que le hacía, y Su Majestad había estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le había helado y comprimían las llagas, estaban entumecidas y más dolorosas, las fuerzas eran menos para tolerarle, porque el frío las debilitaba, aunque el incendio de su infinita caridad las esforzaba a padecer y desear más y más. Y con ser la compasión tan natural en las criaturas racionales, no hubo quien se compadeciese de su aflicción y necesidad, si no es la dolorosa Madre, que por todo el linaje humano lloraba, se lastimaba y compadecía.

1343. Entre los sacramentos del Señor, ocultos a la humana sabiduría, causa grande admiración que la indignación de los judíos, que eran hombres sensibles de carne y sangre como nosotros, no se aplacase viendo a Cristo nuestro bien tan lastimado y herido de sus azotes, y que un objeto tan lastimoso no les moviese a compasión natural; antes bien le quedó a la envidia materia para arbitrar nuevos modos de injurias y de tormentos contra quien estaba tan lastimado. Pero tan implacable era su furor, que luego intentaron otro nuevo e inaudito género de tormento. Fueron a Pilatos y en el pretorio en presencia de los de su consejo le dijeron: Este seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad que le tuvieran todos por Rey de los judíos y, para que se humille su soberbia y se desvanezca más su presunción, queremos que permitas le pongamos las insignias reales que mereció su fantasía.—Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos, para que la ejecutasen como lo desearon.

1344. Llevaron luego a Jesús nuestro Salvador al pretorio, donde le desnudaron de nuevo con la misma crueldad y desacato y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrisión de todos. Pusiéronle también en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona. Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes, y se le apretaban de manera que muchas le penetraron hasta el casco y algunas hasta los oídos y otras hasta los ojos, y por esto fue uno de los mayores tormentos el que padeció Su Majestad con la corona de espinas. En vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contentible y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombros un manto de color morado, al modo de las capas que se usan en la Iglesia, porque también este vestido pertenecía al adorno de la dignidad y persona de los reyes. Con toda esta ignominia armaron rey de burlas los judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19, 16). Juntáronse luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos y cogiendo en medio a nuestro Salvador Jesús, con desmedida irrisión y mofa le llenaron de blasfemias; porque unos le hincaban las

rodillas y con burla le decían: Dios te salve, Rey de los judíos; otros le daban bofetadas, otros con la misma caña que tenía en sus manos herían su divina cabeza dejándola lastimada, otros le arrojaban inmundísimas salivas, y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas del demonio por medio de su furor diabólico.

1345. ¡Oh caridad incomprensible y sin medida! ¡Oh paciencia nunca vista ni imaginada entre los hijos de Adán! ¿Quién, Señor y bien mío, pudo obligar a tu grandeza para que te humillaras, siendo verdadero y poderoso Dios en tu ser y en tus obras, a padecer tan inauditos tormentos, oprobios y blasfemias? Pero ¿quién, oh Bien infinito, dejó de desobligarte entre todos los hombres, para que nada hicieras ni padecieras por ellos? ¿Quién tal pensara ni creyera si no conociéramos tu bondad infinita? Pero ya que la conocemos y con la firmeza de la santa fe miramos tan admirables beneficios y maravillas de tu amor, ¿dónde está nuestro juicio?, ¿qué hace la luz de la verdad que confesamos?, ¿qué encanto es éste que padecemos, pues a vista de tus dolores, azotes, espinas, oprobios y contumelias, buscamos sin vergüenza ni temor los deleites, el regalo, el descanso, las mayorías y vanidades del mundo? Verdaderamente es grande el número de los necios (Ecl 1, 15), pues la mayor estulticia y fealdad es conocer la deuda y no pagarla, recibir el beneficio y nunca agradecerle, tener a los ojos el mayor bien y despreciarle, apartarle de nosotros y no lograrle, dejar la vida, huir de ella y seguir la eterna muerte. No despegó su boca el inocentísimo cordero Jesús entre tales y tantos oprobios, ni tampoco se aplacó la indignación furiosa de los judíos, ni con la irrisión y escarnios que hizo del divino Maestro, ni con los tormentos que añadió a los desprecios de su sobredignísima persona.

1346. Parecióle a Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como estaba Jesús Nazareno movería y confundiría los corazones de aquel ingrato pueblo, y mandóle sacar del pretorio a una ventana donde todos le viesen así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo, les dijo: *Ecce Homo (Jn 19, 5)*. Veis aquí el hombre que tenéis por vuestro enemigo. ¿Qué más puedo hacer con él que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en él causa de muerte.—Verdad cierta y segura era la que decía el juez, pero con ella misma condenaba su injustísima piedad, pues a un hombre que conocía y confesaba por justo y sabía que no era digno de muerte le había hecho atormentar y consentido de manera que le pudieran quitar los tormentos una y muchas vidas. ¡Oh ceguera del amor propio y maldad de contemplar con los que dan o quitan las dignidades! ¡Cómo oscurecen la razón estos motivos y tuercen el peso de la justicia, y la adulteraron en la verdad mayor y en la condenación del Justo de los justos! Temblad, jueces que juzgáis la tierra, y mirad que los pesos de vuestros juicios y dictámenes no sean engañosos, porque los juzgados y condenados en una injusta sentencia vosotros sois. Como los pontífices y fariseos deseaban quitar la vida a Cristo nuestro Salvador con efecto e ira insaciable, nada menos que la muerte de Su Majestad les contentaba ni satisfacía, y así respondieron a Pilatos: *Crucificalle, crucificalle (Jn 19, 6)*.

1347. La bendita entre las mujeres María santísima vio a su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: *Ecce Homo*, y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios-Hombre. Y lo mismo hicieron San Juan Evangelista y las Marías y todos los Ángeles que asistían a su gran Reina y Señora; porque ella, como Madre de nuestro Salvador y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así, a más de la voluntad que los Santos Ángeles conocían en el mismo Dios. Habló la prudentísima Señora con el Eterno Padre y con los Santos Ángeles, y mucho más con su amantísimo Hijo, palabras llenas de gran peso, de dolor, compasión y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir. Consideró también con su altísima sabiduría que en aquella ocasión en que su Hijo santísimo estaba tan afrentado y burlado, despreciado y escarnecido de los judíos, convenía en el modo más oportuno conservar el crédito de su inocencia. Y con este prudentísimo acuerdo renovó la divina Madre las peticiones que arriba dije (Cf. supra n. 1306) hizo por Pilatos, para que continuase en declarar como juez que Jesús nuestro Redentor no era digno de muerte, ni malhechor, como los judíos pretendían que el mundo lo entendiese.

1348. En virtud de esta oración de María santísima sintió Pilatos grande compasión de ver al Señor tan lastimado de los azotes y oprobios y le pesó que le hubiesen castigado con tanta impiedad. Y aunque a todos estos movimientos le ayudó algo el ser de condición más blanda y compasiva, pero lo más obraba en él la luz que recibía por intercesión de la gran Reina y Madre de la gracia. Y de esta misma luz se movió el injusto juez, para tener tantas demandas y respuestas con los judíos sobre soltar a Jesús nuestro Salvador, como lo refiere el Evangelista San Juan (Jn 19, 4) en el capítulo 19, después de la coronación de espinas. Y pidiéndole ellos que le crucificase, respondió Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo causa justa para hacerlo.—Replicaron los judíos: Conforme a nuestra ley es digno de muerte, porque se hace Hijo de Dios.—Esta réplica puso mayor miedo a Pilatos, porque hizo concepto que podía ser verdad que Jesús era Hijo de Dios, en la forma que él sentía de la divinidad. Y por este miedo se retiró al pretorio, donde a solas habló con el Señor y le preguntó de dónde era. No respondió Su Majestad a esta pregunta, porque no estaba Pilatos en estado de entender la respuesta, ni la merecía. Y con todo eso volvió a instar y dijo al Rey del cielo: Pues ¿a mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte o para darte por libre? Pretendió Pilatos obligar a Jesús con estas razones a que se disculpase y le respondiese algo de lo que deseaba saber, y le pareció que un hombre tan afligido y atormentado admitiría cualquiera favor que le ofreciese el juez.

1349. Pero el Maestro de la verdad respondió a Pilatos sin excusarse y con mayor alteza que él pedía, y así le dijo Su Majestad: No tuvieras tú potestad alguna contra mí, si de lo alto no te fuera concedido, y por esto el que me entregó en tus manos cometió mayor pecado.—Con esta sola respuesta no pudiera este juez tener disculpa en condenar a Cristo, pues debía entender por ella que sobre aquel Hombre Jesús no tenía él potestad, ni el César; que por orden más alto

era permitido que le entregasen a su jurisdicción contra razón y justicia y que por esto Judas Iscariotes y los pontífices habían cometido mayor pecado que el mismo Pilatos en no soltarle, pero que también él era reo de la misma culpa, aunque no tanto como los otros. No llegó a conocer Pilatos esta misteriosa verdad, pero con todo eso se atemorizó mucho con las palabras de Cristo nuestro bien y puso mayor esfuerzo en soltarle. Los pontífices, que conocieron el intento de Pilatos, le amenazaron con la desgracia del emperador, en que incurría y caería de ella si le soltaba y no quitaba la vida a quien se levantaba por rey. Y le dijeron: Si a este hombre dejas libre, no eres amigo del César, pues el que se hace rey contraviene a sus órdenes y mandatos.—Dijeron esto, porque los emperadores romanos no consentirían que sin su voluntad se atreviese nadie en todo el imperio a usurpar la vestidura o título de rey, y si Pilatos lo consintiera no guardara los decretos del César. Turbóse mucho con esta maliciosa amenaza y advertencia de los judíos y, sentándose en su tribunal a la hora de sexta para sentenciar al Señor, volvió a instar otra vez diciendo a los judíos: Veis aquí a vuestro Rey.—Respondieron todos: Quitale, quitale allá, crucifícale.—Replicóles Pilatos: ¿Pues a vuestro Rey he de crucificar?—Dijeron todos a voces: No tenemos otro rey fuera del César.

1350. Dejóse vencer Pilatos de la porfía y malicia de los judíos. Y estando en su tribunal —que en griego se llama Lithostrotos y en hebreo Gabatha— día de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, como diré en el capítulo siguiente. Y los judíos salieron de la sala con grande orgullo y alegría, publicando la sentencia del inocentísimo Cordero, en que ignorándolo ellos consistía nuestro remedio. Todo le fue notorio a la dolorosa Madre, que por visión expresa lo miraba desde fuera. Y cuando salieron los pontífices y fariseos publicando la condenación de su Hijo santísimo a muerte de cruz, se renovó el dolor de aquel castísimo corazón, quedó dividido con el cuchillo de amargura que le penetró y traspasó sin piedad alguna. Y porque excede a todo humano pensamiento el dolor que aquí padeció María santísima, no puedo hablar en él, sino remitirlo a la piedad cristiana. Ni tampoco es posible referir los actos interiores que ejerció de adoración, culto, reverencia, amor, compasión, dolor y conformidad.

Doctrina que me dio la gran Señora y Reina del cielo.

1351. Hija mía, con admiración discurre sobre la dureza y malicia de los judíos y facilidad de Pilatos, que la conoció y se dejó vencer de ella contra la inocencia de mi Hijo y mi Señor. De esta admiración quiero sacarte con la enseñanza y avisos que te convienen para ser cuidadosa en el camino de la vida. Ya sabes que las profecías antiguas de los misterios de la Redención y todas las escrituras santas habían de ser infalibles, pues antes faltaría el cielo y tierra que se dejasen de cumplir (Mt 24, 35) como en la mente divina estaban determinadas; y para ejecutarse la muerte torpísima, que estaba profetizada darían a mi Señor (Sap 2, 20), era necesario que hubiera hombres que le persiguiesen, pero que éstos fuesen los judíos y sus pontífices y el injusto juez Pilatos que le condenó fue desdicha y suma infelicidad suya y no elección del Altísimo, que a todos quisiera salvar. Quien llevó a estos ministros a tanta ruina fueron sus propias culpas y suma malicia, con que resistieron a la gracia de los mayores beneficios de tener consigo a su Redentor y Maestro, tratarle, conocerle, oír su predicación y doctrina, ver sus milagros y recibir tantos favores, que ninguno de los antiguos padres los alcanzaron, aunque lo desearon (Mt 13, 17). Con esto se justificó la causa del Señor y se conoció que cultivó su viña por su mano y la llenó de beneficios, y ella le dio en retorno espinas y abrojos y quitó la vida al Dueño que la plantó y no quiso reconocerle, como debía y podía más que los extraños (Mt 21, 33ss).

1352. Esto que sucedió en la cabeza Cristo mi Señor e Hijo, ha de suceder hasta el fin del mundo en los miembros de este Cuerpo Místico, que son los justos y predestinados, porque fuera monstruosidad que los miembros no correspondieran con la Cabeza y los hijos al Padre y los discípulos al Maestro. Y aunque siempre han de ser necesarios los escándalos (Mt 18, 7), porque siempre han de estar juntos en el mundo los justos y pecadores, los predestinados y los prescitos, siempre quien persiga y quien sea perseguido, quien dé la muerte y quien la padezca, quien mortifique y quien sea mortificado, pero estas suertes se dividen por la malicia o bondad de los hombres y será desdichado aquel que por su culpa y mala voluntad hace que venga el escándalo que ha de venir al mundo y para esto se hace instrumento del demonio. Esta obra comenzaron en la nueva Iglesia los pontífices y fariseos y Pilatos, que todos labraron la cabeza de este hermosísimo Cuerpo Místico, y en el discurso del mundo imitan y siguen a los pontífices y fariseos y Pilatos y al demonio los que labran los miembros, que son los santos y predestinados.

1353. Advierte, pues, ahora, carísima, cuál de estas suertes quieres elegir en presencia de mi Señor y mía. Y si cuando tu Redentor, tu Esposo y tu Cabeza fue atormentado, afligido, coronado de espinas y lleno de ignominias, quieres tú ser parte suya y miembro de este Cuerpo Místico, no es conveniente ni posible que vivas en regalo según la carne. Tú has de ser la perseguida y no perseguir, la oprimida y no oprimir, la que llesves la cruz y sufras el escándalo y no le causes, tú la que padezcas y no hagas padecer a ninguno de tus prójimos; antes bien, debes procurarles su remedio y salvación en cuanto a ti fuere posible continuando la perfección de tu estado y vocación. Esta es la parte de los amigos de Dios y la herencia de sus hijos en la vida mortal y en ella se contiene la participación de la gracia y de la gloria que, con los tormentos y oprobios y con la muerte de cruz, les adquirió mi Hijo y mi Señor; y yo también cooperé en esta obra, costándome los dolores y aflicciones que tú has entendido, cuyas especies y memoria nunca quiero que de tu intención se borren. Poderoso era el Altísimo para hacer grandes en lo temporal a sus predestinados, para darles riquezas, regalos y excelencia entre todos, y hacerlos fuertes como leones y que todo lo rindieran a su invencible poder. Pero no convenía llevarlos por este camino, porque los hombres no se engañasen, pensando que en la grandeza de lo visible y terreno consistía su felicidad y desampararan las virtudes, oscurecieran la gloria del Señor y no conocieran la eficacia de la divina gracia, ni aspiraran a lo espiritual y eterno. En esta ciencia

quiero que estudies continuamente y te aproveches cada día, obrando y ejecutando todo lo que con ella entiendes y conoces.

CAPITULO 21

Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, lleva Su Majestad la cruz a cuestras en que ha de morir, síguele su Madre santísima y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio y otros sucesos.

1354. Decretó Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, Jesús nuestro Salvador, a satisfacción y gusto de los pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron a Su Majestad a otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habían puesto como a rey de burlas y fingido. Y todo fue con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fue acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras y por ellas le conociesen todos, porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su divino rostro, que sólo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Vistiéronle la túnica inconsútil, que los Ángeles con orden de su Reina administraron, trayéndola ocultamente de un rincón, a donde los ministros la habían arrojado en otro aposento en que se la quitaron, cuando le pusieron la púrpura de irrisión y escándalo. Pero nada de esto entendieron los judíos, ni tampoco atendieron a ello, por la solicitud que traían en acelerarle la muerte.

1355. Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalén la voz de la sentencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concurrió todo el pueblo a la casa de Pilatos para verle sacar a justiciar. Estaba la ciudad llena de gente, porque a más de sus innumerables moradores habían concurrido de todas partes otros muchos a celebrar la Pascua, y todos acudieron a la novedad y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era viernes, día de Parasceve, que en griego significa lo mismo que preparación o disposición, porque aquel día se prevenían y disponían los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacían obras serviles ni para prevenir la comida y todo se hacía el viernes. A vista de todo este pueblo sacaron a nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes habían visto y conocido. Apareció, como dijo Isaías (Is 53, 4), como leproso y herido del Señor, porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habían limpiado algunas veces los Santos Ángeles, por mandárselo la afligida Madre, pero luego las volvían a repetir y renovar con tanto exceso, que en esta ocasión apareció todo cubierto de aquellas asquerosas inmundicias. A la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía más del bullicio y eco de las voces. Pero entre todas resonaban las de los pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quietasen y despejasen la calle por donde habían de sacar al divino sentenciado y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusión, según los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferentes que al espectáculo asistían, los que habían sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador y los que habían oído y recibido su doctrina y eran sus aliados y conocidos, unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos había cometido aquel hombre para tales castigos. Otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusión y tumulto.

1356. De los once Apóstoles sólo San Juan Evangelista se halló presente, que con la dolorosa Madre y las Marías estaba a la vista, aunque algo retirados de la multitud. Y cuando el Santo Apóstol vio a su divino Maestro —de quien consideraba era amado— que le sacaron en público, fue tan lastimada su alma del dolor, que llegó a desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. [Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta y su magnánimo corazón, con lo sumo del dolor sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni desmayó, no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás.](#) En todo fue prudentísima, fuerte y admirable, y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó a las Marías y a San Juan Evangelista, y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasión. Y en virtud de esta oración fueron consolados y animados el Apóstol y las Marías para volver en sí y hablar a la gran Señora del cielo. Y entre tanta confusión y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendía a su Hijo y Dios verdadero, oraba al Eterno Padre, presentábale los dolores y pasión, acompañando a las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacía. Conocía la malicia del pecado, penetraba los misterios de la Redención humana, convidaba a los Ángeles, rogaba por los amigos y enemigos y, dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondía, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiración de los cielos y sumo agrado de la divinidad. Y porque no es posible reducir a mis términos las razones que formaba esta gran Madre de la sabiduría en su corazón, y tal vez en sus labios, lo remito a la piedad cristiana.

1357. Procuraban los pontífices y los ministros de justicia sosegar al pueblo y que tuviesen silencio para oír la sentencia de Jesús Nazareno, que después de habérsela notificado en su persona la querían leer en público y a su presencia. Y quietándose la turba, estando Su Majestad en pie como reo, comenzaron a leerla en alta voz, que todos la entendiesen, y después la fueron repitiendo por las calles y últimamente al pie de la cruz. La sentencia anda vulgar impresa, como yo la he visto, [\(No sabemos cuál es la "sentencia vulgar impresa" que la Venerable dice haber visto. González Mateo \[Mystica Civitas Dei vindicata, Matriti 1747, art. 7 & 2 n. 208, p. 67\] afirma que la fórmula](#)

empleada por la autora es semejante a otra fórmula encontrada el año 1580 en Amiterno (Italia). Toma este dato de SIURI, t. 3, trac. 10, c. 4, n. 59, quien a su vez depende de Rodrigo de Yepes, *Palestinae descriptio.*) y, según la inteligencia que he tenido, en sustancia es verdadera, salvo algunas palabras que se le han añadido. Yo no las pondré aquí, porque a mí se me han dado las que sin añadir ni quitar escribo, y fue como se sigue:

Tenor de la sentencia de muerte que dio Pilatos contra Jesús Nazareno nuestro Salvador.

1358. Yo, Poncio Pilato, presidente de la inferior Galilea, aquí en Jerusalén regente por el imperio romano, dentro del palacio de archipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio que condeno a muerte a Jesús, llamado de la plebe Nazareno, y de patria galileo, hombre sedicioso, contrario de la ley y de nuestro Senado y del grande emperador Tiberio César. Y por la dicha mi sentencia determino que su muerte sea en cruz, fijado con clavos a usanza de reos. Porque aquí, juntando y congregando cada día muchos hombres pobres y ricos, no ha cesado de remover tumultos por toda Judea, haciéndose Hijo de Dios y Rey de Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo con gran parte de la plebe dentro de la misma ciudad de Jerusalén y en el sacro templo de Salomón. Mando al primer centurión, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de Jerusalén a la vergüenza, ligado así como está, azotado por mi mandamiento. Y séanle puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y la propia cruz en que ha de ser crucificado. Vaya en medio de los otros dos ladrones por todas las calles públicas, que asimismo están condenados a muerte por hurtos y homicidios que han cometido, para que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes y malhechores.

Quiero asimismo y mando por esta mi sentencia, que, después de haber así traído por las calles públicas a este malhechor, le saquen de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es llamada Antoniana, y con voz de pregonero, que diga todas estas culpas en ésta mi sentencia expresadas, le lleven al monte que se dice Calvario, donde se acostumbra a ejecutar y hacer la justicia de los malhechores facinerosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que llevaré, como arriba se dijo, quede su cuerpo colgado entre los dichos dos ladrones. Y sobre la cruz, que es en lo más alto de ella, le sea puesto el título de su nombre *en las tres lenguas que ahora más se usan, conviene a saber, hebrea, griega y latina*, y que en todas ellas y cada una diga: *Este es Jesús Nazareno Rey de los Judíos*, para que todos lo entiendan y sea conocido de todos.

Asimismo mando, so pena de perdición de bienes y de la vida y de rebelión al imperio romano, que ninguno, de cualquier estado y condición que sea, se atreva temerariamente a impedir la dicha justicia por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas. *Año de la creación del mundo cinco mil doscientos y treinta y tres, día veinticinco de marzo.—*

Pontius Pilatus Judex et Gubernator Galilaeae inferioris pro Romano Imperio qui supra propria manu.

1359. Conforme a este cómputo, la creación del mundo fue en marzo, y del día que fue criado Adán hasta la Encarnación del Verbo pasaron cinco mil ciento y noventa y nueve años, y añadiendo los nueve meses que estuvo en el virginal vientre de su Madre santísima, y treinta y tres años que vivió, hacen los cinco mil doscientos y treinta y tres, y los tres meses que conforme al cómputo romano de los años restan hasta veinte y cinco del mes de marzo; porque según esta cuenta de la Iglesia romana, al primer año del mundo no le tocan más de nueve meses y siete días, para comenzar el segundo año del primero de enero. Y entre las opiniones de los doctores he entendido que la verdadera es la de la Santa Iglesia en el Martirologio romano, como lo dije también en el capítulo de la Encarnación de Cristo nuestro Señor, en el libro I de la segunda parte, capítulo 11 (Cf. supra n. 138).

1360. Leída la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, que dejó referida, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de Jesús la pesada cruz en que había de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido, y para mayor crueldad le dieron con ellas a la garganta dos vueltas. Era la cruz de quince pies en largo, gruesa, y de madera muy pesada. Comenzó el pregón de la sentencia, y toda aquella multitud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una desconcertada procesión, para encaminarse por las calles de Jerusalén desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. Pero el Maestro y Redentor del mundo Jesús, cuando llegó a recibir la cruz, mirándola con semblante lleno de júbilo y extremada alegría, cual suele mostrar el esposo con las ricas joyas de su esposa, habló con ella en su secreto y la recibió con estas razones:

1361. Oh cruz deseada de mi alma, prevenida y hallada de mis deseos, ven a mí, amada mía, para que me recibas en tus brazos y en ellos como en altar sagrado reciba mi Eterno Padre el sacrificio de la eterna reconciliación con el linaje humano. Para morir en ti bajé del cielo en vida y carne mortal y pasible, porque tú has de ser el cetro con que triunfaré de todos mis enemigos, la llave con que abriré las puertas del paraíso a mis predestinados, el sagrado donde hallen misericordia los culpados hijos de Adán y la oficina de los tesoros que pueden enriquecer su pobreza. En ti quiero acreditar las deshonras y oprobios de los hombres, para que mis amigos los abracen con alegría y los soliciten con ansias amorosas, para seguirme por el camino que yo les abriré contigo. Padre mío y Dios eterno, yo te confieso Señor del cielo y tierra, y obedeciendo a tu querer divino cargo sobre mis hombros la leña del sacrificio de mi pasible humanidad

inocentísima y le admito de voluntad por la salvación eterna de los hombres. Recíbidle, Padre mío, como aceptable a Vuestra justicia, para que de hoy más no sean siervos sino hijos y herederos conmigo de Vuestro reino.

1362. A la vista de tan sagrados misterios y sucesos, estaba la gran Señora del mundo María santísima sin que alguno se le ocultase, porque de todos tenía altísima noticia y comprensión sobre los mismos Ángeles, y los sucesos que no podía ver con los ojos corporales los conocía con la inteligencia y ciencia de la revelación, que se los manifestaba con las operaciones interiores de su Hijo santísimo. Y con esta luz divina conoció el valor infinito que redundó en el madero santo de la cruz, al punto que recibió el contacto de la humanidad deificada de Jesús nuestro Redentor. Y luego la prudentísima Madre la adoró y veneró con el debido culto, y lo mismo hicieron todos los espíritus soberanos que asistían al mismo Señor y a la Reina. Acompañó también a su Hijo santísimo en las caricias con que recibió la cruz, y la habló con otras semejantes palabras y razones que a ella tocaban como coadjutora del Redentor. Y lo mismo hizo orando al Eterno Padre, imitando en todo altísimamente como viva imagen a su original y ejemplar sin perder un punto. Y cuando la voz del pregonero iba publicando y repitiendo la sentencia por las calles, oyéndola la divina Madre, compuso un cántico de loores y alabanzas de la inocencia impecable de su Hijo y Dios santísimo, contraponiéndolos a los delitos que contenía la sentencia y como quien glosaba las palabras en honra y gloria del mismo Señor. Y a este cántico le ayudaron los Santos Ángeles con quienes lo iba ordenando y repitiendo cuando los habitantes de Jerusalén iban blasfemando de su mismo Criador y Redentor.

1363. Y como toda la fe, la ciencia y el amor de las criaturas estaba resumido en esta ocasión de la pasión en el gran pecho de la Madre de la sabiduría, sola ella hacía el juicio rectísimo y el concepto digno de padecer y morir Dios por los hombres. Y sin perder la atención a todo lo que exteriormente era necesario obrar, confería y penetraba con su sabiduría todos los misterios de la Redención humana y el modo como se iban ejecutando por medio de la ignorancia de los mismos hombres que eran redimidos. Penetraba con digna ponderación quién era Él que padecía, lo que padecía, de quién y por quién lo padecía. De la dignidad de la persona de Cristo nuestro Redentor, que contenía las dos naturalezas, divina y humana, de sus perfecciones y atributos de entrambas, sola María santísima fue la que tuvo más alta y penetrante ciencia, después del mismo Señor. Y por esta parte sola ella entre las puras criaturas llegó a darle la ponderación debida a la pasión y muerte de su mismo Hijo y Dios verdadero. De lo que padeció no sólo fue testigo de vista la candida paloma, sino también lo fue de experiencia, en que ocasiona santa emulación no sólo a los hombres mas a los mismos Ángeles, que no alcanzaron esta gracia. Pero conocieron cómo la gran Reina y Señora sentía y padecía en el alma y cuerpo los mismos dolores y pasiones de su Hijo santísimo y el agrado inexplicable que de ello recibía la Beatísima Trinidad, y con esto recompensaron el dolor que no pudieron padecer en la gloria y alabanza que le dieron. Algunas veces que la dolorosa Madre no tenía a la vista a su Hijo santísimo, solía sentir en su virginal cuerpo y espíritu la correspondencia de los tormentos que daban al Señor, antes que por inteligencia se le manifestase. Y como sobresaltada decía: ¡Ay de mí, qué martirio le dan ahora a mi dulcísimo Dueño y mi Señor! Y luego recibía la noticia clarísima de todo lo que con Su Majestad se hacía. Pero fue tan admirable en la fidelidad de padecer y en imitar a su dechado Cristo nuestro bien, que jamás la amantísima Madre admitió natural alivio en la pasión, no sólo del cuerpo porque ni descansó, ni comió, ni durmió, pero ni del espíritu, con alguna consideración que la diese refrigerio, salvo cuando se le comunicaba el Altísimo con algún divino influjo, y entonces le admitía con humildad y agradecimiento, para recobrar nuevo esfuerzo con que atender más ferviente al objeto doloroso y a la causa de sus tormentos. La misma ciencia y ponderación hacía de la malicia de los judíos y ministros y de la necesidad del linaje humano y su ruina y de la ingratisima condición de los mortales, por quienes padecía su Hijo santísimo; y así lo conoció todo en grado eminente y perfectísimo y lo sintió sobre todas las criaturas.

1364. Otro misterio oculto y admirable obró la diestra del Omnipotente en esta ocasión por mano de María santísima contra Lucifer y sus ministros infernales, y sucedió en esta forma: Que como este Dragón y los suyos asistían atentos a todo lo que iba sucediendo en la pasión del Señor, que ellos no acababan de conocer, al punto que Su Majestad recibió la cruz sobre sus hombros, sintieron todos estos enemigos un nuevo quebranto y desfallecimiento, que con la ignorancia y novedad les causó grande admiración y una nueva tristeza llena de confusión y despecho. Con el sentimiento de estos nuevos e invencibles efectos se receló el príncipe de las tinieblas de que por aquella pasión y muerte de Cristo nuestro Señor le amenazaba alguna irreparable destrucción y ruina de su imperio. Y para no esperarle en presencia de Cristo nuestro bien, determinó el Dragón hacer fuga y retirarse con todos sus secuaces a las cavernas del infierno. Pero cuando intentaba ejecutar este deseo se lo impidió nuestra gran Reina y Señora de todo lo criado, porque el Altísimo al mismo tiempo la ilustró y vistió de su poder, dándole conocimiento de lo que debía hacer. Y la divina Madre, convirtiéndose contra Lucifer y sus escuadrones con imperio de Reina, los detuvo para que no huyesen y les mandó esperasen el fin de la pasión y que fuesen a la vista de toda ella hasta el monte Calvario. Al imperio de la poderosa Reina no pudieron resistir los demonios, porque conocieron y sintieron la virtud divina que obraba en ella. Y rendidos a sus mandatos fueron como atados y presos acompañando a Cristo nuestro Señor hasta el Calvario, donde por la eterna sabiduría estaba determinado que triunfase de ellos desde el trono de la cruz, como adelante lo veremos (Cf. infra n. 1412). No hallo ejemplo con que manifestar la tristeza y desaliento con que desde este punto fueron oprimidos Lucifer y sus demonios. Pero, a nuestro modo de entender, iban al Calvario como los condenados que son llevados al suplicio y el temor del castigo inevitable los desmaya, debilita y entristece. Y esta pena en el demonio fue conforme a su naturaleza y malicia y correspondiente al daño que hizo en el mundo introduciendo en él la muerte y el pecado, por cuyo remedio iba a morir el mismo Dios.

1365. Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, llevando sobre sus hombros, como dijo Isaiás (Is 9,

6), su mismo imperio y principado, que era la Santa Cruz, donde había de reinar y sujetar al mundo, mereciendo la exaltación de su nombre sobre todo nombre y rescatando a todo el linaje humano de la potencia tiránica que ganó el demonio sobre los hijos de Adán. Llamó el mismo Isaías (Is 9, 4) yugo y cetro del cobrador y ejecutor, y con imperio y vejación cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer este tirano y destruir el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia real, como quien despojaba de ella al demonio y le trasladaba a sus hombros, para que los cautivos hijos de Adán, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, a quien sigan por el camino de la cruz, por la cual redujo a todos los mortales a su imperio y los hizo vasallos y esclavos suyos comprados con el precio de su misma sangre y vida.

1366. Mas ¡ay dolor de nuestro ingratisimo olvido! Que los judíos y ministros de la pasión ignorasen este misterio escondido a los príncipes del mundo, que no se atreviesen a tocar la cruz del Señor, porque la juzgaban por afrenta ignominiosa, culpa suya fue y muy grande; pero no tanta como la nuestra, cuando ya está revelado este sacramento y en fe de esta verdad condenamos la ceguera de los que persiguen a nuestro bien y Señor. Pues si los culpamos porque ignoraron lo que debían conocer, ¿qué culpa será la nuestra, que conociendo y confesando a Cristo Redentor nuestro le perseguimos y crucificamos como ellos ofendiéndole? ¡Oh dulcísimo amor mío Jesús, luz de mi entendimiento y gloria de mi alma!, no fies, Señor mío, de mi tardanza y torpeza, el seguirte con mi cruz por el camino de la tuya. Toma por tu cuenta hacerme este favor, llévame, Señor, tras de ti y correré en la fragancia de tu ardentísimo amor, de tu inefable paciencia, de tu eminentísima humildad, desprecio y angustias, y en la participación de tus oprobios, afrentas y dolores. Esta sea mi parte y mi herencia en esta mortal y pesada vida, ésta mi gloria y descanso, y fuera de tu cruz e ignominias no quiero vida ni consuelo, sosiego ni alegría. Como los judíos y todo aquel pueblo ciego se desviaban en las calles de Jerusalén de no tocar la cruz del inocentísimo reo, el mismo Señor hacía calle y despejaba el puesto donde iba Su Majestad, como si fuera contagio su gloriosa deshonra, en que le imaginaba la perfidia de sus perseguidores, aunque todo lo demás del camino estaba lleno de pueblo y confusión, gritos y vocería, y entre ella iba resonando el pregón de la sentencia.

1367. Los ministros de la justicia, como desnudos de toda humana compasión y piedad, llevaban a nuestro Salvador Jesús con increíble crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante, para que apresurase el paso, otros para atormentarle tiraban atrás, para detenerle, y con estas violencias y el grave peso de la cruz le obligaban y compelián a dar muchos vaivenes y caídas en el suelo. Y con los golpes que recibía de las piedras se le abrieron llagas, y particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetía las caídas; y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza y otras la cabeza contra la cruz y siempre las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibía, profundándose más en lo que no estaba herido de la carne. A estos dolores añadían aquellos instrumentos de maldad muchos oprobios de palabras y contumelias execrables, de salivas inmundísimas y polvo que arrojaban en su divino rostro, con tanto exceso que le cegaban los ojos que misericordiosamente los miraban, con que se condenaban por indignos de tan graciosa vista. Y con la prisa que se daban, sedientos de conseguir su muerte, no dejaban al mansísimo Maestro que tomase aliento, antes, como en tan pocas horas había cargado tanta lluvia de tormentos sobre aquella humanidad inocentísima, estaba desfallecida y desfigurada y, al parecer de quien le miraba, quería ya rendir la vida a los dolores y tormento.

1368. Entre la multitud de la gente partió la dolorosa y lastimada Madre de casa de Pilatos en seguimiento de su Hijo santísimo, acompañada de San Juan Evangelista y Santa María Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca de Su Majestad, pidió la gran Reina al Eterno Padre que le concediese estar al pie de la cruz en compañía de su Hijo y Señor, de manera que pudiese verle corporalmente, y con la voluntad del Altísimo ordenó también a los Santos Ángeles que dispusiesen ellos cómo aquello se ejecutase. Obedecieronla los Ángeles con grande reverencia y con toda presteza encaminaron a su Reina y Señora por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo santísimo y se vieron cara a cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Pero la prudentísima Madre adoró a su Hijo santísimo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz, y con la voz interior le pidió que, pues ella no podía descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitía que los Ángeles lo hicieran, que era a lo que la compasión la inclinaba, se dignase su potencia de poner en el corazón de aquellos ministros le diesen alguno que le ayudase a llevarla. Esta petición admitió Cristo nuestro bien, y de ella resultó el conducir a Simón Cireneo para que llevase la cruz con el Señor, como adelante diré (Cf. infra n. 1371). Porque los fariseos y ministros se movieron para esto, unos de alguna natural humanidad, otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar a quitársela en la misma cruz, porque iba Su Majestad muy desfallecido, como queda dicho.

1369. A todo humano encarecimiento y discurso excede el dolor que la candidísima paloma y Madre Virgen sintió en este viaje del monte Calvario, llevando a su vista el objeto de su mismo Hijo, que sola ella sabía dignamente conocer y amar. Y no fuera posible que no desfalleciera y muriera, si el poder divino no la confortara, conservándole la vida. Con este amarguísimo dolor habló al Señor y le dijo en su interior: Hijo mío y Dios eterno, lumbre de mis ojos y vida de mi alma, recibid. Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviarnos del peso de la cruz y llevarla yo, que soy hija de Adán, para morir en ella por vuestro amor, como vos queréis morir por la ardentísima caridad del linaje humano. ¡Oh amantísimo Medianero entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentáis la misericordia con tantas injurias y entre tantas

ofensas? ¡Oh caridad sin término ni medida, que para mayor incendio y eficacia dais lugar a los tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo, si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mía para que no dieran tan mala correspondencia a lo que por todos padecéis! ¡Oh quién hablara al corazón de los mortales y les intimara lo que Os deben, pues tan caro Os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina!—Otras razones prudentísimas y altísimas decía con éstas la gran Señora del mundo que no puedo yo reducir a las mías.

1370. Seguían asimismo al Señor —como dice el Evangelista San Lucas (Lc 23, 27)— con la turba de la gente popular otras muchas mujeres que se lamentaban y lloraban amargamente. Y convirtiéndose a ellas el dulcísimo Jesús las habló y dijo: Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque días vendrán en que dirán: Bienaventuradas las estériles, que nunca tuvieron hijos, ni les dieron leche de sus pechos. Y entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados, enterradnos. Porque si estas cosas pasan en el madero verde, ¿qué será en el que está seco? (Lc 23, 28-31)—Con estas razones misteriosas acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasión santísima y en algún modo las aprobó, dándose por obligado de su compasión, para enseñarnos en aquellas mujeres el fin que deben tener nuestras lágrimas, para que vayan bien encaminadas. Y esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro y lloraban sus afrentas y dolores y no la causa por que los padecía, de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Y fue como si les dijera el Señor: Llorad sobre vuestros pecados y de vuestros hijos lo que yo padezco, y no por los míos, que no los tengo ni es posible. Y si el compadeceros de mí es bueno y justo, más quiero que lloréis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas, y con este modo de llorar pasará sobre vosotras y sobre vuestros hijos el precio de mi sangre y Redención que este ciego pueblo ignora. Porque vendrán días, que serán los del juicio universal y del castigo, en que se juzgarán por dichas las que no hubieren tenido generación de hijos, y los prescitos pedirán a los montes y collados que los cubran, para no ver mi indignación. Porque si en mí, que soy inocente, han hecho estos efectos sus culpas de que yo me encargué, ¿qué harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?

1371. Para entender esta doctrina fueron ilustradas aquellas dichas mujeres en premio de sus lágrimas y compasión. Y cumpliéndose lo que María santísima había pedido, determinaron los pontífices, fariseos y los ministros conducir algún hombre que ayudase a Jesús nuestro Redentor en el trabajo de llevar la cruz hasta el Calvario. Llegó en esta ocasión Simón Cireneo, llamado así porque era natural de Cirene, ciudad de Libia, y venía a Jerusalén; era padre de dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo (Mc 15, 21). A este Simón obligaron los judíos a que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos, porque se afrentaban de llegar a ella, como instrumento del castigo de un hombre a quien ajusticiaban por malhechor insigne; que esto pretendían que todo el pueblo entendiese con aquellas ceremonias y cautelas. Tomó la cruz el Cireneo y fue siguiendo a Jesús, que iba entre los dos ladrones, para que todos creyesen era malhechor y facineroso como ellos. Iba la Madre de Jesús nuestro Salvador muy cerca de Su Majestad, como lo había deseado y pedido al Eterno Padre, con cuya voluntad estuvo tan conforme en todos los trabajos y martirios de la pasión de su Hijo, que participando y comunicando sus tormentos tan de cerca por todos sus sentidos, jamás tuvo movimiento ni ademán en su interior ni el exterior con que se inclinase a retractar la voluntad de que su Hijo y Dios no padeciese. Tanta fue su caridad y amor con los hombres y tanta la gracia y santidad de esta Reina en vencer la naturaleza.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.

1372. Hija mía, el fruto de la obediencia, por quien escribes la Historia de mi vida, quiero que sea formar en ti una verdadera discípula de mi Hijo santísimo y mía. A esto se ordena en primer lugar la divina luz que recibes de tan altos y venerables sacramentos, y los documentos que tantas veces te repito, de que te desvíes, desnudes y alejes tu corazón de todo afecto de criaturas, ni para tenerle, ni para admitirle de ninguna. Con este desvío vencerás los impedimentos del demonio en tu blando natural peligroso, y yo que le conozco te aviso y te encamino como Madre y Maestra que te corrige y enseña. Con la ciencia del Altísimo conoces los misterios de su pasión y muerte y el único y verdadero camino de la vida, que es el de la cruz, y que no todos los llamados son escogidos para ella. Muchos son los que dicen desean seguir a Cristo y muy pocos los que verdaderamente se disponen a imitarle, porque en llegando a sentir la cruz del padecer la arrojan de sí y retroceden. El dolor de los trabajos es muy sensible y violento para la naturaleza humana por parte de la carne, y el fruto del espíritu es más oculto, y pocos se gobiernan por la luz. Por esto hay tantos entre los mortales que olvidados de la verdad escuchan a su carne y siempre la quieren muy regalada y consentida. Son ardientes armadores de la honra y despreciadores de las afrentas, codiciosos de la riqueza y execradores de la pobreza, sedientos del deleite y tímidos de la mortificación. Todos estos son enemigos de la cruz de Cristo (Flp 3, 18) y con formidable horror huyen de ella, juzgándola por ignominiosa, como los que le crucificaron.

1373. Otro engaño se introduce en el mundo; que muchos piensan siguen a Cristo su Maestro sin padecer, sin obrar y sin trabajar, y se dan por contentos con no ser muy atrevidos en cometer pecados, y remiten toda la perfección a una prudencia o amor tibio con que nada se niegan a su voluntad ni ejecutan las virtudes que son costosas a la carne. De este engaño saldrían, si advirtiesen que mi Hijo santísimo no sólo fue Redentor y Maestro y no sólo dejó en el mundo el tesoro de sus merecimientos como remedio de su condenación, sino la medicina necesaria para la dolencia de que enfermó la naturaleza por el pecado. Nadie más sabio que mi Hijo y mi Señor, nadie pudo entender la condición del amor como Su Majestad, que fue la misma sabiduría y caridad, y lo es, y asimismo era todopoderoso para ejecutar toda su voluntad. Y con todo esto, aunque pudo lo que quería, no eligió vida blanda y suave para la carne, sino trabajosa y llena de dolores, porque no era bastante o cumplido magisterio redimir a los hombres si no les enseñara a vencer al

demonio, a la carne y a sí mismos, y que esta magnífica victoria se alcanza con la cruz, por los trabajos, penitencia, mortificación y desprecios, que son el índice y testimonio del amor y la divisa de los predestinados.

1374. Tú, hija mía, pues conoces el valor de la Santa Cruz y la honra que por ella recibieron las ignominias y tribulaciones, abraza tu cruz y llévala con alegría en seguimiento de mi Hijo y tu Maestro. Tu gloria en la vida mortal sean las persecuciones, desprecios, enfermedades, tribulaciones, pobreza, humillación y cuanto es penoso y adverso a la condición de la carne mortal. Y para que en todos estos ejercicios me imites y me des gusto, no quiero que busques ni que admitas alivio ni descanso en cosa terrena. No has de ponderar contigo misma lo que padeces, ni manifestarlo con cariño de aliviarte. Menos has de encarecer ni agravar las persecuciones ni molestias que te dieren las criaturas, ni en tu boca se ha de oír que es mucho lo que padeces, ni compararlo con otros que trabajan. Y no te digo que será culpa recibir algún alivio honesto y moderado y querrellarte con sufrimiento. Pero en ti, carísima, este alivio será infidelidad contra tu Esposo y Señor, porque te ha obligado a ti sola más que a muchas generaciones, y tu correspondencia en padecer y amar no admite defecto ni descargo, si no fuere con plenitud de toda fineza y lealtad. Tan ajustada te quiere consigo mismo este Señor, que ni un suspiro has de dar a tu naturaleza flaca sin otro más alto fin que sólo descansar y tomar consuelo. Y si el amor te compeliere, entonces te dejarás llevar de su fuerza suave, para descansar amando, y luego el amor de la cruz despedirá este alivio, como conoces que yo lo hacía con humilde rendimiento. Y sea en ti regla general que toda consolación humana es imperfección y peligro, y sólo debes admitir lo que te enviare el Altísimo por sí o por sus Santos Ángeles. Y de los regalos de su divina diestra has de tomar con advertencia lo que te fortalezca para más padecer y abstraerte de lo gustoso que puede pasar a lo sensitivo.

CAPITULO 22

Cómo nuestro Salvador Jesús fue crucificado en el monte Calvario y las siete palabras que habló en la cruz y le asistió María santísima su Madre con gran dolor.

1375. Llegó nuestro verdadero y nuevo Isaac, Hijo del Eterno Padre, al monte del sacrificio, que fue el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del Patriarca San Abrahán [Día 9 de octubre: Memoria sancti Abrahæ, Patriarchæ et ómnium credéntium Patris] (Gen 22, 9), y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Era el monte Calvario lugar inmundo y despreciado, como destinado para el castigo de los facinerosos y condenados, de cuyos cuerpos recibía mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro amantísimo Jesús, que parecía todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y desfigurado. La virtud de la divinidad, que deificaba su santísima humanidad por la unión hipostática, le asistió, no para aliviar sus tormentos sino para confortarle en ellos, y que quedase su amor inmenso saciado en el modo conveniente, conservándole la vida, hasta que se le diese

licencia a la muerte de quitársela en la cruz. Llegó también la dolorosa y afligida Madre llena de amargura a lo alto del Calvario, muy cerca de su Hijo corporalmente, pero en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con ella San Juan Evangelista y las tres Marías, porque para esta sola y santa compañía había pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz.

1376. Y como la prudentísima Madre conocía que se iban ejecutando los misterios de la Redención humana, cuando vio que trataban los ministros de desnudar al Señor para crucificarle, convirtió su espíritu al eterno Padre y oró de esta manera: Señor mío y Dios eterno, Padre sois de vuestro unigénito Hijo, que por la eterna generación Dios verdadero nació de Dios verdadero, que sois vos, y por la humana generación nació de mis entrañas, donde le di la naturaleza de hombre en que padece. Con mis pechos le di leche y sustenté, y como al mejor hijo que jamás pudo nacer de otra criatura le amo como Madre verdadera, y como Madre tengo derecho natural a su humanidad santísima en la persona que tiene, y nunca Vuestra Providencia se le niega a quien le tiene y pertenece. Ahora, pues, ofrezco este derecho de Madre y le pongo en Vuestras manos de nuevo, para que vuestro Hijo y mío sea sacrificado para la Redención del linaje humano. Recibid, Señor mío, mi aceptable ofrenda y sacrificio, pues no ofreciera tanto si yo misma fuera sacrificada y padeciera, no sólo porque mi Hijo es verdadero Dios y de Vuestra sustancia misma, sino también de parte de mi dolor y pena. Porque si yo muriera y se trocaran las suertes, para que su vida santísima se conservara, fuera para mí de grande alivio y satisfacción de mis deseos.—Esta oración de la gran Reina aceptó el Eterno Padre con inefable agrado y complacencia. Y no se le consintió al Patriarca San Abrahán más que la figura y además del sacrificio de su Hijo (Gen 22, 12), porque la ejecución y verdad la reservaba el Padre Eterno para su Unigénito. Ni tampoco a su madre Sara se le dio cuenta de aquella mística ceremonia, no sólo por la pronta obediencia de San Abrahán, sino también porque aun esto sólo no se fiaba del amor maternal de Sara, que acaso intentaría impedir el mandato del Señor, aunque era santa y justa. Pero no fue así con María santísima, que sin recelo le pudo fiar el Eterno Padre su voluntad eterna, porque con proporción cooperase en el sacrificio del Unigénito con la misma voluntad del Padre.

1377. Acabó esta oración la invictísima Madre y conoció que los impíos ministros de la pasión intentaban dar al Señor la bebida del vino mirrado con hiél, que dicen San Mateo (Mt 27, 34) y San Marcos (Mc 15, 23). Para añadir este nuevo tormento a nuestro Salvador, tomaron ocasión los judíos de la costumbre que tenían de dar a los condenados a muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales, para tolerar con más esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomón dejó escrito en los Proverbios

(Prov 31, 6): Dales sidra a los que están tristes y el vino a los que padecen amargura del corazón. Esta bebida, que en los demás ajusticiados podía ser algún socorro y alivio, pretendió la crueldad de los impíos judíos conmutar en mayor pena con nuestro Salvador (Am 2, 8), dándosela amarguísima y mezclada con hiél y que no tuviese en él otros efectos más que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad y con maternal compasión y lágrimas oró al Señor pidiéndole no la bebiese. Y Su Majestad, condescendió con la petición de su Madre, de manera que, sin negarse del todo a este nuevo dolor, gustó la poción amarga y no la bebió (Mt 37, 34).

1378. Era ya la hora de sexta, que corresponde a la de mediodía, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronse, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas, y con la violencia que hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad, porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras de sí la corona; la cual le volvieron a fijar en la cabeza con impiísima crueldad abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su cuerpo santísimo, porque en ellas estaba ya pegada la túnica, y el despegarla fue, como dice Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 27), añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas. Cuatro veces desnudaron y vistieron en su pasión a nuestro bien y Señor: la primera, para azotarle en la columna; la segunda, para ponerle la púrpura afrentosa; la tercera, cuando se la quitaron y le volvieron a vestir de su túnica; la cuarta fue ésta del Calvario, para no volverle a vestir; y en ésta fue más atormentado, porque las heridas fueron más, y su humanidad santísima estaba debilitada, y en el monte Calvario más desabrigado y ofendido del viento, que también tuvo licencia este elemento para afligirle en su muerte la destemplanza del frío.

1379. A todas estas penas se añadía el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre santísima y de las devotas mujeres que la acompañaban y de la multitud de gente que allí estaba. **Sólo reservó en su poder los paños interiores que su Madre santísima le había puesto debajo la túnica en Egipto, porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos, como queda dicho, ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fue con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas veces** (Cf. supra n. 1338). No obstante que, para morir Cristo nuestro bien en suma pobreza y sin llevar ni tener consigo cosa alguna de cuantas era Criador y verdadero Señor, por su voluntad muriera totalmente desnudo y sin aquellos paños, si no interviniera la voluntad y petición de su Madre santísima, que fue la que así lo pidió, y lo concedió Cristo nuestro Señor, porque satisfacía con este género de obediencia de hijo a la suma pobreza en que deseaba morir. Estaba la Santa Cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenían lo demás necesario para crucificarle, como a los otros dos que juntamente habían de morir. **Y en el ínterin que todo esto se disponía, nuestro Redentor y Maestro oró al Padre y dijo:**

1380. Eterno Padre y Señor Dios mío, a tu majestad incomprendible de infinita bondad y justicia ofrezco todo el ser humano y obras que en él por tu voluntad santísima he obrado, bajando de tu seno en esta carne pasible y mortal, para redimir en ella a mis hermanos los hombres. Ofrézcode, Señor, conmigo a mi amantísima Madre, su amor, sus obras perfectísimas, sus dolores, sus penas, sus cuidados y prudentísima solicitud en servirme, imitarme y acompañarme hasta la muerte. Ofrézcode la pequeña grey de mis Apóstoles, la Santa Iglesia y congregación de fieles, que ahora es y será hasta el fin del mundo, y con ella a todos los mortales hijos de Adán. Todo lo pongo en tus manos, como de su verdadero Dios y Señor Omnipotente; y cuanto es de mi parte por todos padezco y muero de voluntad, y con ella **quiero que todos sean salvos, si todos me quisieren seguir y aprovecharse de mi Redención**, para que de esclavos del demonio pasen a ser hijos tuyos y mis hermanos y coherederos por la gracia que les dejo merecida. Especialmente, Señor mío, te ofrezco los pobres, despreciados y afligidos, que son mis amigos y me siguieron por el camino de la cruz. Y quiero que los justos y predestinados estén escritos en tu memoria eterna. Suplicote, Padre mío, que detengas el castigo y levantes el azote de tu justicia con los hombres, no sean castigados como lo merecen sus culpas, y desde esta hora seas su Padre como lo eres mío. Suplicóte asimismo por los que con pío afecto asisten a mi muerte, para que sean ilustrados con tu divina luz, y por todos los que me persiguen, para que se conviertan a la verdad, y sobre todo te pido por la exaltación de tu inefable y santo nombre.

1381. Esta oración y peticiones de nuestro Salvador Jesús conoció su santísima Madre, y la imitó y oró al Padre respectivamente como a ella le tocaba. Nunca olvidó ni omitió la prudentísima Virgen el cumplimiento de aquella palabra primera que oyó de la boca de su Hijo y Maestro recién nacido: **Asimilate a mí, amiga mía** (Cf. supra n.480). Y siempre se cumplió la promesa, que le hizo el mismo Señor, de que, en retorno del nuevo ser humano que dio al Verbo eterno en su virginal vientre, la daría su omnipotencia otro nuevo ser de gracia divina y eminente sobre todas las criaturas. Y a este beneficio pertenecía la ciencia y luz altísima con que conocía la gran Señora todas las operaciones de la humanidad santísima de su Hijo, sin que ninguna se le ocultase ni la perdiese de vista. Y como las conoció, las imitó; de manera que siempre fue cuidadosa en atenderlas, profunda en penetrarlas, pronta en la ejecución y fuerte y muy intensa en las operaciones. Ni para esto la turbó el dolor, ni la impidió la congoja, ni la embarazó la persecución, ni la entibió la amargura de la pasión. Y si bien fue admirable en la gran Reina esta constancia, pero fuéalo menos si a la pasión y tormentos de su Hijo asistiera con los sentidos y dolor interior, al modo que los demás justos. Mas no sucedió así, porque fue única y singular en todo, que, como se ha dicho arriba (Cf. supra n. 1341), sintió en su virginal cuerpo los dolores que padecía Cristo nuestro bien en su persona interiores y exteriores. Y en cuanto a esta correspondencia, podemos decir que también la divina Madre fue azotada, coronada, escupida y abofeteada, y llevó la cruz a cuestas y fue clavada en ella, porque sintió todos estos tormentos y los demás en su purísimo cuerpo, aunque por diferente modo pero con suma similitud, para que en todo fuese la Madre retrato vivo de su Hijo. Y a más

de la grandeza que debía corresponder en María santísima y su dignidad a la de Cristo, con toda la proporción posible que tuvo, encerró esta maravilla otro misterio, que fue satisfacer en algún modo al amor de Cristo y a la excelencia de su pasión y beneplácito quedando para todo esto copiada en alguna pura criatura, y ninguna tenía tanto derecho a este beneficio como su misma Madre.

1382. Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo —¡oh temeridad formidable!— que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz, y fue una de las mayores aflicciones que padeció su corazón castísimo en toda la Pasión, porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado y previno el tormento que su Hijo santísimo había de padecer para clavarle en la cruz; pero no lo pudo remediar, porque el mismo Señor quería padecer también aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó Su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió la gran Señora y le tuvo de un brazo y le adoró y besó la mano con suma reverencia. Dieron lugar a esto los verdugos, porque juzgaron que a la vista de su Madre se afligiría más el Señor, y ningún dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio, porque no tuvo Su Majestad en su pasión otra causa de mayor consuelo y gozo interior como ver a su Madre santísima y la hermosura de su alma y en ella el retrato de sí mismo y el entero logro del fruto de su pasión y muerte; y este gozo en algún modo confortó a Cristo nuestro bien en aquella hora.

1383. Formados en la Santa Cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos a Cristo Señor nuestro segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y el sumo y poderoso Rey, como artífice de la paciencia, obedeció y se puso en la cruz, extendiendo los brazos sobre el feliz madero a la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba Su Majestad tan desfallecido, desfigurado y exangüe, que, si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algún lugar la natural razón y humanidad, no era posible que la crueldad hallara objeto en que obrar entre la mansedumbre, humildad, llagas y dolores del inocente Cordero. Pero no fue así, porque ya los judíos y ministros —¡oh juicios terribles y ocultísimos del Señor!— estaban transformados en el odio mortal y mala voluntad sugerida por los demonios y desnudos de los afectos de hombres sensibles y terrenos, y así obraban con indignación y furor diabólico.

1384. Luego cogió la mano de Jesús nuestro Salvador uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando a martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Rompiéronse con él las venas y los nervios, y se quebraron y desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero, porque los nervios se le habían encogido y de malicia le habían alargado el barreno, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1382); y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el mansísimo Señor había estado preso desde el huerto y, argollándole la muñeca con el un extremo donde tenía una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo y ajustaron la mano con el barreno y la clavaron con otro clavo. Pasaron a los pies y, puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y crueldad, los clavaron juntos con el tercer clavo, algo más fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la Santa Cruz, y aquella fábrica de sus miembros, deificados y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadrada, que se le pudieron contar los huesos (Sal 21, 18), porque todos quedaron dislocados y señalados, fuera de su lugar natural; desencajéronse los del pecho y de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo a la violenta crueldad de los verdugos.

1385. No cabe en lengua ni discurso nuestro la ponderación de los dolores de nuestro Salvador Jesús en este tormento y lo mucho que padeció; sólo el día del juicio se conocerá más, para justificar su causa contra los réprobos y para que los Santos le alaben y glorifiquen dignamente. Pero ahora que la fe de esta verdad nos da licencia y nos obliga a extender el juicio —si es que le tenemos— pido, suplico y ruego a los hijos de la Santa Iglesia consideremos a solas cada uno tan venerable misterio; ponderémosle y pesémosle con todas sus circunstancias y hallaremos motivos eficaces para aborrecer al pecado y no volverle a cometer, como causa de tanto padecer el autor de la vida; ponderemos y miremos tan oprimido el espíritu de su Madre Virgen y rodeado de dolores su purísimo cuerpo, que por esta puerta de la luz entraremos a conocer el sol que nos alumbró el corazón. ¡Oh Reina y Señora de las virtudes! ¡Oh Madre verdadera del inmortal Rey de los siglos humanado! Verdad es, Señora mía, que la dureza de nuestros ingratos corazones nos hace ineptos y muy indignos de sentir Vuestros dolores, y de Vuestro Hijo santísimo nuestro Salvador, pero vénganos por Vuestra clemencia este bien que desmerecemos; purificad y apartad de nosotros tan pesada torpeza y grosería. Si nosotros somos la causa de tales penas, ¿qué razón hay y qué justicia es que se queden en Vos y en Vuestro amado? Pase el cáliz de los inocentes a que le beban los reos que le merecieron. Mas ¡ay de mí!, ¿dónde está el seso?, ¿dónde la sabiduría y la ciencia?, ¿dónde la lumbré de nuestros ojos?, ¿quién nos ha privado del sentido?, ¿quién nos ha robado el corazón sensible y humano? Cuando no hubiera recibido, Señor mío, el ser que tengo a Vuestra imagen y semejanza, cuando Vos no me dierais la vida y movimiento, cuando todos los elementos y criaturas, formadas por Vuestra mano para mi servicio, no me dieran noticia tan segura de Vuestro amor inmenso, el infinito exceso de haberos clavado en la cruz con tan inauditos dolores y tormentos me dejara satisfecha y presa con cadenas de compasión y agradecimiento, de amor y de confianza en vuestra inefable clemencia. Pero si no me despiertan tantas voces, si vuestro amor no me enciende, si vuestra pasión y tormentos no me mueven, si tales beneficios no me obligan, ¿qué fin esperaré de mi estulticia?

1386. Fijado el Señor en la cruz, para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero, y para ejecutarlo comenzaron a levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró a todos los circunstantes y se levantó grande gritaría en aquella turba movida de compasión, pero la dolorosa y compasiva Madre ocurrió a tan desmesurada impiedad y pidió al Eterno Padre no la permitiese como los verdugos la intentaban, y luego mandó a los Santos Ángeles acudiesen y sirviesen a su Criador con aquel obsequio, y todo se ejecutó como la gran Reina lo ordenó; porque volviendo los verdugos la cruz, para que el cuerpo clavado cayera el rostro contra la tierra, los Ángeles le sustentaron cerca del suelo, que estaba lleno de piedras e inmundicia, y con esto no tocó el Señor con su divino rostro en él ni en los guijarros. Y los ministros redoblaron las puntas de los clavos, sin haber conocido el misterio y maravilla, porque se les ocultó, y el cuerpo estuvo tan cerca de la tierra y la cruz tan fija sustentada de los Ángeles, que los judíos creyeron estaba en el duro suelo.

1387. Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se había de enarbolar. Y llegándose unos con los hombros y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Y quedó nuestra verdadera salud y vida en el aire pendiente del sagrado madero, a vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. Y no quiero omitir otra crueldad, que he conocido usaron con Su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas e instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas, porque le fijaron los hierros en la carne, para ayudar a levantarlo en la cruz. Renovóse al espectáculo la vocería del pueblo con mayores gritos y confusión: los enemigos de Cristo blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban; unos a otros se convidaban al espectáculo, otros no le podían mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre. Y el sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y el golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas, quedando más patentes las fuentes a que nos convidó por Isaías (Is 12, 3), para que fuésemos a coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Y nadie tiene excusa, si no se diere prisa llegando a beber en ellas, pues se venden sin conmutación de plata ni oro y se dan de balde sólo por la voluntad de recibirlas.

1388. Crucificaron luego a los dos ladrones y fijaron sus cruces, la una a la mano derecha y la otra a la siniestra de nuestro Redentor, dándole el lugar de medio como a quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinerosos, convirtieron todo su furor contra el Impecable y Santo por naturaleza. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa, arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor y contra su real persona, y decían: *Ah, tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora a ti mismo; a otros hizo salvos y a sí mismo no se puede salvar.*—Otros decían: *Si éste es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le creeremos.*—Los dos ladrones también entrambos se burlaban de Su Divina Majestad al principio, y decían: *Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y a nosotros (Mt 27, 42-44).*—Y estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto a ellos estaba más próxima la muerte y perdían aquellos dolores con que morían y podían satisfacer en parte por sus delitos castigados por la justicia; como luego lo hizo el uno de ellos, aprovechando la ocasión más oportuna que tuvo pecador ninguno del mundo.

1389. Cuando la gran Reina de los Ángeles María santísima conoció que los judíos, los que eran sus enemigos, con su obstinada envidia intentaban deshonor más a Cristo crucificado, y que todos le blasfemaban y juzgaban por el pésimo de los hombres, y deseaban se borrara y olvidase su nombre de la tierra de los vivientes, como San Jeremías (Jer 11, 19) lo dejó profetizado, fue de nuevo enardecido su corazón fidelísimo en el celo de la honra de su Hijo y Dios verdadero. Y postrada ante su real persona crucificada, donde le estaba adorando, pidió al Eterno Padre volviese por la honra de su Unigénito con señales tan manifiestas que la perfidia quedase confusa y frustrada su maliciosa intención. Presentada esta petición al Padre, con el mismo celo y potestad de Reina del universo se convirtió a todas las criaturas irracionales de él y dijo: *Insensibles criaturas, criadas por la mano del Todopoderoso, manifestad vosotras el sentimiento que por su muerte le niegan estultamente los hombres capaces de razón. Cielos, sol, luna, estrellas y planetas, detened vuestro curso, suspended vuestras influencias con los mortales. Elementos, alterad vuestra condición, y pierda la tierra su quietud, rómpanse las piedras y peñascos duros. Sepulcros y monumentos de los muertos, abrid vuestros ocultos senos para confusión de los vivos. Velo del templo místico y figurativo, dividete en dos partes y con tu rompimiento intima su castigo a los incrédulos y testifica la verdad, que ellos pretenden oscurecer, de la gloria de su Criador y Redentor.*

1390. En virtud de esta oración e imperio de María Madre de Jesús crucificado, tenía dispuesto la omnipotencia del Altísimo todo lo que sucedió en la muerte de su Unigénito. Ilustró Su Majestad y movió los corazones de muchos circunstantes al tiempo de las señales de la tierra, y a otros antes, para que confesaran al crucificado Jesús por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el centurión, y otros muchos que dicen los Evangelistas (Mt 27, 54; Lc 23, 48) se volvían del Calvario hiriendo sus pechos de dolor. Y no sólo le confesaron los que antes le habían oído y creído su doctrina, pero también otros muchos que ni le habían conocido, ni visto sus milagros. Por la misma oración fue inspirado Pilatos para que no mudase [el título de la cruz, que ya le habían puesto sobre la cabeza del Señor en las tres lenguas, hebrea, griega y latina](#). Y aunque los judíos reclamaron al juez y le pidieron que no escribiese, *Jesús Nazareno Rey de los judíos*, sino que antes escribiese: *Este dijo era Rey de los judíos*, respondió Pilatos: *Lo que está escrito será escrito, y no quiso mudar* (Jn 19, 21-22). Todas las otras criaturas insensibles por voluntad divina obedecieron al imperio de María santísima, y de la hora de mediodía hasta las tres de la tarde, que era la de nona,

cuando expiró el Salvador, hicieron el sentimiento y novedad que dicen los sagrados evangelistas (Lc 23, 45; Mt 27, 51-52): el sol escondió su luz, los planetas mudaron el influjo, los cielos y la luna sus movimientos, los elementos se turbaron, tembló la tierra y muchos montes se rompieron, quebrantáronse las piedras unas con otras, abrieron su seno los sepulcros, para que después salieran de ellos algunos difuntos vivos, y fue tan insólita y nueva la alteración de todo lo visible y elemental, que se sintió en todo el orbe.

391. Los soldados que crucificaron a Jesús nuestro Salvador, como ministros a quien tocaban los despojos del justiciado, trataron de dividir los vestidos del inocente Cordero. Y la capa o manto superior, que por divina dispensación la llevaron al Calvario, la hicieron partes —ésta era la que se desnudó en la cena para lavar los pies a los apóstoles— dividióronla entre sí mismos (Jn 19, 23-24), que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, ordenándolo así la Providencia del Señor con gran misterio, y echaron suertes sobre ella y la llevó a quien le tocó, cumpliéndose a la letra la profecía del Santo Rey David en el salmo 21 (Sal 21, 19). Los misterios de no romper esta túnica declaran los Santos y doctores; y uno de ellos fue significar cómo este hecho de los judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba cubierta la divinidad, pero a ésta no pudieron ofenderla con la pasión ni tocar en ella; y a quien tocare la suerte de justificarse por su participación, éste la poseerá y gozará por entero.

1392. Y como el madero de la Santa Cruz era el trono de la majestad real de Cristo y la cátedra de donde quería enseñar la ciencia de la vida, estando ya Su Majestad levantado en ella y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprendió la suma de la caridad y perfección: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). Este principio de la caridad y amor fraternal se vinculó el divino Maestro, llamándole suyo propio (Jn 15, 12). Y en prueba de esta verdad que nos había enseñado, le practicó y ejecutó en la cruz, no sólo amando y perdonando a sus enemigos, pero disculpándolos con su misma ignorancia, cuando su malicia había llegado a lo supremo que pudo subir en los hombres, persiguiendo, crucificando y blasfemando de su mismo Dios y Redentor. Esto hizo la ingratitud humana después de tanta luz, doctrina y beneficios, y esto hizo nuestro Salvador Jesús con su ardentísima caridad, en retorno de los tormentos, de las espinas, clavos, cruz y blasfemias. ¡Oh amor incomprensible!, ¡oh suavidad inefable!, ¡oh paciencia nunca imaginada de los hombres, admirable a los Ángeles y temida de los demonios! Conoció algo de este sacramento el uno de los ladrones llamado Dimas y, obrando al mismo tiempo la intercesión y oración de Mana santísima, fue ilustrado interiormente para conocer a su Reparador y Maestro en esta primera palabra que habló en la cruz. Y movido con verdadero dolor y contrición de sus culpas, se convirtió a su compañero y le dijo: ¿Ni tú tampoco temas a Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condición? Nosotros pagamos nuestro merecido, pero éste, que padece con nosotros, no ha cometido culpa alguna.—Y hablando luego a nuestro Salvador, le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando llegares a tu reino (Lc 23, 40-42).

1393. En este felicísimo ladrón y en el centurión, y en los demás que confesaron a Cristo en la cruz, se comenzaron a estrenar los efectos de la Redención. Pero el mejor afortunado fue Dimas, que mereció oír la segunda palabra que dijo el Señor: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43). ¡Oh bienaventurado ladrón, que tú solo alcanzaste para ti tal palabra deseada de todos los justos y santos de la tierra! No la pudieron oír los antiguos Patriarcas y Profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al limbo y esperar largos siglos el paraíso, que tú ganaste en un punto, en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño. Pero tú le robas de justicia, y él te le da de gracia, porque fuiste el último discípulo de su doctrina en su vida y el primero en practicarla después de haberla oído. Amaste y corregiste a tu hermano, confesaste a tu Criador, reprendiste a los que le blasfemaban, imitástele en padecer con paciencia, rogástele con humildad como a Redentor, para que en lo futuro no se acordase de tus miserias, y Él como glorificador premió de contado tus deseos, sin dilatar el galardón que te mereció a ti y a todos los mortales.

1394. Justificado el buen ladrón volvió Jesús la amorosa vista a su afligida Madre, que con San Juan Evangelista estaba al pie de la cruz, y hablando con entrambos, dijo primero a su Madre: *Mujer, ves ahí a tu hijo*; y al Apóstol dijo también: *Hijo, veis ahí a tu madre* (Jn 19, 26-27) Llamóla Su Majestad mujer y no madre, porque este nombre era de regalo y dulzura y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior, conforme a lo que arriba se dijo (Cf. supra n. 960), por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, tácitamente y en su aceptación dijo: Mujer bendita entre todas las mujeres, la más prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme y a quien las muchas aguas de mi pasión no pudieron extinguir ni contrastar. Yo me voy a mi Padre y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como a madre y será tu hijo. Todo esto entendió la divina Reina. Y el Santo Apóstol en aquella hora la recibió por suya, siendo de nuevo ilustrado su entendimiento para conocer y apreciar la prenda mayor que la divinidad había criado después de la humanidad de Cristo nuestro Señor. Y con esta luz la veneró y sirvió en lo restante de la vida de nuestra gran Reina, como diré adelante (Cf. infra n. 1455; p.III n. 175, 369, etc.). Admitióle también Su Majestad por Hijo con humilde rendimiento y obediencia. Y desde entonces se la prometió, sin que los inmensos dolores de la pasión embarazasen su magnánimo y prudentísimo corazón, que siempre obraba lo sumo de la perfección y santidad, sin omitir acción alguna.

1395. Llegábase ya la hora de nona del día, aunque por la obscuridad y turbación más parecía confusa noche, y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oír, y dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mt 27, 46) Estas palabras, aunque las dijo el Señor

en su lengua hebrea, no todos la entendieron. Y porque la primera dicción dice: *Eli, Eli*, pensaron algunos que llamaba a Elías; y otros burlando de su clamor decían: Veamos si vendrá Elías a librarlo ahora de nuestras manos.—Pero el misterio de estas palabras de Cristo nuestro bien fue tan profundo como escondido de los judíos y gentiles, y en ellas caben muchos sentidos que los doctores sagrados les han dado. Lo que a mí se me ha manifestado es que el desamparo de Cristo no fue que la divinidad se apartase de la humanidad santísima, disolviéndose la unión sustancial hipostática, ni cesando la visión beatífica de su alma, que entrambas uniones tuvo la humanidad con la divinidad desde el instante que por obra del Espíritu Santo fue concebido en el tálamo virginal y nunca dejó a lo que una vez se unió. Esta doctrina es la católica y verdadera, y también es cierto que la humanidad santísima fue desamparada de la divinidad en cuanto a no defenderla de la muerte y de los dolores de la pasión acerbísima. Pero no le desamparó del todo el Padre eterno en cuanto a volver por su honra, pues la testificó con el movimiento de todas las criaturas, que mostraron sentimiento en su muerte. Otro desamparo manifestó Cristo Salvador nuestro con esta querella, originada de su inmensa caridad con los hombres, y éste fue el de los réprobos y prescitos, y de éstos se dolió en la última hora, como en la oración del huerto, donde se entristeció su alma santísima hasta la muerte, como allí se dijo (Cf. supra n. 1210); porque ofreciéndose por todo el linaje humano tan copiosa y superabundante Redención, no sería eficaz en los condenados y se hallaría desamparado de ellos en la eterna felicidad para donde los crió y redimió, y como éste era decreto de la voluntad eterna del Padre, amorosa y dolorosamente se querelló y dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?, entendiendo de la compañía de los réprobos.

1396. En mayor testificación de esto añadió luego el Señor la quinta palabra y dijo: *Sed tengo* (Jn 19, 28). Los dolores de la pasión y congojas pudieron causar en Cristo nuestro bien natural sed, pero no era tiempo entonces de manifestarla ni apagarla, ni Su Majestad hablara para esto sin más alto sacramento, sabiendo estaba tan inmediato a expirar. Sediento estaba de que los cautivos hijos de Adán no malograsen la libertad que les merecía y ofrecía, sediento, ansioso y deseoso de que le correspondieran todos con la fe y con el amor que le debían, de que admitiesen sus méritos y dolores, su gracia y amistad, que por ellos podían adquirir, y que no perdiesen su eterna felicidad que les dejaba por herencia, si la quisieran admitir y merecer; ésta era la sed de nuestro Salvador y Maestro. Y sola María santísima la conoció perfectamente entonces, y con íntimo afecto y caridad convidó y llamó en su interior a los pobres, a los afligidos, a los humildes, despreciados y abatidos, para que llegasen al Señor y mitigasen aquella sed en parte, pues no era posible en todo. Pero los verdugos, en testimonio de su infeliz dureza, ofrecieron al Señor con irrisión una esponja de vinagre y hiel sobre una caña y se la llegaron a la boca para que bebiese, cumpliendo la profecía del Santo Rey David, que dijo (Sal 68, 22): *En mi sed me dieron a beber vinagre*. Gustólo nuestro pacientísimo Jesús y tomó algún trago en misterio de lo que toleraba la condenación de los réprobos; pero a petición de su Madre santísima lo rehusó luego y lo dejó, porque la Madre de la gracia había de ser la puerta y medianera para los que se aprovechasen de la pasión y redención humana.

1397. Luego con el mismo misterio pronunció el Salvador la sexta palabra: *Consummatum est* (Jn 19, 30). Ya está consumada esta obra de mi legacia del cielo y redención de los hombres y la obediencia con que me envió el Eterno Padre a padecer y morir por la salvación de los hombres; ya están cumplidas las Escrituras, profecías y figuras del Viejo Testamento, y el curso de la vida pasible y mortal que admití en el vientre virginal de mi Madre; ya queda en el mundo mi ejemplo, doctrina, sacramentos y remedios para la dolencia del pecado; ya queda satisfecha la justicia de mi Eterno Padre para la deuda de la posteridad de Adán; ya queda enriquecida mi Iglesia para el remedio de los pecados que los hombres cometieren; y toda la obra de mi venida al mundo queda en suma perfección, por la parte que me tocaba como su Reparador, y para la fábrica de la Iglesia triunfante queda puesto el seguro fundamento en la militante, sin que nadie le pueda alterar ni mudar. Todos estos misterios contienen aquellas palabras breves: *Consummatum est*.

1398. Acabada y puesta la obra de la Redención humana en su última perfección, era consiguiente que, como el Verbo humanado por la vida mortal salió del Padre y vino al mundo, por la muerte de esta vida volviese al Padre con la inmortalidad. Para esto dijo Cristo nuestro Salvador la última y séptima palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes, y para decirlas levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su Eterno Padre, y en el último acento le entregó su espíritu, volviendo a inclinar la cabeza. Con la virtud divina de estas últimas palabras fue arruinado y arrojado Lucifer con todos sus demonios en las profundas cavernas del infierno, donde quedaron todos apegados, como diré en el capítulo siguiente. La invencible Reina y Señora de las virtudes penetró altamente todos estos misterios sobre todas las criaturas, como Madre del Salvador y coadjutora de su pasión. Y para que en todo la participase, así como había sentido los dolores correspondientes a los tormentos de su Hijo santísimo, padeció y sintió, quedando viva, los dolores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la muerte. Y aunque ella no murió con efecto, pero fue porque milagrosamente, cuando se había de seguir la muerte, le conservó Dios la vida, siendo este milagro mayor que los demás con que fue confortada en todo el discurso de la pasión. Porque este último dolor fue más intenso y vivo, y todos cuantos han padecido los mártires y los hombres justiciados desde el principio del mundo no llegan a los que María santísima padeció y sufrió en la pasión. Perseveró la gran Señora al pie de la cruz hasta la tarde, que fue enterrado el sagrado cuerpo, como adelante diré, y en retorno de este último dolor en especial quedó la purísima Madre más espiritualizada en lo poco que su virginal cuerpo sentía del ser terreno.

1399. Los Sagrados Evangelistas no escribieron otros sacramentos y misterios ocultos que obró Cristo nuestro Salvador en la cruz, ni los católicos tenemos de ellos más que las prudentes conjeturas que deducen de la infalible

certeza de la fe. Pero entre los que se me han manifestado en esta Historia y en este lugar de la pasión, es una oración que hizo al Eterno Padre antes de hablar las siete palabras referidas por los Evangelistas. Y llamó oración, porque fue hablando con el Eterno Padre, aunque es como última disposición y testamento que hizo como verdadero y sapientísimo Padre de la familia que le entregó el suyo, que fue todo el linaje humano. Y como la misma razón natural enseña que quien es cabeza de alguna familia y señor de muchos o pocos bienes, no sería prudente dispensero, ni atento a su oficio o dignidad, si no declarase a la hora de la muerte la voluntad con que dispone de sus bienes y familia, para que los herederos y sucesores conozcan lo que a cada uno le toca sin litigio y después lo adquiera de justicia en herencia y posesión pacífica; por esta razón y para morir desocupados de lo terreno hacen los hombres del siglo sus testamentos. Y hasta los religiosos se desapropian porque en aquella hora pesa mucho lo terreno y sus cuidados, para que no se levante el espíritu a su Criador. Y aunque a nuestro Salvador no le pudieran embarazar éstas, porque ni las tenía, ni cuando las tuviera estorbaran su poder infinito, pero convenía que dispusiese en aquella hora de los tesoros espirituales y dones que había merecido para los hombres en el discurso de su peregrinación.

1400. De estos bienes eternos hizo el Señor en la cruz su testamento, determinando a quién tocaba y quiénes habían de ser legítimos herederos y cuáles desheredados y las causas de lo uno y de lo otro, y todo lo hizo confiriéndolo con su Eterno Padre, como Señor supremo y justísimo Juez de todas las criaturas. Y porque en este testamento y disposición estaban resumidos los secretos de la predestinación de los santos y de la reprobación de los pecados, fue testamento cerrado y oculto para los hombres, y sola María santísima lo entendió, porque a más de serle patentes todas las operaciones del alma santísima de Cristo, era su universal heredera, constituida por Señora de todo lo criado, y como coadjutora de la Redención, había de ser también como testamentaria, por cuyas manos, en que su Hijo puso todas las cosas, como el Padre en las del Hijo (Jn 13, 3), se ejecutase su voluntad y esta gran Señora distribuyese los tesoros adquiridos y debidos a su Hijo por ser quien es y por sus infinitos merecimientos. Esta inteligencia se me ha dado como parte de esta Historia, para que se declare más la dignidad de nuestra Reina y acudan los pecadores a ella como a depositaria de las riquezas que su Hijo y nuestro Redentor se hace cargo con su Eterno Padre; porque todos nuestros socorros se han de librar en María santísima y ella los ha de distribuir por sus piadosas y liberales manos.

Testamento que hizo Cristo nuestro Salvador, orando a su Eterno Padre en la cruz.

1401. Enarbolado el madero de la Cruz Santa en el monte Calvario con el Verbo humanado que estaba crucificado en ella, antes de hablar ninguna de las siete palabras, habló con su Eterno Padre interiormente y dijo: Padre mío y Dios eterno, yo te confieso y te engrandezco desde este árbol de mi cruz y te alabo con el sacrificio de mis dolores, pasión y muerte, porque con la unión hipostática de la naturaleza divina levantaste mi humanidad a la suprema dignidad de ser Cristo, Dios-hombre, ungido con tu misma divinidad. Confiéste por la plenitud de dones posibles de gracia y gloria que desde el instante de mi Encarnación comunicaste a mi humanidad, y porque para la eternidad desde aquel punto me diste el pleno dominio universal de todas las criaturas en el orden de gracia y de naturaleza, me hiciste Señor de los cielos y de los elementos, del sol, luna y estrellas, del fuego, del aire, de la tierra y de los mares y de todas las criaturas sensibles e insensibles que en ellos viven, de la disposición de los tiempos, de los días y las noches, dándome señorío y potestad sobre todo, a mi voluntad y disposición; y porque me hiciste Cabeza y Rey, Señor de todos los Ángeles y de los hombres, para que los gobierne y mande, para que premie a los buenos y castigue a los malos; y para todo me diste la potestad y llaves del abismo, desde el supremo cielo hasta el profundo de las cavernas infernales; y porque pusiste en mis manos la justificación eterna de los hombres, sus imperios, reinos y principados, a los grandes y pequeños, a los pobres y a los ricos; y de todos los que son capaces de tu gracia y gloria me hiciste Justificador, Redentor y Glorificador universal de todo el linaje humano, Señor de la muerte y de la vida, de todos los nacidos, de la Iglesia Santa y sus tesoros, de las Escrituras, misterios y sacramentos, auxilios, leyes y dones de la gracia; todo lo pusiste, Padre mío, en mis manos y lo subordinaste a mi voluntad y disposición, y por esto te alabo y engrandezco, te confieso y magnifico.

1402. Ahora, Señor y Padre Eterno, cuando vuelvo de este mundo a tu diestra por medio de mi muerte de cruz, y con ella y mi pasión dejo cumplida la Redención de los hombres que me encomendaste, quiero, Dios mío, que la misma cruz sea el tribunal de nuestra justicia y misericordia; y estando clavado en ella quiero juzgar a los mismos por quien doy la vida, y justificando mi causa quiero dispensar y disponer de los tesoros de mi venida al mundo y de mi pasión y muerte, para que desde ahora quede establecido el galardón que a cada uno de los justos o réprobos le pertenece, conforme a sus obras con que me hubieren amado o aborrecido. A todos los mortales he buscado y llamado a mi amistad y gracia, y desde el instante que tomé carne humana, sin cesar he trabajado por ellos: he padecido molestias, fatigas, afrentas, ignominias, oprobios, azotes, corona de espinas, y padezco muerte acerbísima de cruz; he rogado por todos a tu inmensa piedad, he orado con vigiliias, ayunado y peregrinado, enseñándoles el camino de la eterna vida; y cuanto es de mi parte y de mi voluntad, para todos la quiero, como para todos la he merecido, sin exceptuar ni excluir alguno, y para todos he puesto y fabricado la ley de gracia, y siempre la Iglesia, donde fueren salvos, será estable y permanente.

1403. Pero con nuestra ciencia y previsión conocemos, Dios y Padre mío, que por la malicia y rebeldía de los hombres no todos quieren nuestra salvación eterna, ni valerse de nuestra misericordia y del camino que yo les he abierto con mi vida, obras y muerte, sino que quieren seguir sus pecados hasta la perdición. Justo eres, Señor y Padre mío, y rectísimos son tus juicios, y justo es que, pues me hiciste juez de los vivos y muertos, entre los buenos y malos, dé a los justos el premio de haberme servido y seguido y a los pecadores el castigo de su perversa obstinación, y

aquéllos tengan parte conmigo de mis bienes y estos otros sean privados de mi herencia, pues ellos no la quisieron admitir. Ahora, pues, Eterno Padre mío, en tu nombre y mío, engrandeciéndote, dispongo por mi última voluntad humana, que es conforme a la tuya eterna y divina, y quiero que en primer lugar sea nombrada mi purísima Madre, que me dio el ser humano, porque la constituyó por mi heredera única y universal de todos los bienes de naturaleza, gracia y gloria, que son míos, para que ella sea Señora con dominio pleno de todos; y los que ella en sí puede recibir de la gracia, siendo pura criatura, todos se los concedo con efecto, y los de gloria se los prometo para su tiempo; y quiero que los Ángeles y los hombres sean suyos, y que en ellos tenga entero dominio y señorío, que todos la obedezcan y sirvan; y los demonios la teman y le estén sujetos, y lo mismo hagan todas las criaturas irracionales, los cielos, astros y planetas, los elementos, y todos los vivientes, aves, peces y animales que en ellos se contienen; de todo la hago Señora, para que todos la glorifiquen conmigo; y quiero asimismo que ella sea depositaria y dispensadora de todos los bienes que se encierran en los cielos y en la tierra; lo que ella ordenare y dispusiere en la Iglesia con mis hijos los hombres, será confirmado en el cielo por las tres divinas personas, y todo lo que pidiere para los mortales ahora, después y siempre, lo concederemos a su voluntad y disposición.

1404. A los Ángeles que obedecieron tu voluntad santa y justa, declaro que les pertenece el supremo cielo por habitación propia y eterna, y en ella el gozo de la visión clara y fruición de nuestra divinidad; y quiero que la gocen en posesión interminable y en nuestra amistad y compañía; y les mando que reconozcan por su legítima Reina y Señora a mi Madre y la sirvan, acompañen y asistan, la lleven en sus manos en todo lugar y tiempo, obedeciendo a su imperio y a todo lo que les quisiere mandar y ordenar. A los demonios, como rebeldes a nuestra voluntad perfecta y santa, los arrojo y aparto de nuestra vista y compañía, de nuevo los condeno a nuestro aborrecimiento y privación eterna de nuestra amistad y gloria y de la vista de mi Madre y de los santos y justos mis amigos; y les determino y señalo por habitación sempiterna el lugar más distante de nuestro real trono, que serán para ellos las cavernas infernales, el centro de la tierra, con privación de luz y horror de sensibles tinieblas; y declaro que ésta es su parte y herencia elegida por su soberbia y obstinación, con que se levantaron contra el ser divino y sus órdenes; y en aquellos calabozos de oscuridad sean atormentados con eterno fuego inextinguible.

1405. De toda la humana naturaleza con la plenitud de toda mi voluntad llamo y elijo y entresaco a todos los justos y predestinados que por mi gracia e imitación han de ser salvos, cumpliendo mi voluntad y obedeciendo a mi santa ley. A éstos en primer lugar, después de mi Madre purísima, los nombro por herederos de todas mis promesas y misterios, bendiciones y tesoros de mis sacramentos y secretos de mis Escrituras, como en ellas están encerrados; de mi humildad y mansedumbre de corazón; de las virtudes, fe, esperanza y caridad; de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; de mis divinos dones y favores; de mi cruz, trabajos, oprobios y desprecios, pobreza y desnudez. Esta sea su parte y su herencia en la vida presente y mortal, y porque ellos con el bien obrar la han de elegir, para que lo hagan y con alegría, se la señalo por prenda de mi amistad, porque yo la elegí para mí mismo. Y les ofrezco mi protección y defensa, mis inspiraciones santas, mis favores y auxilios poderosos, mis dones y justificación, según su disposición y amor; que para ellos seré padre, hermano y amigo, y ellos serán mis hijos, mis electos y carísimos, y como a tales hijos los nombro por herederos de todos mis merecimientos y tesoros, sin limitación alguna de mi parte. Y quiero que de mi Santa Iglesia y Sacramentos participen y reciban cuanto de ellos se dispusieren a recibir, y que puedan recuperar la gracia y bienes, si la perdieren, y volver a mi amistad, renovados y lavados ampliamente con mi sangre; y que para todo les valga la intercesión de mi Madre y de mis Santos, y que ella los reconozca por hijos y los ampare y tenga por suyos; que mis Ángeles los defiendan, los guíen, patrocinen y los traigan en las palmas para que no tropiecen, y si cayeren les den favor para levantarse.

1406. Y quiero asimismo que estos mis justos y escogidos sean superiores en excelencia a los réprobos y a los demonios, y que los teman y se les sujeten mis enemigos, y que todas las criaturas racionales e irracionales los sirvan; que los cielos y planetas, los astros y sus influencias los conserven y den vida con sus influjos; la tierra y elementos y todos sus animales los sustenten; todas las criaturas que son mías y me sirven, sean suyas y les sirvan como a mis hijos y amigos; y sea su bendición en el rocío del cielo y grosura de la tierra. Quiero también tener con ellos mis delicias, comunicarles mis secretos, conversar íntimamente y vivir con ellos en la Iglesia militante debajo de las especies de pan y vino, en arras y prendas infalibles de la eterna felicidad y gloria que les prometo, y de ella les hago participantes y herederos, para que conmigo la gocen en el cielo en posesión perpetua y gozo inamisible.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 16

1407. A los prescitos y reprobados, por su propia culpa, de nuestra voluntad [Dios quiere sinceramente que todos se salven y a todos da gracia suficiente], aunque fueron criados para otro más alto fin, les permito que su parte y herencia en esta vida mortal sea la concupiscencia de la carne y de los ojos y la soberbia con todos sus efectos, y que coman y sean saciados de la arena de la tierra, que son sus riquezas, y del humo y corrupción de la carne y sus deleites, de la vanidad y presunción mundana. Por adquirir esta posesión han trabajado y en esta diligencia emplearon su voluntad y sus sentidos, a ella convirtieron sus potencias y los dones y beneficios que les dimos, y ellos mismos han hecho voluntaria elección del engaño, aborreciendo la verdad que yo les enseñé en mi ley santa. Renunciaron la que yo escribí en sus mismos corazones y la que les inspiró mi gracia, despreciaron mi doctrina y beneficios, oyeron a mis enemigos y suyos propios, admitieron sus engaños, amaron la vanidad, obraron las injusticias, siguieron la ambición,

deleitáronse en la venganza, persiguieron a los pobres, humillaron a los justos, baldonaron de los sencillos e inocentes, apetecieron su propia exaltación y desearon levantarse sobre los cedros del Líbano en la ley de la injusticia que guardaron.

1408. Y porque todo esto lo hicieron contra la bondad de nuestra divinidad y permanecieron obstinados en su malicia, renunciando el derecho de hijos que yo les he adquirido, los desheredo de mi amistad y gloria; y como San Abrahán apartó de sí a los hijos de las esclavas con algunos dones y reservó su principal hacienda para Isaac, el hijo de la libre Sara, así yo desví a los prescitos de mi herencia con los bienes transitorios y terrenos que ellos mismos escogieron y, apartándolos de nuestra compañía y de mi Madre y la de los Ángeles y Santos, **los condeno a las eternas cárceles y fuego del infierno en compañía de Lucifer y sus demonios**, a quien de voluntad sirvieron, y los privo por nuestra eternidad de la esperanza del remedio. Esta es, Padre mío, la sentencia que pronuncio como juez y cabeza de los hombres y los ángeles y el testamento que dispongo para mi muerte y efecto de la Redención humana, remunerando a cada uno lo que de justicia le pertenece, conforme a sus obras y al decreto de tu incomprensible sabiduría, con la equidad de tu rectísima justicia.—Hasta aquí habló Cristo Salvador nuestro en la Cruz con su Eterno Padre, y quedó este misterio y sacramento sellado y guardado en el corazón de María santísima, como testamento oculto y cerrado, para que por su intercesión y disposición a su tiempo y desde luego se ejecutase en la Iglesia, como hasta entonces se había comenzado a ejecutar por la ciencia y previsión divina, donde todo lo pasado y lo futuro está junto y presente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1409. Hija mía, procura con todo tu afecto no olvidar en tu vida la noticia de los misterios que en este capítulo te he manifestado. Yo, como tu Madre y Maestra, pediré al Señor que con su virtud divina imprima en tu corazón las especies que te he dado, para que permanezcan fijas y presentes en él, mientras vivieres. Con este beneficio quiero que perpetuamente tengas en tu memoria a Cristo crucificado, mi Hijo santísimo y Esposo tuyo, y nunca olvides los dolores de la Cruz y la doctrina que enseñó y practicó Su Majestad en ella. En este espejo has de componer tu hermosura, y en ella tendrás tu gloria interior, como la hija del príncipe (Sal 44, 14), para que atiendas, procedas y reines como esposa del supremo Rey. Y porque este honroso título te obliga a procurar con todo esfuerzo su imitación y proporción igual, en cuanto te es posible con su gracia, y éste ha de ser el fruto de mi doctrina, así quiero que desde hoy vivas crucificada con Cristo y te asimiles a tu ejemplar y dechado, quedando muerta a la vida terrena. Quiero que se consuman en ti los efectos de la primera culpa y sólo vivas a las operaciones y efectos de la virtud divina y renuncies todo lo que tienes heredado como hija del primer Adán, para que en ti se logre la herencia del segundo, que es Cristo Jesús, tu Redentor y Maestro.

1410. Para ti ha de ser tu estado muy estrecha cruz donde estés clavada, y no ancha senda, con dispensaciones y explicaciones que la hagan espaciosa, dilatada y acomodada, y no segura ni perfecta. Este es el engaño de los hijos de Babilonia y de Adán, que procuran en sus obras buscar ensanches en la ley de Dios, cada uno en su estado, y recatean la salvación de sus almas, para comprar el cielo muy barato, o aventurarse a perderle, si les ha de costar el estrecharse y ajustarse al rigor de la divina ley y sus preceptos. De aquí nace el buscar doctrinas y opiniones que dilaten las sendas y caminos de la vida eterna, sin advertir que mi Hijo santísimo les enseñó que eran muy angostos (Mt 7, 14) y que Su Majestad fue por ellos, para que nadie imagine que puede ir por otros más espaciosa a la carne y a las inclinaciones viciadas por el pecado. Este peligro es mayor en los eclesiásticos y religiosos, que por su estado deben seguir a su divino Maestro y ajustarse a su vida y pobreza, y para esto eligieron el camino de la cruz, y quieren que la dignidad o la religión sea para comodidad temporal y aumento de mayores honras de su estimación y aplauso, que tuvieran en otro estado. Y para conseguirlo ensanchan la cruz que prometieron llevar, de manera que vivan en ella muy holgados y ajustados a la vida carnal, con opiniones y explicaciones engañosas. Y a su tiempo conocerán la verdad de aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: A cada uno le parece seguro su camino, pero el Señor tiene en su mano el peso de los corazones humanos (Prov 21, 2).

1411. Tan lejos te quiero, hija mía, de este engaño, que has de vivir ajustada al rigor de tu profesión en lo más estrecho de ella, de manera que en esta cruz no te puedas extender ni ensanchar a una ni otra parte, como quien está clavada en ella con Cristo; y por el menor punto de tu profesión y perfección has de posponer todo lo temporal de tu comodidad. La mano derecha has de tener clavada con la obediencia, sin reservar movimiento, ni obra, ni palabra y pensamiento que no se gobierne en ti con esta virtud. No has de tener además que sea obra de tu propia voluntad, sino de la ajena, ni has de ser sabia contigo misma en cosa alguna (Prov 3, 7), sino ignorante y ciega, para que te guíen los superiores. El que promete —dice el Sabio (Prov 6, 1)— clavó su mano, y con sus palabras queda atado y preso. Tu mano clavaste con el voto de la obediencia, y con este acto quedaste sin libertad ni propiedad de querer o no querer. La mano siniestra tendrás clavada con el voto de la pobreza, sin reservar inclinación ni afecto a cosa alguna que suelen codiciar los ojos, porque en el uso y en el deseo has de seguir ajustadamente a Cristo pobre y desnudo en la cruz. Con el tercer voto, de la castidad, han de estar clavados tus pies, para que tus pasos y movimientos sean puros, castos y hermosos. Y para esto no has de consentir en tu presencia palabra que disuene de la pureza, ni admitir especie ni imagen en tus sentidos, mirar, ni tocar a criatura humana; tus ojos y todos tus sentidos han de estar consagrados a la castidad, sin dispensar de ellos más de para ponerlos en Jesús crucificado. El cuarto voto, de la clausura, guardarás segura en el costado y pecho de mi Hijo santísimo, donde yo te la señalo. Y para que esta doctrina te parezca suave y este camino menos estrecho, atiende y considera en tu pecho la imagen que has conocido de mi Hijo y Señor lleno de llagas, tormentos y dolores, y al fin clavado en la cruz, sin dejar en su sagrado cuerpo alguna parte que no estuviese

herida y atormentada. Y Su Majestad y yo éramos más delicados y sensibles que todos los hijos de los hombres, y por ellos padecemos y sufrimos tan acerbos dolores, para que ellos se animasen a no recusar otros menores por su bien propio y eterno y por el amor que tanto les obligó; a que debían los mortales ser agradecidos, entregándose al camino de las espinas y abrojos y a llevar la cruz por imitar y seguir a Cristo y alcanzar la eterna felicidad, pues es el camino derecho para ella.

CAPITULO 23

El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno,

1412. Los ocultos y venerables misterios de este capítulo corresponden a otros muchos que en todo el discurso de esta Historia he tratado o insinuado. Uno de ellos es que Lucifer y sus demonios en el discurso de la vida y milagros de nuestro Salvador nunca pudieron acabar de conocer con firmeza infalible que Su Majestad era Dios verdadero y Redentor del mundo, y por consiguiente tampoco conocían la dignidad de María santísima. Así lo dispuso la Providencia de la divina Sabiduría, para que más convenientemente se ejecutase todo el misterio de la Encarnación y Redención del linaje humano. Y para esto, aunque Lucifer sabía que Dios tomaría carne humana, ignoraba el modo y circunstancias de la Encarnación; y como de ellas le consintieron hiciese el juicio conforme su soberbia, por eso anduvo tan alucinado, ya afirmando que Cristo era Dios por los milagros que hacía, ya negándolo porque le veía pobre, humillado, afligido y fatigado. Y deslumbrándose el Dragón con esta variedad de luces, perseveraba en la duda y en las pruebas o inquisición hasta la hora determinada de la Cruz, donde con el conocimiento de los misterios de Cristo había de quedar juntamente desengañado y vencido, en virtud de la pasión y muerte que a su humanidad santísima le había procurado.

1413. Ejecutóse este triunfo de Cristo nuestro Salvador con modo tan alto y admirable, que yo me hallo insuficiente y tarda para explicarlo, porque fue espiritual y oculto a los sentidos con que se ha de declarar. Para decirlo y entenderlo, quisiera yo que nos habláramos y noticiáramos unos a otros como hacen los ángeles con aquella simple locución y vista con que se entienden; que tal como ésta es necesaria para manifestar y penetrar esta gran maravilla de la omnipotencia divina. Yo diré lo que pudiere, y la inteligencia será con la ilustración de la fe más que significaren mis palabras.

1414. En el capítulo precedente queda dicho (Cf. supra n. 1364) cómo Lucifer con sus demonios intentaron desviarse de Cristo nuestro Salvador y arrojarse al infierno, luego que Su Majestad recibió la cruz sobre sus sagrados hombros, porque en aquel punto sintieron contra sí el poder divino, que con mayor fuerza los comenzaba a oprimir. Con este nuevo tormento reconocieron, permitiéndolo así el Señor, que les amenazaba gran ruina con la muerte de aquel Hombre inocente que ellos habían maquinado, y que no era puro hombre. Y deseaban retirarse y no asistir más a los judíos y ministros de justicia, como lo habían hecho hasta aquella hora. Pero el poder divino los detuvo y encadenó como a dragones ferocísimos, compeliéndolos, por medio del imperio de María santísima, para que no huyesen, sino que fuesen siguiendo a Cristo hasta el Calvario. El extremo de esta cadena se le dio a la gran Reina, para que con las virtudes de su Hijo santísimo los sujetase y argollase y, aunque muchas veces forcejaban intentando la fuga y despedazándose de furor, no pudieron vencer la fuerza con que la divina Señora los detenía y obligaba a llegar al Calvario y rodearse a la Cruz, donde les mandó estuviesen inmóviles hasta el fin de tan altos misterios como allí se obraban, de remedio para los hombres y ruina para los demonios.

1415. Con este imperio estuvo Lucifer con sus cuadrillas infernales tan oprimidos de la pena y temor que sentían con la presencia de Cristo nuestro Señor y su Madre santísima y de lo que les amenazaba, que les fuera alivio arrojarlos en las tinieblas del infierno. Y como no les era permitido, se pegaban y revolcaban unos con otros como un hormiguero alterado y como sabandijas que temerosas se procuran esconder en algún abrigo, aunque el furor rabioso que padecían no era de animales, sino de demonios más crueles que dragones. Allí se vio de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer y desvanecidos sus pensamientos altivos de levantar su silla sobre las estrellas del cielo (Is 14, 13) y beberse las aguas puras del Río Jordán (Job 40, 18). ¡Qué desvalido y debilitado estaba el que en tantas ocasiones presumió trasegar a todo el orbe!, ¡qué abatido y confuso el que a tantas almas ha engañado con promesas falsas o amenazas!, ¡qué turbado estaba el infeliz Amán a la vista del patíbulo donde procuró poner a su enemigo Mardoqueo!, ¡qué ignominia recibió cuando vio a la verdadera Ester María santísima, que pedía el rescate de su pueblo y al traidor le derribasen de su antigua grandeza y castigasen con la pena de su gran soberbia! Allí le oprimió y degolló nuestra invencible Judit, allí le quebrantó su altiva cerviz. Desde hoy conoceré ¡oh Lucifer! que tu soberbia y arrogancia es más que tus fuerzas, en vez de resplandores te visten ya gusanos, ya tu cadáver le consume y rodea la carcoma. Tú, que vulnerabas a las gentes, estás herido más que todas, atado y oprimido, ya no temeré tus fingidas amenazas, no escucharé tus dolos, porque te veo rendido, debilitado y sin poder alguno (Is 16, 6; Jer 48, 29).

1416. Ya era el tiempo de que esta antigua serpiente fuese vencida por el Maestro de la vida. Y porque había de ser con el desengaño y no le había de valer a este venenoso áspid taparse los oídos (Sal 57, 5) al encantador, comenzó el Señor a hablar en la Cruz las siete palabras dando permiso a Lucifer y a sus demonios para que oyéndolas entendiesen los misterios que encerraban; porque con esta inteligencia quería Su Majestad triunfar de ellos, del pecado y de la muerte, y despojarlos de la tiranía con que tenían sujeto a todo el linaje humano. Pronunció Su Majestad la primera palabra:

Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen (Lc 23, 34). En estas razones conocieron los príncipes de las tinieblas con certeza que Cristo nuestro Señor hablaba con el Eterno Padre y que era su Hijo natural y verdadero Dios con Él y con el Espíritu Santo y divino; y que en su humanidad santísima de perfecto hombre unida a la divinidad admitía la muerte de su propia voluntad para redimir a todo el linaje humano, y que por sus merecimientos de infinito valor ofrecía el perdón general de todos los pecados a los hijos de Adán que se valieran de su redención y la aplicaran para su remedio sin exceptuar a los mismos reos que le crucificaban; De este desengaño concibieron tanta ira y despecho Lucifer y sus demonios, que al punto se quisieron lanzar impetuosamente en el profundo del infierno y forcejaban con todas sus fuerzas para hacerlo, pero la poderosa Reina los detenía.

1417. En la segunda palabra que habló el Señor con el dichoso ladrón: *La verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43), entendieron los demonios el fruto de la Redención en la justificación de los pecadores y el fin último en la glorificación de los justos, y que desde aquella hora comenzaban a obrar con nueva fuerza y virtud los merecimientos de Cristo y que con ellos se abrían las puertas del paraíso que con el primer pecado se cerraron, y que desde entonces entrarían los hombres a gozar la felicidad eterna y ocupar las sillas del cielo que para ellos estaban imposibilitadas. Conocieron en esto la potestad de Cristo Señor nuestro para llamar a los pecadores, justificarlos y glorificarlos, y los triunfos que en su vida santísima habían conseguido de todos ellos con las virtudes eminentísimas que habían ejercitado de humildad, paciencia, mansedumbre y todas las demás. La confusión y tormento de Lucifer, cuando conoció esta verdad, no se puede explicar con lengua humana, pero fue tal, que humilló su soberbia a pedir a nuestra reina María santísima que les permitiese bajar al infierno y los arrojase de su presencia; pero no lo consintió la gran Reina, porque aún no era tiempo.

1418. Con la tercera palabra que habló Jesús dulcísimo con su Madre: *Mujer, ves ahí a tu hijo* (Jn 19, 26), conocieron los demonios que aquella divina Mujer era Madre verdadera de Dios humanado, y la misma que se les había manifestado en el cielo en imagen y señal cuando fueron criados, y la que les quebrantaría la cabeza, como el Señor se lo había dicho en el paraíso terrenal (Gen 3, 15). Conocieron la dignidad y excelencia de esta gran Señora sobre todas las criaturas y la potestad que contra ellos tenía, como la estaban experimentando Y como desde el principio del mundo, cuando fue criada la primera mujer, todos los demonios habían buscado con su astucia quién sería aquella gran Mujer señalada en el cielo, y en esta ocasión conocieron que hasta entonces la habían perdido de vista sin conocerla, fue inexplicable el furor de estos dragones, porque este desengaño desatinó su arrogancia sobre todo lo que les atormentaba, y se enfurecían contra sí mismos como unos leones sangrientos, y contra la divina Señora renovaron su indignación aunque sin provecho. A más de esto conocieron que San Juan Evangelista era señalado por Cristo nuestro Salvador como ángel de guarda de su Madre, con la potestad de Sacerdote. Y esto conocieron como amenaza contra la indignación que tenían con la gran Señora, y también lo entendió San Juan Evangelista. Y no sólo conoció Lucifer la potestad del Evangelista contra los demonios, sino también la que se les daba a todos los Sacerdotes por su dignidad y participación de la misma de nuestro Redentor, y que los demás justos, aunque no fuesen sacerdotes, estarían debajo de una especial protección del Señor y serían poderosos contra el infierno. Y todo esto debilitaba las fuerzas de Lucifer y sus demonios.

1419. La cuarta palabra de Cristo nuestro Salvador fue con el Eterno Padre, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (Mt 27, 46) Conocieron en ella los malignos espíritus que la caridad de Cristo con todos los hombres era inmensa y sin término, y que misteriosamente para satisfacerla se le había suspendido a su humanidad santísima el influjo de la divinidad, para que con el sumo rigor de la pasión fuese la Redención copiosísima, y que sentía y se querellaba amorosamente de que no fuesen salvos todos los hombres, de quien se hallaba desamparado, y con ánimo de padecer más, si el Eterno Padre lo ordenara. Esta felicidad de los hombres de ser tan amados del mismo Dios aumentó la envidia de Lucifer y sus ministros, y sintieron todos la omnipotencia divina para ejecutar con los hombres aquella infinita caridad sin limitación. Y esta noticia quebrantó el orgullo y malignidad de los enemigos, reconociéndose flacos y débiles para oponerse a ello con eficacia, si los hombres no la querían malograr.

1420. La quinta palabra que habló Cristo: *Sed tengo* (Jn 19, 28), adelantó más este triunfo del demonio y sus secuaces, y se enfurecieron en rabia y despecho, porque la encaminó Su Majestad más claramente contra ellos. Y entendieron que les decía: Si os parece mucho lo que por los hombres padezco y el amor que les tengo, quiero entendáis que siempre mi caridad queda sedienta y anhelando por su eterna salud y no la han extinguido las muchas aguas de mis tormentos y dolores de mi pasión; muchos más padeciera por ellos, si fuera necesario, para redimirlos de vuestra tiranía y hacerlos poderosos y fuertes contra vuestra malicia y soberbia.

1421. En la sexta palabra del Señor: *Consummatum est* (Jn 19, 30), acabaron de conocer Lucifer y sus demonios el misterio de la Encarnación y Redención humana, ya concluida con el orden de la sabiduría divina en todo su cumplimiento y perfección. Porque se les manifestó cómo Cristo nuestro Redentor había cumplido con la obediencia del Padre Eterno, y cómo había llenado las promesas y profecías hechas al mundo de los antiguos padres, y que la humildad y obediencia de nuestro Redentor había recompensado su soberbia y la inobediencia que tuvieron en el cielo no queriendo sujetarse y reconocerle por superior en la carne humana; y que por esto, con suma sabiduría y equidad eran humillados y vencidos por aquel mismo Señor que ellos despreciaron. Y como a la dignidad grande y méritos infinitos de Cristo era consiguiente que en aquella hora ejecutase el oficio y potestad de juez de los ángeles y de los hombres, como el Eterno Padre se lo había cometido, usando de su virtud y como intimando la sentencia a Lucifer en la misma ejecución, le mandó a él y a todos los demonios que como condenados al fuego eterno bajasen

luego todos a lo más profundo de aquellos calabozos infernales. Y luego a un mismo tiempo pronunció la séptima palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46)*. Concurrió la poderosa Reina y Madre de Jesús con la voluntad de su Hijo santísimo y mandó también a Lucifer y sus aliados que al punto descendiesen al profundo. Y a la fuerza de este imperio del supremo Rey y de la Reina, salieron los espíritus malignos del monte Calvario y fueron precipitados hasta lo más infimo del infierno con mayor violencia y presteza que sale el rayo despedido de las nubes.

1422. Cristo nuestro Salvador, como victorioso triunfador, ya rendido el mayor enemigo, para entregar su espíritu al Padre, dio licencia a la muerte para que llegase, inclinando la cabeza, venciendo también a la misma muerte con este consentimiento, en que también se halló engañada la misma muerte como el demonio. La razón de esto es, porque la muerte no pudiera herir a los hombres ni tener jurisdicción sobre ellos, si no es por el primer pecado, a quien se le intimó este castigo; y por eso el Apóstol dijo que las armas o estímulo de la muerte es el pecado, que abrió la herida por donde entró ella en el mundo del linaje humano; y como nuestro Salvador pagó la deuda del pecado y no le pudo cometer, por esto, cuando la muerte le quitó la vida sin tener derecho contra Su Majestad, perdió el que tenía contra los demás hijos de Adán, para que desde entonces ni la muerte ni el demonio pudiesen ofenderlos como antes, si los mismos hombres, no se les volviesen a sujetar de su propia voluntad. Si nuestro primer padre Adán no pecara y no hubiéramos pecado todos en él, no hubiera pena de muerte, sino un tránsito de aquel feliz estado al felicísimo de la eterna patria. Pero el pecado nos hizo súbditos de la muerte y esclavos del demonio, que nos la procuró, para que valiéndose de ella nos privase del tránsito a la vida eterna, y primero de la gracia, dones y amistad de Dios; y quedamos en servidumbre del pecado y del demonio y sujetos a su tirano e inicuo imperio. Todas estas obras del demonio disolvió Cristo nuestro Señor y, muriendo sin culpa y satisfaciendo por las nuestras, hizo que la muerte sólo fuese corporal y no del alma; que nos quitase la vida corporal y no la eterna, la natural y no la espiritual, antes bien fuese puerta para pasar a la última felicidad, si nosotros no queremos perderla. Así cumplió Su Majestad la pena y el castigo del primer pecado, disponiendo también que con la muerte corporal y natural, admitida por su amor, fuese la recompensa que de nuestra parte podíamos ofrecer. De esta manera absorbió Cristo nuestro Señor la muerte (1 Cor 15, 54), y la suya fue el bocado con que le engañó (Os 13, 14) y con su muerte santísima le quitó las fuerzas y la vida y la dejó vencida y muerta.

1423. Cumplióse en este triunfo de nuestro Salvador la profecía de Habacuc en su cántico y oración, de que sólo tomaré las palabras que bastan para mi intento. Conoció el Profeta este misterio y el poder de Cristo contra la muerte y el demonio, y con temor santo pidió al Señor que vivificase su obra, que es el hombre, y profetizó que lo haría; y cuando más indignado se acordaría de su misericordia; que la gloria de esta maravilla llenaría los cielos y su alabanza a la tierra; su resplandor sería como la luz; y que en sus manos tendría los cuernos, que son los brazos de la Cruz, y que en ella estaba su fortaleza escondida; que la muerte iría delante de su cara como cautiva y vencida; que delante de sus pies saldría el demonio y mediría la tierra (Hab 3, 2-5). Y todo se ejecutó a la letra; porque Lucifer salió como hollado y quebrantada su cabeza de los pies de Cristo y de su Madre santísima, que en el Calvario le conculcaron y pisaron con su pasión y poder. Y porque bajó hasta el centro de la tierra —que es lo ínfimo del infierno y lo más lejos de la superficie— por esto dije que midió la tierra. Todo lo demás del cántico pertenece al triunfo de Cristo Señor nuestro en el suceso de la Iglesia hasta el fin y no es necesario repetirlo ahora. Pero lo que es justo que todos los hombres entendamos es que Lucifer y sus demonios quedaron con la muerte de Cristo nuestro Salvador atados, quebrantados y debilitados para tentar a las criaturas racionales, si ellas con sus culpas y por su voluntad no le hubieran desatado y alentado su soberbia para volver con nuevos bríos a perder el mundo. Todo se conocerá mejor del conciliábulo que hizo en el infierno y de lo que diré en lo restante de esta Historia.

1424. *Conciliábulo que hizo Lucifer con sus demonios en el infierno, después de la muerte de Cristo nuestro Señor.* —La caída de Lucifer con sus demonios desde el monte Calvario al profundo del infierno fue más turbulenta y furiosa que cuando fue arrojado del cielo. Y aunque siempre aquel lugar es tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte, de caliginosa confusión, de miserias, tormentos y desorden, como dice el Santo Profeta Job [Día 10 de mayo: In terra Hus sancti Job Prophetae admirandae patiéntiae viri] (Job 20, 21), pero en esta ocasión fue mayor su infelicidad y turbación, porque los condenados recibieron nuevo horror y accidental pena con la ferocidad y encuentros que bajaron los demonios y el despecho que rabiosos manifestaban. Ciertamente es que no tienen potestad en el infierno para poner las almas a su voluntad en lugares de mayor o menor tormento, porque esto lo dispensa el poder de la divina justicia según los deméritos de cada uno ■ de los condenados, porque con esta medida sean atormentados; pero, a más de la pena esencial, dispone el justo Juez que puedan sucesivamente padecer otras penas accidentales en algunas ocasiones, porque sus pecados dejaron en el mundo raíces y muchos daños para otros que por su causa se condenan y el nuevo efecto de sus pecados no retratados les causa estas penas. Atormentaron los demonios a Judas Iscariotes con nuevas penas, por haber vendido y procurado la muerte a Cristo. Y conocieron entonces que aquel lugar de tan formidables penas, donde le habían puesto —de que hablé arriba (Cf. supra n. 1249)— era destinado para castigo de los que se condenasen con fe y sin obras y los que despreciasen de intento el culto de esta virtud y el fruto de la Redención humana. Y contra éstos manifiestan los demonios mayor indignación, como la concibieron contra Jesús y María.

1425. Luego que Lucifer tuvo permiso para esto y para levantarse del aterramiento en que estuvo algún tiempo, procuró intimar a los demonios su nueva soberbia contra el Señor. Para esto los convocó a todos y puesto en lugar eminente les habló y dijo: A vosotros, que por tantos siglos habéis seguido y seguiréis mi justa parcialidad en venganza de mis agravios, es notorio el que ahora he recibido de este nuevo Hombre y Dios y cómo por espacio de treinta y tres

años me ha traído engañado, ocultándome el ser divino que tenía y encubriendo las operaciones de su alma y alcanzando de nosotros el triunfo que ha ganado con la misma muerte que para destruirle le procuramos. Antes que tomara carne humana le aborrecí y no me sujeté a reconocerle por más digno que yo de que todos le adorasen como superior. Y aunque por esta resistencia fui derribado del cielo con vosotros y convertido en la fealdad que tengo, indigna de mi grandeza y hermosura, pero más que todo esto me atormenta hallarme tan vencido y oprimido de este Hombre y de su Madre. Desde el día que fue criado el primer hombre los he buscado con desvelo para destruirlos y, si no a ellos, a todas sus hechuras, y que ninguna le admitiese por su Dios ni le siguiese, y que sus obras no resultasen en beneficio de los hombres. Estos han sido mis deseos, estos mis cuidados y conatos, pero en vano, pues me venció con su humildad y pobreza, me quebrantó con su paciencia y al fin me derribó del imperio que tenía en el mundo con su pasión y afrentosa muerte. Esto me atormenta de manera, que si a él le derribara de la diestra de su Padre, donde ya estará triunfante, y a todos sus redimidos los trajera a estos infiernos, aun no quedara mi enojo satisfecho, ni se aplacara mi furor.

1426. ¿Es posible que la naturaleza humana, tan inferior a la mía, ha de ser tan levantada sobre todas las criaturas, que ha de ser tan amada y favorecida de su Criador que la juntase a sí mismo en la persona del Verbo Eterno, que antes de ejecutarse esta obra me hiciese guerra y después me quebrantase con tanta confusión mía? Siempre la tuve por enemiga cruel, siempre me fue aborrecible e intolerable. ¡Oh hombres tan favorecidos y regalados del Dios que yo aborrezco y amados de su ardiente caridad! ¿Cómo impediré vuestra dicha?, ¿cómo os haré infelices cual yo soy, pues no puedo aniquilar al mismo ser que recibisteis? ¿Qué hacemos ahora, oh vasallos míos?, ¿cómo restauraremos nuestro imperio?, ¿cómo cobraremos fuerzas contra el hombre?, ¿cómo podremos ya vencerle? Porque si de hoy más no son los mortales insensibles e ingratisimos, si no son peores que nosotros contra este hombre y Dios que con tanto amor los ha redimido, claro está que todos le seguirán a porfía, todos le darán el corazón y abrazarán su suave ley, ninguno admitirá nuestros engaños, aborrecerán las honras que falsamente les ofrecemos y amarán el desprecio, querrán la mortificación de su carne y conocerán el peligro de los deleites, dejarán los tesoros y riquezas y amarán la pobreza que tanto honró su Maestro y a todo cuanto nosotros pretendamos aficionar sus apetitos les será aborrecible por imitar a su verdadero Redentor. Con esto se destruye nuestro reino, pues nadie vendrá con nosotros a este lugar de confusión y tormento, y todos alcanzarán la felicidad que nosotros perdimos, todos se humillarán hasta el polvo y padecerán con paciencia, y no se logrará mi indignación y soberbia.

1427. ¡Oh infeliz de mí, y qué tormento me causa mi propio engaño! Si le tenté en el desierto, fue darle ocasión para que con aquella victoria dejase ejemplo a los hombres y que en el mundo le hubiese tan eficaz para vencerme. Si le perseguí, fue ocasionar la enseñanza de su humildad y paciencia. Si persuadí a Judas Iscariotes que le vendiese y a los judíos que con mortal odio le atormentasen y pusiesen en la Cruz, con estas diligencias solicité mi ruina y el remedio de los hombres y que en el mundo quedase aquella doctrina que yo pretendí extinguir. ¿Cómo se pudo humillar tanto el que era Dios? ¿Cómo sufrió tanto de los hombres siendo tan malos? ¿Cómo yo mismo ayudé tanto para que la redención humana fuese tan copiosa y admirable? ¡Oh qué fuerza tan divina la de este Hombre, que así me atormenta y debilita! Y aquella mi enemiga, Madre suya, ¿cómo es tan invencible y poderosa contra mí? Nueva es en pura criatura tal potencia y sin duda la participa del Verbo eterno, a quien vistió de carne. Siempre me hizo grande guerra el Todopoderoso por medio de esta mujer tan aborrecible a mi altivez, desde que la conocí en su señal o idea. Pero si no se aplaca mi soberbia indignación, no me despido de hacer perpetua guerra a este Redentor, a su Madre y a los hombres. Ea, demonios de mi séquito, ahora es el tiempo de ejecutar la ira contra Dios. Llegad todos a conferir conmigo por qué medios lo haremos, que deseo en esto vuestro parecer.

1428. A esta formidable propuesta de Lucifer respondieron algunos demonios de los más superiores, animándole con diversos arbitrios que fabricaron para impedir el fruto de la Redención en los hombres. Y convinieron todos en que no era posible ofender a la persona de Cristo, ni menguar el valor inmenso de sus merecimientos, ni destruir la eficacia de los Sacramentos, ni falsificar ni revocar la doctrina que Cristo nuestro Señor había predicado; pero no obstante todo esto convenía que, conforme a las nuevas causas, medios y favores que Dios había ordenado para el remedio de los hombres, se inventasen allí nuevos modos de impedirlos, pervirtiéndolos con mayores tentaciones y falacias. Y para esto algunos demonios de mayor astucia y malicia dijeron: Verdad es que los hombres tienen ya nueva doctrina y ley muy poderosa, tienen nuevos y eficaces sacramentos, nuevo ejemplar y maestro de las virtudes y poderosa intercesora y abogada en esta nueva Mujer; pero las inclinaciones y pasiones de su carne y naturaleza siempre es una misma y las cosas deleitables y sensibles no se han mudado. Por este medio, añadiendo nueva astucia, desharemos, en cuanto es de nuestra parte, lo que este Dios y Hombre ha obrado por ellos, y les haremos poderosa guerra procurando atraerlos con sugerencias, irritando sus pasiones, para que con grande ímpetu las sigan sin atender a otra cosa, y la condición humana, tan limitada, embarazada en un objeto, no puede atender al contrario.

1429. Con este arbitrio comenzaron de nuevo a repartir oficios entre los demonios, para que con nueva astucia se encargasen como por cuadrillas de diferentes vicios en que tentar a los hombres. Determinaron que se procurase conservar en el mundo la idolatría, para que los hombres no llegasen al conocimiento del verdadero Dios ni de la Redención humana. Y si esta idolatría faltaba, arbitraron que se inventasen nuevas sectas y herejías en el mundo, y que para todo esto buscasen los hombres más perversos y de inclinaciones depravadas que primero las admitiesen y fuesen maestros y cabezas de los errores. Y allí fueron fraguadas en el pecho de aquellas venenosas serpientes la secta de falso profeta Mahoma, las herejías de Arrio, de Pelagio, de Nestorio y cuantas se han conocido en el mundo desde la primitiva Iglesia hasta ahora, y otras que tienen maquinadas, que ni es necesario ni conveniente referirlas. Y este

infernál arbitrio aprobó Lucifer, porque se oponía a la divina verdad y destruía el fundamento de la salvación humana, que consiste en la fe divina; y a los demonios que lo intentaron y se encargaron de buscar hombres impíos para introducir estos errores, los alabó y acarició y los puso a su lado.

1430. Otros demonios tomaron por su cuenta pervertir las inclinaciones de los niños, observando las de su generación y nacimiento. Otros, de hacer negligentes a sus padres en la educación y doctrina de los hijos o por demasiado amor o aborrecimiento, y que los hijos aborreciesen a sus padres. Otros se ofrecieron a poner odio entre los maridos y mujeres y facilitarlos los adulterios y despreciar la justicia y fidelidad que se deben. Y todos convinieron en que sembrarían entre los hombres rencillas, odios, discordias y venganzas, y para esto los moviesen con sugestiones falsas, con inclinaciones soberbias y sensuales, con avaricia y deseo de honras y dignidades, y les propusiesen razones aparentes contra todas las virtudes que Cristo nuestro Señor había enseñado, y sobre todo divirtiesen a los mortales de la memoria de su pasión y muerte y del remedio de la Redención, de las penas del infierno y de su eternidad. Y por estos medios les pareció a todos los demonios que los hombres ocuparían sus potencias y cuidados en las cosas deleitables y sensibles y no les quedaría atención ni consideración de las espirituales, ni de su propia salvación.

1431. Oyó Lucifer éstos y otros arbitrios de los demonios y respondiendo dijo: Con vuestros pareceres quedo muy obligado y todos los admito y apruebo, y todo será fácil de alcanzar con los que no profesaren la ley que este Redentor ha dado a los hombres; pero en los que la admitan y abracen, dificultosa empresa será, mas en ella y contra éstos pretendo estrenar mi saña y furor y perseguir acérrimamente a los que oyeren la doctrina de este Redentor y le siguieren, y contra ellos ha de ser nuestra guerra sangrienta hasta el fin del mundo. En esta nueva Iglesia he de procurar sobresembrar mi cizaña, las ambiciones, la codicia, la sensualidad y los mortales odios, con todos los vicios de que soy cabeza. Porque si una vez se multiplican y crecen los pecados entre los fieles, con estas injurias y su pesada ingratitud irritarán a Dios para que les niegue con justicia los auxilios de la gracia que les deja su Redentor tan merecidos, y si con sus pecados se privan de este camino de su remedio, segura tendremos la victoria contra ellos. También es necesario trabajemos en quitarles la piedad y todo lo que es espiritual y divino, que no entiendan la virtud de los Sacramentos, o que los reciban en pecado, y cuando no le tengan que sea sin fervor ni devoción; que como estos beneficios son espirituales, es menester admitirlos con afecto de voluntad, para que tenga más fruto quien los usare. Y si una vez llegaren a despreciar la medicina, tarde recuperarán la salud y resistirán menos a nuestras tentaciones, no conocerán nuestros engaños, olvidarán los beneficios, no estimarán la memoria de su propio Redentor ni la intercesión de su Madre, y esta feísima ingratitud los hará indignos de la gracia, e irritado su Dios y Salvador se la niegue. Y en esto quiero que todos me ayudéis con grande esfuerzo, no perdiendo tiempo ni ocasión de ejecutar lo que os mando.

1432. No es posible referir los arbitrios que maquinó el Dragón y sus aliados en esta ocasión contra la Santa Iglesia y sus hijos, para que estas aguas del Río Jordán entrasen en su boca (Job 40, 18). Basta decir que les duró esta conferencia casi un año entero después de la muerte de Cristo y considerar el estado que ha tenido el mundo y el que tiene después de haber crucificado a Cristo nuestro bien y maestro y haber manifestado Su Majestad la verdad de su fe con tantas luces de milagros, beneficios y ejemplos de varones santos. Y si todo esto no basta para reducir a los mortales al camino de la salvación, bien se deja entender cuánto ha podido Lucifer con ellos y que su ira es tan grande, que podemos decir con San Juan Evangelista (Ap 22, 12): ¡Ay de la tierra, que baja a vosotros Satanás lleno de indignación y furor! Mas ¡ay dolor, que verdades tan infalibles como éstas y tan importantes para conocer nuestro peligro y excusarle con todas nuestras fuerzas, estén hoy tan borradas de la memoria de los mortales con tan irreparables daños del mundo! El enemigo astuto, cruel y vigilante, ¡nosotros dormidos, descuidados y flacos! ¿Qué maravilla es que Lucifer se haya apoderado tanto del mundo, si muchos le oyen, le admiten y siguen sus engaños y pocos le resisten, porque se olvidan de la eterna muerte que con implacable indignación y malicia les procura? Pido yo a los que esto leyeren, no quieran olvidar tan formidable peligro, y si no le conocen por el estado del mundo y sus desdichas y por los daños que cada uno experimenta en sí mismo, conózcanlo a lo menos por la medicina y remedios tantos y tan poderosos que dejó en la Iglesia nuestro Salvador y Maestro, pues no aplicara tan abundante antídoto si nuestra dolencia y peligro de morir eternamente no fuera tan grande y formidable.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1433. Hija mía, gran inteligencia has recibido con la divina luz del glorioso triunfo que mi Hijo y mi Señor alcanzó en la Cruz de los demonios y de la opresión con que los dejó vencidos y rendidos. Pero debes entender que ignoras mucho más de lo que has conocido de misterios tan inefables, porque viviendo en carne mortal no tiene disposición la criatura para penetrarlos como ellos son en sí mismos, y la divina Providencia reserva su total conocimiento para premio de los santos del cielo y a su vista beatífica, donde se alcanzan estos misterios con perfecta penetración, y también para confusión de los réprobos en el grado que lo conocerán al fin de su carrera. Pero basta lo que has entendido para quedar enseñada del peligro de la vida mortal y alentada con la esperanza de vencer a tus enemigos. Y quiero también que adviertas mucho la nueva indignación que contra ti ha concebido el Dragón por lo que dejas escrito en este capítulo. Siempre la ha tenido y procurado impedirte para que no escribieras mi Vida, y tú lo has conocido en todo su discurso. Pero ahora se ha irritado su soberbia de nuevo por lo que has manifestado, la humillación, quebranto y ruina que recibió en la muerte de mi Hijo santísimo y el estado en que le dejó y los arbitrios que fabricó con sus demonios para vengar su caída en los hijos de Adán y más en los de la Santa Iglesia. Todo esto le ha turbado y alterado de nuevo, por ver que se manifiesta a los que lo ignoraban. Y tú sentirás esta indignación en los trabajos que moverá contra ti, con varias tentaciones y persecuciones, que ya has comenzado a reconocer y a

experimentar la saña y crueldad de este enemigo; y te aviso para que estés muy advertida.

1434. Admiración te causa, y con razón, haber conocido por una parte el poder de los merecimientos de mi Hijo y redención humana y la ruina y debilitación que causó en los demonios, y por otra parte verlos tan poderosos y señoreando al mundo con formidable osadía. Y aunque a esta admiración te responde la luz que se te ha dado en lo que dejas escrito, quiero añadirte más, para que tu cuidado sea mayor contra enemigos tan llenos de malicia. Cierto es que cuando conocieron el sacramento de la Encarnación y Redención y que mi Hijo santísimo había nacido tan pobre, humilde y despreciado, su vida, milagros, pasión y muerte misteriosa, y todo lo demás que obró en el mundo para traer a sí a los hombres, quedó Lucifer y sus demonios debilitados y sin fuerzas para tentar a los fieles, como solían a los demás, y como siempre deseaban. En la primitiva Iglesia perseveró muchos años este terror de los demonios y el temor que tenían a los bautizados y seguidores de Cristo nuestro Señor, porque resplandecía en ellos la virtud divina por medio de la imitación y fervor con que profesaban su santa fe, seguían la doctrina del Evangelio, ejecutaban las virtudes con heroicos y ferventísimos actos de amor, de humildad, paciencia y desprecio de las vanidades y engaños aparentes del mundo; y muchos derramaban su sangre y daban la vida por Cristo nuestro Señor y hacían obras excelentes y admirables por la exaltación de su santo nombre. Esta invencible fortaleza les redundaba de estar tan inmediatos a la pasión y muerte de su Redentor y tener más presente el prodigioso ejemplar de su grandiosa paciencia y humildad, y por ser menos tentados de los demonios, que no pudieron levantarse del pesado aterramiento en que los dejó el triunfo del divino Crucificado.

1435. Esta imagen viva e imitación de Cristo, que reconocían los demonios en aquellos primeros hijos de la Iglesia, temían de manera que no se atrevían a llegar a ellos y luego huían de su presencia, como sucedía con los Apóstoles y los demás justos que gozaron de la doctrina de mi Hijo santísimo. Ofrecían al Altísimo en su perfectísimo obrar las primicias de la gracia y Redención. Y lo mismo sucediera hasta ahora, como se ve y experimenta en los perfectos y santos, si todos los católicos admitieran la gracia, obraran con ella, no la tuvieran vacía y siguieran el camino de la cruz, como el mismo Lucifer lo temió, y lo dejas escrito. Pero luego con el tiempo se comenzó a resfriar la caridad, el fervor y devoción en muchos fieles, y fueron olvidando el beneficio de la Redención, admitieron las inclinaciones y deseos carnales, amaron la vanidad y la codicia y se han dejado engañar y fascinar de las fabulaciones falsas de Lucifer, con que han oscurecido la gloria del Señor y se han entregado a sus mortales enemigos. Con esta fea ingratitud ha llegado el mundo al infelicísimo estado que tiene, y los demonios han levantado su soberbia contra Dios, presumiendo apoderarse de todos los hijos de Adán, por el olvido y descuido de los católicos. Y llega su osadía a intentar la destrucción de toda la Iglesia, pervirtiendo a tantos que la nieguen, y a los que están en ella que la desestimen o que no se aprovechen del precio de la sangre y muerte de su Redentor. Y la mayor calamidad es que no acaban de conocer este daño muchos católicos, ni cuidan del remedio, aunque pueden presumir han llegado a los tiempos que mi Hijo santísimo amenazó cuando habló a las hijas de Jerusalén (Lc 23, 28), que serían dichosas las estériles y muchos pedirían a los montes y collados que los enterrasen y cayesen sobre ellos, para no ver el incendio de tan feas culpas como van talando a los hijos de perdición, como maderos secos y sin fruto y sin ninguna virtud. En este mal siglo vives, oh hija mía, y para que no te comprenda la perdición de tantas almas, llórala con amargura de corazón y nunca olvides los misterios de la encarnación, pasión y muerte de mi Hijo santísimo, que quiero los agradezcas tú por muchos que los desprecian. Y te aseguro que sola esta memoria y meditación es de gran terror para el infierno y atormenta y aleja a los demonios, y ellos huyen y se apartan de los que con agradecimiento se acuerdan de la vida y misterios de mi Hijo santísimo.

CAPITULO 24

La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo ya difunto, su descendimiento de la cruz y sepultura y lo que en estos pasos obró María santísima hasta que volvió al cenáculo.

1436. El Evangelista San Juan Evangelista dice (Jn 19, 25) que cerca de la cruz estaba María santísima Madre de Jesús, acompañada de Santa María Cleofás [Día 9 de abril: In Judaea sanctae Mariae Cléophae, quam beátus Joánes Evangelista sorórem sactíssimae Dei Genitrícis Mariae nuncupat, et cum hac simul juxta crucem Jesu stetit narrat.] y Santa María Magdalena [Día 22 de julio: Apud Massíliam, in Gállia, natális sanctae Mariae Magdalénae, de qua Dóminus ejécit septem daemónia, et quae ipsum Salvátorem a mórtuis resurgéntem prima vidére méruit.] ; y aunque esto lo refiere de antes que expirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró la invicta Reina después, estando siempre en pie, arrimada a la Cruz, adorando en ella a su muerto Jesús y a la divinidad que siempre estaba unida al sagrado cuerpo. Estaba la gran Señora constantísima, inmóvil en sus inefables virtudes, entre las olas impetuosas de dolores que entraban hasta lo íntimo de su castísimo corazón, y con su eminente ciencia confería en su pecho los misterios de la Redención humana y la armonía con que la sabiduría divina disponía todos aquellos sacramentos; y la mayor aflicción de la Madre de Misericordia era la desleal ingratitud que los hombres con tanto daño propio mostrarían a beneficio tan raro y digno de eterno agradecimiento. Estaba asimismo cuidadosa cómo daría sepultura al sagrado cuerpo de su Hijo santísimo, quién se le bajaría de la cruz, a donde siempre tenía levantados sus divinos ojos. Con este doloroso cuidado se convirtió a sus Santos Ángeles que la asistían y les dijo: Ministros del Altísimo y amigos míos en la tribulación, vosotros conocéis que no hay dolor como mi dolor; decidme, pues, cómo bajaré de la cruz al que ama mi alma, cómo y dónde le daré honorífica sepultura, que como madre me toca este cuidado; decidme qué haré y ayudadme en esta ocasión con vuestra diligencia.

1437. Respondiéronla los Santos Ángeles: Reina y Señora nuestra, dilátese Vuestro afligido corazón para lo que resta de padecer. El Señor todopoderoso ha encubierto de los mortales su gloria y su potencia para sujetarse a la impía disposición de los crueles malignos y quiere consentir que se cumplan las leyes puestas por los hombres, y una es que los sentenciados a muerte no se quiten de la cruz sin licencia del mismo juez. Prestos y poderosos fuéramos nosotros en obedeceros y en defender a nuestro verdadero Dios y Criador, pero su diestra nos detiene, porque su voluntad es justificar en todo su causa y derramar la parte de sangre que le resta en beneficio de los hombres, para obligarlos más al retorno de su amor que tan copiosamente los redimió (Sal 129, 7). Y si de este beneficio no se aprovecharen como deben, será lamentable su castigo, y su severidad será la recompensa de haber caminado Dios con pasos lentos en su venganza.—Esta respuesta de los Ángeles acrecentó el dolor de la afligida Madre, porque no se le había manifestado que su Hijo santísimo había de ser herido con la lanzada, y el recelo de lo que sucedería con el sagrado cuerpo la puso en nueva tribulación y congoja.

1438. Vio luego el tropel de gente armada que venía encaminándose al monte Calvario, y creciendo el temor de algún nuevo oprobio que harían contra el Redentor muerto, habló con San Juan Evangelista y las Marías y dijo: ¡Ay de mí, que llega ya el dolor a lo último y se divide mi corazón en el pecho! ¿Por ventura no están satisfechos los ministros y judíos de haber muerto a mi Hijo y Señor? ¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa contra su sagrado cuerpo ya difunto?—Era víspera de la gran fiesta del sábado de los judíos y para celebrarla sin cuidado habían pedido a Pilatos licencia para quebrantar las piernas a los tres ajusticiados, con que acabasen de morir, y los bajasen aquella tarde de las cruces y no quedasen en ellas el día siguiente. Con este intento llegó al Calvario aquella compañía de soldados que vio María santísima, y en llegando, como hallaron vivos a los dos ladrones, les quebrantaron las piernas, con que acabaron la vida; pero llegando a Cristo nuestro Salvador, como le hallaron muerto, no le quebrantaron las piernas; cumpliéndose la misteriosa profecía del Éxodo (Ex 12, 42) en que mandaba Dios no quebrantasen los huesos del cordero figurativo, que comían la Pascua. Pero un soldado que se llamaba San Longinos [Día 15 de marzo: Caesaréae, in Cappadócia, pássio sancti Longíni militis, qui Dómini latus lancea perforásse perhibétur.], arrimándose a la cruz de Cristo nuestro Salvador, le hirió con una lanza penetrándole su costado, y luego salió de la herida sangre y agua, como lo afirma San Juan Evangelista (Jn 19, 34-35) que lo vio y dio testimonio de la verdad.

1439. Esta herida de la lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya muerto, sintió su Madre santísima, recibiendo en su castísimo pecho el dolor, como si recibiera la herida. Pero a este tormento sobreexcedió el que recibió su alma santísima, viendo la nueva crueldad con que habían rompido el costado de su Hijo ya difunto; y movida de igual compasión y piedad, olvidando su propio tormento, dijo a Longinos: El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado a mi alma. Hasta aquí no más llegó su indignación o, para decirlo mejor, su piadosísima mansedumbre, para doctrina de todos los que fuésemos ofendidos. Porque en la estimación de la candidísima paloma, esta injuria que recibió Cristo muerto fue muy ponderable, y el retorno que le dio al delincuente fue el mayor de los beneficios, que fue mirarle Dios con ojos de misericordia, dándole bendiciones y dones por agravios al ofensor. Y sucedió así; porque obligado nuestro Salvador de la petición de su Madre santísima, ordenó que de la sangre y agua que salió de su divino costado salpicasen algunas gotas a la cara de San Longinos y por medio de este beneficio le dio vista corporal, que casi no la tenía, y al mismo tiempo se la dio en su alma para conocer al Crucificado, a quien inhumanamente había herido. Con este conocimiento se convirtió San Longinos y llorando sus pecados los lavó con la sangre y agua que salió del costado de Cristo, y lo conoció y confesó por verdadero Dios y Salvador del mundo. Y luego lo predicó en presencia de los judíos, para mayor confusión y testimonio de su dureza.

1440. La prudentísima Reina conoció el misterio de la lanzada y cómo en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo santísimo salía de él la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su pasión y muerte, y que del sagrado pecho salían como de raíz los ramos que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confirió asimismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del Eterno Padre (Ex 17, 6), para que despidiese agua viva con que mitigar la sed de todo el linaje humano, refrigerando y recreando a cuantos de ella fuesen a beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de pies, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor, más copiosas y eficaces para fertilizar el mundo que las del paraíso terrestre divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra (Gen 2, 10). Estos y otros misterios recopiló la gran Señora en un cántico de alabanza que hizo en gloria de su Hijo santísimo, después que fue herido con la lanza. Y con el cántico hizo ferventísima oración, para que todos aquellos sacramentos de la Redención se ejecutasen en beneficio de todo el linaje humano.

1441. Corría ya la tarde de aquel día de Parasceve y la Madre piadosísima aún no tenía certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo Jesús; porque Su Majestad daba lugar a que la tribulación de su amantísima Madre se aliviase por los medios que su divina Providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de José de Arimatea y Nicodemus para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecían como a sospechosos y enemigos a todos cuantos seguían la doctrina de Cristo nuestro Señor y le reconocían por Maestro. No se le había manifestado a la prudentísima Virgen el orden de la voluntad divina sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo santísimo, y con la dificultad que se le representaba crecía el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Y estando así afligida levantó los ojos al cielo y dijo: Eterno Padre y Señor mío, por la dignación de Vuestra bondad y sabiduría infinita fui levantada del polvo a la dignidad altísima de Madre de vuestro Eterno Hijo, y con la misma liberalidad de Dios inmenso me concedisteis que le criase a mis pechos, le alimentase y le

acompañase hasta la muerte; ahora me toca como a Madre dar a su sagrado cuerpo honorífica sepultura y sólo llegan mis fuerzas a desearlo y dividírseme el corazón de que no lo consigo. Suplico a Vuestra Majestad, Dios mío, dispongáis con Vuestro poder los medios para que yo lo ejecute.

1442. Esta oración hizo la piadosa Madre después que recibió el cuerpo de Jesús difunto la lanzada y en breve espacio reconoció que venía hacia el Calvario otra tropa de gente con escalas y aparato de otras cosas que pudo imaginarse venían a quitar de la cruz su inestimable tesoro; pero como no sabía el fin, se afligió de nuevo en el recelo de la crueldad judaica, y volviéndose a San Juan Evangelista le dijo: Hijo mío, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevención?—El Apóstol respondió: No temáis, Señora mía, a los que vienen, que son José y Nicodemus con otros criados suyos y todos son amigos y siervos de vuestro Hijo santísimo y mi Señor.—Era José justo en los ojos del Altísimo y en la estimación del pueblo noble y decurión con oficio de gobierno y del Consejo, como lo da a entender el Evangelio, que dice no consintió José en el consejo ni obras de los homicidas de Cristo, a quien reconocía por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era José discípulo encubierto, pero en ella se manifestó, obrando estos nuevos efectos la eficacia de la Redención. Y rompiendo José el temor que antes tenía a la envidia de los judíos y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura, afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios, y que esta verdad estaba testificada con los milagros de su vida y muerte.

1443. Pilatos no se atrevió a negar a José lo que pedía, antes le dio licencia para que dispusiese del cuerpo difunto de Jesús todo lo que le pareciese bien. Y con este permiso salió José de casa del juez y llamó a Nicodemus, que también era justo y sabio en las letras divinas y humanas y en las Sagradas Escrituras, como se colige de lo que le sucedió cuando de noche fue a oír la doctrina de Cristo nuestro Señor, como lo cuenta San Juan Evangelista (Jn 3, 2). Estos dos varones santos, con valeroso esfuerzo se resolvieron en dar sepultura a Jesús crucificado. Y José previno la sábana y sudario en que envolverle y Nicodemus compró hasta cien libras de las aromas con que los judíos acostumbraban a ungir los difuntos de mayor nobleza. Y con esta prevención, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pías y devotas, en quienes también obraba ya la sangre del divino Crucificado, por todos derramada.

1444. Llegaron a la presencia de María santísima, que con dolor incomparable asistía al pie de la cruz, acompañada de San Juan Evangelista y las Marías, y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio estuvieron José y Nicodemus postrados a los pies de la gran Reina, y todos al de la cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra; lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la invicta Reina los levantó de tierra y los animó y confortó, y entonces la saludaron con humilde compasión. La advertidísima Madre les agradeció su piedad y el obsequio que hacían a su Dios, Señor y Maestro, en darle sepultura a su cuerpo muerto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. José de Arimatea respondió y dijo: Ya, Señora nuestra, sentimos en el secreto de nuestros corazones la dulce y suave fuerza del divino Espíritu, que nos ha movido con afectos tan amorosos, que ni los pudimos merecer, ni los sabemos explicar.—Luego se quitaron las capas o mantos que tenían y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas a la Santa Cruz y subieron a desenclavar el sagrado cuerpo, estando la dolorosa Madre muy cerca, y San Juan Evangelista con Santa María Magdalena asistiéndola. Parecióle a José que se renovarían el dolor de la divina Señora, llegando tocar el sagrado cuerpo cuando le bajasen, y advirtió al Apóstol que la retirase un poco de aquel acto, para divertirla. Pero San Juan Evangelista, que conocía más el invencible corazón de la Reina, respondió que desde el principio de la pasión había asistido a todos los trabajos del Señor y que no le dejaría hasta el fin, porque le veneraba como a Dios y le amaba como a Hijo de sus entrañas.

1445. Con todo esto le suplicaron tuviese por bien de retirarse un poco mientras ellos bajaban de la cruz a su Maestro. Respondió la gran Señora y dijo: Señores míos carísimos, pues me hallé a ver clavar en la cruz a mi dulcísimo Hijo, tened por bien me halle a desenclavarle, que este acto tan piadoso, aunque lastime de nuevo el corazón, cuanto más tratado y visto, dará mayor aliento en el dolor.—Con esto comenzaron a disponer el descendimiento. Y quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas, bajáronla con gran veneración y lágrimas y la pusieron en manos de la dulcísima Madre. Recibióla estando arrodillada y con admirable culto y la adoró, llegándola a su virginal rostro y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas. Pidió al Padre Eterno hiciese cómo aquellas espinas consagradas con la sangre de su Hijo fuesen tenidas en digna reverencia por los fieles a cuyo poder viniesen en el tiempo futuro.

1446. Luego, a imitación de la Madre, las adoraron San Juan Evangelista y Santa María Magdalena con las Marías y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Entregáronlos primero a María santísima y ella los adoró, y después todos los circunstantes. Para recibir la gran Señora el cuerpo muerto de su Hijo santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan Evangelista asistió a la cabeza y Santa María Magdalena a los pies, para ayudar a José y Nicodemus, y todos juntos con gran veneración y lágrimas le pusieron en los brazos de la dulcísima Madre. Este paso fue para ella de igual compasión y regalo; porque el verle llagado y desfigurada aquella hermosura, mayor que la de todos los hijos de los hombres, renovó los dolores del castísimo corazón de la Madre, y el tenerle en sus brazos y en su pecho le era de incomparable dolor y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesión de su tesoro. Adoróle con supremo

culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Y tras de Su Majestad le adoraron en sus brazos toda la multitud de Ángeles que le asistían, aunque este acto fue oculto a los circunstantes; pero todos, comenzando San Juan Evangelista, fueron adorando al sagrado cuerpo por su orden, y la prudentísima Madre le tenía en sus brazos asentada en el suelo, para que todos le diesen adoración.

1447. Gobernábase en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia, que a los hombres y a los Ángeles era de admiración, porque sus palabra eran de gran ponderación, dulcísimas por la caricia y compasión de su difunta hermosura, tiernas por la lástima, misteriosas por lo que significaban y comprendían. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle a los mortales, movía los corazones a compasión y lágrimas, ilustraba a todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debía, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecía. Y con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el Eterno Padre, con los Ángeles, con los circunstantes y con todo el linaje humano, por cuya Redención se había entregado a la pasión y muerte. No me detengo más en particularizar las prudentísimas y dolorosas razones de la gran Señora en este paso, porque la piedad cristiana pensará muchas y no es posible detenerme en cada uno de estos misterios.

1448. Pasado algún espacio de tiempo que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús, porque corría ya la tarde la suplicaron San Juan Evangelista y José diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Permitiéndolo la prudentísima Madre, y sobre la misma sábana fue ungido su sagrado cuerpo con las especies y ungüentos aromáticos que trajo Nicodemus, gastando en este religioso obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido fue colocado el cuerpo deífico en un féretro, para llevarle al sepulcro. La divina Señora, advertidísima en todo, convocó del cielo muchos coros de Ángeles que con los de su guarda acudiesen al entierro del cuerpo de su Criador, y al punto descendieron de las alturas en cuerpos visibles, aunque no para los demás circunstantes, sino para su Reina y Señora. Ordenóse una procesión de Ángeles y otra de hombres y levantaron el sagrado cuerpo San Juan Evangelista, José, Nicodemus y el centurión que asistió a la muerte y le confesó por Hijo de Dios; seguían la divina Madre acompañada de la Magdalena y las Marías y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Juntóse a más de estas personas otro gran número de fieles, que movidos de la divina luz vinieron al Calvario después de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas a un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se había depositado ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida, le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, con admiración de todos, Ángeles y hombres. Y luego unos y otros la imitaron, y todos adoraron al crucificado y sepultado Señor y cerraron el sepulcro «con la lápida, que como dice el Evangelio (Mt 27, 60) era muy grande.

1449. Cerrado el sepulcro de Cristo, al mismo punto se volvieron a cerrar los que en su muerte se abrieron, porque entre otros misterios estuvieron como aguardando si les tocara le feliz suerte de recibir en sí a su Criador humanado muerto, que es lo que le podían ofrecer, cuando los judíos no le recibían vivo y bienhechor suyo. Quedaron muchos Ángeles en guarda del sepulcro, mandándoselo su Reina y Señora, como quien dejaba en él depositado el corazón. Y con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario, se volvieron a él. Y la divina Maestra de las virtudes se llegó a la Santa Cruz y la adoró con excelente veneración y culto. Y luego la siguieron en este acto San Juan Evangelista, José y todos los que asistían al entierro. Era ya tarde y caído el sol, y la gran Señora desde el Calvario se fue a recoger a la casa del Cenáculo, a donde la acompañaron los que estuvieron al entierro; y dejándola en el cenáculo con San Juan Evangelista y las Marías y otras compañeras. se despidieron de ella los demás y con grandes lágrimas y sollozos la pidieron les diese su bendición. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que a su Hijo santísimo habían hecho y el beneficio que ella había recibido, y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

1450. Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron a Pilatos el sábado por la mañana y le pidieron mandase guardar el sepulcro; porque Cristo, a quien llamaron seductor, había dicho y declarado que después de tres días resucitaría, y sería posible que sus discípulos robasen el cuerpo y dijese que había resucitado. Pilatos contemporizó con esta maliciosa cautela y les concedió las guardas que pedían, y las pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices sólo pretendían oscurecer el suceso que temían, como se conoció después cuando sobornaron a las guardas para que dijese que no había resucitado Cristo nuestro Señor sino que le habían robado sus discípulos. Y como no hay consejo contra Dios (Prov 21, 30), por este medio se divulgó más y se confirmó la resurrección.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1451. Hija mía, la herida que recibió mi Hijo santísimo en el costado con la lanza fue sólo para mí muy cruel y dolorosa, pero sus efectos y misterios son suavísimos para las almas santas que saben gustar de su dulzura. A mí me afligió mucho, mas a quien se encaminó este favor misterioso, sírvele de gran regalo y alivio en sus dolores. Y para que tú lo entiendas y participes, debes considerar que mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo a los hombres, sobre las llagas de los pies y manos, quiso admitir la del costado sobre el corazón, que es el asiento del amor, para que por aquella puerta entrasen como a gustarle y participarle en su misma fuente y allí tuviesen las almas su refrigerio y refugio. Este sólo quiero yo que busques tú en el tiempo de tu destierro y que le tengas por habitación segura sobre la tierra. Allí aprenderás las condiciones y leyes del amor en que imitarme y entenderás cómo en retorno

de las ofensas que recibieres has de volver bendiciones a quien las hiciere contra ti o contra alguna cosa tuya, como has conocido que yo lo hice, cuando fui lastimada con la herida que recibió mi Hijo santísimo en el pecho ya difunto. Y te aseguro, carísima, que no puedes hacer otra obra más poderosa para alcanzar con eficacia la gracia que deseas con el Altísimo. Y no sólo para ti, sino también para el ofensor es poderosa la oración que se hace perdonando las injurias, porque se conmueve el corazón piadoso de mi Hijo santísimo, viendo que le imitan las criaturas en perdonar y orar por quien ofende, por lo que en esto participan de su excelentísima caridad que manifestó en la cruz. Escribe en tu corazón esta doctrina y ejecútala para imitarme y seguirme en la virtud de que hice mayor estimación. Mira por aquella herida el corazón de Cristo tu esposo y a mí en él, amando tan dulce y eficazmente a los ofensores y a todas las criaturas.

1452. Advierte también la providencia tan puntual y atenta con que el Altísimo acude oportunamente a las necesidades de las criaturas que le llaman con verdadera confianza, como lo hizo Su Majestad conmigo cuando me hallé afligida y desamparada para dar sepultura a mi Hijo santísimo, como debía hacerlo. Para socorrerme en este aprieto, dispuso el Señor con piadosa caridad y afecto los corazones de José y Nicodemus y de los otros fieles que acudieron a enterrarle. Y fue tanto lo que estos varones justos me consolaron en aquella tribulación, que por esta obra y mi oración los llenó el Altísimo de admirables influencias de su divinidad, con que fueron regalados el tiempo que duró el entierro y el descendimiento de la cruz, y desde aquella hora quedaron renovados e ilustrados de los misterios de la Redención. Este es el orden admirable de la suave y fuerte Providencia del Altísimo, que para obligarse de unas criaturas pone en trabajo a otras y mueve la piedad de quien puede hacer bien al necesitado, para que el bienhechor, por la buena obra que hace y por la oración del pobre que la recibe, sea remunerado con la gracia que por otro camino no mereciera. Y el Padre de las misericordias, que inspira y mueve con sus auxilios la obra que se hace, la paga después como de justicia, porque correspondemos a sus inspiraciones con lo poco que de nuestra parte cooperamos, en lo que por ser bueno es todo de su mano (Sant 1, 17).

1453. Considera también el orden rectísimo de esta Providencia en la justicia que ejecuta, recompensando los agravios que se reciben con paciencia; pues habiendo muerto mi Hijo santísimo despreciado, deshonrado y blasfemado de los hombres, ordenó el Altísimo luego que fuese honrosamente sepultado y movió a muchos para que le confesasen por verdadero Dios y Redentor y le aclamasen por santo, inocente y justo, y que en la misma ocasión, cuando acababan de crucificarle afrentosamente, fuese adorado y venerado con supremo culto como Hijo de Dios, y hasta sus mismos enemigos sintiesen dentro de sí mismos el horror y confusión del pecado que cometieron en perseguirle. Aunque no todos se aprovecharon de estos beneficios, pero todos fueron efectos de la inocencia y muerte del Señor. Y yo también concurrí con mis peticiones, para que Su Majestad fuese conocido y venerado de los que conocía.

CAPITULO 25

Cómo la Reina del cielo consoló a San Pedro y a otros Apóstoles y la prudencia con que procedió después del entierro de su Hijo, cómo vio descender su alma santísima al limbo de los santos padres.

1454. La plenitud de sabiduría que ilustra el entendimiento de nuestra gran Reina y señora María santísima, no admitía defecto ni vacío alguno para que dejase de advertir y atender entre sus dolores a todas las acciones que la ocasión y el tiempo le pedían. Y con esta divina prudencia lo llevaba todo y obraba lo más santo y perfecto de todas las virtudes. Retiróse, como queda dicho (Cf. supra n. 1449), después del entierro de Cristo nuestro bien a la casa del cenáculo. Y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, acompañada de San Juan Evangelista y de las Marías y otras mujeres santas que seguían al Señor desde Galilea, habló con ellas y con el Apóstol, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas por la perseverancia con que hasta aquel punto la habían acompañado en el discurso de la pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido, y asimismo se ofrecía por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Y todas ellas con San Juan Evangelista reconocieron este gran favor y la besaron la mano, pidiéndola su bendición. Suplicáronla también descansase un poco y recibiese alguna corporal refección. Respondió la Reina: Mi descanso y mi aliento ha de ser ver a mi Hijo y Señor resucitado. Vosotras, carísimas, satisfacéd a vuestra necesidad como conviene, mientras yo me retiro a solas con mi Hijo.

1455. Fuese luego a recoger acompañándola San Juan Evangelista, y estando con él a solas puesta de rodillas le dijo: No es razón que olvidéis las palabras que mi Hijo santísimo nos habló desde la Cruz. Su dignación Os nombró por hijo mío, a mí por madre Vuestra. Y Vos, señor, sois sacerdote del Altísimo. Por esta gran dignidad es razón que os obedezca en todo lo que hubiere de hacer y desde esta hora quiero que me lo mandéis y ordenéis, advirtiéndome que siempre fui sierva, y toda mi alegría está puesta en obedecer hasta la muerte.— Esto dijo la Reina con muchas lágrimas, y el Apóstol con otras copiosas la respondió: Señora mía y Madre de mi Redentor y Señor, yo soy quien ha de estar sujeto a Vuestra obediencia, porque el nombre de hijo no dice autoridad sino rendimiento y sujeción a su madre, y el que a mí me hizo sacerdote Os hizo a Vos su Madre y estuvo sujeto a vuestra voluntad y obediencia, siendo Criador de todo el universo. Razón será que yo lo esté, y trabaje con todas mis potencias en corresponder dignamente al oficio que me ha dado de serviros como hijo, en que deseara ser más ángel que terreno para cumplir con él.— Esta respuesta del Apóstol fue muy prudente, pero no bastante para vencer la humildad de la Madre de las virtudes, que con ella le replicó y dijo: Hijo mío Juan, mi consuelo será obedeceros como a cabeza, pues lo sois. Yo en esta vida siempre he de tener superior a quien rendir mi voluntad y parecer; para esto sois ministro del Altísimo y como hijo me debéis este consuelo en mi trabajosa soledad.—Hágase, Madre mía, Vuestra voluntad, respondió San Juan Evangelista, que en

ella está mi acierto.—Y sin replicar más, pidió licencia la divina Madre para quedarse sola en la meditación de los misterios de su Hijo santísimo, y le pidió también saliese a prevenir alguna refección para las mujeres que la acompañaban y que las asistiese y consolase; sólo reservó a las Marías, porque deseaban perseverar en el ayuno hasta ver al Señor resucitado, y a éstas, dijo a San Juan Evangelista, las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

1456. Salió San Juan Evangelista a consolar a las Marías y ejecutó el orden que la gran Señora le había dado. Y habiendo satisfecho la necesidad de aquellas mujeres piadosas, se recogieron todas y gastaron aquella noche dolorosas y en amargas meditaciones de la pasión y misterios del Salvador. Con esta ciencia tan divina obraba María santísima entre las olas de sus angustias y dolores, sin olvidar por esto el cumplimiento de la obediencia, de la humildad, caridad y providencia tan puntual, con todo lo necesario. No se olvidó de sí misma por atender a la necesidad de aquellas piadosas discípulas, ni por ellas estuvo inadvertida para todo lo que convenía a su mayor perfección. Admitió la abstinencia de las Marías como más fuertes y fervientes en el amor, atendió a la necesidad de las más flacas, dispuso al Apóstol, advirtiéndole lo que con ella misma debía hacer, y en todo obró como gran Maestra de la perfección y Señora de la gracia, y todo esto hizo cuando las aguas de la tribulación habían inundado hasta su alma (Sal 68, 2). Porque en quedando a solas en su retiro, soltó el corriente impetuoso de sus afectos dolorosos y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando las especies de todos los tormentos y afrentosa muerte de su Hijo santísimo, de los misterios de su vida, predicación y milagros, del valor infinito de la Redención humana, de la nueva Iglesia que dejaba fundada con tanta hermosura y riquezas de sacramentos y tesoros de gracia, de la felicidad incomparable de todo el linaje humano, tan copiosa y gloriosamente redimido, de la inestimable suerte de los predestinados a quienes alcanzaría eficazmente, de la formidable desdicha de los réprobos que por su mala voluntad se harían indignos de la eterna gloria que les dejaba su Hijo merecida.

1457. En la ponderación digna de tan altos y ocultos sacramentos pasó la gran Señora toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hijo, su pasión, sus juicios ocultísimos y otros altísimos misterios de la divina sabiduría y oculta Providencia del Señor; y sobre todos pensaba y entendía como Madre única de la verdadera sabiduría, confiriendo a veces con los Santos Ángeles y otras con el mismo Señor lo que su luz divina le daba a sentir en su castísimo corazón. El sábado de mañana, después de las cuatro, entró San Juan Evangelista deseoso de consolar a la dolorosa Madre, y puesta de rodillas le pidió ella que le diese la bendición como Sacerdote y superior suyo. El nuevo hijo se la pidió también con lágrimas, y se la dieron uno a otro. Ordenó la divina Reina que luego saliese a la ciudad, donde encontraría con brevedad a San Pedro que venía a buscarle y que le admitiese, consolase y llevase a su presencia, y lo mismo hiciese con los demás Apóstoles que encontrase, dándoles esperanza del perdón y ofreciéndoles su amistad. Salió San Juan Evangelista del cenáculo y a pocos pasos encontró a San Pedro, lleno de confusión y lágrimas, que iba muy temeroso a la presencia de la gran Reina. Venía de la cueva donde había llorado su negación, y el Evangelista le consoló y dio algún aliento con el recado de la divina Madre. Luego los dos buscaron a los demás Apóstoles y hallaron algunos, y todos juntos se fueron al cenáculo, donde estaba su remedio. Entró Pedro el primero y solo a la presencia de la Madre de la gracia y arrojándose a sus pies dijo con gran dolor: Pequé, Señora, pequé delante de mi Dios, ofendí a mi Maestro y a Vos.—No pudo hablar otra palabra, oprimido de las lágrimas, suspiros y sollozos que despedía de lo íntimo de su afligido corazón.

1458. La prudentísima Virgen, viendo a Pedro postrado en tierra y considerándole por una parte penitente de su reciente culpa y por otra cabeza de la Iglesia elegido por su Hijo santísimo para vicario suyo, no le pareció conveniente postrarse ella a los pies del pastor que tan poco antes había negado a su Maestro, ni sufría tampoco su humildad dejar de darle la reverencia que se le debía por el oficio. Y para satisfacer a entrambas obligaciones, juzgó que convenía darle reverencia y ocultarle el motivo. Para esto se le hincó de rodillas, venerándole con esta acción, y para disimular su intento le dijo: Pidamos perdón de vuestra culpa a mi Hijo y vuestro Maestro.—Hizo oración y alentó al Apóstol confortándole en la esperanza y acordándole las obras y misericordias que el Señor había hecho con los pecadores reconocidos, y la obligación que él tenía como cabeza del Colegio Apostólico para confirmar con su ejemplo a todos en la constancia y confesión de la fe. Y con estas y otras razones de gran fuerza y dulzura confirmó a Pedro en la esperanza del perdón. Entraron luego los otros Apóstoles en la presencia de María santísima y postrados también a sus pies la pidieron los perdonase su cobardía y haber desamparado a su Hijo santísimo en su pasión. Lloraron todos amargamente su pecado, moviéndoles a mayor dolor la presencia de la Madre llena de lastimosa compasión, pero su semblante tan admirable les causaba divinos efectos de contrición de sus culpas y amor de su Maestro. Y la gran Señora los levantó y animó, prometiéndoles el perdón que deseaban y su intercesión para alcanzarle. Luego comenzaron todos por su orden a contar lo que a cada uno había sucedido en su fuga, como si algo de ello ignorara la divina Señora. Pero dioles grata audiencia a todo, tomando ocasión de lo que decían para hablarles al corazón y confirmarlos en la fe de su Redentor y Maestro y despertar en ellos su divino amor. Y todo lo consiguió María santísima eficazmente, porque de su presencia y conferencia salieron todos fervorizados y justificados con nuevos aumentos de gracia.

1459. En estas obras se ocupó nuestra divina Reina parte del sábado. Y cuando se hizo tarde se retiró otra vez a su recogimiento, dejando a los Apóstoles renovados en el espíritu y llenos de consuelo y gozo del Señor, pero siempre lastimados de la pasión de su Maestro. En el retiro de esta tarde convirtió la gran Señora su mente a las obras que hacía el alma santísima de su Hijo después que salió de su sagrado cuerpo. Porque desde entonces conoció la beatísima Madre cómo aquella alma de Cristo unida a la divinidad descendía al limbo de los Santos Padres para sacarlos de aquella cárcel soterránea, donde estaban detenidos desde el primer justo que murió en el mundo esperando la venida

del universal Redentor de los hombres. Y para declarar este misterio, que es uno de los artículos de la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, me ha parecido dar noticia de todo lo que a mí se me ha dado a entender sobre aquel lugar del limbo y su asiento. Digo, pues, que la tierra y su globo tiene de diámetro, pasando por el centro de una superficie a otra, dos mil quinientas y dos leguas [legua ~ 5.556 Km] , y hasta la mitad, que es el centro, hay mil doscientas cincuenta y una, y respecto del diámetro se ha de medir la redondez de este globo. En el centro está el infierno de los condenados como en el corazón de la tierra, y este infierno es una caverna o caos que contiene muchas estancias tenebrosas con diversidad de penas, todas formidables y espantosas, y de todas se formó un globo al modo de una tinaja de inmensa magnitud, con su boca o entrada muy espaciosa y dilatada. En este horrible calabozo de confusión y tormentos estaban los demonios y todos los condenados, y estarán en él por toda la eternidad mientras Dios fuere Dios, porque en el infierno no hay ninguna redención.

1460. A un lado del infierno está el purgatorio, donde las almas de los justos purgan y se purifican, cuando en esta vida no acabaron de satisfacer por sus culpas, ni salen de ella tan limpios de sus defectos que puedan luego llegar a la visión beatífica. Esta caverna también es grande, pero mucho menos que el infierno. A otro lado está el limbo con dos estancias diferentes: una para los niños que mueren con solo el pecado original y sin obras buenas ni malas del propio albedrío; otra servía para depositar las almas de los justos, purgados ya sus pecados, porque no podían entrar en el cielo ni gozar de Dios hasta que se hiciese la Redención humana y Cristo nuestro Salvador abriese las puertas que cerró el pecado de Adán. Esta caverna del limbo también es menor que el infierno y no se comunica con él, ni tiene penas del sentido como el purgatorio, porque ya llegaban a él las almas purificadas desde el purgatorio y sólo carecían de la visión beatífica, que es pena de daño, y allí estaban todos los que habían muerto en gracia hasta que murió el Salvador. A este lugar del limbo bajó su alma santísima con la divinidad, cuando decimos que bajó a los infiernos, porque este nombre de infierno significa cualquiera parte de aquellas inferiores que están en lo profundo de la tierra; aunque en el común modo de hablar por el nombre de infierno entendemos el de los demonios y condenados, porque aquél es el más famoso significado, como por nombre de cielo entendemos el empíreo ordinariamente, donde están los santos, y donde permanecerán para siempre, como los condenados en el infierno, aunque el limbo y purgatorio tienen otros nombres particulares. Y después del juicio final sólo el cielo y el infierno serán habitados, porque el purgatorio no será necesario y del limbo han de salir también los niños a otra habitación diferente.

1461. A esta caverna del limbo llegó el alma santísima de Cristo nuestro Señor, acompañada de innumerables Ángeles que como a su Rey victorioso y triunfador le iban alabando, dando gloria, fortaleza y divinidad. Y para representar su grandeza y majestad, mandaban que se abriesen las puertas de aquella antigua cárcel, para que el Rey de la gloria, poderoso en las batallas y Señor de las virtudes, las hallase francas y patentes en su entrada. Y en virtud de este imperio se quebrantaron y rompieron algunos peñascos del camino, aunque no era necesario para entrar el Rey y su milicia, que todos eran espíritus sutilísimos. Con la presencia del alma santísima aquella oscura caverna se convirtió en cielo, porque toda se llenó de admirable resplandor, y las almas de los justos que allí estaban fueron beatificadas con visión clara de la divinidad, y en un instante pasaron del estado de tan larga esperanza a la eterna posesión de la gloria y de las tinieblas a la luz inaccesible que ahora gozan. Reconocieron todos a su verdadero Dios y Redentor y le dieron gracias y alabanzas con nuevos cánticos de loores y decían: Digno es el Cordero que fue muerto de recibir divinidad, virtud y fortaleza. Redimístenos, Señor, con tu sangre de todos los tribus, pueblos y naciones; hicístenos reino para nuestro Dios, y reinaremos. Tuya es, Señor, la potencia, tuyo el reino y tuya es la gloria de tus obras (Ap 5, 9-12).—Mandó luego Su Majestad a los Ángeles que sacasen del purgatorio todas las almas que en él estaban padeciendo y al punto fueron traídas todas a su presencia. Y como en estrenar de la Redención humana fueron todas absueltas por el mismo Redentor de las penas que les faltaban de padecer y fueron glorificadas como las demás almas de los justos con la visión beatífica. De manera, que aquel día en la presencia del Rey quedaron desiertas las dos cárceles limbo y purgatorio.

1462. Para solo el infierno de los condenados fue terrible este día, porque fue disposición del Altísimo que todos conociesen y sintiesen el descender al limbo el Redentor, y también que los Santos Padres y justos conociesen el terror que puso este misterio a los condenados y demonios. Estaban éstos aterrados y oprimidos con la ruina que padecieron en el monte Calvario, como se dijo arriba (Cf. supra n. 1421), y como oyeron —en el modo que hablan y oyen— las voces de los Ángeles que iban delante de su Rey al limbo, se turbaron y atemorizaron de nuevo y como serpientes cuando las persiguen se escondían y pegaban a las cavernas infernales más remotas. A los condenados sobrevino nueva confusión sobre confusión, conociendo con mayor despecho sus engaños y que por ellos perdieron la Redención de que los justos se aprovecharon. Y como Judas Iscariotes y el mal ladrón eran más recientes en el infierno y señalados mucho más en esta desdicha, así fue mayor su tormento, y los demonios se indignaron más contra ellos; y cuanto era de su parte propusieron los malignos espíritus perseguir y atormentar más a los cristianos que profesasen su fe católica, y a los que la negasen o cayesen darles mayor castigo, porque juzgaban que todos éstos merecían mayores penas que los infieles a quien no se les predicó la fe.

1463. De todos estos misterios y otros secretos del Señor que no puedo yo declarar, tuvo noticia y singular visión la gran Señora del mundo desde su retiro. Y aunque esta noticia en la porción o parte superior del espíritu, donde la recibía, le causó admirable gozo, no lo participó en su virginal cuerpo, sentidos y parte sensitiva, como naturalmente pudiera redundar en ella, antes bien, cuando sintió que se extendía algo este júbilo a la parte inferior del alma, pidió al Eterno Padre se le suspendiese esta redundancia, porque no la quería admitir en su cuerpo mientras el de su Hijo santísimo estaba en el sepulcro y no era glorificado. Tan advertido y fiel amor fue el de la prudentísima Madre con su

Hijo y Señor, como imagen viva, adecuada y perfecta de aquella humanidad deificada. Y con esta atenta fineza quedó llena de gozo en el alma y de dolores y congoja en el cuerpo, al modo que sucedió en Cristo nuestro Salvador. Pero en esta visión hizo cánticos de alabanza, engrandeciendo el misterio de este triunfo, y la amantísima y sabia Providencia del Redentor, que como Padre amoroso y Rey omnipotente quiso bajar por sí mismo a tomar la posesión de aquel nuevo reino que por sus manos le entregó su Padre, y quiso rescatarlos con su presencia para que en el mismo comenzasen a gozar el premio que les había merecido. Y por todas estas razones y las demás que conocía de este sacramento se gozaba y glorificaba al Señor como Coadjutora y Madre del triunfador.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1464. Hija mía, atiende a la enseñanza de este capítulo, como más legítima y necesaria para ti en el estado que te ha puesto el Altísimo y para lo que de ti quiere en correspondencia de su amor. Esto ha de ser, que entre las operaciones, ejercicios y comunicación con las criaturas, ahora sean como prelada o como súbdita, gobernando, mandando u obedeciendo, por ninguna de éstas o de otras ocupaciones exteriores pierdas la atención y vista del Señor en lo íntimo y superior del alma, ni te distraigas de la luz del Espíritu Santo, que te asistirá para la incesante comunicación; que quiere mi Hijo santísimo en el secreto de tu corazón aquellas sendas que quedan ocultas al demonio y no alcanzan a ellas las pasiones, porque guían al santuario, donde entra sólo el sumo sacerdote (Heb 9, 7), y donde el alma goza de los ocultos abrazos del Rey y del Esposo, cuando toda y desocupada le previene el tálamo de su descanso. Allí hallarás propicio a tu Señor, liberal al Altísimo, misericordioso a tu Criador y amoroso a tu dulce Esposo y Redentor, y no temerás la potestad de las tinieblas, ni los efectos del pecado, que se ignoran en aquella región de luz y de verdad. Pero cierra estos caminos el amor desordenado de lo visible, los descuidos en la guarda de la divina ley, embarázalos cualquier apego y desorden de las pasiones, impídelos cualquiera inútil atención y mucho más la inquietud del ánimo y no guardar serenidad y paz interior, que todo se requiere solo, puro y despejado de lo que no es verdad y luz.

1465. Bien has entendido y experimentado esta doctrina y sobre eso te la he manifestado en práctica como en claro espejo. El modo de obrar que tenía entre los dolores, congojas y aflicciones de la pasión de mi Hijo santísimo, y entre los cuidados, atención, ocupaciones y desvelo con que acudí a los Apóstoles, al entierro, a las mujeres santas, y en todo el resto de mi vida has conocido lo mismo y cómo juntaba estas operaciones con las de mi espíritu, sin que se encontrasen ni impidiesen. Pues para imitarme en este modo de obrar, como de ti lo quiero, necesario es que ni por el trato forzoso de las criaturas, ni por el trabajo de tu estado, ni por las penalidades de la vida de este destierro, ni por las tentaciones ni malicia del demonio, admitas en tu corazón afecto alguno que te impida ni atención que te divierta el interior. Y te advierto, carísima, que si en este cuidado no eres muy vigilante, perderás mucho tiempo, malograrás infinitos y extraordinarios beneficios y frustrarás los altísimos y santos fines del Señor, y me contristarás a mí y a los Ángeles, que todos queremos sea tu conversación con nosotros; y tú perderás la quietud de tu espíritu y consuelo de tu alma y muchos grados de gracia y aumentos del amor divino que deseas y al fin copiosísimo premio en el cielo. Tanto te importa oírme y obedecerme en lo que te enseñe con dignación de Madre. Considéralo, hija mía, ponéralo y atiende a mis palabras en tu interior, para que las pongas por obra con mi intercesión y con la divina gracia. Advierte asimismo a imitarme en la fidelidad del amor con que excusé el regalo y júbilo, por imitar a mi Señor y Maestro y alabarle por esto y por el beneficio que hizo a los santos del limbo, bajando su alma santísima a rescatarlos y llenarlos del gozo de su vista, que todas fueron obras de su infinito amor.

CAPITULO 26

La resurrección de Cristo nuestro Salvador y el aparecimiento que hizo a su Madre santísima con los santos padres del limbo.

1466. Estuvo el alma santísima de Cristo nuestro Salvador en el limbo desde las tres y media del viernes a la tarde hasta después de las tres de la mañana del domingo siguiente. A esta hora volvió al sepulcro, acompañado como príncipe victorioso de los mismos Ángeles que llevó y de los Santos que rescató de aquellas cárceles inferiores como despojos de su victoria y prendas de su glorioso triunfo, dejando postrados y castigados sus rebeldes enemigos. En el sepulcro estaban otros muchos Ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido a la divinidad. Y algunos de ellos, por mandado de su Reina y Señora, habían recogido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas y los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza, y todo lo demás que pertenecía al ornato y perfecta integridad de su humanidad santísima; que de todo esto cuidó la Madre de la prudencia, y los Ángeles guardaban estas reliquias, gozoso cada uno con la parte que le alcanzó a cogerla. Y primero que otra cosa se hiciese, se les manifestó a los Santos Padres el cuerpo de su Reparador, llagado, herido y desfigurado, como le puso la crueldad de los judíos. Y reconociéndole así muerto le adoraron todos los Patriarcas y Profetas con los otros Santos y confesaron de nuevo cómo verdaderamente el Verbo humanado tomó sobre sí nuestras enfermedades y dolores (Is 53, 4) y pagó con exceso nuestra deuda, satisfaciendo a la justicia del Eterno Padre lo que nosotros merecíamos, siendo Su Majestad inocentísimo y sin culpa. Allí vieron los primeros padres Adán y Eva el estrago que hizo su inobediencia y el costoso remedio que habla tenido y la inmensa bondad del Redentor y su gran misericordia. Los Patriarcas y Profetas conocieron y vieron cumplidos sus vaticinios y esperanzas de las promesas divinas. Y como en la gloria de sus almas sentían el efecto de la copiosa redención, alabaron de nuevo al Omnipotente y Santo de los Santos que por tan maravilloso orden de su sabiduría la había obrado.

1467. Después de esto, a vista de todos aquellos Santos, por ministerio de los Ángeles fueron restituidas al sagrado cuerpo difunto todas las partes y reliquias que tenían recogidas, dejándole con su natural integridad y perfección. Y al mismo instante el alma santísima del Señor se reunió al cuerpo y juntamente le dio inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron, quedó vestido de los cuatro dotes de gloria, claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza. Estos dotes redundan en el cuerpo deificado de la inmensa gloria del alma de Cristo nuestro bien. Y aunque se le debían como por herencia y natural participación desde el instante de su concepción, porque desde entonces fue glorificada su alma santísima y estaba unida a la divinidad toda aquella humanidad inocentísima, pero suspendieron se entonces sin redundar en el cuerpo purísimo, para dejarle pasible y que mereciese nuestra gloria, privándose de la de su cuerpo, como en su lugar queda dicho (Cf. supra n. 147). Y en la resurrección se le restituyeron de justicia estos dotes en el grado y proporción correspondiente a la gloria del alma y a la unión que tenía con la divinidad. Y como la gloria del alma santísima de Cristo nuestro Señor es incomprensible e inefable para nuestra corta capacidad, también es imposible explicar enteramente con palabras y con ejemplos la gloria y dotes de su cuerpo deificado; porque respecto de su pureza es oscuro el cristal, la luz que contenía y despedía excede a los demás cuerpos gloriosos, como el día a la noche y más que mil soles a una estrella, y toda la hermosura de las criaturas, si se juntara en una, pareciera fealdad en su comparación, y no hay símil para ella en todo lo criado.

1468. Excedió grandemente la excelencia de estos dotes en la resurrección a la gloria que tuvieron en la transfiguración y en otras ocasiones que Cristo Señor nuestro se transfiguró, como en el discurso de esta Historia se ha dicho (Cf. supra n. 695, 851, 1099); porque entonces la recibió de paso y como convenía para el fin que se transfiguraba, pero ahora la tuvo con plenitud para gozarla eternamente. Y por la impasibilidad quedó invencible de todo el poder criado, porque ninguna potencia le podía alterar ni mudar. Por la sutilidad quedó tan purificada la materia gruesa y terrena, que sin resistencia de otros cuerpos se podía penetrar con ellos como si fuera espíritu incorpóreo, y así penetró la lápida del sepulcro sin moverla ni dividirla, el que por semejante modo había salido del virginal vientre de su purísima Madre. La agilidad le dejó tan libre del peso y tardanza de la materia, que excedía a la que tienen los Ángeles inmatrimales, y por sí mismo podía moverse con más presteza que ellos de un lugar a otro, como lo hizo en las apariciones de los Apóstoles y en otras ocasiones. Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo quedaron en pies, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacían más vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro y en presencia de los Santos y Patriarcas prometió a todo el linaje humano la resurrección universal como efecto de la suya en la misma carne y cuerpo de cada uno de los mortales y que en ella serían glorificados los justos. Y en prendas de esta promesa y como en rehenes de la resurrección universal, mandó Su Majestad a las almas de muchos Santos que allí estaban se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen a inmortal vida. Al punto se ejecutó este divino imperio y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere San Mateo (Mt 27, 52). Y entre ellos fueron Santa Ana, San José y San Joaquín, y otros de los antiguos padres y patriarcas que fueron más señalados en la fe y esperanza de la Encarnación y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y en retorno de estas obras se les adelantó la resurrección y gloria de sus cuerpos.

1469. ¡Oh cuan poderoso y admirable, cuán victorioso y fuerte se manifestaba ya este león de Judá, hijo de David! Ninguno se desembarazó del sueño con más presteza que Cristo de la muerte. Y luego a su imperiosa voz se juntaron los huesos secos y esparcidos de aquellos envejecidos difuntos, y la carne que ya estaba convertida en polvo se renovó, y unida con los huesos restauró su antiguo ser, mejorándolo todo los dotes de la gloria que participó el cuerpo del alma glorificada que les dio vida. Quedaron en un instante todos aquellos Santos resucitados en compañía de su Reparador, más claros y refulgentes que el mismo sol, puros, hermosos, transparentes y ligeros para seguirle a todas partes, y nos aseguraron con su dicha la esperanza de que en nuestra misma carne y con nuestros ojos y no con otros veríamos a nuestro Redentor, como lo profetizó Santo Job (Job 19, 26) para nuestro consuelo. Todos estos misterios conocía la gran Reina del cielo y participaba de ellos con la visión que tenía en el cenáculo. Y en el mismo instante que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dio vida, correspondió en el de la purísima Madre la comunicación del gozo, que en el capítulo pasado dije (Cf. supra n. 1463) estaba detenido en su alma santísima y como represado en ella aguardando la resurrección de su Hijo santísimo. Y fue tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría y de dolor en inefable júbilo y descanso. Sucedió que en aquella ocasión el Evangelista San Juan fue a visitarla, como el día de antes lo había hecho (Cf. supra n. 1463), para consolarla en su amarga soledad, y encontróla repentinamente llena de resplandor y señales de gloria a la que antes apenas conocía por su tristeza. Admiróse el Santo Apóstol y, habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor sería resucitado, pues la divina Madre estaba renovada en alegría.

1470. Con este nuevo júbilo y las operaciones tan divinas que la gran Señora hacía en la visión de tan soberanos misterios, comenzó a disponerse para la visita, que estaba ya muy cerca. Y entre los actos de alabanzas, cánticos y peticiones que hacía nuestra Reina, sintió luego otra novedad en sí misma sobre el gozo que tenía, y fue un género de júbilo y alivio celestial, correspondiente por admirable modo a los dolores y tribulaciones que en la pasión había sentido; y este beneficio era diferente y más alto que la redundancia de gozo que de su alma resultaba como naturalmente en el cuerpo. Y tras de estos admirables efectos sintió luego otro tercero y diferente beneficio que la daban, de nuevos y divinos favores. Y para esto sintió que la infundían nuevo lumen de cualidades que preceden a la visión beatífica, en cuya declaración no me detengo, por haberlo hecho hablando de esta materia en la primera parte (Cf. supra p. I n. 623). Y en esta segunda sólo añado que recibió la Reina estos beneficios en esta ocasión con más abundancia y excelencia que en otras, porque ahora había precedido la pasión de su Hijo santísimo y los méritos que la

divina Madre adquirió en ella, y según la multitud de los dolores correspondía el consuelo de la mano de su Hijo omnipotente.

1471. Estando así prevenida María santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la siempre humilde Reina y adoró a su Hijo santísimo, y Su Majestad la levantó y llegó a sí mismo. Y con este contacto —mayor que el que pedía la Magdalena de la humanidad y llagas santísimas de Cristo (Jn 20, 17)— recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que sola ella le mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fue el mayor de los favores que tuvo en esta ocasión, con todo eso no pudiera recibirle si no fuera confortada de los Ángeles y por el mismo Señor para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fue que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con ella o penetrándole consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo lo llenara de resplandores y hermo seara con su luz. Así quedó el cuerpo de María santísima unido al de su Hijo por medio de aquel divinismo contacto, que fue como puerta para entrar a conocer la gloria del alma y cuerpo santísimo del mismo Señor. Y por estos favores, como por grados de inefables dones, fue ascendiendo el espíritu de la gran Señora a la noticia de ocultísimos sacramentos. Y estando en ellos oyó una voz que le decía: Amiga, asciende más alto (Lc 14, 10).—Y en virtud de esta voz quedó del todo transformada y vio la divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio, aunque de paso, de todos sus trabajos y dolores. Forzoso es aquí el silencio, donde de todo punto faltan las razones y el talento para decir lo que pasó a María santísima en esta visión beatífica, que fue la más alta y divina que hasta entonces había tenido. Celebremos este día con admiración de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias de lo que nos mereció y ella gozó y fue ensalzada.

1472. Estuvo algunas horas la divina Princesa gozando del ser de Dios con su Hijo santísimo, participando su gloria como había participado de sus tormentos. Y luego descendió de esta visión por los mismos grados que ascendió a ella, y al fin de este favor quedó de nuevo reclinada sobre el brazo izquierdo de la humanidad santísima y regalada por otro modo de la diestra de su divinidad (Cant 2, 6). Tuvo dulcísimos coloquios con el mismo Hijo sobre los altísimos misterios de su pasión y de su gloria. Y en estas conferencias quedó de nuevo embriagada en el vino de la caridad y amor que bebió en su misma fuente sin medida. Y todo cuanto pudo recibir una pura criatura todo se le dio a María purísima abundantemente en esta ocasión, porque, a nuestro modo de entender, quiso la equidad divina recompensar el como agravio —dígo así porque no me puedo explicar mejor— que había recibido una criatura tan pura y sin mácula de pecado padeciendo los dolores y tormentos de la pasión, que, como arriba he dicho muchas veces (Cf. supra n. 1236, 1264, 1274, 1287, 1341), eran los mismos que padeció Cristo nuestro Salvador, y en este misterio correspondió el gozo y favor a las penas que la divina Madre había padecido.

1473. Después de todo esto, y siempre en altísimo estado, se convirtió la gran Señora a los santos patriarcas y justos que allí estaban y a todos juntos y a cada uno de por sí reconoció por su orden y les habló respectivamente, gozándose y alabando al Todopoderoso en lo que su liberal misericordia había obrado con cada uno de ellos. Con sus padres San Joaquín y Santa Ana, con su esposo San José y con San Juan Bautista tuvo singular gozo y les habló particularmente, luego con los Patriarcas y Profetas y con los primeros padres Adán y Eva. Y todos juntos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, por causa de su remedio y coadjutora de su Redención, y como a tal la quisieron venerar [con culto de hiperdulía] con digno culto y veneración, disponiéndolo así la divina Sabiduría. Pero la Reina de las virtudes y Maestra de la humildad se postró en tierra y dio a los santos la reverencia que se les debía, y el Señor dio permiso para esto, porque los santos, aunque eran inferiores en la gracia, eran superiores en el estado de bienaventurados con gloria inamisible y eterna, y la Madre de la gracia quedaba en vida mortal y viadora y no había llegado al estado de comprensora. Continuóse la conferencia con los Santos Padres en presencia de Cristo nuestro Salvador. Y María santísima convidó a todos los Ángeles y santos que allí asistían, para que alabasen al triunfador de la muerte, del pecado y del infierno, y todos le cantaron nuevos cánticos, salmos, himnos de gloria y magnificencia, y con esto llegó la hora en que el Salvador resucitado hizo otras apariciones, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la gran Señora María santísima.

1474. Hija mía, alégrate en el mismo cuidado que tienes de que no alcanzan tus razones a explicar lo que tu interior conoce de tan altos misterios como has escrito. Victoria es de la criatura y gloria del Altísimo, darse por vencida de la grandeza de los sacramentos tan soberanos como éstos, y en la carne mortal se pueden penetrar mucho menos. Yo sentí los dolores de la pasión de mi Hijo santísimo y, aunque no perdí la vida, experimenté los dolores de la muerte misteriosamente, y a este género de muerte le correspondió en mí otra admirable y mística resurrección a más levantado estado de gracia y operaciones. Y como el ser de Dios es infinito, aunque la criatura participe mucho, le queda más que entender, que amar y gozar. Y para que ahora ayudada del discurso puedas rastrear algo de la gloria de Cristo mi Señor, de la mía y de los Santos, discurriendo por los dotes del cuerpo glorioso, te quiero proponer la regla por donde en esto puedas pasar a los del alma. Ya sabes que éstos son: visión, comprensión y fruición. Los del cuerpo son los que dejas repetidos (Cf. supra n. 1468): claridad, impasibilidad, sutilidad y agilidad.

1475. A todos estos dotes corresponde algún aumento por cualquiera buena obra meritoria que hace el que está en gracia, aunque no sea mayor que mover una pajueta por amor de Dios y dar un jarro de agua. Por cualquiera de estas mínimas obras granjeará la criatura, para cuando sea bienaventurada, mayor claridad que la de muchos soles. Y

en la impasibilidad se aleja de la corrupción humana y terrena más de lo que todas las diligencias y fuerzas de las criaturas pueden resistirla y apartar de sí lo que las puede ofender o alterar. En la sutilidad se adelanta para ser superior a todo lo que le puede resistir y cobra nueva virtud sobre todo lo que quiere penetrar. En el dote de la agilidad le corresponde a cualquiera obra meritoria más potencia para moverse que la tienen las aves y los vientos y todas las criaturas activas, como el fuego y los demás elementos para caminar a sus centros naturales. Por el aumento que se merece en estos dotes del cuerpo, entenderás el que tienen los dotes del alma, a quien corresponden y de quien se derivan. Porque en la visión beatífica adquiere cualquier mérito mayor claridad y noticia de los atributos y divinas perfecciones que cuanto han alcanzado en esa vida mortal todos los doctores y sabios que ha tenido la Iglesia. También se aumenta el dote de la comprensión o tención del objeto divino, porque de la posesión y firmeza con que se comprende aquel sumo e infinito bien se le concede al justo nueva seguridad y descanso más estimable que si poseyera todo lo precioso y rico, deseable y apetecible de las criaturas, aunque todo lo tuviera por suyo sin temer perderlo. Y en el dote de la fruición, que es el tercero del alma, por el amor con que el justo hace aquella pequeñuela obra, se le conceden en el cielo por premio grados de amor frutivo tan excelentes, que jamás llegó a compararse con este aumento el mayor afecto que tienen los hombres en la vida a lo visible, ni el gozo que de él resulta tiene comparación con todo el que hay en la vida mortal.

1476. Levanta ahora, hija mía, la consideración y de estos premios tan admirables, que corresponden a una obra por Dios hecha, pondera bien cuál será el premio de los santos, que por el amor divino hicieron tan heroicas y magníficas obras y padecieron tormentos y martirios tan crueles como la Iglesia santa conoce. Y si en los santos sucede esto con ser puros hombres y sujetos a culpas e imperfecciones que retardan el mérito, considera con toda la alteza que pudieras cuál será la gloria de mi Hijo santísimo, y sentirás cuán limitada es la capacidad humana, y más en la vida mortal, para comprender dignamente este misterio y para hacer concepto proporcionado de tan inmensa grandeza. El alma santísima de mi Señor estaba unida sustancialmente a la divinidad en su divina persona, y por la unión hipostática era consiguiente que se le comunicase el océano infinito de la misma divinidad, beatificándola como a quien tenía comunicado su mismo ser de Dios por inefable modo. Y aunque no mereció esta gloria, porque se le dio desde el instante de su concepción en mi vientre, consiguiente a la unión hipostática, pero las obras que hizo después en treinta y tres años, naciendo en pobreza, viviendo con trabajos, amando como viador, trabajando en todas las virtudes, predicando, enseñando, padeciendo, mereciendo, redimiendo a todo el linaje humano, fundando la Iglesia y cuanto la fe católica enseña, estas obras merecieron la gloria del cuerpo purísimo de mi Hijo y ésta corresponde a la del alma, y todo es inefable y de inmensa grandeza, reservado para manifestarse en la vida eterna. Y en correspondencia de mi Hijo y Señor hizo conmigo magníficas obras el brazo poderoso del Altísimo en el ser de pura criatura, con que olvidé luego los trabajos y dolores de la pasión; y lo mismo sucedió a los padres del limbo, y a los demás santos cuando reciben el premio. Olvidé la amargura y el trabajo que yo padecí, porque el sumo gozo desterró la pena, pero nunca perdí la vista de lo que mi Hijo padeció por el linaje humano.

CAPITULO 27

Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado a las Marías y a los Apóstoles, la noticia que todos daban a la Reina y la prudencia con que los oía.

1477. Después que nuestro Salvador Jesús resucitado y glorioso visitó y llenó de gloria a su Madre santísima, determinó Su Majestad como amoroso padre y pastor congregar las ovejas de su rebaño, que el escándalo de su pasión había turbado y derramado. Acompañábanle siempre los Santos Padres y todos los que sacó del limbo y purgatorio, aunque no se manifestaban en las apariciones, porque sola nuestra gran Reina los vio y conoció y habló a todos en el tiempo que pasó hasta la ascensión de su Hijo santísimo. Y cuando no se aparecía a otros, siempre asistía con la amantísima Madre en el cenáculo, de donde no salió la divina Señora aquellos cuarenta días continuos. Allí gozaba de la vista del Redentor del mundo y del coro de los Profetas y Santos con quien el mismo Rey y Reina estaban acompañados. Y para manifestarse a los Apóstoles comenzó por las mujeres, no por más flacas, sino por más fuertes en la fe y confianza de su resurrección, que por esto merecieron ser las primeras en el favor de verle resucitado.

1478. Hizo memoria el Evangelista San Marcos (Mc 15, 47) del cuidado con que Santa María Magdalena y María José advirtieron dónde quedaba puesto el cuerpo difunto de Jesús en el sepulcro. Con esta prevención el sábado por la tarde con otras mujeres santas salieron de la casa del cenáculo a la ciudad y compraron nuevos ungüentos aromáticos, para madruguar el día siguiente y volver al sepulcro a visitar y adorar el sagrado cuerpo de su Maestro, con ocasión de ungrarle de nuevo. El domingo por la mañana, antes de amanecer, madrugaron para ejecutar su piadoso afecto, ignorando que el sepulcro estaba sellado y con guardas por orden de Pilatos, y en el camino dificultaban solamente quién les volvería la gran lápida con que ellas habían advertido quedaba cerrado el monumento, pero el amor las daba esfuerzo para vencer esta dificultad, sin saber cómo. Cuando salieron de la casa del cenáculo era de noche y cuando llegaron al sepulcro había ya amanecido y nacido el sol, porque aquel día se anticipó las tres horas que se oscureció en la muerte de nuestro Salvador. Y con este milagro se concuerdan los Evangelistas San Marcos (Mc 16, 2) y San Juan Evangelista (Jn 20, 1), que el uno dice vinieron las Marías salido el sol y el otro que había tinieblas, porque todo es verdad, que salieron muy de mañana y antes de amanecer, y con la prisa y diligencia del sol las alcanzó cuando llegaban, aunque no se detuvieron en el camino. Era el monumento una pequeña bóveda como cueva, cuya puerta cerraba una grande losa, y dentro tenía a un lado el sepulcro algo levantado del suelo y en él estuvo el cuerpo de nuestro Salvador.

1479. Poco antes que llegasen las Marías a reconocer la dificultad que iban confiriendo de mover la lápida, fue hecho un gran temblor o terremoto muy espantoso, y al mismo tiempo un Ángel del Señor abrió el sepulcro y arrojó la losa que le cubría y cerraba la puerta. Las guardas del monumento con este grande estrépito y movimiento de la piedra cayeron en tierra, desmayados del temor que les causó, dejándolos como difuntos, aunque ni vieron al Señor ni entonces estaba allí su cuerpo, porque ya había resucitado y salido del monumento antes que el Ángel quitase la piedra. Las Marías, aunque sintieron algún temor, se animaron, y confortándolas el mismo Dios llegaron y entraron al monumento y cerca de la puerta vieron al Ángel que revolvió la piedra, sentado sobre ella, y su rostro refulgente, los vestidos como la nieve, que las habló y dijo: No temáis, que sé cómo buscáis a Jesús Nazareno. No está aquí, que ya ha resucitado. Entrad, y veréis el lugar donde le pusieron.—Entraron las Marías y vieron el sepulcro vacío. Recibieron gran tristeza, porque aún estaban más atentas a su afecto de verle que al testimonio del Ángel. Y luego vieron otros dos asentados a los dos lados del sepulcro, que las dijeron: ¿Para qué buscáis entre los muertos al que ya está vivo y resucitado? Acordaos que él mismo os dijo en Galilea, que había de resucitar el día tercero. Id luego y dad noticia a los discípulos y a Pedro que vayan a Galilea, donde le verán.

1480. Con esta advertencia de los Ángeles se acordaron las Marías de lo que su divino Maestro había dicho. Y seguras de su resurrección, se volvieron del sepulcro con gran prisa y dieron cuenta a los once discípulos y a otros de los que seguían al Señor, muchos de los cuales juzgaron por delirio lo que decían las Marías. Tan turbados estaban en la fe y tan olvidados de las palabras de su Maestro y Redentor. En el ínterin que las Marías llenas de gozo y pavor contaban a los Apóstoles lo que habían visto, revivieron las guardas del sepulcro y volvieron en sus sentidos. Y como le vieron abierto y sin el cuerpo difunto, fueron a dar cuenta del suceso a los príncipes de los sacerdotes. Halláronse confusos y juntaron concilio para determinar lo que podrían hacer para desmentir la maravilla tan patente que no se podía ocultar. Y acordaron ofrecer a los guardas mucho dinero, con que sobornados dijese cómo estando ellos durmiendo habían venido los discípulos de Jesús y habían hurtado su cuerpo del sepulcro. Y asegurándoles los sacerdotes a las guardas que los sacarían a paz y a salvo de esta mentira, la publicaron entre los judíos, y muchos de ellos fueron tan estultos que le dieron crédito, y algunos más obstinados y ciegos se le dan hasta ahora, creyendo el testimonio de los que confesaron se dormían, cuando dicen que vieron el hurto.

1481. Los discípulos y Apóstoles, aunque tuvieron por desvarío lo que decían las Marías, con todo eso San Pedro y San Juan, deseando certificarse por sus ojos, partieron a toda prisa al monumento, y tras ellos volvieron las Marías. Y llegó San Juan Evangelista el primero y, sin entrar en el monumento, vio desde la puerta los sudarios apartados del sepulcro y aguardó a que llegase San Pedro, el cual entró primero y tras de él San Juan Evangelista, y vieron lo mismo y que el sagrado cuerpo no estaba en el sepulcro. Y San Juan dice que creyó entonces (Jn 20, 8) y se aseguró de lo que había comenzado a creer cuando vio mudada a la Reina del cielo, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 1469). Y los dos Apóstoles se volvieron a dar cuenta a los demás de lo que admirados habían visto en el sepulcro. Las Marías se quedaron en él a la parte de afuera, confiriendo con admiración todo lo que sucedía. Y Santa María Magdalena con mayor fervor y lágrimas volvió a entrar otra vez a reconocer el sepulcro. Y aunque los Apóstoles no vieron a los Ángeles, violes Santa María Magdalena, y ellos le preguntaron: Mujer, ¿por qué lloras?—Respondió María: Porque me han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto.—Con esta respuesta salió fuera al huerto donde estaba el sepulcro y luego topó con el Señor, aunque no le conoció, antes le juzgó por hortelano. Y Su Majestad le preguntó también: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?—Santa María Magdalena, no conociendo a Cristo nuestro Señor, le respondió como si fuera hortelano de aquel huerto, y sin más acuerdo, vencida del amor, le dijo: Señor, si vos le habéis tomado, decidme dónde le tenéis, que yo le volveré y le traeré.—Entonces replicó el amantísimo Maestro y la dijo: María.—Y con haberla nombrado, se dejó conocer por la voz (Jn 20, 11-16).

1482. Cuando Santa María Magdalena conoció que era Jesús, se enardeció toda en amor y gozo y respondió y dijo: Maestro mío; y arrojándose a sus divinos pies fue a quererlos tocar y besar, como acostumbrada a este favor. Pero el Señor la previno y dijo: No me toques, porque no he subido a mi Padre, a donde estoy de camino; vuelve y diles a mis hermanos los Apóstoles cómo estoy de paso para mi Padre y suyo (Jn 20, 16-18).—Partió luego Santa María Magdalena, llena de consolación y júbilo, y a pequeña distancia alcanzó a las otras Marías. Y acabándolas de referir lo que a ella le había sucedido y cómo había visto a Jesús resucitado, estando admiradas, llorosas y cariñosas de alegría, se les apareció estando juntas y las dijo: Dios os salve.—Y conociéndole todas, dice el Evangelista San Mateo (Mt 28, 9) que adoraron sus sagrados pies, y el Señor las mandó otra vez que fuesen a los Apóstoles y les dijese lo que habían visto y que se fuesen ellos a Galilea, donde le verían resucitado. Desapareció el Señor, y las Marías apresurando el paso volvieron al cenáculo y contaron a los Apóstoles todo cuanto les había sucedido, y siempre estaban tardos en darles crédito. Y luego entraron las Marías a dar noticia de lo que pasaba a la Reina del cielo, y como si lo ignorara las oyó con admirable caricia y prudencia, aunque todo lo sabía por la visión intelectual con que lo conocía. Como iba conociendo y tomando ocasión de lo que las Marías le contaron, las confirmó en la fe de los misterios y altos sacramentos de la Encarnación y Redención y de las divinas Escrituras que de ellos trataban. Pero no les dijo lo que a la divina Reina le había sucedido, aunque fue la Maestra de estas fieles y devotas discípulas, como el Señor de los Apóstoles, para restituirlos a la fe.

1483. No refieren los evangelistas cuándo apareció el Señor a San Pedro, aunque lo supone San Lucas (Lc 24, 34); pero fue después de las Marías, y más ocultamente a solas, como a cabeza de la Iglesia, antes que a todos juntos y que a otro alguno de los Apóstoles, y fue aquel mismo día, después que las Marías le dieron noticia de haberle visto. Y

luego sucedió el aparecimiento que refieren, y que largamente cuenta San Lucas (Lc 24, 34), de los dos discípulos que aquella tarde iban de Jerusalén al castillo de Emaús, que estaba sesenta estadios de la ciudad, y hacían cuatro millas de Palestina y casi dos leguas (legua ~ 5.556 Km) de España. El uno de los dos se llamaba Cleofás y el otro era el mismo San Lucas, y sucedió en esta manera: Salieron de Jerusalén los dos discípulos, después que oyeron lo que las Marias contaron, y en el camino continuaron la plática de los sucesos de la pasión y santidad de su Maestro y la crueldad de los judíos. Y admirábanse de que el Todopoderoso hubiese permitido que padeciese tales oprobios y tormentos un hombre santo y tan inocente. El uno decía: ¿Cuándo se vio tal suavidad y dulzura?—El otro repetía: ¿Quién jamás oyó ni vio tal paciencia, sin querellarse, ni mudar el semblante tan apacible y de majestad? Su doctrina era santa, su vida inculpable, sus palabras de salud eterna, sus obras en beneficio de todos; pues ¿qué vieron en él los sacerdotes, para cobrarle tanto aborrecimiento?—Respondía el otro: Verdaderamente fue admirable en todo, y nadie puede negar que era gran profeta: hizo muchos milagros, alumbró ciegos, sanó enfermos, resucitó muertos y a todos hizo admirables beneficios; pero dijo que resucitaría al tercero día de su muerte, que es hoy, y no lo vemos cumplido.—Replicó el otro: También dijo que le habían de crucificar y se ha cumplido como lo dijo.

1484. En medio de éstas y otras pláticas se les apareció Jesús en hábito de peregrino, como que los alcanzaba en el camino, y les dijo, después de saludarlos: ¿De qué habláis, que me parece os veo entristecidos?—Respondió Cleofás: ¿Tú solo eres peregrino en Jerusalén, que no sabes lo que ha sucedido estos días en la ciudad?—Dijo el Señor: Pues ¿qué ha sucedido?—Replicó el discípulo: ¿No sabes lo que han hecho los príncipes y sacerdotes con Jesús Nazareno, varón santo y poderoso en palabras y obras, cómo le han condenado y crucificado? Nosotros teníamos esperanzas que había de redimir a Israel resucitando de los muertos, y se pasa ya el día tercero de su muerte y no sabemos lo que ha hecho. Aunque unas mujeres de los nuestros nos han atemorizado, porque fueron muy de mañana al sepulcro y no hallaron el cuerpo y afirman que vieron unos Ángeles que las dijeron cómo ya había resucitado. Y luego acudieron otros compañeros nuestros al sepulcro y vieron ser verdad lo que las mujeres contaron. Pero nosotros vamos a Emaús para esperar allí a ver en qué paran estas novedades.—Respondióles el Señor: Verdaderamente sois necios y tardos de corazón, pues no entendéis que convenía así, que padeciese Cristo todas esas penas y muerte tan afrentosa para entrar en su gloria.

1485. Y prosiguiendo el divino Maestro, les declaró los misterios de su vida y muerte para la redención humana, comenzando de la figura del cordero, que mandó sacrificar y comer San Moisés Profeta y Legislador rubricando los umbrales con su sangre; y lo que figuraba la muerte del sumo sacerdote Aarón, la muerte de Sansón por los amores de su esposa Dalila; y muchos salmos del Santo Rey y Profeta David, donde profetizó el concilio, la muerte y división de las vestiduras y que su cuerpo no vería la corrupción; lo que dijo la Sabiduría y más claro San Isaías y San Jeremías de su pasión, que parecería un leproso desfigurado, varón de dolores, que sería llevado como oveja al matadero, sin abrir su boca; y San Zacarías, que le vio traspassado de muchas heridas; y otros lugares de los Profetas les dijo, que claramente dicen los misterios de su vida y muerte. Con la eficacia de este razonamiento fueron los discípulos poco a poco recibiendo el calor de la caridad y la luz de la fe que se les había eclipsado. Y cuando ya se acercaban al castillo de Emaús, el divino Maestro les dio a entender pasaba adelante en su jornada, pero ellos le rogaron con instancia se quedase con ellos, porque ya era tarde. Admitiólo el Señor, y convidado de los discípulos se reclinaron para cenar juntos, conforme la costumbre de los judíos. Tomó el Señor el pan y como también solía lo bendijo y partió, dándoles con el pan bendito el conocimiento infalible de que era su Redentor y Maestro.

1486. Conociéronle, porque les abrió los ojos del alma, y al punto que los dejó ilustrados se les desapareció de los del cuerpo y no le vieron más entonces. Pero quedaron admirados y llenos de gozo, confirmando el fuego de caridad que sintieron en el camino, cuando les hablaba su Maestro y les declaraba las Escrituras. Y luego sin dilación se volvieron a Jerusalén ya de noche. Entraron en la casa donde se habían retirado los demás Apóstoles por temor de los judíos y los hallaron confirmando las noticias que tenían de haber resucitado el Salvador y cómo ya se había aparecido a San Pedro. Y a esto añadieron los dos discípulos todo cuanto en el camino les sucedió y cómo ellos le habían conocido cuando les partió el pan en el castillo de Emaús. Estaba entonces presente Santo Tomás, y aunque oyó a los dos discípulos y que San Pedro confirmaba lo que decían asegurando que también él había visto a su Maestro resucitado, con todo estuvo tardo y dudoso, sin dar crédito al testimonio de tres discípulos, fuera de las mujeres. Y con algún despecho, efecto de su incredulidad, se salió y se fue de la compañía de los demás. Y en pequeño espacio, después que Santo Tomás se había despedido y cerradas las puertas, entró el Señor y apareció a los demás. Y estando en medio de todos les dijo: Paz sea con vosotros. Yo soy, no queráis temer.

1487. Con este repentino aparecimiento se turbaron los Apóstoles, temiendo si era espíritu o fantasma lo que veían, y el Señor les dijo: ¿De qué os turbáis y admitís tan varios pensamientos? Mirad mis pies y manos y conoced que yo soy vuestro Maestro. Tocad con vuestras manos mi cuerpo verdadero, que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo los tengo.—Estaban tan turbados y confusos los Apóstoles que, viendo y tocando las manos llagadas del Salvador, aun no acababan de creer que era Él a quien hablaban y tocaban. Y el amantísimo Maestro, para asegurarlos más, les dijo: Dadme si tenéis algo de comer.—Ofrecieronle muy gozosos parte de un pez asado y de un panal de miel y comió parte de ello y lo demás les repartió a todos, diciendo: ¿No sabéis que todo lo que por mí ha pasado es lo mismo que lo que de mí estaba escrito en Moisés y en los Profetas, en los Salmos y Escrituras sagradas y que todo se debía cumplir así como estaba profetizado?—Y con estas palabras les abrió los sentidos, y le conocieron y entendieron las Escrituras que hablaban de su pasión, muerte y resurrección al tercero día. Y habiéndolos así ilustrado, les dijo otra vez: *Paz sea con vosotros. Como me envió a mí mi Padre, así os envió yo para que enseñéis al mundo la*

verdad y conocimiento de Dios y de la vida eterna, predicando penitencia de los pecados y remisión de ellos en mi nombre (Jn 20, 21). Y derramando en ellos su divino aliento o soplo, añadió y dijo: *Recibid al Espíritu Santo, para que los pecados que perdonareis sean perdonados, y los que no perdonareis no lo sean. Predicaréis a todas las gentes, comenzando de Jerusalén (Jn 20, 22-23)*. Y con esto desapareció el Señor, dejándolos consolados y asegurados en la fe, y con potestad de perdonar pecados ellos y los demás sacerdotes.

1488. Todo esto sucedió como se ha dicho, no estando Santo Tomás presente, pero luego, disponiéndolo el Señor, volvió a la congregación de donde se había ausentado y le contaron los Apóstoles todo cuanto en su ausencia les había sucedido. Pero aunque los halló tan trocados con el nuevo gozo que recibieron, con todo eso estuvo incrédulo y porfiado, afirmando que no daba crédito a lo que todos aseguraban si primero no viese por sus ojos las llagas y tocara la del costado con su mano y dedos y las demás. En esta dureza perseveró el incrédulo Tomás ocho días, hasta que pasados volvió el Señor otra vez, cerradas las puertas, y se apareció en medio de los mismos Apóstoles y del incrédulo. Saludólos como solía, diciendo: Paz sea con vosotros.—Y llamando luego a Tomás, le reprendió con amorosa suavidad y le dijo: *Llegad, Tomás, con vuestras manos y tocad los agujeros de las mías y de mi costado, y no queráis ser tan incrédulo, sino rendido y fiel*. Tocó las divinas llagas Tomás y fue ilustrado interiormente para creer y conocer su ignorancia. Y postrándose en tierra dijo: *Señor mío y Dios mío*.—Replicó Su Majestad: *Porque me viste, Tomás, me has creído; pero serán bienaventurados los que no me vieren y me creyeren (Jn 20, 26-28)*. Desapareció el Señor, quedando los Apóstoles y Santo Tomás llenos de luz y de alegría. Y luego fueron todos a dar cuenta a María santísima de lo que había sucedido, como lo hicieron del primer aparecimiento.

1489. No estaban entonces los Apóstoles capaces de la gran sabiduría de la Reina del cielo, y mucho menos de las noticias que tenía de todo lo que a ellos les sucedía y de las obras de su Hijo santísimo, y así le daban cuenta de lo que iba sucediendo, y ella los oía con suma prudencia y mansedumbre de Madre y de Reina. Y después de la primera aparición la contaron algunos Apóstoles la obstinación de Tomás y que no les quería dar crédito a todos juntos, aunque le afirmaban haber visto a su Maestro resucitado, y en aquellos ocho días, como perseveraba en su incredulidad, creció más contra él la indignación de algunos Apóstoles. Y luego iban a la gran Señora y le culpaban en su presencia de culpado y terco, arrimado a su parecer, como hombre grosero y desalumbrado. La piadosa Princesa los oía con pacífico corazón, y viendo que crecía el enojo de los Apóstoles, que aún estaban todos imperfectos, habló a los más indignados y los quietó con decirles que los juicios del Señor eran muy ocultos y que de la incredulidad de Tomás sacaría grandes bienes para otros y gloria para sí mismo y que esperasen y no se turbasen tan presto. Hizo la divina Madre ferventísima oración y peticiones por Santo Tomás, y por ella aceleró el Señor su remedio y se le dio al incrédulo Apóstol. Y luego que se redujo y dieron todos noticia a su Maestra y Señora, los confirmó en su fe, amonestándolos y corrigiéndolos, y les ordenó que con ella diesen gracias al Muy Alto por aquel beneficio y que fuesen constantes en las tentaciones, pues todos estaban sujetos a los peligros de caer. Otras muchas y dulces razones les dijo de corrección, enseñanza, advertencia y de doctrina, previniéndolos para lo que les restaba de trabajar en la nueva Iglesia.

1490. Otras apariciones y señales hizo nuestro Salvador, como supone el Evangelista San Juan Jn 20, 30), y solamente se escribieron las que bastan para la fe de su resurrección. Pero luego el mismo Evanrelista (Jn 21, 1ss) escribe la aparición que hizo Su Majestad en el mar de Tiberías a San Pedro, Tomás, Natanael, a los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos, que por ser tan misteriosa me ha parecido no omitirla en este capítulo. Sucedió la aparición en esta forma: Fueron los Apóstoles a Galilea, después de lo que en Jerusalén les había sucedido, porque el Señor se lo mandó, prometiéndoles que allá le verían. Y hallándose los siete Apóstoles y discípulos cerca de aquel mar, les dijo San Pedro que para tener alguna cosa con que pasar quería ir a pescar, que lo sabía hacer de oficio. Acompañaronle todos en el pescar y pasaron aquella noche arrojando las redes sin coger solo un pez. A la mañana se apareció nuestro Salvador Jesús en la ribera, sin darse entonces a conocer. Y estaba cerca la barquilla en que pescaban, y preguntóles el Señor: *¿Tenéis algo que comer?* Y ellos respondieron: *Nada tenemos*. Replicó Su Majestad: *Arrojad la red a la diestra de la navecilla y cogeréis*. Hicieronlo, y llenóse la red de pescado, de manera que no la podían levantar. Entonces San Juan Evangelista con el milagro conoció a Cristo nuestro Señor y llegándose a San Pedro le dijo: El Señor es quien nos habla de la ribera.—Con este aviso lo conoció también San Pedro, y todo inflamado en sus acostumbrados fervores, se vistió muy aprisa la túnica de que estaba desnudo y se arrojó al mar, caminando sobre las aguas hasta donde estaba el Maestro de la vida, y los demás se fueron acercando con la barquilla donde estaban.

1491. Saltaron en tierra y hallaron que ya el Señor les tenía prevenida la comida, porque vieron lumbre y pan y un pez sobre las brasas (pescado asado es símbolo de Cristo que ha sufrido), pero Su Majestad les dijo que trajesen de los que ya habían pescado, y tirando a la red San Pedro halló que tenía ciento y cincuenta y tres peces, y con ser tantos no se había rompido la red. Mandóles el Señor que comiesen. Y aunque estaba con ellos tan familiar y afable, ninguno se atrevía a preguntarle quién era, porque los milagros y majestad les causó gran temor de reverencia con el Señor. Repartióles los peces y pan y luego que acabaron de comer se volvió a San Pedro y le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme tú más que éstos?—Respondió San Pedro: Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.—Replicó el Señor: Apacienta mis corderos.—Y luego le preguntó otra vez: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y San Pedro respondió lo mismo: Señor, tú sabes que te amo.—Hizo el Señor tercera vez la misma pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y con esta tercera vez se entristeció San Pedro y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y que yo te amo.—Respondióle Cristo nuestro Señor tercera vez: Apacienta mis ovejas.—Con que a él solo lo hizo cabeza de su Iglesia única y universal, dándole la suprema autoridad de vicario suyo sobre todos los hombres. Y para esto le examinó tantas veces

en el amor que le tenía, como si con aquel solo se hubiera hecho capaz de la suprema dignidad y él solo le bastara para administrarla dignamente.

1492. Luego el mismo Señor intimó a San Pedro la carga del oficio que le daba y le dijo: De verdad te aseguro que cuando seas ya viejo, no te has de ceñir como cuando eres mozo, ni has de ir a donde tú quisieres, porque te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras.—Entendió San Pedro que le prevenía el Señor la muerte de cruz con que le imitaría y seguiría. Pero como amaba tanto a San Juan Evangelista, deseando saber lo que sería de él, preguntó al Señor: ¿Qué determinas hacer de este tan amado vuestro?—Respondióle Su Majestad: ¿Qué te importa a ti saberlo? Si quiero que él se quede así hasta que venga otra vez al mundo, en mi mano estará. Sigúeme tú y no cuides de lo que yo quiero hacer de él.—De estas razones se levantó entre los Apóstoles un rumor, que San Juan Evangelista no había de morir, pero el mismo Evangelista advierte que Cristo no dijo que no moriría afirmativamente, como consta de las palabras referidas, antes parece que ocultó de intento la voluntad que tenía de la muerte del Evangelista, reservando entonces para sí el secreto. De todos estos misterios y apariciones tuvo María santísima clara inteligencia por la revelación que muchas veces he dicho (Cf. supra n. 990, 534, etc.). Y como archivo de las obras del Señor y depositaria de sus misterios en la Iglesia, los guardaba y confería en su castísimo y prudentísimo pecho. Y luego los Apóstoles, en especial el nuevo hijo San Juan Evangelista, la informaba de todos los sucesos que se ofrecían. Pero la gran Señora perseveraba en su recogimiento los cuarenta días continuos después de la resurrección, y allí gozaba de la vista de su Hijo santísimo y de los Santos y Ángeles, y éstos cantaban al Señor los himnos y alabanzas que la amantísima Madre le hacía y como de su boca los cogían los Ángeles, para celebrar las glorias del Señor de las victorias y virtudes.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

1493. Hija mía, la enseñanza que te doy en este capítulo será también la respuesta del deseo que tienes de entender por qué mi Hijo santísimo se apareció una vez de peregrino, otra como hortelano y por qué no se daba a conocer siempre a la primera vista. Advierte, pues, carísima, que las Marías y los Apóstoles, aunque ya eran discípulos del Señor, y entonces los mejores y más perfectos en comparación de los otros hombres del mundo, con todo eso en el grado de la perfección y santidad eran párvulos y no tan adelantados como debían en la escuela de tal Maestro. Y así estaban flacos en la fe, y en otras virtudes eran menos constantes y fervorosos de lo que pedía su vocación y beneficios recibidos de la mano del Señor; y las culpas menores de las almas favorecidas y escogidas para la amistad de Dios y su familiar trato pesan en los ojos de su justísima equidad más que algunas culpas graves de otras almas que no son llamadas a esta gracia. Por estas causas los Apóstoles y las Marías, aunque eran amigos del Señor, no estaban dispuestos, con sus culpas y flaqueza, tibieza y flojedad de amor, para que el divino Maestro les comunicase luego los efectos celestiales de su conocimiento y presencia, pero con su paternal amor les hablaba, primero de manifestarse, palabras de vida con que los disponía, ilustrándolos y fervorizándolos. Y cuando en sus corazones renovaba la fe y el amor, entonces se les daba a conocer y les comunicaba la abundancia de su divinidad que sentían y otros admirables dones y gracias con que eran renovados y levantados sobre sí mismos. Y cuando comenzaban a gozar de estos favores, se les desaparecía, para que le codiciasen de nuevo con más ardientes deseos de su comunicación y trato dulcísimo. Este fue el misterio de aparecerse disimulado a Santa María Magdalena y a los Apóstoles y discípulos del camino de Emaús. Y lo mismo hace respectivamente con muchas almas que elige para su íntimo trato y comunicación.

1494. Con este orden admirable de la divina Providencia quedarás enseñada y reprendida de las dudas o incredulidad que tantas veces has incurrido en los beneficios y favores que recibes de la divina clemencia de mi Hijo santísimo, en que ya es tiempo moderes los temores que siempre has padecido, porque no pases de humilde a ingrata y de dudosa a pertinaz y tarda de corazón para darles crédito. Y también te servirá de doctrina el ponderar dignamente la prontitud de la inmensa caridad del Altísimo en responder luego a los humildes y contritos de corazón y asistir al punto a los que con amor le buscan y desean y a los que meditan y hablan de su pasión y muerte; todo esto conocerás en San Pedro y en Santa María Magdalena y en los discípulos. Imita, pues, hija mía, el fervor de Santa María Magdalena en buscar a su Maestro, sin detenerse con los mismos Ángeles, sin alejarse del sepulcro con todos los demás, sin descansar un punto hasta que le halló tan amoroso y suave. Y esto le granjeó también el haberme acompañado a mí en toda la pasión con ardentísimo corazón. Y lo mismo hicieron las otras Marías, con que merecieron las primeras el gozo de la resurrección. Tras ellas le alcanzó la humildad y dolor con que San Pedro lloró su negación, y luego se inclinó el Señor a consolarle y mandar a las Marías que señaladamente le diesen a él nuevas de la resurrección, y luego le visitó y confirmó en la fe y lo llenó de gozo y dones de su gracia. A los dos discípulos, aunque dudaban, porque trataban de su muerte y se compadecían de ella, se les apareció luego antes que a otros. Y te aseguro, hija mía, que ninguna buena obra de las que hacen los hombres con recta intención y corazón se queda sin gran premio de contado, porque ni el fuego en su grande actividad enciende tan presto la estopa muy dispuesta, ni la piedra quitado el impedimento se mueve tan presto para el centro, ni el mar corre en su ímpetu ni va con tanta fuerza como la bondad del Altísimo y su gracia se comunica a las almas cuando ellas se disponen y quitan el óbice de las culpas que detiene como violento al amor divino. Y esta verdad es una de las cosas que mayor admiración causa en los bienaventurados, que la conocen en el cielo. Alábele por esta infinita bondad y también porque con ella saca de los males grandiosos bienes, como lo hizo de la incredulidad de los Apóstoles, en que manifestó el Señor este atributo de su misericordia con ellos; y para todos hizo más creíble su santa resurrección y patente el perdón de los pecados y su benignidad, perdonando a los Apóstoles y como olvidando sus culpas, para buscarlos y aparecérselos, y humanándose con ellos como verdadero padre, alumbrándoles y dándoles doctrina según su necesidad y poca fe.

CAPITULO 28

Algunos ocultos y divinos misterios que a María santísima sucedieron después de la resurrección del Señor y cómo se le dio título de Madre y Reina de la Iglesia y el aparecimiento de Cristo antes y para la ascensión.

1495. En todo el discurso de esta divina Historia me ha hecho pobre de palabras la abundancia y grandeza de los misterios. Es mucho lo que al entendimiento se le ofrece en la divina luz y poco lo que alcanzan las razones, y en esta desigualdad y defecto he sentido siempre gran violencia, porque la inteligencia es fecunda y la palabra estéril, con que no corresponde el parto de las razones a la preñez del concepto, y quedo siempre con recelo de los términos que elijo y muy descontenta de lo que digo, porque todo es menos y no puedo suplir este defecto ni llenar el vacío entre el hablar y entender. Ahora me hallo en este estado, para declarar lo que se me ha dado a conocer de los misterios ocultos y sacramentos altísimos que tuvo María santísima en los cuarenta días después de la resurrección de su Hijo y nuestro Redentor hasta que subió a los cielos. El estado en que la puso el poder divino fue nuevo y más levantado después de la pasión y resurrección, las obras fueron más ocultas, los favores proporcionados a su eminentísima santidad y a la voluntad ocultísima del que los obraba, porque ella era la regla por donde los medía. Y si todo lo que se me ha manifestado lo hubiera de escribir, fuera necesario extender mucho esta Historia en copiosos libros. Por lo que dijere se podrá rastrear algo de tan divinos sacramentos, para la gloria de esta gran Reina y Señora.

1496. Ya queda dicho arriba, en el principio del capítulo pasado (Cf. supra n. 1477), que en los cuarenta días después de la resurrección del Señor asistía Su Majestad en el cenáculo en compañía de su Madre santísima, cuando no se ausentaba para hacer algunas apariciones, de donde volvía luego a su presencia. Y a cualquier juicio prudente se deja entender que aquel tiempo, cuando los dos, Jesús y María, estaban juntos, le gastarían en obras divinas y admirables sobre todo humano pensamiento. Y lo que de estos sacramentos se me ha dado a conocer es inefable, porque muchos ratos gastaban en coloquios dulcísimos de incomparable sabiduría, que para la amantísima Madre eran de un linaje de gozo inferior al de la visión beatífica, pero sobre todo júbilo y consuelo imaginable. Otras veces se ocupaban la gran Reina, los patriarcas y santos que allí asistían glorificados en alabar y engrandecer al Muy Alto. Tuvo María santísima noticia y ciencia de todas las obras y merecimientos de los mismos santos, de los beneficios, favores y dones que cada uno había recibido de la diestra del Omnipotente, de los misterios, figuras y profecías que en los antiguos padres habían precedido. Y de todo estaba tan capaz, y lo tenía más presente en su memoria para mirarlo que nosotros para decir el Ave María. Y consideró la prudentísima Señora estos grandes motivos que todos aquellos santos tenían para bendecir y alabar al autor de todos los bienes, y no obstante que siempre lo hacían y lo hacen los santos glorificados con la visión beatífica, con todo eso, por la parte que hablaba con ellos la divina Princesa y la respondían, les dijo que por todos aquellos beneficios y obras del Señor, que en ellos conocía, quería que todos con Su Alteza le magnificasen y alabasen.

1497. Condescendió con la Reina todo aquel sagrado coro de los Santos y ordenadamente comenzaron y prosiguieron este divino ejercicio, de manera que todos hacían un coro y decían un verso cada uno de los bienaventurados y la Madre de la Sabiduría les respondía con otro. Y frecuentando estos alternados y dulces cánticos, decía la gran Señora tantos loores y alabanzas por sí sola, como todos los santos juntos y Ángeles, que también entraban en esto cánticos nuevos y admirables para ellos y para los demás bienaventurados, porque la sabiduría y reverencia que la divina Princesa manifestaba en carne mortal excedía a todos los que estaban fuera de ella y gozando de la visión beata. Todo lo que en estos días hizo María santísima excede a la capacidad y juicio de los hombres. Pero los altos pensamientos y motivos de su divina prudencia fueron dignos de su fidelísimo amor, porque, conociendo que su Hijo santísimo se detenía en el mundo principalmente por ella, para asistirle y consolarla, determinó recompensarle este amor en la forma que le era posible. Y por esto ordenó que no le faltasen al mismo Señor en la tierra las continuas alabanzas y loores que los mismos santos le dieran en el cielo. Y concurriendo ella misma a esta veneración y loores de su Hijo, los levantó de punto, y de la casa del cenáculo hizo cielo.

1498. En estos ejercicios gastó lo más de aquellos cuarenta días, y en ellos hicieron más cánticos e himnos que todos los santos y profetas nos dejaron. Y algunas veces interponían los salmos del Santo Rey y Profeta David y las mismas profecías de la Escritura, como glosando y manifestando sus misterios tan profundos y divinos; y con los Santos Padres que los habían dicho y profetizado señalaban más nuestra Reina, reconociendo aquellos dones y favores que de la divina diestra recibieron, cuando se les revelaron tantos y tan venerables sacramentos. También era admirabilísimo el gozo que recibía cuando respondía a su madre santísima, a su padre San Joaquín, San José y San Juan Bautista y los grandes Patriarcas; y en carne mortal no puede imaginarse otro estado más inmediato a la fruición beatífica que el que entonces tuvo nuestra gran Reina y Señora. Otra gran maravilla sucedió en aquel tiempo, y fue que todas las almas de los justos que acabaron en gracia en aquellos cuarenta días, todas iban al cenáculo, y las que no tenían deuda que pagar eran allí beatificadas. Pero las que debían ir al purgatorio aguardaban allí sin ver al Señor, unos tres, otros cinco, otros más o menos días. Y en este tiempo la Madre de Misericordia satisfacía por ellos con genuflexiones y postraciones y alguna otra penal obra y mucho más con el ardentísimo amor de caridad con que oraba por ellos y les aplicaba los méritos infinitos de su Hijo por satisfacción; y con este socorro se les abreviaba y recompensaba la pena de no ver al Señor, y luego eran beatificados y colocados en el coro de los santos. Y por cada uno que de nuevo entraba en él, hacía la gran Reina otros cánticos altísimos al Señor.

1499. Entre todos estos ejercicios y júbilos de que gozaba la piadosísima Madre con inefable abundancia, no se olvidaba de la miseria y pobreza de los hijos de Eva y desterrados de la gloria, antes como Madre de Misericordia, convirtiendo sus ojos al estado de los mortales, hizo por todos ferventísima oración. Pidió al Eterno Padre dilatase la nueva Ley de Gracia por todo el mundo, multiplicase los hijos de la Iglesia, la defendiese y amparase, y que el valor de la Redención fuese eficaz para todos. Y aunque esta petición la regulaba en el efecto por los eternos decretos de la sabiduría y voluntad divina, pero en cuanto al afecto de la amantísima Madre a todos se extendía el fruto de la Redención, deseándoles la vida eterna. Y fuera de esta petición general la hizo particular por los Apóstoles, y entre ellos señaladamente por San Juan Evangelista y San Pedro, porque al uno tenía por hijo y al otro por cabeza de la Iglesia. Pidió también por Santa María Magdalena y las Marías, y por todos los demás fieles que entonces pertenecían a la Iglesia, y por la exaltación de la fe y nombre de su Hijo santísimo Jesús.

1500. Pocos días antes de la Ascensión del Señor, estando su Madre santísima en uno de los ejercicios que he dicho en el cenáculo, apareció el Padre Eterno y el Espíritu Santo en un trono de inefable resplandor sobre los coros de los Ángeles y Santos que allí asistían y otros espíritus que de nuevo acompañaban a las divinas personas, luego la del Verbo humanado subió al trono con las otras dos, y la humilde siempre y Madre del Altísimo se postró en tierra retirada a un rincón, donde adoró con suma reverencia a la Beatísima Trinidad y en ella a su mismo Hijo humanado. Mandó luego el Eterno Padre a dos de los supremos Ángeles que llamasen a María santísima, y al punto obedecieron y llegaron a ella y con voces dulcísimas le intimaron la voluntad divina. Levantóse del polvo con profunda humildad, encogimiento y veneración, y acompañada de los Ángeles se llegó a los pies del trono, donde se humilló de nuevo. Y el Eterno Padre la dijo: Amiga, asciende más alto; y obrando estas palabras lo que significaban, con virtud divina fue levantada y puesta en el trono de la Majestad real con las tres Divinas Personas. Causóles nueva admiración a los Santos ver una pura criatura levantada a tan excelente dignidad. Y conociendo la equidad y santidad de las obras del Altísimo, le dieron nueva gloria y alabanza confesándole por Grande, Justo, Poderoso, Santo y Admirable en todos sus consejos.

1501. Habló el Padre con María santísima y le dijo: Hija mía, la Iglesia que mi Unigénito ha fundado y la nueva ley de gracia que ha enseñado en el mundo y el pueblo que ha redimido, todo lo fio de ti y te lo encomiendo.—Dijo luego el Espíritu Santo: Esposa mía, escogida entre todas las criaturas, mi sabiduría y gracia te comunico, con que se depositen en tu corazón los misterios, obras y doctrina y lo que el Verbo humanado ha hecho en el mundo.—El mismo Hijo habló y dijo: Madre mía amantísima, yo me voy a mi Padre, en mi lugar te dejo y encargo el cuidado de mi Iglesia; te encomiendo a sus hijos y mis hermanos, como mi Padre me los encargó a mí.—Convirtieron luego las tres Divinas Personas sus palabras al coro de los Santos Ángeles y hablando con ellos y con los demás justos y santos dijeron: Esta es la Reina de todo lo criado en el cielo y en la tierra, es la Protectora de la Iglesia, Señora de las criaturas, Madre de piedad, Intercesora por los fieles, Abogada de los pecadores, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza y la poderosa para inclinar nuestra voluntad a la clemencia y misericordia. En ella quedan depositados los tesoros de nuestra gracia y su corazón fidelísimo será las tablas donde queda escrita y grabada nuestra ley. En ella se encierran los misterios que nuestra omnipotencia ha obrado para la salvación del linaje humano. Es la obra perfecta de nuestras manos, donde se comunica y descansa la plenitud de nuestra voluntad, sin algún impedimento, con el corriente de nuestras divinas perfecciones. Quien de corazón la llamare no perecerá, quien alcanzare su intercesión conseguirá la eterna vida. Lo que nos pidiere, le será concedido, y siempre haremos su voluntad, oyendo sus ruegos y deseos, porque con plenitud se dedicó toda a nuestro beneplácito.—Oyendo María santísima estos favores tan inefables, se humilló y bajó hasta el polvo, tanto más cuanto la diestra del Altísimo la exaltaba sobre todas las criaturas humanas y angélicas. Y como si fuera la menor de todas, adorando al Señor, se ofreció con prudentísimas razones y ardentísimos afectos para trabajar como fiel sierva en la Santa Iglesia y obedecer con prontitud a la divina voluntad en lo que se le ordenaba. Y desde aquella hora admitió de nuevo el cuidado de la Iglesia evangélica, como Madre amorosa de todos sus hijos; y las peticiones que por ellos había hecho hasta entonces, las renovó desde aquel punto, de manera que por el discurso de su vida fueron incesantes y ferventísimas, como veremos en la tercera parte, donde se conocerá más claro lo que la Iglesia debe a esta gran Reina y Señora y los beneficios que la mereció y alcanzó. Y de este beneficio y de los que adelante diré, quedó María santísima con un linaje de participación del ser de su Hijo, que no hallo términos para explicarlo, porque le dio una comunicación de sus atributos y perfecciones, correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia en lugar del mismo Cristo, y la elevó a otro nuevo ser de ciencia y potestad, con que así de los misterios divinos como de los corazones humanos nada le fue oculto. Y supo y conoció cuándo y cómo había de usar del poder divino que participaba con los hombres, con los demonios y todas las criaturas; y en una palabra, cuanto pudo caber en una pura criatura, todo lo recibió y tuvo con plenitud y dignamente nuestra Reina y Señora. De estos sacramentos se le dio alguna luz a San Juan Evangelista, para que conociera el grado en que le convenía apreciar y estimar el inestimable valor del tesoro que se le había encomendado, y desde aquel día atendió a la gran Señora con nuevo cuidado a venerarla y servirla.

1502. Otras maravillas y favores obró el Altísimo con María santísima en todos aquellos cuarenta días, sin pasar alguno en que no se mostrase poderoso y santo en algún singular beneficio, como quien la quería enriquecer de nuevo antes de su partida para los cielos. Y como ya se cumpliese el tiempo determinado por la misma sabiduría para volverse a su Eterno Padre, habiendo manifestado su resurrección con evidentes apariciones y muchos argumentos, como dice San Lucas (Act 1, 3), últimamente determinó Su Majestad aparecerse y manifestarse de nuevo a toda aquella congregación de apóstoles y discípulos y discípulas estando todos juntos; eran ciento y veinte personas. Esta aparición fue en Jerusalén en el cenáculo el mismo día de la ascensión, tras de la que refiere San Marcos en el último

capítulo (Mc 16, 14ss), que todo sucedió en un día. Porque los Apóstoles, después de haber estado en Galilea, a donde les mandó el Señor que fuesen (Mt 28, 10), y después de haberles aparecido allí en el mar de Tiberías, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1490), y en el monte que San Mateo dice le adoraron (Mt 28, 17), y que le vieron juntos quinientos discípulos, como dice San Pablo (1 Cor 15, 6); después de estas apariciones volvieron a Jerusalén, disponiéndolo así el Señor, para que se hallasen a su admirable Ascensión. Y estando los once Apóstoles juntos y reclinados para comer, entró el Señor, como dicen San Marcos (Mc 16, 14) y San Lucas en los Actos Apostólicos [Hechos de los Apóstoles] (Act 1, 4), y comió con ellos con admirable dignación y afabilidad, templando los resplandores y brillantes hermosos de su gloria, para dejarse ver de todos. Y acabada la comida les habló con majestad severa y agradable y les dijo:

1503. Advertid, discípulos míos, que mi Eterno Padre me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra, y la quiero comunicar a vosotros, para que plantéis mi nueva Iglesia por todo el mundo. Incrédulos y tardos de corazón habéis sido en acabar de creer mi resurrección, pero ya es tiempo que como fieles discípulos míos seáis maestros de la fe para todos los hombres. Predicando mi Evangelio como de mí le habéis oído, bautizaréis a todos los que creyeren, dándoles el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo, que soy yo, y del Espíritu Santo. Y los que creyeren y fueren bautizados serán salvos y los que no creyeren serán condenados. Enseñad a los creyentes a que guarden todo lo que toca a mi Santa Ley. Y en su confirmación los creyentes harán señales y maravillas: lanzarán los demonios de donde estuvieren, hablarán nuevas lenguas, curarán de las mordeduras de las serpientes, y si ellos bebieren mortal veneno no les ofenderá, y darán salud a los enfermos con poner sus manos sobre ellos.—Estas fueron las maravillas que prometió Cristo nuestro Salvador para fundar su Iglesia con la predicación del Evangelio, y todas se cumplieron en los Apóstoles y en los fieles de la primitiva Iglesia. Y para su propagación en lo que falta del mundo y para su conservación donde está plantada, continúa las mismas señales, cuando y como su Providencia conoce ser necesario, porque nunca desampara su Santa Iglesia, que es su esposa dilectísima.

1504. Este mismo día por dispensación divina, mientras el Señor estaba con los once discípulos, se fueron juntando en la casa del cenáculo otros fieles y piadosas mujeres hasta el número de ciento y veinte, que arriba dije; porque el divino Maestro determinó que se hallasen presentes a su ascensión y primero quiso informar a toda aquella congregación, respectivamente como a los once Apóstoles, de lo que les convenía saber antes de su subida a los cielos y despedirse de todos juntos. Estando así congregados, y unidos en paz y caridad en una sala, que era la en que se celebró la cena, se les manifestó el autor de la vida a todos, y con semblante apacible les habló como padre amoroso y les dijo:

1505. Hijos míos dulcísimos, yo me subo a mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir a los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada vuestra os dejo en mi lugar a mi Madre, a quien habéis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien a mí me viere verá a mi Padre (Jn 14, 9) y el que me conoce le conocerá también a Él, ahora os aseguro que quien conociere a mi Madre me conocerá a mí, y el que a ella oye a mí oye, y el que la obedeciere me obedecerá a mí, y me ofenderá quien la ofendiere y me honrará quien la honrare a ella. Todos vosotros la tendréis por madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá a vuestras dudas, disolverá vuestras dificultades; y en ella me hallaréis siempre que me buscareis, porque estaré en ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.—Y dijo esto Su Majestad, porque estaba sacramentado en el pecho de su Madre, conservándose las especies que recibió en la cena, hasta que se consagró en la primera misa, como adelante diré (Cf. infra p. III n. 125); y cumplió el Señor lo que refiere San Mateo (Mt 28, 20) que les dijo en esta ocasión: Con vosotros estoy hasta el fin del mundo. Añadió más el Señor y dijo: Tendréis a Pedro por suprema cabeza de mi Iglesia, donde le dejo por mi vicario, y como a pontífice supremo le obedeceréis. A Juan tendréis por hijo de mi Madre, como yo lo nombré y señalé desde la cruz.—Miraba el Señor a su Madre santísima que estaba presente y la manifestaba una voluntad como inclinada a mandar a toda aquella congregación que la adorasen y venerasen con el culto que su dignidad de Madre pedía, dejando esto debajo de algún precepto en la Iglesia. Pero la humildísima Señora suplicó a su Unigénito se sirviese de no darle más honra de la que era precisa para ejecutar todo lo que la dejaba encargado, y que los nuevos hijos de la Iglesia no la diesen más veneración que hasta entonces, porque todo el sagrado culto se encaminase inmediatamente al mismo Señor y sirviese a la propagación del Evangelio y exaltación de su nombre. Admitió Cristo nuestro Salvador esta prudentísima petición de su Madre, reservando el darle más a conocer para el tiempo conveniente y oportuno, aunque ocultamente la hizo tan extremados favores, como diremos en lo restante de esta Historia.

1506. Con la amorosa exhortación que les hizo el divino Maestro a toda aquella congregación, con los misterios que les manifestó y con ver que se despedía para dejarlos, fue incomparable la conmoción que todos sintieron en sus corazones, porque en ellos se encendió la llama del divino amor con viva fe de los misterios de su divinidad y humanidad. Con la memoria de su doctrina y palabras de vida que le habían oído, con el cariño de su agradable vista y conversación, con el dolor de carecer en un punto de tantos bienes juntos, lloraban todos tiernamente, suspiraban de lo íntimo del alma. Quisiéranle detener y no podían, porque tampoco convenía, quisiéranse despedir y no acertaban. Formaban todos en su pecho razones dolorosas entre suma alegría y piadosa pena. Decían: ¿Cómo viviremos sin tal Maestro? ¿Quién nos hablará palabras de vida y de consuelo como las tuyas? ¿Quién nos recibirá con tan amoroso y amable semblante? ¿Quién será nuestro Padre y nuestro amparo? Pupilos quedamos y huérfanos en el mundo. Rompieron algunos el silencio y dijeron: ¡Oh amantísimo Señor y Padre nuestro! ¡Oh alegría y vida de nuestras almas! Ahora que te conocemos por nuestro Reparador, ¿te alejas y nos desamparas? Llévanos, Señor, tras de ti, no nos arrojes de tu vista. Oh esperanza nuestra, ¿qué haremos sin tu presencia? ¿A dónde iremos si nos dejas? ¿A dónde

encaminaremos nuestros pasos, si no te seguimos como a Padre, Caudillo y Maestro nuestro?—A estas y otras dolorosas razones les respondió Su Majestad que no se apartasen de Jerusalén y perseverasen en oración hasta que les enviase el Espíritu Santo consolador, prometido del Padre, como en el cenáculo se lo había dicho a los Apóstoles. Y tras esto sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1507. Hija mía, justo es que admirándote de los ocultos favores que yo recibí de la diestra del Omnipotente, se despierte tu afecto para bendecirle y darle eternos loores por tan admirables obras. Y aunque te reservo muchas, que conocerás fuera de la carne mortal, pero en ella quiero que desde hoy tengas como por oficio propio tuyo alabar y engrandecer al Señor, porque siendo yo formada de la común masa de Adán, me levantó del polvo y manifestó conmigo el poder de su brazo y obró tan grandes cosas con quien no se las pudo dignamente merecer. Para ejercitarte en estas alabanzas del Altísimo, en mi nombre repite muchas veces el cántico que yo hice de *Magnificat* (Lc 1, 46-55), en que las encerré brevemente. Y cuando estuvieres a solas, lo dirás postrada en tierra y con otras genuflexiones, y sobre todo ha de ser con íntimo afecto de amor y veneración. Este ejercicio señalado por mí será muy agradable y acepto en mis ojos, y le presentaré en los del mismo Señor, si le haces como yo de ti le deseo.

1508. Y porque de nuevo te admiras de que los Evangelistas no escribiesen estas obras del Señor conmigo, te respondo también de nuevo, aunque otras veces te lo he manifestado (Cf. supra n. 1026, 1049; p. III n. 560, 562, 564), porque deseo lo tengan en su memoria todos los mortales. Yo misma ordené a los Evangelistas que no escribiesen de mí más excelencias de las que eran menester para fundar la Iglesia en los artículos de la fe y mandamientos de la divina ley, porque como Maestra de la Iglesia conocí, con la ciencia que el Muy Alto me infundió para este oficio, que esto era entonces así conveniente para sus principios. Y la declaración de mis prerrogativas que estaban encerradas en ser Madre del mismo Dios, y para ésta ser llena de gracias, se reservó por la Divina Providencia para el tiempo oportuno y conveniente, cuando la fe estuviese más declarada y fundada. Y por los tiempos pasados se han ido manifestando algunos misterios que me pertenecen a mí, pero la plenitud de esta luz se te ha dado a ti, que eres una pobre y vil criatura, por la necesidad del infeliz estado del mundo, en que la divina piedad quiere dar a los hombres este medio tan oportuno, para que todos busquen el remedio y la salvación eterna por mi intercesión. Esto has entendido siempre y más lo conocerás adelante. Pero en primer lugar quiero de ti que te ocupes toda en la imitación de mi vida y en la continua meditación de mis virtudes y obras, para que alcances la victoria que deseas de mis enemigos y tuyos.

CAPITULO 29

La ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos con todos los Santos que le asistían, y lleva a su Madre santísima consigo para darla la posesión de la gloria.

1509. Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del Eterno Padre, que por la Encarnación humana bajó del cielo, había de subir a él con admirable y propia ascensión para asentarse a la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su sustancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto porque descendió primero hasta lo inferior de la tierra, como lo dice el Apóstol (Ef 4, 9), dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redención humana estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra y echado el sello a todos sus misterios con éste de su ascensión, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera a los cielos el mismo Señor, que con el Padre le había de enviar a su nueva Iglesia. Para celebrar día tan festivo y misteriosa eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, a quien juntó y halló en el cenáculo, como en el capítulo pasado se dijo, que eran María santísima y los once Apóstoles, los setenta y dos discípulos, Santa María Magdalena, Santa Marta y San Lázaro, hermano de las dos, y las otras Marías y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho (Cf. supra n. 1504) de ciento y veinte.

1510. Con esta pequeña grey salió del cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos a todos delante por las calles de Jerusalén y a su lado a la beatísima Madre. Y luego los Apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua (1 legua ~ 5.556 Km) a la falda del monte Olivete. La compañía de los Ángeles y Santos que salieron del limbo y purgatorio seguían al Triunfador victorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista sólo gozaba María santísima. Estaba ya divulgada por toda Jerusalén y Palestina la Resurrección de Jesús Nazareno, aunque la pèrfida malicia de los príncipes de los sacerdotes procuraba que se asentase el falso testimonio de que los discípulos le habían hurtado, pero muchos no lo admitieron, ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la Divina Providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, o incrédulos o dudosos, reparasen en aquella santa procesión que salía del cenáculo ni los impidiesen el camino, porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitán y maestro Jesús iba invisible para todos los demás, fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesan subir a los cielos.

1511. Con esta seguridad que les previno el poder del mismo Señor, caminaron todos hasta subir a lo más alto del monte Olivete, y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de Ángeles, otro de los Santos y el tercero de los Apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacía cabeza. Luego la

prudéntísima Madre se postró a los pies de su Hijo y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendición. Y todos los demás fieles que allí estaban a imitación de su gran Reina hicieron lo mismo, y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo había de restaurar el reino de Israel, y Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su Eterno Padre y no les convenía saberlo y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalén, en Samaría y en todo el mundo los misterios de la Redención humana.

1512. Despedido Su Divina Majestad de aquella santa y feliz congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos y en su propia virtud se comenzó a levantar del suelo, dejando en él las señales o vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fue encaminando por la región del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazón de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguían con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven también los cielos inferiores que comprende su dilatada esfera, así nuestro Salvador Jesús llevó tras de sí mismo los coros celestiales de Ángeles y Santos Padres y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas, y todos juntos y ordenados subieron y se levantaron de la tierra acompañando y siguiendo a su Rey, Capitán y Cabeza. El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altísimo obró en esta ocasión fue llevar consigo a su Madre santísima para darla en el cielo la posesión de la gloria y del lugar que como a Madre verdadera le tenía señalado, y ella con sus méritos adquirido, y para adelante prevenido. De este favor estaba ya capaz la gran Reina antes que sucediese, porque su Hijo santísimo se lo había ofrecido en los cuarenta días que la acompañó después de su milagrosa resurrección. Y porque a ninguna otra criatura humana y viviente se le manifestase este sacramento por entonces, y para que en la congregación de los apóstoles y demás fieles asistiese su divina Maestra, perseverando con ellos en oración hasta la venida del Espíritu Santo, como se dice en los Actos de los Apóstoles (Act 1, 14), obró el poder divino por milagroso y admirable modo que María santísima estuviese en dos partes, quedando con los hijos de la Iglesia siguiéndoles al cenáculo y asistiendo con ellos, y subiendo en compañía del Redentor del mundo, y en su mismo trono, a los cielos, donde estuvo tres días con el más perfecto uso de las potencias y sentidos, y al mismo tiempo en el cenáculo con menos ejercicio de ellos.

1513. Fue la beatísima Señora levantada con su Hijo santísimo y colocada a su diestra, cumpliéndose lo que dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 44, 10), que estuvo la Reina a su diestra con vestido dorado de resplandores de gloria y rodeada de variedad de dones y gracias a vista de los Ángeles y Santos que ascendían con el Señor. Y para que la admiración de este gran misterio despierte más la devoción, inflame la viva fe de los fieles y los incline a engrandecer al autor de tan rara y no pensada maravilla, advierto a los que leyeren este milagro que, desde que el Muy Alto me declaró su voluntad de que escribiese esta Historia y me intimó mandato para ejecutarlo, repetidísimas veces y en dilatado tiempo y largos años que han pasado me ha manifestado Su Majestad diversos misterios y descubierto grandes sacramentos de los que dejo escritos y diré adelante, porque la alteza del argumento pedía esta prevención y disposición. No lo recibía todo junto, porque no es capaz la limitación de la criatura de tanta abundancia, pero para escribirlo se me renueva la luz por otro modo de cada misterio en particular; y las inteligencias de todos han sido ordinariamente en los días festivos de Cristo nuestro Salvador y de la gran Reina del cielo, y singularmente este sacramento grande, de llevar el Hijo santísimo a su purísima Madre el día de la Ascensión consigo al cielo y quedando en el cenáculo por modo admirable y milagroso, le he conocido consecutivamente algunos años en los mismos días.

1514. La firmeza que trae consigo la verdad divina no deja duda para el entendimiento que la conoce y mira en el mismo Dios, donde todo es luz sin mezcla de tinieblas (1 Jn 1, 5) y se conoce el objeto y la razón; pero para quien oye en relación estos misterios, necesario es dar motivos a la piedad para pedir el crédito de lo que es oscuro, y por esta causa me hallara dudosa en escribir el oculto sacramento de esta subida a los cielos de nuestra Reina si no fuera tan grande falta negarle a esta Historia maravilla y prerrogativa que tanto la engrandece. A mí se me ofreció la duda cuando conocí este misterio la primera vez, pero ahora que le escribo no la tengo, después que dije en la primera parte (Cf. supra p.I n. 331) cómo en naciendo la Princesa de las alturas fue llevada niña al cielo empíreo, y en esta segunda parte dije (Cf. supra n. 72, 90) que sucedió lo mismo dos veces en los nueve días que precedieron a la Encarnación del Verbo, para disponerla dignamente para tan alto misterio. Y si el poder divino hizo con María santísima estos favores tan admirables antes de ser Madre del Verbo, disponiéndola para que lo fuese, mucho más creíble es que los repetiría después que ya estaba consagrada con haberle tenido en su virginal tálamo, dándole forma humana de su purísima sangre, alimentándole a sus pechos con su leche y criándole como a Hijo verdadero, y después de haberle servido treinta y tres años, siguiéndole e imitándole en su vida, pasión y muerte con la fidelidad que ninguna lengua puede explicar.

1515. En estos favores y misterios de María santísima, muy diferente cosa es investigar la razón por qué el Altísimo los obró en ella, o por qué los ha tenido ocultos tantos siglos en su Iglesia. Lo primero se ha de regular con el poder divino y el amor inmenso que tuvo a su Madre y por la dignidad que la dio sobre todas las criaturas. Y como los hombres en carne mortal no llegan a conocer cabalmente ni la dignidad de Madre, ni el amor que la tuvo y tiene su Hijo y toda la Beatísima Trinidad, ni los méritos y santidad a donde la levantó su omnipotencia, por esta ignorancia limitan el poder divino en obrar con su Madre todo lo que pudo, que fue todo lo que quiso. Pero si a ella sola se dio a sí mismo con tan especial modo como hacerse hijo de su sustancia, consiguiente era en el orden de gracia hacer con ella singularmente lo que con ningún otro ni con todo el linaje humano se debía hacer ni convenía; y con ella no solamente han de ser singulares los favores, beneficios y dones que hizo el Altísimo con su Madre santísima, pero la regla general

es que ninguno le negó de cuantos pudo hacer con ella que redundase en su gloria y santidad, después de la de su humanidad santísima.

1516. Pero en manifestar Dios estas maravillas a su Iglesia concurren otras razones de su altísima Providencia, con que la gobierna y le va dando nuevos resplandores según los tiempos y necesidades que con ellos se ofrece. **Porque el dichoso día de la gracia, que amaneció al mundo con la Encarnación del Verbo humanado y Redención de los hombres, tiene su mañana y meridiano como tendrá su ocaso, y todo lo dispone la eterna sabiduría como y cuando oportunamente conviene.** Y aunque todos los misterios de Cristo y su Madre estén revelados en las divinas Escrituras, mas no todos se manifiestan igualmente a un mismo tiempo, sino poco a poco ha ido corriendo el Señor la cortina de las figuras y metáforas o enigmas con que se revelaron muchos sacramentos, como encerrados y reservados para su tiempo, como lo están los rayos del sol después de haber salido debajo de la nube que los oculta hasta que se retira. Y no es maravilla que a los hombres se les vaya comunicando por partes alguno de los muchos rayos de esta divina luz, pues los mismos ángeles, aunque conocieron desde su creación el misterio de la Encarnación en sustancia y como en general, como fin a donde se ordenaba todo el ministerio que tienen con los hombres, pero no se les manifestaron a los divinos espíritus todas las condiciones, efectos y circunstancias de este misterio, antes han conocido muchas de ellas después de cinco mil y doscientos y más años de la creación del mundo. Y este nuevo conocimiento de lo que no sabían en particular, les causaba nueva admiración de alabanza y gloria, que daban al autor, como en todo el discurso de esta Historia muchas veces repito (Cf. supra n. 631, 692, 997, 1261, 1286). Y con este ejemplo respondo a la admiración que puede causar a quien oyere de nuevo el misterio que aquí escribo de María santísima, oculto hasta que el Altísimo lo ha querido manifestar, con los demás que dejo escritos y escribiré adelante.

1517. Antes que yo estuviera capaz de estas razones, cuando comencé a conocer este misterio de haber llevado Cristo nuestro Salvador a su Madre santísima consigo en su Ascensión, no fue pequeña mi admiración, no tanto en mi nombre como en los demás a cuya noticia llegara. Y entre otras cosas que entendí entonces del Señor, fue acordarme lo que San Pablo de sí mismo dejó escrito en la Iglesia, cuando refirió el rapto que tuvo hasta el tercero cielo (2 Cor 12, 2), que fue el de los bienaventurados, donde dejó en duda si fue arrebatado en cuerpo o fuera de él, sin afirmar o negar alguno de estos dos modos, antes suponiendo que pudo ser por cualquiera de ellos. Y entendí luego que si al Apóstol en el principio de su conversión le sucedió esto, de manera que pudiese ser llevado al cielo empíreo corporalmente, cuando no habían precedido en él méritos sino culpas, y concederle este milagro al poder divino no tiene peligro ni inconveniente en la Iglesia, ¿cómo se ha de dudar que haría el mismo Señor este favor a su Madre y más sobre tan inefables merecimientos y santidad? Añadió más el Señor: que si a otros Santos de los que resucitaron en el cuerpo con la resurrección de Cristo se les concedió subir en cuerpo y alma con Su Majestad, más razón había para concederle a su Madre purísima este favor, pues, aunque a ninguno de los mortales se le hiciera este beneficio, a María santísima se le debía en algún modo por haber padecido con el Señor. Y era puesto en razón que con él mismo entrase a la parte del triunfo y del gozo con que llegaba a tomar la posesión de la diestra de su Eterno Padre, para que de la suya la tomase también su propia Madre, que le había dado de su misma sustancia aquella naturaleza humana en que subía triunfante a los cielos. Y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre, también lo era que ningún otro del linaje humano en cuerpo y alma llegase primero a la posesión de aquella eterna felicidad que María santísima, aunque fueran su padre y madre y su esposo San José y los demás, que a todos y al mismo Señor e Hijo santísimo Jesús les faltara esta parte de gozo accidental en aquel día sin María santísima y si no entrara con ellos en la patria celestial como Madre de su Reparador y Reina de todo lo criado, a quien ninguno de sus vasallos se debía anteponer en este favor y beneficio.

1518. Estas congruencias me parecen bastantes para que la piedad católica se alegre y consuele con la noticia de este misterio y de los que diré adelante de esta condición en la tercera parte. Y volviendo al discurso de la Historia, digo que nuestro Salvador llevó consigo a su Madre santísima en la subida a los cielos, llena de resplandor y gloria a vista de los Ángeles y Santos, con increíble júbilo y admiración de todos. Y fue muy conveniente por entonces que los Apóstoles y los demás fieles ignorasen este misterio, porque si vieran ascender a su Madre y Maestra con Cristo, los afligiera el desconuelo sin medida ni recurso de algún alivio, pues no les quedaba otro mayor que imaginar tenían consigo a la beatísima Señora y Madre piadosísima. Con todo eso, fueron grandes los suspiros, lágrimas y clamores que daban de lo íntimo del alma, cuando vieron que su amantísimo Maestro y Redentor se iba alejando por la región del aire. Y cuando ya le iban perdiendo de vista, se interpuso una nube refulgentísima entre el Señor y los que quedaban en la tierra, y con esta nube se les ocultó de todo punto para dejar de verle. Venía en ella la persona del Eterno Padre, que descendió del supremo cielo a la región del aire a recibir a su Unigénito humanado y a la Madre que le dio el nuevo ser humano en que volvía. Y llegándolos el Padre a sí mismo, los recibió con un abrazo inseparable de infinito amor y nuevo gozo para los Ángeles, que en ejércitos innumerables venían del cielo asistiendo a la Persona del Eterno Padre [en todos los lugares esta presente la consubstancial Beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo con sustancia y esencia, pero con gracia santificante e inhabitación solamente en las almas de los justos]. Luego en breve espacio y penetrando los elementos y los orbes celestiales les llegó toda esta divina procesión al lugar supremo del empíreo. Los Ángeles que subían de la tierra con sus Reyes Jesús y María, y los que volvieron de la región del aire, hablaron a la entrada con los demás que quedaron en las alturas y repitieron aquellas palabras del Santo Rey David (Sal 23, 7), añadiendo otras que declaran el misterio, y dijeron:

1519. Abrid, príncipes, abrid vuestras puertas eternas; levántense y estén patentes, para que entre en su morada el gran Rey de la gloria, el Señor de las virtudes, el poderoso en las batallas y fuerte y vencedor, que viene victorioso y

triunfador de todos sus enemigos. Abrid las puertas del soberano paraíso, y siempre estén patentes y franqueadas, que sube el nuevo Adán, reparador de todo su linaje humano, rico en misericordias, abundante en los tesoros de sus propios merecimientos, cargado de despojos y primicias de la copiosa Redención que con su muerte obró en el mundo. Ya restauró la ruina de nuestra naturaleza y levantó la humana a la suprema dignidad de su mismo ser inmenso. Ya vuelve con el reino que le dio su Padre de los electos y redimidos. Ya su liberal misericordia les deja a los mortales la potestad para que de justicia pueden adquirir el derecho que perdieron por el pecado, para merecer con la observancia de su ley la vida eterna como hermanos suyos y herederos de los bienes de su Padre; y para mayor gloria suya y gozo nuestro trae consigo y a su lado a la Madre de piedad, que le dio la forma de hombre en que venció al demonio, y viene nuestra Reina tan agradable y especiosa, que deleita a quien la mira. Salid, salid, divinos cortesanos, veréis a nuestro Rey hermosísimo con la diadema que le dio su Madre, y a su Madre coronada con la gloria que le da su Hijo.

1520. Con este júbilo y el que excede a nuestro pensamiento llegó al cielo empíreo aquella nueva procesión tan ordenada y, puestos a dos coros Ángeles y Santos, pasaron Cristo nuestro Redentor y su beatísima Madre, y todos por su orden les dieron suprema adoración a cada uno y a los dos respectivamente, cantando nuevos cánticos de loores a los autores de la gracia y de la vida. El Eterno Padre asentó a su diestra en el trono de la divinidad al Verbo humanado con tanta gloria y majestad, que puso en nueva admiración y temor reverencial a todos los moradores del cielo, que conocían con visión clara e intuitiva la divinidad de infinita gloria y perfecciones, encerrada y unida sustancialmente en una persona a la humanidad santísima, hermosea y levantada a la preeminencia y gloria que de aquella inseparable unión le resultaba, que ni ojos le vieron, ni oídos lo oyeron, ni jamás pudo caber en pensamiento criado.

1521. En esta ocasión subió de punto la humildad y sabiduría de nuestra prudentísima Reina, porque entre tan divinos y admirables favores quedó como a la peana del trono real, deshecha en su propio conocimiento de pura y terrena criatura, y postrada adoró al Padre y le hizo nuevos cánticos de alabanza por la gloria que comunicaba a su Hijo, levantando en Él su humanidad deificada en tan excelsa grandeza y gloria. Fue para los Ángeles y Santos nuevo motivo de admiración y gozo al ver la prudentísima humildad de su Reina, de quien como de un dechado vivo copiaban con santa emulación sus virtudes de adoración y reverencia. Oyóse luego una voz del Padre que la decía: *Hija mía, asciende más adelante.* Y su Hijo santísimo también la llamó, diciendo: *Madre mía, levántate y llega al lugar que yo te debo por lo que me has seguido e imitado.* Y el Espíritu Santo dijo: *Esposa mía y amiga mía, llega a mis eternos brazos.* Y luego se manifestó a todos los bienaventurados el decreto de la Beatísima Trinidad, con que señalaba por lugar y asiento de la felicísima Madre la diestra de su Hijo para toda la eternidad, por haberle dado el ser humano de su misma sangre y por haberle criado, servido, imitado y seguido con plenitud de perfección posible a pura criatura, y que ninguna otra de la humana naturaleza tomase la posesión de aquel lugar y estado inamisible en el grado que le correspondía, antes que la Reina la tuviese y fuese colocada en el que se le señalaba de justicia para después de su vida, como superior en suma distancia a todo el resto de los santos.

1522. En cumplimiento de este decreto fue colocada María santísima en el trono de la Beatísima Trinidad a la diestra de su Hijo santísimo, conociendo ella misma y los demás santos que se le daba la posesión de aquel lugar, no sólo por todas las eternidades, sino también dejando en la elección de su voluntad si quería permanecer en él, sin dejarle desde entonces ni volver al mundo. Porque ésta era como voluntad condicionada de las divinas personas, que cuanto era de parte del Señor se quedase en aquel estado. Y para que ella eligiese se le manifestó de nuevo el que tenía la Iglesia Santa militante en la tierra y la soledad y necesidad de los fieles, cuyo amparo se le dejaba a su elección. Este orden de la admirable Providencia del Altísimo fue dar ocasión a la Madre de Misericordia para que sobreexcediese y aventajase a sí misma y obligase al linaje humano con un acto de piedad y clemencia como el que hizo, semejante al de su Hijo en admitir el estado pasible, suspendiendo la gloria que pudo y debía recibir en el cuerpo para redimirnos. Imitóle en esto también su beatísima Madre, para que en todo fuese semejante al Verbo humanado, y conociendo la gran Señora sin engaño todo lo que se le proponía, se levantó del trono y postrada ante el acatamiento de las tres personas habló y dijo: Dios eterno y todopoderoso, Señor mío, el admitir luego este premio, que vuestra dignación me ofrece, ha de ser para descanso mío. El volver al mundo y trabajar más en la vida mortal entre los hijos de Adán, ayudando a los fieles de Vuestra Santa Iglesia, ha de ser de gloria y beneplácito de Vuestra Majestad y en beneficio de mis hijos los desterrados y viadores. Yo admito el trabajo y renuncio por ahora este descanso y gozo que de vuestra presencia recibo. Bien conozco lo que poseo y recibo y lo sacrifico al amor que tenéis a los hombres. Admitid, Señor y Dueño de todo mi ser, mi sacrificio, y vuestra virtud divina me gobierne en la empresa que me habéis fiado. Dilátese vuestra fe, sea ensalzado vuestro santo nombre y multiplíquese Vuestra Iglesia, adquirida con la sangre de vuestro Unigénito y mío, que yo me ofrezco de nuevo a trabajar por Vuestra gloria y granjear las almas que pudiere.

1523. Esta resignación nunca imaginada hizo la piadosísima Madre y Reina de las virtudes y fue tan agradable en la divina aceptación, que luego se la premió el Señor, disponiéndola con las purificaciones e iluminaciones que otras veces he referido (Cf. supra p.I n. 626ss) para ver la divinidad intuitivamente; que hasta entonces en esta ocasión no la había visto más de por visión abstractiva, con todo lo que había precedido. Y estando así elevada, se le manifestó en visión beatífica y fue llena de gloria y bienes celestiales, que no se pueden referir ni conocer en esta vida.

1524. Renovó en ella el Altísimo todos los dones que hasta entonces la había comunicado y los confirmó y selló de nuevo en el grado que convenía, para enviarla otra vez por Madre y Maestra de la Santa Iglesia, y el título que antes le había dado de Reina de todo lo criado, de Abogada y Señora de los fieles, y como en la cera blanda se imprime el sello, así en María santísima por virtud de la omnipotencia divina se reimprimió de nuevo el ser humano y la imagen de

Cristo, para que con esta señal volviese a la Iglesia militante, donde había de ser huerto verdaderamente cerrado y sellado (Cant 4, 12) para guardar las aguas de la vida. ¡Oh misterios tan venerables cuanto levantados! ¡Oh secretos de la Majestad altísima, dignos de toda reverencia! ¡Oh caridad y clemencia de María santísima, nunca imaginada de los ignorantes hijos de Eva! No fue sin misterio poner Dios en su elección de esta única y piadosa Madre el socorro de sus hijos los fieles, traza fue para manifestarnos en esta maravilla aquel maternal amor que acaso en otras y en tantas obras no acabaríamos de conocer. Orden divino fue, para que ni a ella le faltase esta excelencia, ni a nosotros esta deuda, y nos provocase ejemplo tan admirable. ¿A quién le pareciera mucho, a vista de esta fineza, lo que hicieron los Santos y padecieron los Mártires, privándose de algún momentáneo contentamiento para llegar al descanso, cuando nuestra amantísima Madre se privó del gozo verdadero para volver a socorrer a sus hijuelos? ¿Y cómo excusaremos nuestra confusión, cuando ni por agradecer este beneficio, ni por imitar este ejemplo, ni por obligar a esta Señora, ni por adquirir su eterna compañía y la de su Hijo, aun no queremos carecer de un leve y engañoso deleite, que nos granjea su enemistad y la misma muerte? Bendita sea tal mujer, alábenla los mismos cielos y llámenla dichosa y bienaventurada todas las generaciones.

1525. A la primera parte de esta Historia puse fin con el capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, declarando con él las excelentes virtudes de esta gran Señora, que fue la única mujer fuerte de la Iglesia, y con el mismo capítulo puedo cerrar esta segunda parte, porque todo lo comprendió el Espíritu Santo en la fecundidad de misterios que encierran las palabras de aquel lugar. Y en este gran sacramento de que he tratado aquí se verifica con mayor excelencia, por el estado tan supremo en que María santísima quedó después de este beneficio. Pero no me detengo en repetir lo que allí dije, porque con ello se entenderá mucho de lo que aquí podré decir y se declara cómo esta Reina fue la mujer fuerte, cuyo valor y precio vino de lejos y de los últimos fines del cielo empíreo, de la confianza que de ella hizo la Beatísima Trinidad, y no se halló frustrado el corazón de su varón, porque nada le faltó de lo que esperaba de ella. Fue la nave del mercader que desde el cielo trajo el alimento de la Iglesia a la que con el fruto de sus manos la plantó, la que se ciñó de fortaleza, la que corroboró su brazo para cosas grandes, la que extendió sus palmas a los pobres y abrió sus manos a los desamparados, la que gustó y vio cuán buena era esta negociación a la vista del premio en la bienaventuranza, la que vistió a sus domésticos con dobladas vestiduras, la que no se le extinguió la luz en la noche de la tribulación, ni pudo temer en el rigor de las tentaciones. Para todo esto, antes de bajar del cielo, pidió al Eterno Padre la potencia, al Hijo la sabiduría, al Espíritu Santo el fuego de su amor, y a todas tres Personas su asistencia y para descender su bendición. Diéronsele estando postrada ante su trono y la llenaron de nuevas influencias y participación de la divinidad. Despídieronla amorosamente, llena de tesoros inefables de su gracia. Los Santos Ángeles y justos la engrandecieron con admirables bendiciones y loores con que volvió a la tierra, como diré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 3), y lo que obró en la Iglesia Santa el tiempo que convino asistir en ella, que todo fue admiración del cielo y beneficio de los hombres, que trabajó y padeció siempre porque consiguiesen la felicidad eterna. Y como había conocido el valor de la caridad en su origen y principio, en Dios eterno, que es caridad, quedó enardecida en ella, y su pan de día y noche fue caridad, y como abejita oficiosa bajó de la Iglesia triunfante a la militante, cargada de las flores de la caridad, a labrar el dulce panal de miel del amor de Dios y del prójimo, con que alimentó a los hijos pequeñuelos de la primitiva Iglesia y los crió tan robustos y consumados varones en la perfección, que fueron fundamentos bastantes para los altos edificios de la Iglesia Santa.

1526. Y para dar fin a este capítulo, y con él a esta segunda parte, volveré a la congregación de los fieles, que dejamos tan llorosos en el monte Olivete. No los olvidó María santísima en medio de sus glorias, y viendo su tristeza y llanto y que todos estaban casi absortos mirando a la región del aire, por donde su Redentor y Maestro se les había escondido, volvió la dulce Madre sus ojos desde la nube en que ascendía y desde donde los asistía. Y viendo su dolor, pidió a Jesús amorosamente consolase aquellos hijuelos pobres que dejaba huérfanos en la tierra. Inclinado el Redentor del linaje humano con los ruegos de su Madre, despachó desde la nube dos Ángeles con vestiduras blancas y refulgentes, que en forma humana aparecieron a todos los discípulos y fieles y hablando con ellos les dijeron: Varones galileos, no perseveréis en mirar al cielo con tanta admiración, porque este Señor Jesús, que se alejó de vosotros y ascendió al cielo, otra vez ha de volver con la misma gloria y majestad que ahora le habéis visto.—Con estas razones, y otras que añadieron, consolaron a los apóstoles y discípulos y a los demás, para que no desfalleciesen y esperasen retirados la venida y consolación que les daría el Espíritu Santo prometido por su divino Maestro.

1527. Pero advierto que estas razones de los Ángeles, aunque fueron de consuelo para aquellos varones y mujeres, fueron también reprensión de su poca fe. Porque si ella estuviera bien informada y fuerte con el amor puro de la caridad, no era necesario ni útil estar mirando al cielo tan suspensos, pues ya no podían ver a su Maestro, ni detenerle con aquel amor y cariño tan sensible que les obligaba a mirar el aire por donde había ascendido al cielo, antes bien con la fe le podían ver y buscar a donde estaba y con ella le hallaran seguramente. Y lo demás era ya ocioso e imperfecto modo de buscarle, pues para obligarle a que los asistiese con su gracia, no era menester que corporalmente le vieran y le hablaran, y el no entenderlo así, en varones tan ilustrados y perfectos era defecto reprehensible. Mucho tiempo cursaron los Apóstoles y discípulos en la escuela de Cristo nuestro bien y bebieron la doctrina de la perfección en su misma fuente, tan pura y cristalina, que pudieran estar ya muy espiritualizados y capaces de la más alta perfección. Pero es tan infeliz nuestra naturaleza en servir a los sentidos y contentarse con lo sensible, que aun lo más divino y espiritual quiere amar y gustar sensiblemente; y acostumbrada a esta grosería, tarda mucho en sacudirse y purificarse de ella, y tal vez se engaña, cuando con más seguridad y satisfacción ama al mejor objeto. Esta verdad para nuestra enseñanza se experimentó en los Apóstoles, a quienes el Señor había dicho que de tal manera era verdad y luz que juntamente era camino y que por él habían de llegar al conocimiento de su Eterno Padre; que la luz no es para

manifestarse a sí sola, ni el camino es para quedarse en él.

1528. Esta doctrina tan repetida en el Evangelio y oída de la boca del autor mismo y confirmada con el ejemplo de su vida, pudiera levantar el corazón y entendimiento de los Apóstoles a su inteligencia y práctica. Pero el mismo gusto espiritual y sensible que recibían de la conversación y trato de su Maestro y la seguridad con que le amaban de justicia, les ocupó todas las fuerzas de la voluntad atada al sentido, de manera que aún no sabían pasar de aquel estado, ni advertir que en aquel gusto espiritual se buscaban mucho a sí mismos, llevados de la inclinación al deleite espiritual, que viene por los sentidos. Y si no los dejara su mismo Maestro subiéndose a los cielos, fuera muy difícil apartarlos de su conversación sin grande amargura y tristeza, y con ella no estuvieran idóneos para la predicación del Evangelio, que se debía extender por todo el mundo a costa de mucho trabajo y sudor y de la misma vida de los que le predicaban. Este era oficio de varones no párvulos, sino esforzados y fuertes en el amor, no aficionados ni cariñosos al regalo sensible del espíritu, sino dispuestos a padecer abundancia y penuria, a la infamia y a la buena fama (2 Cor 6, 8), a las honras y deshonoras, a la tristeza y alegría, conservando en esta variedad el amor y celo de la honra de Dios, con corazón magnánimo y superior a todo lo próspero y adverso. Con esta reprehensión de los Ángeles se volvieron del monte Olívete al cenáculo con María santísima, donde perseveraron con ella en oración, aguardando la venida del Espíritu Santo, como en la tercera parte veremos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1529. Hija mía, a esta segunda parte de mi vida darás dichoso fin con quedar muy advertida y enseñada de la suavidad eficacísima del divino amor y de su liberalidad inmensa con las almas que no le impiden por sí mismas. Más conforme es a la inclinación del sumo bien y su voluntad perfecta y santa regalar a las criaturas que afligirlas, darles consuelos más que aflicciones, premiarlas más que castigarlas, dilatarlas más que contristarlas. Pero los mortales ignoran esta ciencia divina, porque desean que de la mano del sumo bien les vengan las consolaciones, deleites y premios terrenos y peligrosos, y los anteponen a los verdaderos y seguros. Este pernicioso error enmienda el amor divino en ellos, cuando los corrige con tribulaciones y los aflige con adversidades, los enseña con castigos, porque la naturaleza humana es tarda, grosera y rústica, y si no se cultiva y rompe su dureza no da fruto sazonado, ni con sus inclinaciones está bien dispuesta para el trato amabilísimo y dulce del sumo bien. Y así, es necesario ejercitarla y pulirla con el martillo de los trabajos y renovar en el crisol de la tribulación, con que se haga idónea y capaz de los dones y favores divinos, enseñándose a no amar los objetos terrenos y falaces, donde está escondida la muerte.

1530. Poco me pareció lo que yo trabajé cuando conocí el premio que la bondad eterna me tenía prevenido, y por esto dispuso con admirable providencia que volviese a la Iglesia militante por mi propia voluntad y elección, porque venía a ser este orden de mayor gloria para mí y de exaltación al santo nombre del Altísimo, y se conseguía el socorro de la Iglesia y de sus hijos por el modo más admirable y santo. A mí me pareció muy debido carecer aquellos años que viví en el mundo de la felicidad que tenía en el cielo y volver a granjear en el mundo nuevos frutos de obras y agrado del Altísimo, porque todo lo debía a la bondad divina que me levantó del polvo. Aprende, pues, carísima, de este ejemplo y ámate con esfuerzo para imitarme en el tiempo que la Santa Iglesia se halla tan desconsolada y rodeada de tribulaciones, sin haber de sus hijos quien procure consolarla. En esta causa quiero que trabajes con esfuerzo, orando, pidiendo y clamando de lo íntimo del corazón al Todopoderoso por sus fieles y padeciendo y, si fuere necesario, dando por ella tu propia vida, que te aseguro, hija mía, será muy agradable tu cuidado en los ojos de mi Hijo santísimo y en los míos. Todo sea para gloria y honra del Altísimo, Rey de los siglos, inmortal e invisible, y de su Madre santísima María, por todas sus eternidades.

FIN DEL LIBRO SEXTO Y DE LA TERCERA PARTE DE ESTA HISTORIA

